

TRACY BANGHART

# IRON FLOWERS

Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo



CROSS  
BOOKS

# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

UNO. SERINA

DOS. NOMI

TRES. SERINA

CUATRO. NOMI

CINCO. SERINA

SEIS. NOMI

SIETE. SERINA

OCHO. NOMI

NUEVE. SERINA

DIEZ. NOMI

ONCE. SERINA

DOCE. NOMI

TRECE. SERINA

CATORCE. NOMI

QUINCE. SERINA

DIECISÉIS. NOMI

DIECISIETE. SERINA

DIECIOCHO. NOMI  
DIECINUEVE. SERINA  
VEINTE. NOMI  
VEINTIUNO. SERINA  
VEINTIDÓS. NOMI  
VEINTITRÉS. SERINA  
VEINTICUATRO. NOMI  
VEINTICINCO. SERINA  
VEINTISÉIS. NOMI  
VEINTISIETE. SERINA  
VEINTIOCHO. NOMI  
VEINTINUEVE. SERINA  
TREINTA. NOMI  
TREINTA Y UNO. SERINA  
TREINTA Y DOS. NOMI  
TREINTA Y TRES. SERINA  
TREINTA Y CUATRO. NOMI  
TREINTA Y CINCO. SERINA  
TREINTA Y SEIS. NOMI  
TREINTA Y SIETE. SERINA  
TREINTA Y OCHO. NOMI  
TREINTA Y NUEVE. SERINA  
CUARENTA. NOMI  
AGRADECIMIENTOS  
CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

En un mundo de hombres en el que las mujeres no tienen ningún derecho, cada provincia del reino debe presentar a sus jóvenes más hermosas para que el príncipe heredero pueda elegir a su pareja. Así es como dos hermanas, Nomi y Serina, terminan confinadas en dos hábitats contrapuestos: la hermosa, frágil y débil en la inhóspita prisión de Mont Ruin y la chica resuelta, práctica y luchadora entre las sedas y fiestas de palacio. Dos historias de superación, supervivencia y amor entre hermanas... Porque, cuando la solución no llega, solo queda cambiar las reglas: ¡Que empiece la revolución!

**TRACY BANGHART**

# IRON FLOWERS

Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo

**Traducción de Isabel Murillo**



*Para todas aquellas mujeres a las que les han  
dicho que permanezcan sentadas y en  
silencio... y se han levantado.*



# UNO

## SERINA

Serina Tessaro se encontraba en los peldaños de la fuente de la plaza mayor de Lano, flanqueada por nueve chicas de su edad, vestidas todas con sus mejores galas. A pesar de que un crepúsculo negro como el carbón amenazaba con asfixiarla, su sonrisa seguía siendo inquebrantable.

El *signor* Pietro entrecerró los ojos y evaluó a las muchachas con la mirada. Las conocía desde pequeñas y desde entonces llevaba observándolas, calibrando y criticando su potencial. Frunció los labios en un mohín, y su bigote cano se sacudió con un tic.

El casco oscuro de las montañas se cernía sobre una ciudad cubierta por el hollín, bloqueando el paso de los últimos rayos de sol. La familia de Serina permanecía en las sombras, entre la multitud. Lo único que capturaba la luz eran las mejillas ruborizadas de Nomi. Aun desde aquella distancia, Serina vislumbraba la furia que transmitían los ojos de su hermana. Renzo, el hermano de ambas, sujetaba el brazo de Nomi, como si quisiera retenerla. Era imposible leer su expresión, pero Serina sabía que no reflejaba la expectación de sus padres.

El *signor* Pietro dio la espalda a las chicas para dirigirse a la muchedumbre congregada en la *piazza*. A la espera de su veredicto, a Serina

se le formó un nudo en la garganta, aunque consiguió esconder la emoción bajo una fachada de serenidad. Su madre le había enseñado lo importante que era saber lucir bien una máscara.

—Este año, el Heredero elegirá a sus primeras Gracias. Cada provincia puede enviar a una chica para disputar este honor. Como magistrado de Lanos, es mi responsabilidad elegir cuál de nuestras hijas viajará a Bellaqua. —Tal vez hizo una pausa. Tal vez prolongó el suspense. Pero el caso es que el tiempo no se ralentizó tal y como Serina esperaba que sucediera. Siguió pronunciando sus palabras con voz inalterable y metódica, y estas fueron—: He elegido a Serina Tessaro.

La multitud aplaudió. Los ojos de Mama Tessaro brillaron esperanzados. Nomi se quedó seria.

Aturdida, Serina dio un paso al frente e hizo una reverencia. Era increíble. Viajaría a Bellaqua. Saldría por fin del sucio y sofocante Lanos.

La chica se había imaginado aquello infinidad de veces. Subir por primera vez a un tren, recorrer la exuberante campiña de Viridia. Ver la ciudad del Superior, con sus canales y su inmenso *palazzo* de mármol. Conocer al Heredero. Sería guapo, a buen seguro, como un príncipe de cuento de hadas.

Y si ella era la elegida, viviría en un palacio precioso durante el resto de sus días. No tendría que trabajar en una fábrica textil como su madre, ni de criada, como su prima. Tampoco se vería obligada a acabar en un matrimonio de conveniencia con el hombre que pudiera pagar más por ella. Acudiría a bailes de ensueño y no le faltaría de nada. A su familia tampoco, e incluso Nomi, pese a toda su resistencia, viviría mejor. Como doncella de Serina, su hermana también saldría de Lanos.

El *signor* Pietro estrechó la mano del padre de Serina mientras ella descendía por la escalinata. La multitud empezó a dispersarse. Las demás chicas se reunieron con sus familias sin dirigirle la palabra a ella. Cuando la chica se reencontró con los suyos, Mama Tessaro temblaba de emoción. Había sido en su día tan alta como Serina, pero los muchos años que llevaba encorvada sobre una máquina de coser en la fábrica habían acabado por torcerle la espalda.

—Mi flor, estoy muy orgullosa de ti —dijo, abrazando a Serina—. Eres un

gran honor para la familia.

Nomi carraspeó. Serina le lanzó una mirada de reprobación. Si el *signor* Pietro oía a su hermana diciendo cualquier barbaridad en contra del Heredero o del Superior, la haría azotar. Ya la había amenazado durante uno de los exámenes físicos a los que se había visto obligada a someterse Serina en el transcurso del último mes, cuando Nomi había murmurado: «Esto es ridículo», al ver cómo el *signor* inspeccionaba a Serina.

—Gracias, *signor* —dijo Papa, saludándolo con una reverencia.

El magistrado, con su capa corta de color escarlata agitándose bajo el leve resplandor de las farolas, dio media vuelta para regresar a su carruaje.

—Vámonos —dijo Papa—. Disponemos solo de dos días para preparar tu viaje.

Y echó a andar en dirección contraria al *signor*. Vivían a escasa distancia de la *piazza*.

Serina aspiró una bocanada del sucio aire de Lanos y siguió a su padre. Papa ni siquiera la había mirado. Intentó adivinar su estado de ánimo según la rigidez de su espalda. ¿Se sentiría orgulloso de ella, como Mama? Era imposible saberlo. Con él siempre era imposible.

Renzo le dio un codazo.

—Eres guapa —comentó—. El Heredero sería un imbécil si no te eligiera.

Serina respondió con una sonrisa de agradecimiento. Renzo comprendía lo mucho que aquello significaba para ella. Para todos.

Con su cuerpo alto y robusto, era fácil olvidar que era casi dos años menor que Serina. Nomi y él eran gemelos, pero no se parecían mucho, excepto en los ojos, de color ambarino, varios tonos más claros que los de su hermana.

Nomi los seguía, arrastrando los pies como un niño enfurruñado. Serina se detuvo un momento para esperarla.

—Es una buena noticia —le dijo en voz baja para que sus padres no pudieran oírla.

Las calles estaban vacías; después del gran anuncio todo el mundo había vuelto ya a su casa. Los destellos de las farolas proyectaban manchas amarillas en las toscas paredes de los edificios. La calle adoquinada era desigual, pero Serina avanzaba con paso firme, y su vestido de color cobre

susurraba al rozar con las piedras del suelo.

—No me apetece hablar del tema —refunfuñó Nomi, a la que no le preocupaba tanto como a su hermana que pudieran oírla.

A Serina le entraron ganas de estrangularla.

—No entiendo por qué no estás contenta. No lo comprendo, de verdad. Por fin nos iremos de esta espantosa ciudad. Incluso podríamos acabar viviendo en el palacio. Trabajar de doncella resultará mucho más fácil que cuidar de toda la familia como haces ahora, y ya no tendremos que preocuparnos más por quedarnos sin comida. Mamá podrá dejar su empleo...

Nomi aceleró el paso, como si intentara huir físicamente de las palabras de Serina.

—Esta es la diferencia entre nosotras —soltó. Tenía los puños cerrados con fuerza, y un rubor rojizo le cubría la cara—. Yo no considero que esta ciudad sea fea. Y tampoco creo en cuentos de hadas. No quiero...

—Todo lo que tú quieres queda fuera de nuestro alcance —replicó Serina, cansada de la rabia de Nomi—. Jamás podrás elegir ni el tipo de trabajo que prefieras realizar ni el marido que te apetezca, ni... nada de nada. El mundo no funciona así.

No era culpa de Serina que Viridia ofreciera tan pocas oportunidades a las mujeres. Ella sabía desde hacía tiempo que luchar no cambiaba nada y por eso aprovechaba al máximo lo que tenía.

Y se le había presentado la posibilidad de convertirse en una de las mujeres más reverenciadas del país. Si acababa siendo la elegida del Heredero, podría convertirse en madre del futuro Superior.

—Nada debería quedar fuera de nuestro alcance. Mi punto de vista se resume en eso —sentenció Nomi.

Cando abrieron la quejumbrosa puerta de la pequeña residencia de la familia, estaban aún inmersas en aquella conversación. Renzo, que sujetaba la puerta, les lanzó una mirada irónica que dejaba patente que había escuchado su disputa.

—Nomi, Papa quiere que empieces a preparar la cena.

Esta entró en la sala sin replicar. Serina la siguió, recogiendo las faldas para que no se le engancharan en el umbral de la puerta. Vio que la mirada de

su hermana se posaba por un momento en los libros de texto de Renzo, que habían quedado abiertos en la rústica mesa de comedor. Le dio un codazo a Nomi para advertirla. Como no se movía, Serina tosió para llamarle la atención.

Nomi miró a su hermana, pero sus ojos tardaron una décima de segundo en enfocarse. Entonces sacudió la cabeza, como si quisiera despejarla, y corrió hacia el fregadero.

Serina miró de reojo a sus padres y vio que estaban hablando en voz baja al lado de la barriguda estufa. No se habían percatado de lo sucedido. Había muchísimas cosas de las que no se enteraban.

Serina y Nomi eran como cualquier otra hija en la fría ciudad industrial de Lanos.

Pero la primera tenía belleza.

Y la segunda tenía un secreto.

Serina rezaba por que su belleza fuera suficiente para capturar la atención del Heredero, tanto por su bien como por el de su hermana. Pero cuando Renzo cerró la puerta, el golpe sordo resonó en los huesos de la muchacha. Se estremeció, sacudida de repente por unos miedos a los que ni siquiera podía poner nombre.

# DOS

## NOMI

El conductor del *rickshaw* pedaleaba como un loco, impertérrito ante los socavones que se abrían entre los adoquines y los perplejos peatones. Nomi tenía el estómago revuelto con tantos saltos y vaivenes. Aunque también cabía la posibilidad de que el malestar fuera consecuencia de aquel ambiente tan pesado y húmedo que olía a pescado podrido.

Pero no. Sabía perfectamente qué era lo que le retorció los músculos y le robaba el oxígeno de los pulmones. Cuanto más se acercaban al *palazzo*, con mayor fervor deseaba poder ir en dirección contraria. Hacía menos de quince días que el *signor* Pietro había elegido a Serina, y desde entonces el tiempo había transcurrido de un modo tan veloz y atormentado como aquella última parte del viaje.

Nomi esbozó una mueca de dolor cuando, en el momento en que el vehículo cruzó un pequeño puente y se tambaleó peligrosamente hacia el agua, Serina le presionó el brazo con fuerza y le clavó las uñas. Renzo se quedó blanco. Ocupaba la totalidad del asiento enfrente de ellas y se había visto obligado a doblar las piernas como una araña para acomodarse en el pequeño espacio disponible.

El *rickshaw* se detuvo en seco al llegar a una *piazza* de tamaño

considerable. Nomi empezó a sentir náuseas.

Flanqueando la abarrotada plaza, un ancho canal, salpicado por multitud de embarcaciones alargadas de color negro, resplandecía bajo el sol. Más allá, en su isla, el *palazzo* del Superior se elevaba hacia el cielo como un amanecer dorado. Nomi respiró hondo. Le habría gustado conocer Bellaqua en otras circunstancias. Pero no en estas. Y no hoy.

Renzo le dio unas monedas al conductor antes de ayudar a Nomi y a Serina a bajar del vehículo. A la primera le temblaban las piernas incluso después de pisar suelo firme.

—Es hora de despedirnos —dijo Renzo.

Intentó hablar con voz firme, pero se le quebró. Serina, la hermana diligente, mantuvo la cabeza agachada cuando él la estrechó en un comedido y fugaz abrazo.

Pero con su gemela la despedida fue diferente. Esta abrazó a su hermano con fuerza, pegándose a su chaqueta, aspirando su aroma, familiar y reconfortante. Las piernas y el estómago se tranquilizaron un poco. Renzo tenía intención de quedarse en Bellaqua hasta que se produjera el anuncio. Tal vez volvería a verlo en cuestión de horas, o puede que nunca más. Aquella incertidumbre era una tortura.

—¿Tendría que planificar algo para sacaros a las dos de aquí si Serina es la elegida? —susurró en broma Renzo, aunque con un tono algo apremiante.

«Ojalá pudieras.» Nomi lo estrechó con más fuerza antes de retirarse. Compartieron una mirada agónica.

—Vamos, Nomi —la apremió Serina en voz baja.

Un hombre vestido con una librea negra y dorada le estaba tendiendo la mano. Serina, agachando la cabeza, posó con cuidado los dedos en su brazo.

A Nomi se le cortó la respiración. No estaba preparada para aquello.

Y Renzo, según parecía, entendía a su hermana. Intentó esbozar una sonrisa, le dio un beso a Nomi y se fue corriendo para que no tuviese que ser ella la que lo dejara allí solo. A ella le dolió como si la cortaran por la mitad con un cuchillo.

—Vamos —insistió Serina.

A regañadientes, Nomi siguió a su hermana entre el gentío. El gondolero

vestido de negro y dorado las guio por la *piazza* hasta el gran canal, donde su góndola se mecía sobre las aguas en compañía de otras embarcaciones. El hombre ayudó a Serina y a Nomi a subir y las instaló entre mullidos cojines bordados con hilo de oro. A su alrededor, otras chicas, con vestidos de colores intensos que las identificaban como candidatas, flotaban sobre las aguas a bordo de otras góndolas.

La multitud que observaba la procesión de muchachas reía y lanzaba vítores. Cuando Nomi y Serina empezaron a apartarse de tierra para surcar las aguas del canal, un niño arrojó al aire un puñado de flores. Aquel detalle, la lluvia de pétalos de color rosa, hizo sonreír a Serina.

Nomi no soportaba la expresión serena de su hermana. Era totalmente contraria a la agitación que le estaba revolviendo el estómago. Deseaba saltar a tierra, salir corriendo tras Renzo y huir de aquella ciudad. Deseaba cualquier cosa excepto navegar hacia el palacio del Superior para ser ofrecida, en contra de su voluntad, como un sacrificio en honor a un dios de la antigüedad. Y el problema era precisamente ese: Serina no estaba actuando en contra de su voluntad.

Nomi se llevó la mano a los ojos para intentar controlar las lágrimas. Y, con la otra, presionó con todas sus fuerzas la pequeña bolsa que contenía sus pertenencias.

—¿Y si no volvemos a ver a Renzo nunca más?

—Eso será una bendición —replicó Serina. Pero lo dijo con un temblor en la voz. A medida que se acercaban al palacio, Nomi empezó a percibir una arruga entre las cejas de su hermana, un indicio de tensión en la comisura de la boca. A lo mejor no estaba tan serena como pretendía aparentar. Con un tono más suave, añadió—: Lo sabes.

—Pero nada me impide desear que ojalá todo fuera distinto —murmuró Nomi justo en el momento en el que la góndola chocaba contra el borde del canal.

Algunas chicas ya habían desembarcado y se encontraban a los pies de la escalinata que conducía al *palazzo* del Superior. Los cipreses que flanqueaban el canal tenían campanitas minúsculas colgadas entre sus ramas que tintineaban con la brisa.



Maldiciendo al Heredero que las esperaba arriba, Nomi empezó a ascender la impresionante escalinata del *palazzo* en el último puesto de una larga fila de chicas con vestidos vistosos y elegantes. Él ni siquiera la miraría dos veces —ni a ninguna de las otras doncellas—, pero su vida dependía de si se fijaba o no en su hermana.

Delante de Nomi, Serina flotaba por las escaleras, y su melena castaña, que le llegaba hasta la cintura, brillaba con intensidad. Su vestido, un intrincado rompecabezas de diferentes tejidos que había confeccionado concienzudamente su madre, se ondulaba como el agua. No dejaba entrever ni una pizca de debilidad, ningún indicio de haber pasado siete largas jornadas en un tren que no paraba de dar sacudidas, una noche en una austera habitación de hotel y un día entero preparándose frenéticamente para el baile con el Heredero.

Nomi presionó con más fuerza su bolsa y procuró no tropezar en la escalinata de mármol cuando miró de reojo al Superior, un hombre de expresión seria y con una delgadez enfermiza, y a sus dos hijos. Malachi, el Heredero, lucía un uniforme blanco bordado en oro que realzaba su cuerpo musculoso. Sus pómulos marcados y su cabello castaño muy corto le otorgaban dureza a su rostro, aunque sus labios carnosos le restaban severidad. Se vio obligada a reconocer que era atractivo, aunque aterrador. Estaba estudiando con atención a sus potenciales Gracias, y sus ojos oscuros se posaban fijamente en ellas a medida que desfilaban frente a él.

El hijo menor, Asa, contemplaba el canal. Su cabello era más oscuro y más largo que el de su hermano, y despeinado, a pesar de que continuamente se pasaba las manos por la cabeza.

Nomi debería hecho una reverencia al llegar a la altura de los hombres, pero no se tomó esa molestia. Como era de esperar, nadie reparó en ella. Los tres concentraron sus miradas en el cabello brillante de Serina y en el balanceo de sus caderas. A veces, a Nomi le fastidiaba que su hermana fuera el polo de atracción de todas las miradas. Pero en esta ocasión, su invisibilidad la hizo feliz. No envidiaba en absoluto ni la tarea que tenía por delante su hermana ni que el peso de la gélida mirada del Superior hubiera recaído solo en ella.

Cuando Nomi alcanzó la sombra del porche y se quedó fuera del alcance de la vista de los hombres, se relajó un poco. Las potenciales Gracias y sus doncellas pasaron entonces a una galería profusamente decorada que terminaba con un par de puertas de madera repujada.

Nomi y Serina eligieron un lugar junto a la pared.

—Deja que compruebe tu maquillaje una vez más —pidió Nomi.

Por mucho que deseara estar en cualquier otro lugar, tenía un trabajo que hacer. Ambas, en realidad.

—¿Crees que tenemos opciones? —murmuró Serina, mirando de soslayo a la chica que tenían más cerca y cuya doncella estaba recolocándole un vestido de color naranja intenso.

Nomi sintió tentaciones de decirle a Serina lo que realmente pensaba: que deberían largarse de allí inmediatamente y sin mediar palabra. Que sería más conveniente regresar a Lanos o, mejor aún, a un lugar completamente distinto, donde pudieran decidir lo que les apetecía hacer a lo largo del día y no verse sometidas, ella a sus interminables tareas y Serina a sus eternas horas de aprendizaje de etiqueta y baile. Pero Nomi conocía la verdad tan bien como su hermana: ese lugar solo existía en su imaginación. Fueran donde fuesen, sus alternativas serían siempre las mismas: trabajar en una fábrica; como criada, o como esposa. A menos que Serina lograra convertirse en una Gracia.

En Viridia, las Gracias eran consideradas el mayor ejemplo de belleza, elegancia y obediencia. Aquello a lo que todas las niñas aspiraban.

Para Nomi y Serina, convertirse en Gracia y doncella significaba obtener un billete hacia una vida distinta, aunque ahí era donde no se ponían de acuerdo: Serina creía que era una vida mejor; Nomi, no.

—Me parece que, pase lo que pase, seguro que saldremos perdiendo —auguró Nomi, retirando del ojo de Serina un poco de khol que se había corrido.

—No digas eso —replicó su hermana, amonestándola—. No...

—¿Pretendes que no piense en que vas a desfilas delante del Heredero como un objeto que podrá poseer? —dijo Nomi en voz baja.

Le alisó un mechón a Serina con manos temblorosas. Tanto su hermana como ella tenían el pelo castaño, la piel olivácea y los pómulos marcados de

su madre. Pero sus facciones se combinaban de tal modo que Serina resultaba tan voluptuosa y encantadora como flaca y poco elegante era Nomi. Serina era extraordinaria; Nomi, no.

—No se trata de convertirse en un objeto de su propiedad, sino de ganarse su admiración y su deseo —explicó Serina, esbozando una sonrisa artificial dirigida a las chicas que se habían vuelto hacia ellas—. Es nuestra oportunidad de disfrutar de una vida mejor.

—¿Y por qué tendría que ser mejor? —quiso saber Nomi, negando con la cabeza. La impotencia le oprimía el pecho—. Serina, no deberíamos tener que...

Serina se acercó más a su hermana.

—Sonríeme, como si estuvieras feliz. Como si fueras igual que cualquiera de todas esas chicas.

Nomi miró a su hermana a los ojos. Serina estaba preciosa así, con la rabia tiñéndole las mejillas. Resultaba mucho más interesante cuando no se dejaba encasillar por un corsé de conducta y una sonrisa recatada.

Los murmullos de las candidatas y sus doncellas se acallaron de repente cuando una mujer subió al pequeño estrado que había en un extremo de la sala. Su vestido, confeccionado en seda de color crema, subrayaba una figura refinada y escultórica.

—Me llamo Inés. Soy la Primera Gracia —dijo la mujer, con una voz melodiosa como una canción—. El Heredero se siente honrado con vuestra presencia al saber que habéis viajado desde muy lejos. Siente mucho poder elegir solo a tres para que se queden aquí. Pero tened por seguro que, de todos modos, todas contáis con su bendición.

A Nomi siempre le había resultado chocante que los Superiores y sus Herederos escogiesen a tres Gracias cada tres años y no una cada año. Por otro lado, la elección trastornaba a todo el país, puesto que los magistrados consagraban meses a observar a las candidatas de sus respectivas provincias, y el Superior, a organizar bailes y actos en los que exhibir a las nuevas Gracias una vez que salían elegidas.

El Superior actual tenía ya casi cuarenta Gracias. Pero corrían rumores sobre su estado de salud, y este año había anunciado que no tenía intención de

escoger personalmente a las Gracias, sino que su Heredero sería el responsable de llevar a cabo la primera elección. Muchos entendieron que esto significaba que el Superior pronto permitiría que su Heredero gobernara Viridia en su lugar.

—El baile está a punto de dar comienzo —dijo Inés, y sus pulseras de oro tintinearón cuando levantó las manos—. Candidatas, ha llegado la hora.

Serina abrazó a Nomi.

—Sé buena —le aconsejó.

—No es por mí por quien tengo que preocuparme —replicó Nomi, abrazando también con fuerza a su hermana.

Una a una, fueron anunciando a las chicas, y las puertas de acceso al salón de baile fueron abriéndose y cerrándose entre presentación y presentación. Cuando llegó el turno de Serina, dos sirvientes del Superior abrieron de par en par las gigantescas puertas, dejando entrever la mareante luminosidad que había tras ellas. Una voz profunda anunció: «Serina Tessaro, de Lanos». Y, sin volver la vista atrás, se sumergió en aquella luz.

Cuando dejó de ver a su hermana, el corazón de Nomi sufrió un doloroso vuelco. Posó la bolsa junto a la pared, donde las demás doncellas habían colocado sus cosas, y, nerviosa, se quedó en un rincón. Algunas chicas se habían agrupado en el balcón para charlar. El resto había tomado asiento o deambulaba de un lado a otro para admirar el opulento entorno.

Tenía la sensación de que las paredes se le echaban encima, de que el oro y el brillo pesaban sobre ella como barras de hierro. Todo era tremendamente distinto a su casa. Llevaba solo una semana fuera, pero ya echaba de menos despertarse con el ruido que hacía Renzo cuando recogía sus libros antes de emprender la larga caminata hacia la escuela. Añoraba aquellos momentos robados, cuando terminaba todas sus tareas y podía sentarse y descansar sin que Mama la regañara. Echaba en falta el sabor del viento cargado de nieve al anochecer, saber que por la mañana el mundo tendría un aspecto completamente distinto. Echaba de menos incluso el gemido de las cañerías y las ventanas cubiertas de hollín de la casa de sus padres, en la calle de la Fábrica.

En parte, anhelaba con desesperación que las mandaran de vuelta a casa.

Poder de este modo regresar a su pequeña y modesta morada. Aunque sabía que eso solo significaría un retraso en la inevitable separación de su familia.

Cayó entonces en la cuenta de que existía también la posibilidad de que pasara el resto de sus días así, atrapada en una estancia bellísima a la espera de que volviera Serina, de que su vida se convirtiera en una simple nota a pie de página. Ordinaria. Invisible. Olvidada.

Le ardían los ojos de tantas lágrimas sin derramar que acumulaban. Miró a su alrededor, cohibida, pero nadie se fijaba en ella. Se echaba un poco de agua fría en la cara, si se dedicaba a sí misma aunque fuera solo un momento, tal vez se sentiría mejor.

Salió al pasillo en busca de un lavabo. A cada paso que daba, la tensión que le oprimía el pecho iba aminorando.

Dobló una esquina, y el interior de una estancia captó su atención. Sillas tapizadas, una alfombra de elegante estampado. Una biblioteca gigantesca de madera de caoba llena hasta arriba de volúmenes encuadernados en piel y con lomos dorados. Libros. Jamás en su vida había visto tantos. Y antes de pararse a pensar qué estaba haciendo, Nomi encaminó sus pasos hacia allí. Se detuvo delante de la puerta entreabierta para ver si oía algún movimiento. Y entonces cogió aire y entró.

El mundo entero se abrió ante ella. Hileras y más hileras de estantes que se encaramaban hasta el techo. En el ambiente flotaba el aroma a humo de pipa. Nomi aspiró con fuerza y dejó que la inundara la paz de aquella estancia, todas las promesas que encerraba en su interior. Con piernas temblorosas, avanzó furtivamente hacia las estanterías y deslizó una mano insegura por los lomos de cuero. Los títulos grabados en pan de oro brillaban bajo la luz tenue. Repasó con la punta de un dedo las palabras, desconocidas muchas de ellas. Y entonces descansó la mano sobre un volumen fino que quedaba prácticamente engullido entre dos libros gruesos de color negro. Sofocó un grito al reconocerlo: *Las leyendas de Viridia*.

La asaltó de inmediato un recuerdo. El otoño que Nomi y Renzo cumplieron doce años, a él le regalaron precisamente aquel libro, y ella quiso conocer su contenido. Las mujeres tenían prohibida la lectura por ley. En realidad, las mujeres lo tenían prohibido casi todo por ley, excepto tener hijos,

trabajar en fábricas y limpiar las casas de los hombres ricos.

Pero Nomi no estaba dispuesta a perder aquella oportunidad. Y Renzo no pudo resistir la tentación de presumir de sus conocimientos. Y despacio, pero sin pausa, le enseñó a leer.

Fueron los mejores meses de la vida de Nomi. Pasaban las noches acurrucados junto a una vela, que iba derritiéndose poco a poco, mientras ella, con ritmo vacilante, leía y releía la historia de la luna y de su amante, de los terrores de las profundidades y, la que era su favorita, la de los dos hermanos separados por una misteriosa mujer tatuada que tenía un ojo dorado. La única que conocía su secreto era Serina. Renzo le preguntó un día si también quería aprender a leer. Pero ella respondió que prefería que le leyeran las mismas historias una y otra vez mientras practicaba el bordado. Cuando llegó la primavera y la escuela de Renzo le cambió el libro de leyendas por uno de ecuaciones matemáticas, Nomi y Serina continuaron contándose de memoria las leyendas. Pero ya nada volvió a ser igual.

Sacó el libro de la estantería y acarició las letras grabadas en la cubierta. Estaba confeccionado con el mismo cuero suave que el ejemplar de Renzo, aunque las esquinas no estaban aplastadas ni la cubierta tan sobada. Abrazó el libro contra su pecho y recordó las noches en las que su hermano y ella pasaban las páginas, bromeando con la pronunciación y el significado de cada palabra.

Aquel libro era su hogar, mucho más de lo que el *palazzo* y su elegante mobiliario podrían llegar a serlo.

No soportaba la idea de dejar aquello allí. Pensó que nadie echaría en falta un pequeño libro de relatos. Lo guardó en el interior de su vestido con tanta rapidez, con tanta facilidad, que casi se convenció de que había sido por deseo del libro, no de ella. Nomi salió corriendo al pasillo, con los brazos cruzados en un gesto protector sobre el pecho.

Había llegado ya casi a la galería cuando dos hombres doblaron la esquina y se plantaron delante de ella.

El Heredero y su hermano.

Nomi inclinó la cabeza y esperó a que pasaran, presionando con más fuerza los brazos sobre el libro escondido.

—... tendría que depender de mí, no de los magistrados —estaba diciendo el Heredero.

Hablaba muy enojado, pero dejó de hacerlo en cuanto la vio.

Nomi debería haber hecho una reverencia. Tendría que haber mantenido la cabeza gacha como cualquier otra doncella. Pero el encuentro la pilló desprevenida y, aun sin querer, lo miró directamente.

Los ojos de color castaño oscuro del Heredero brillaban con silenciosa intensidad. Se quedó contemplándola como si pudiera ser capaz de descifrar su historia, sus esperanzas secretas, todo. La desnudó con una sola mirada.

Con las mejillas encendidas, Nomi consiguió por fin apartar la vista.

—¿Quién eres? —preguntó Malachi.

—Nomi Tessaro —murmuró ella.

—Y ¿qué estás haciendo aquí, Nomi Tessaro? —preguntó el Heredero con la voz impregnada de recelo.

Nomi agachó la cabeza.

—Soy... una doncella. Solo estaba...

Se quedó sin voz. No recordaba qué había ido a hacer. El libro le quemaba la piel.

—Vámonos, Malachi, llegamos tarde —lo apremió Asa, pasándose con impaciencia una mano por el pelo.

Su traje negro era el antónimo del blanco de Malachi, incluso en los bordados de oro, pero Asa tenía un aspecto menos rígido, casi desaliñado.

Malachi ignoró a su hermano, dio un paso hacia Nomi y su cuerpo musculoso la atrapó contra la pared.

—Solo estabas ¿qué?

El intento de intimidación tuvo el efecto contrario. Nomi se puso rabiosa, y aquella furia, instintiva y que conocía tan bien, aplastó momentáneamente su pánico.

Enderezó la espalda. Levantó la barbilla y sostuvo la mirada gélida del Heredero. Nomi irradiaba desafío a raudales.

—Pretendía ir al baño —dijo con claridad—. Está justo allí —añadió, moviendo la cabeza hacia el otro extremo del pasillo—, por si les hiciese falta.

Asa soltó una risotada, pero al Heredero no le hizo gracia. Sus mejillas se encendieron de rabia.

Nomi notó el horror ascendiéndole por la garganta. Bajó la vista. Serina le había pedido que se comportase. Y había sido incapaz, ni siquiera había durado diez minutos. La impertinencia de lo que acababa de decir..., la expresión que sin duda alguna había visto el Heredero en su mirada...

—Puedes irte —le permitió por fin Malachi, aunque sonó más como una sentencia que como un indulto.

Nomi, con el corazón presa del pánico, echó a correr hacia la galería, y los dos hombres siguieron su recorrido. Los bordes del libro que acababa de robar se le clavaron en la piel.

Fue directamente al rincón donde había dejado la bolsa y guardó el libro entre sus cosas. Estaba casi segura de que el Heredero no lo había visto, pero su impertinencia había sido irrecusable.

Pasó el resto de la tarde esperando, con los ojos clavados en la puerta abierta y preguntándose cuándo terminaría su mundo.



# TRES

## SERINA

El primer baile de Serina fue prácticamente tal y como se lo había imaginado. El resplandeciente salón bullía de movimiento y las candidatas a Gracia brillaban con sus coloridos vestidos como si fueran un banco de peces. Las paredes cubiertas de espejos y la interminable filigrana dorada capturaban la luz de una docena de arañas de cristal. En una esquina, junto a una pared con arcos que daban acceso a la terraza, estaban instalados los músicos, que movían los dedos sobre sus instrumentos a tal velocidad que Serina se veía incapaz de seguirlos.

Aquello estaba a años luz de la abarrotada sala de estar de su casa, donde un profesor había enseñado a bailar a Serina con Renzo haciendo las veces de pareja. Practicaban sin música, solo con el tenaz ritmo que el maestro marcaba batiendo palmas.

Aquí, la melodía efervescente flotaba en el aire, y Serina giraba y sonreía en brazos de los elegantes dignatarios del Superior, emocionada por encontrarse en la cúspide del glamur, por ser uno de aquellos resplandecientes pececillos de colores.

Pero el cuento de hadas presentaba un punto débil. El Heredero no había aparecido.

Aprovechando que los músicos hacían una breve pausa, Serina se desplazó hacia una esquina para recuperar el aliento. La presión del corsé en los pulmones se había vuelto sofocante. Y mientras descansaba examinó con la mirada el salón de baile. Identificar a las Gracias del Superior le resultó sencillo. A diferencia de las candidatas, se comportaban como si estuvieran plenamente integradas, tomándose con calma ser el foco de atención. Varias posaban sobre plataformas circulares, envueltas en satén de color morado, elevadas —literalmente— al paradigma de la perfección femenina. Serina se quedó contemplándolas, maravillada por el control que exigía posar tan inmóviles.

La habían preparado para esto, y su formación se había iniciado antes de que fuera lo bastante mayor como para comprender exactamente en qué consistía el papel de una Gracia. Desde el momento en el que bailó por primera vez con Renzo por el polvoriento suelo de su casa, había sentido sobre sus hombros el peso de las expectativas depositadas en ella. Ya entonces comprendió que, de resultar elegida, la suerte de su familia cambiaría por completo, que aquel era el mayor honor al que podía aspirar cualquier chica de Viridia, que permitiría a su madre —casi ciega después de tantos años de forzar la vista cosiendo en la fábrica— dejar al fin su empleo. Que permitiría a su hermano costearse un matrimonio algún día.

Y, lo más importante de todo, podría mantener a su lado a su testaruda hermana Nomi. Ella era inteligente, demasiado, y muy desafiante ante la autoridad y ante las reglas. Todo lo que Nomi tenía de soñadora, lo tenía ella de realista, y Serina estaba dispuesta a hacer lo que estuviera en sus manos para que siguiera siendo así y de este modo proteger el espíritu salvaje de Nomi y su seguridad al mismo tiempo. Lo que más miedo le daba era que su hermana pudiera correr algún día riesgos excesivos y acabaran pillándola.

Nomi no veía esta oportunidad como un regalo, pero Serina, sí. Quería por encima de todo poder llegar a ser Gracia y tener a Nomi a su lado como doncella.

Una chica, con un vestido con estampado floral que emitía un frufnú al moverse, se paró junto a Serina.

—Es todo increíble, ¿verdad?

Serina evaluó a la chica con una mirada rápida: facciones delicadas, ojos azules preciosos, cabello de un rubio platino tan especial que resplandecía bajo la luz tenue.

—Nunca había visto nada como esto —replicó Serina.

Examinó de nuevo el salón de baile con la mirada e imaginó que el Heredero estaría a punto de hacer su aparición.

—Pues yo nunca había visto nada como tu vestido —dijo la chica—. ¿Te lo ha confeccionado tu madre?

Serina tardó un instante en reconocer la pulla que ocultaba la voz dulce de la chica. Sonrió con benevolencia. No estaba dispuesta a reconocer que, en efecto, su madre se lo había hecho.

—Es tan... interesante —continuó la chica—. En Bellaqua nadie llevaba azul desde hacía muchos años —dijo, barriendo con los ojos el salón.

Serina siguió la mirada de la chica. Era cierto: la estancia estaba repleta de rosas, morados y amarillos. Y en su mayoría, los vestidos eran largos y con infinidad de bordados. Más formales que su vestido: hasta media pierna, vaporoso y rematado con sandalias doradas.

Serina levantó la barbilla y dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia:

—Supongo que estoy de suerte, ya que el azul es el color favorito del Heredero.

Era mentira, por supuesto. No tenía ni idea de cuál era el color favorito del Heredero. Pero la expresión atónita de la chica mereció la pena. Serina se marchó, dejando boquiabierta a la otra muchacha.

De pronto, una oleada de excitación sacudió el salón de baile. Serina se volvió y vio que por fin llegaba el Heredero, acompañado de su hermano.

Malachi inspeccionó el baile con la mirada, evaluando a todas las candidatas. Serina bajó la vista mucho antes de que el escrutinio la alcanzase. Un puñado de potenciales Gracias se aproximó a él. Inés apareció también junto al Heredero. Serina se fijó en que la chica que acababa de hablar con ella se acercaba al grupo destacado, pero decidió quedarse donde estaba de momento. No quería apiñarse con las demás y correr el riesgo de perderse entre la multitud. Le pareció más oportuno salir a la terraza y contemplar los

últimos rayos de sol que teñían el cielo. La luz era encantadora, intensa y dorada, y sabía que haría brillar su piel.

A los pies de la terraza, los canales resplandecían con las tonalidades rosas y anaranjadas de la luz del atardecer. Serina llevaba toda la vida escuchando historias sobre Bellaqua. Situada en el extremo sur de Viridia, la capital era la plaza fuerte de la familia real y también su mayor logro. El primer Superior la diseñó a imagen y semejanza de una antigua ciudad del norte que fue destruida por el Diluvio. Al verla por primera vez, era imposible negar la belleza de la ciudad, aunque tenía también cierto atributo de frialdad: parecía intocable, distante.

Inés por fin llegó a su lado.

—Malachi, esta es Serina Tessaro, de Lanos.

Serina se apartó de la balaustrada y realizó su reverencia más elegante. Cuando se enderezó, levantó la mirada solo hasta los labios del Heredero, que eran carnosos y suaves, y contrastaban con los perfiles duros de su mandíbula. Sería descortés mirarlo a los ojos.

—Es un honor estar aquí, y estoy ansiosa por servirle, Eminencia —dijo, y sonrió.

—¿Serina Tessaro? ¿Te llamas así? —preguntó el Heredero con una brusquedad que ella no se esperaba.

Agachó delicadamente la cabeza, tal y como le habían enseñado, como una flor que se inclina con el viento.

—Sí, Eminencia —replicó, y cambió ligeramente de posición para que la luz cayera justo sobre sus pómulos.

—Baila conmigo —le ordenó el Heredero.

El calor sacudió a Serina como un rayo.

—Sería un honor, Eminencia.

La cogió de la mano y la condujo hacia la pista de baile, donde los músicos estaban dando comienzo a una canción de ritmo veloz y alocado. Serina giró para alejarse de él y para encontrarse de nuevo entre sus brazos. Y aun dando vueltas y más vueltas, se le hizo imposible pasar por alto las miradas de envidia de las demás candidatas. Sus pies volaban marcando los pasos de la danza, y su piel se erizaba allí donde el Heredero la tocaba.

—¿Eres de Lanos? —preguntó Malachi cuando la música se ralentizó.

Serina esperaba que pasara a bailar con otra chica, pero no lo hizo. Todo lo contrario, la atrajo más hacia él. Olía deliciosamente, a caramelo hilado y a vino de especias.

—Así es, Eminencia —respondió—. Está en las montañas. En esta época del año aún hace frío.

—¿Vives con tus padres? ¿Hermanos? ¿Hermanas?

Apenas se movían y estaban marcando solo un balanceo casi imperceptible para seguir el ritmo de la música. El Heredero tenía las manos en las caderas de Serina, y el calor que desprendían se filtraba a través de las vaporosas capas del vestido.

—Con mis padres. Y dos hermanos menores. Mi hermana está aquí en calidad de doncella, Eminencia.

Al finalizar la canción, el Heredero la soltó por fin. El calor de sus manos permaneció hasta mucho después impreso en la piel de Serina. Hizo una nueva reverencia, incapaz de contener una sonrisa.

—Gracias por el baile, Eminencia.

—Ha sido un placer —replicó él.

Y entonces desapareció entre los demás bailarines y se perdió de vista.

Cuando Serina regresó a la terraza, repasó mentalmente las frases que se habían pronunciado, el contacto corporal que había habido, y analizó su conducta. El Heredero se había mostrado aparentemente interesado. La había abrazado. Ella había intentado mantenerse en todo momento bajo una luz favorecedora. Por primera vez en toda la semana, desde que había emprendido el largo viaje desde Lanos, Serina notó que sus hombros se relajaban un poco. Había desempeñado su labor. Y lo había hecho bien, incluso. Tal vez resultase elegida.

¿Y si fuera así?

Esbozó lentamente una sonrisa. Era tan atractivo como se había imaginado.

De pronto, un murmullo recorrió el salón y la despertó de sus pensamientos. Inspeccionó la pista con la mirada en busca del Heredero, pero solo vio dignatarios y Gracias, ni rastro de su chaqueta blanca. Algunas de las candidatas la fulminaron con la mirada.

Y comprender lo que había pasado la impactó como los últimos rayos del sol: el príncipe Malachi se había ido y solo había bailado con ella.

Las candidatas regresaron a la sala de espera, y Nomi corrió al encuentro de Serina antes de que a esta le diera tiempo a recuperar el aliento. Nomi agarró a su hermana del brazo y la arrastró hasta un rincón que quedaba medio escondido por una planta gigantesca colocada en un jarrón de cerámica pintada. Estaba ansiosa, demacrada incluso.

Serina la cogió de las manos, confiando en poder así tranquilizarla.

—Relájate —dijo en voz baja—. Ha ido bien, incluso mejor de lo que esperaba. No tenemos de qué preocuparnos.

Pero Nomi se quedó más triste que aliviada, y antes de que a Serina le diera tiempo a preguntarle qué pasaba, Inés apareció en la sala y todo el mundo se quedó en silencio.

—Flores mías —empezó—. El Heredero me ha transmitido que ha sido un verdadero placer conoceros a todas. Vuestra belleza y vuestra actitud sin parangón han dificultado mucho su elección, pero después de consultar con los magistrados de vuestras provincias y tras la consecuente deliberación, la decisión está tomada.

»En cuanto anuncie a las elegidas, las acompañaré a sus aposentos. El resto, permaneceréis aquí mientras lo disponemos todo para que seáis transportadas de nuevo a la *piazza* mayor de Bellaqua, donde os esperan vuestras familias. Los parientes de las que vayan a quedarse aquí con nosotros serán debidamente notificados de la buena nueva. Y podréis, claro está, enviarles un mensaje a través de los escribanos de *palazzo* cuando así lo deseéis.

Serina le apretó la mano a su hermana. Había llegado el momento. Su antigua vida tocaba a su fin y la nueva estaba a punto de empezar. Las demás chicas se movieron con nerviosismo y susurraron al oído de sus doncellas. Serina empezó a notar el pulso en la garganta.

—Maris Azaria, el Heredero te ha elegido.

Serina examinó con la mirada el grupo de chicas y no le costó en absoluto

localizar a Maris: se había echado a llorar y cruzaba los brazos sobre un vestido rosa con brillantitos. Su cabello negro, liso y largo hasta la cintura, caía como una cortina sobre su cara. Era imposible adivinar si eran o no lágrimas de alegría.

—Faltan dos —le dijo en voz baja a Nomi.

Les quedaban aún un par de oportunidades.

Inés esperó a que la estancia se tranquilizara.

—Cassia Runetti, has sido elegida —anunció, haciendo un ademán hacia una chica situada cerca del estrado.

Era la chica que había hablado con Serina. La delicada mandíbula de Cassia se quedó entreabierta, sus ojos como platos, y luego se echó a reír, provocando un oleaje en su cabello rubio platino. Su vestido era de una calidad excelente, igual que sus impresionantes zapatos de tacón alto. Probablemente fuese de una de las ricas ciudades del este, como Sola o Isla Dorada.

Las demás chicas empezaron a moverse con inquietud y a cuchichear con sus doncellas. Solo faltaba un nombre. Cuando Inés carraspeó para tomar de nuevo la palabra, Serina contuvo la respiración.

—La última Gracia elegida por el Heredero es... Nomi Tessaro.

Fue como si le quitaran de repente un peso de encima. «¡Lo he conseguido!», se dijo Serina. La idea la llenó de alivio y felicidad. Aunque habían cometido un pequeño error. Sonrió a Inés.

—Es Serina Tessaro.

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, flor mía. No has sido tú la elegida —dijo, y sus palabras resonaron en la sala expectante y silenciosa.

Todas las miradas se volvieron hacia Nomi. La visión de Serina se volvió borrosa y contuvo de nuevo la respiración. Inés la miró fijamente y confirmó:

—La elegida ha sido tu doncella. Tu hermana. Nomi Tessaro.

Las voces subieron de volumen, exclamando en tonos de confusión y enojo.

Serina, con el corazón latiendo a un ritmo frenético, miró a Inés y luego a su hermana. La mirada de Nomi era la de un animal salvaje, y su cabello

luchaba por escapar de la contención de su larga trenza. Su sencillo vestido marrón se había enfilado desmañadamente hacia una cadera, y el bajo mostraba un perfil desigual. Incluso así, vestida con sus mejores galas, el aspecto de Nomi resultaba más indomable que nunca. Nomi, una chica que odiaba todo lo relacionado con las Gracias y con lo que estas representaban, acababa de convertirse en una de ellas.



# CUATRO

## NOMI

Nomi se bamboleó, incapaz de respirar. Era un error. ¿Cómo era posible que no fuese un error?

Las chicas a su alrededor empezaban a moverse. Algunas de las candidatas estaban llorando. Otras la fulminaban con la mirada. Inés se encaminó hacia la puerta, seguida por las nuevas Gracias y sus doncellas.

Inés se volvió y le lanzó una mirada de impaciencia. Sin expresar emoción alguna, Nomi se agachó para coger su bolsa. Serina se la arrancó de la mano.

—Pero...

—Nomi, ahora eres una Gracia —siseó Serina entre dientes, echando a andar hacia la puerta.

Nomi la siguió, incapaz de pensar y sin saber qué otra cosa podía hacer. «No soy una Gracia.» Aquello era una alucinación. Un sueño provocado por las fiebres.

Una pesadilla.

Inés las guio por el pasillo, pero en dirección contraria a la biblioteca.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Serina, que tenía las mejillas teñidas de un tono rojizo intenso.

—No lo sé. —Nomi se rascó el cuello con vigor. Era como si la piel

estuviera excesivamente tensa. Como si la asfixiara—. ¿Crees que estará permitido? El *signor* Pietro te eligió a ti, no a mí.

—Es la voluntad del Heredero —se oyó; la voz cortante de Inés las silenció a ambas.

Nomi titubeó y estuvo a punto de tropezar con sus propios pies. Se había mostrado descortés con el Heredero. Desafiante. Él sabía que era una criada, ¿cómo era posible que disponiendo de un salón lleno de mujeres bellas la hubiera elegido a ella?

Nomi no se sentía adulada, sino aterrorizada.

Inés siguió guiando al grupo de chicas por el interminable pasillo y por varias escaleras. La sangre zumbaba en los oídos de Nomi y le costaba respirar sin jadear. En un momento dado, Serina la sujetó por el brazo, tal vez para ayudarla a mantenerse en pie.

Llegaron por fin ante unas puertas de madera tallada con representaciones de peonías y parras custodiadas por un hombre uniformado de negro. El hombre, con expresión inalterable, las abrió de par en par.

Al otro lado de las puertas, una sala circular iluminada con calidez resplandecía de oro y marfil. Los ventanales en arco de medio punto y contruidos en mármol dejaban entrever el laberinto que se extendía más allá de ellos. Estos estaban flanqueados por esculturales helechos en jarrones pintados. En el centro de la sala había divanes de color crema con cojines de terciopelo de tono carmesí. Una de las nuevas Gracias, Cassia, suspiró y unió las manos contra su pecho.

—Aquí es donde nos hemos de encontrar antes de cualquier acto —dijo Inés—. Y aquí es donde el emisario del Heredero os esperará si os convocan para que os veáis a solas con él.

Nomi tragó saliva. Dar elegancia a las funciones de *palazzo* no era el único trabajo de una Gracia. Tanto ella como las otras tendrían que satisfacer al Heredero en sus placeres privados.

Nomi contuvo una oleada de náuseas. Su papel debía haber sido el de servir a Serina, no al Heredero. Para eso se había preparado durante todos los años que su hermana había dedicado a aprender a bailar y a tocar el arpa. Nomi no era capaz, ni quería hacer eso.

—Nuestras dependencias son muy amplias —continuó Inés—. Tenéis permiso para disfrutar de los jardines y de las playas del palacio, pero no para deambular más allá de esas estancias sin escolta. Si alguna lo desea, me encargaré de organizar ese tipo de excursiones. De vez en cuando, nos aventuraremos en Bellaqua, pero solo en salidas especiales que hayan acordado previamente el Heredero o el Superior.

»Como Gracias, nuestro trabajo consiste en complacer, pero también es importante animarnos entre nosotras. Nos necesitamos mutuamente. Ya lo veréis.

Las palabras de Inés transmitían una rara corriente subterránea, pero Nomi estaba tan abrumada que era incapaz de descifrar el mensaje subyacente —si es que lo había— que aquella mujer estaba intentando comunicarles.

Inés las guio por un laberinto de salas decoradas en amarillos y rosas, con gruesos cortinajes de damasco y delicado mobiliario. Las distintas puertas daban acceso a cuartos de baño embaldosados, grandes balcones con balaustradas de mármol, un comedor impresionante y gigantescos vestidores con ropa y los saltos de cama más bonitos que las obreras textiles de Lanos podían crear. Nomi conocía bien el valor de aquellas prendas; su madre, y otras como ella, se habían dejado la piel para confeccionarlas. A Serina le habían contado que las Gracias vivían rodeadas de lujo, pero aquello iba mucho más allá de lo que pudiera haber llegado a imaginarse.

En las distintas estancias, grupos de Gracias jugaban a «Santos y marineros» o bordaban, supervisadas en silencio por hombres vestidos con librea blanca. A Nomi no le cabía la menor duda de que aquellos hombres escuchaban, observaban e informaban de todo al Superior. Algunas Gracias paseaban por las terrazas o hablaban en voz baja mientras saboreaban una taza minúscula de humeante café. Pese a que había docenas de mujeres, en todas las estancias reinaba la paz y la serenidad, sin que las risas o las voces subidas de tono las alteraran.

Nomi odió todo aquello al instante. La opulencia. El silencio. Las falsas sonrisas de las mujeres. Podría haber sobrevivido en aquel mundo como criada —en aquel entorno, la invisibilidad contenía un elemento evidente de libertad—, pero jamás sería capaz de cultivar la serenidad tal como hacían

aquellas Gracias. Tal como podría haberlo hecho Serina.

Cuando Inés enseñó a todas las Gracias y a sus doncellas sus respectivas habitaciones, Nomi se tambaleaba de agotamiento y se sentía desbordada por las preguntas que amenazaban con romper el silencio.

—En vuestras habitaciones encontraréis refrescos —informó Inés—. Os despertarán para que bajéis a desayunar. Doncellas, mañana por la mañana os presentaré a la Doncella Jefa. Ella se encargará de explicaros vuestros deberes. —Miró a Nomi entrecerrando los ojos—. Imagino que tu hermana pasará a ser tu doncella. De lo contrario, te asignaremos otra de palacio.

Nomi tenía la lengua pegada al paladar, seca como arena, pero consiguió responder: «Quiero que sea Serina», con voz entrecortada.

Las hermanas se quedaron por fin solas. La habitación estaba fría debido al viento que entraba por la ventana abierta. Había una cama con colchón de plumas, cubierta con un dosel con cortinajes confeccionados con tejido dorado. Las velas que decoraban el tocador perfumaban la estancia con aroma a rosas y vainilla. Junto a las velas, una bandeja con fruta fresca y pan. En el exterior, la luna en cuarto creciente rozaba el horizonte, y su reflejo bailaba sobre un mar inquieto. Desde aquel lado del *palazzo*, en vez del brillo y el resplandor de la ciudad, solo se vislumbraba agua.

Nomi se volvió hacia su hermana. Un nudo tenso en la garganta le impedía expresar las muchas cosas que tenía que decirle. Se dejó caer con desazón a los pies de la cama.

—¿Qué ha pasado?

Serina se agachó y se quitó las sandalias tirando sin miramientos de las correas. Nomi tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Estaba en el pasillo... y entonces el Heredero y su hermano aparecieron de repente. Los tenía allí, justo enfrente, y... —Se interrumpió, respiró hondo y siguió hablando con voz titubeante—: Me pillaron desprevenida, y yo... yo no quería..., pero dije algo que no debería haber dicho.

—Ay, Nomi, ¿cómo has podido? —replicó con dureza Serina.

Estaba enfadada, por supuesto. Su hermana nunca había llegado tan lejos, nunca las había expuesto a un riesgo tan grande. Nomi aporreó con el puño cerrado la elegante colcha.

—Ojalá no me hubiera tropezado con él. Me quedé tan sorprendida... Sobre todo... porque... —A regañadientes, sacó de la bolsa el libro de leyendas. Serina se pondría furiosa, pero era mejor sincerarse lo antes posible para intentar solucionarlo. Para urdir algún plan—. También ha pasado esto.

Serina se quedó paralizada. Las sandalias le colgaban de las puntas de los dedos, totalmente olvidadas.

—¿De dónde has sacado ese libro?

—Justo al lado de los lavabos había una biblioteca. La vi y... entré. Era fabulosa. Había tantísimos libros, estanterías que llegaban hasta el techo... —dijo Nomi con los ojos vidriosos solo de pensar en aquel lugar.

—Y entonces ¿qué? ¿Se te ocurrió que podías llevarte uno? —inquirió Serina con la voz temblando de rabia—. Esto es lo peor que has hecho en tu vida. Decir lo que piensas, salir de casa sin avisar, eso son cosas terribles. Pero esto... Pasearte con un libro por los pasillos del *palazzo*, como si el castigo no fuera un infierno... ¿Lo ha visto el Heredero? —preguntó Serina, cuya rabia se había transformado en pánico.

—No, lo llevaba escondido. —Nomi tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. La vergüenza le hervía en las venas—. Pero mi impertinencia fue terrible. Esperaba un castigo, no... esto.

—Da igual lo que esperaras. —Serina abrió el minúsculo armario que había al lado del camastro destinado a la doncella y tiró los zapatos dentro. Chocaron contra la madera con un ruido sordo. Nomi se estremeció—. El caso es que llamaste su atención. Y que ahora eres una Gracia. Enhorabuena.

Las lágrimas de Nomi le abrasaban las mejillas.

—Yo no quería. Esto no es un premio, Serina. ¡Tendríamos que poder elegir!

—Fue lo que escogí yo —soltó Serina, furibunda.

—No —replicó Nomi, con el corazón dolido—. Si no tienes libertad para negarte, no puede decirse que tengas elección. ¡Un sí no es para nada lo mismo cuando es la única respuesta permitida!

—Eres una ingenua —dijo Serina, echando chispas por los ojos.

Hizo un gesto con la intención de desabrocharse el vestido por la espalda. Nomi corrió a ayudarla y desató los cordones del apretado corsé de su

hermana.

Serina se desvistió, se puso uno de los camisonos andrajosos que contenía la bolsa de Nomi y se sentó en el camastro de la doncella.

—Todo esto me parece increíble.

—Si ves que te resulta insoportable, vuelve a casa —propuso Nomi. Le dolía el corazón por su hermana, aunque eso no significaba que la entendiese. ¿Por qué no se sentía aliviada? Nomi se desvistió y se puso el otro camison—. No tienes por qué ser mi doncella. —Solo de pensarlo fue como si la perforasen gélidas lanzas de terror. Deseaba que Serina se quedase a su lado. Para sobrevivir allí necesitaba a su hermana—. Por una vez, puedes elegir.

—¿Consideras que esto es una elección? —dijo Serina, riendo con amargura—. Te quiero, hermana, por muy exasperante que seas. Y jamás permitiría que tuvieses que enfrentarte sola a lo que se te viene encima.

—Nuestro padre podría encontrarte un hombre rico con quien casarte —insistió Nomi—. Podrías tener hijos.

Serina se tumbó en el camastro y cerró los ojos.

—No te abandonaré —ratificó, empleando un tono terminante.

A Nomi le dolía el corazón de miedo y de arrepentimiento. Miró la cama situada al lado de la ventana y luego a su hermana. Deseaba más que nada en el mundo poder estar de nuevo en la pequeña habitación que compartían en Lanos, acurrucadas la una junto a la otra.

—¿Quieres dormir aquí conmigo? Hay espacio más que suficiente.

Pero Serina se había puesto de lado, dándole la espalda. El significado del gesto era claro: no abandonaría a su hermana, pero tampoco la perdonaría.

Nomi se metió sola en la cama.

Durante toda la noche, notó el aire tensándole los pulmones, como si tuviera el pecho acorazado.

«Soy una Gracia.»

# CINCO

## SERINA

Cuando amaneció, Serina ya estaba vestida, ojerosa y hambrienta, y escuchando las explicaciones de la Doncella Jefa sobre cómo tenía que devolver los platos sucios, las comidas que podía solicitar en la cocina para Nomi y dónde encontrar todo lo necesario para limpiar la habitación. Cada doncella tenía, además, tareas asignadas en las zonas comunes: limpiar el polvo, barrer, llevar la ropa a la lavandería... una lista interminable. Durante todo el sermón, Serina intentó combatir el pánico que la embargaba. Se recordó a sí misma su capacidad de aprendizaje. Podía aprender a ser doncella igual que se había formado para ser candidata a Gracia.

La Doncella Jefa condujo a Serina y a las demás chicas a una sala gigantesca donde había centenares de vestidos, estanterías llenas de zapatos y baúles con lencería fina.

—Buscad la ropa que mejor os parezca para vuestra Gracia —ordenó—. Hay todo tipo de tallas; comunicadme cualquier retoque necesario para que programe una cita con nuestras modistas. —Abrió entonces una puerta en el fondo de la sala que daba acceso a un pequeño anexo con más estanterías—. Aquí encontraréis vuestros uniformes. Podéis coger tres conjuntos cada una. Los lavaréis una vez a la semana.

Serina se sumergió entre las montañas de exquisitas prendas y acarició con la punta de los dedos sedas y encajes. Eligió un vestido de color verde claro que pensó que complementarían fabulosamente el tono de piel de Nomi y un vestido de noche negro entretejido con hilo de plata. Fue apilando conjuntos en el brazo y pensó en su madre.

Mama Tessaro había presionado muchísimo a Serina desde el mismo instante en que se dio cuenta de que su hija sería una belleza. Nunca había permitido que dudase de su capacidad para llegar a Gracia. Jamás le había permitido bajar la guardia ni dejar de ser una chica elegante, obediente y preparada. Y al concentrarse tanto en Serina, había pasado por alto la personalidad de Nomi.

Había obviado la rabia de su hija pequeña al ver que Renzo podía ir a la escuela y ella no. Había ignorado su carácter rebelde, su convicción de que se merecía el mismo trato y disfrutar de los mismos derechos que un hermano que había nacido solo unos minutos antes que ella. Nomi siempre había deseado ser Renzo, siempre había querido gozar de las libertades de un chico. A Serina le resultaba difícil imaginarse qué habría hecho su madre de haberse dado cuenta de todo aquello. Habría castigado a Nomi a permanecer encerrada en casa o, peor aún, la habría delatado a las autoridades. Pero Mama Tessaro solo había visto aquello que quería ver: la belleza de Serina, la utilidad de Nomi.

Serina, en cambio, lo había visto todo. Sabía que su hermana poseía conocimientos que sobrepasaban los de una doncella. Pero Nomi no había aprendido a ser una Gracia. Esa tarea implicaba asuntos más profundos que saber bailar, bordar y tocar el arpa. Nomi nunca había aprendido lo que comportaba la sumisión.

Serina, sí.

«El heredero tendría que haberme elegido a mí.»

Cogió tres uniformes y varios pares de zapatos. Volvió a la habitación y colgó con cuidado los vestidos en el armario, dejando uno con estampado floral a los pies de la cama de Nomi. Entonces sacudió un poco a su hermana para despertarla.

Nomi abrió lentamente los ojos y, cuando se sentó, Serina vio el rastro de



lágrimas secas que le teñía las mejillas. Sabía que había pasado prácticamente toda la noche despierta, la había oído moverse inquieta de un lado a otro y suspirar. En parte deseaba abrazar a su hermana, estrecharla con fuerza y decirle que todo iría bien. Pero el enfado seguía siendo demasiado grande, y su orgullo estaba aún excesivamente herido.

—Tenemos que asearte —dijo apresuradamente Serina.

Se acercó al pequeño lavabo y humedeció un paño con agua caliente para limpiarle la cara a su hermana.

—No ha sido un sueño —susurró Nomi.

No era una pregunta, pero los ojos de la recién elegida Gracia escudriñaron el rostro de Serina, suplicándole que la contradijera. La doncella negó con la cabeza.

—No, lo siento.

Los ojos de Nomi se enrojecieron, como si fuese a echarse a llorar otra vez. Serina intentó guiarla hacia el cuarto de baño.

—Tienes el desayuno en la terraza dentro de un cuarto de hora. Y luego una sesión de pruebas con las modistas.

—Necesito un minuto —pidió Nomi, rascándose la frente—. Creo... creo que no voy a poder comer.

—Me parece que eso no es opcional.

Serina depositó el vestido estampado en los brazos de su hermana. Nomi siempre había sido la encargada de ayudar a Serina a vestirse con elegancia, a maquillarse y a peinarse. Todo aquello le resultaba ajeno. Pero no podía permitirse el lujo de pensar en ello.

Nomi se quedó mirando el vestido.

—No puedo ponerme esto. Es casi transparente.

—Qué va. Es de buen gusto. —Serina se llevó las manos a las caderas—. Has dejado de ser una criada. Tienes que vestirte para seducir. Tienes que...

—No quiero seducir —replicó Nomi—. Jamás me pondría un vestido así.

—Tú tal vez no, pero yo sí —declaró Serina.

Siguió un momento de tensión y entonces, resoplando, Nomi hizo lo que le ordenaba su hermana. El vestido le quedaba un poco grande, pero Serina pasó una cinta por la cintura y luego por debajo del pecho y la ató en la nuca. El

improvisado escote halter acentuaba las curvas de su hermana.

—Casi no puedo respirar —se quejó Nomi.

—Yo llevaba años sin respirar a gusto —le espetó Serina—. Te acostumbrarás.

La doncella se puso el uniforme. Era un vestido sencillo marrón con un delantal blanco. El tejido era rasposo y el color horrible.

Cuando sentó a Nomi delante del tocador y abrió el neceser de los cosméticos, esta cogió una barra de kohl.

—Ya lo hago yo —dijo—. Tú no sabes.

Nomi había sido durante años la encargada de maquillar a Serina.

—Pues tendrás que enseñarme.

Serina no pudo evitar estudiar el reflejo de su hermana, compararlo con el suyo propio y preguntarse qué sería lo que habría decantado la balanza a favor de Nomi. Los ojos de color ámbar de su hermana proyectaban más fuego que sus iris castaño oscuro, pero la piel de Serina era inmaculada, y su cabello, grueso y brillante. Las mejillas de Nomi tenían un matiz rojizo y siempre cerraba la boca con excesiva fuerza, lo que hacía que sus labios parecieran más finos. Su aspecto era cansado y ansioso, y, además, parecía más joven de lo que era en realidad.

—Resáltate los ojos —le ordenó Serina—. Son tu punto fuerte.

Se sentó a los pies de la cama. Imaginó que tendría que arreglar las sábanas, asear la habitación, pero se quedó mirando a Nomi mientras se maquillaba.

Cuando terminó, miró a Serina a través del espejo e hizo una mueca.

—Me veo ridícula con tanto maquillaje.

—Estás bien —dijo Serina.

Se levantó para cepillarle el cabello a Nomi. Tenía las puntas secas y necesitaba un tónico para darle brillo. Pero por suerte era grueso, como el de Serina. La ayudó a recogerse en un recatado moño a la altura de la nuca. Luego, Nomi insistió en hacerle las trenzas a su hermana.

Ahora, por fin, cada una tenía el aspecto que le correspondía según su papel: Serina, la doncella, y Nomi, la Gracia.

Con tristeza, las dos frunció el entrecejo.

—Vamos —apremió Serina—. Tengo que limpiar.

Nomi no se movió.

—Serina, lo siento muchísimo.

A esta se le partió el corazón al ver el miedo que reflejaban los ojos de Nomi. Sabía que tendría que reconfortarla, que debería dejar de mostrarse tan fría con su hermana. Pero también ella se estaba enfrentando a una realidad completamente nueva. Y con un suspiro, dijo:

—Ya lo sé.

Nomi miró hacia el espejo y fijó la vista en algún objeto que quedaba por encima del hombro de Serina. Esta se volvió y se quedó blanca al instante al seguir la mirada de su hermana y ver aquello. Era el libro, en la mesita de noche, a la vista de todo el mundo.

Serina corrió a cogerlo.

—Tienes que esconderlo. O tirarlo por la ventana. Es peligroso, Nomi.

Pero cuando vio la cubierta, dudó unos instantes. ¿Por qué le resultaba tan familiar? Acarició las letras grabadas. Nomi se sentó a su lado.

—Es el libro de las leyendas. El mismo que tenía Renzo. Lo vi y no pude evitarlo. Todo es tan distinto aquí..., y cuando lo vi fue como si hubiera encontrado un trocito de nuestro hogar.

Serina se ablandó aun sin ser esa su intención. Recordó las noches de secretismo, cuando Nomi y Renzo le leían con unas voces que sonaban luminosas como la llama de las velas, que parecían una protección contra la oscuridad. Serina abrió el libro por la primera historia.

—«Los pájaros del amor», ¿verdad? Siempre fue mi favorita.

Nomi sonrió.

—Me pediste tantas veces que te la leyera que te la aprendiste de memoria.

La expresión de Serina se volvió triste al fijar la vista en las palabras que era incapaz de leer. El pasado la presionaba y era un peso sobre el corazón.

—No sé si aún me acordaré.

Nomi sonrió.

—Inténtalo.

Serina cerró los ojos y regresó con la imaginación a aquel rincón de la

habitación de Renzo iluminado con la luz de las velas.

—Mucho antes de que nacieran los antepasados de nuestros antepasados, aquí no había nada —murmuró, descubriendo que el recuerdo de la historia seguía vivo en su cabeza—. Viridia no existía, y el océano bañaba sin cesar esta amplia extensión de vacío, sin costa contra la que arrojarse ni acantilados que pudieran... —Se oyó la puerta de la habitación y Serina, quedándose a media frase, abrió los ojos de golpe— forzarlo a descansar.

—Nomi, tendrías que estar... —Inés se interrumpió en seco y miró fijamente a Serina, que tenía el libro en las manos. Detrás de ella apareció uno de los hombres vestidos de blanco—. ¿Qué estáis haciendo?

—Estábamos... —empezó a decir Serina, pero luego vaciló. ¿Qué podía responderle?

El hombre del Superior dio un paso al frente.

—Acompáñame, Serina —dijo Inés, y su expresión se endureció.

La muchacha se levantó de la cama con el libro en la mano. El hombre se lo arrancó.

—Esperen —dijo Nomi acongojada—. No lo entienden. Es...

Pero antes de que le diera tiempo a terminar la frase, se llevaron a Serina, y ella se quedó mirando al vacío. Cuando el hombre del Superior arrastró a Serina para sacarla de la habitación, se volvió hacia Nomi. Luchó con todas sus fuerzas contra la mano que la agarraba del brazo. Luchó por poder ver por última vez a su hermana.

Nomi se abrazó y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Sola en aquella habitación tan grande se la veía minúscula, empequeñecida por la gigantesca cama con dosel. Serina cayó en la cuenta de que nunca, hasta aquel momento, había visto a Nomi sin nadie a su lado; siempre estaba acompañada por Renzo, por su madre o por ella misma. Nomi nunca había estado tan dolorosa e irremediamente sola.

La puerta de la habitación se cerró entre ellas con un portazo estruendoso.

Serina estaba esperando a conocer su castigo en una pequeña habitación oscura de las profundidades del palacio. Consideraba poco probable que el

Superior le dejase seguir siendo doncella de Nomi. Aunque cabía la posibilidad de que, después de un período de prueba, pudiera reincorporarse. O que la castigarán con unos latigazos y le permitieran seguir llevando a cabo sus tareas de inmediato.

Serina jamás se había imaginado que desearía ser azotada.

No había confesado que el libro era de Nomi, ni que su hermana sabía leer. Inés había sorprendido a Serina en una posición comprometida, y si revelaba la verdad las hundiría a las dos.

«Si hubiera escondido el libro enseguida...»

«Si Nomi no lo hubiera robado...»

Las posibilidades sin sentido daban vueltas sin parar en su cabeza mientras deambulaba de un lado a otro de la pequeña estancia.

—Serina Tessaro. —Un hombre alto vestido de verde acababa de abrir la puerta—. Serás llevada de inmediato en presencia del Superior.

El corazón le dio una sacudida.

Siguió al hombre por los pasillos de una parte del palacio alejada de la zona donde estaban ubicadas las habitaciones de las Gracias y, aun así, Serina no pudo evitar intentar mirar por todos lados en busca de Nomi.

El criado bajó finalmente el ritmo. Serina esperaba encontrarse con una sala de recepción, una estancia imponente. Pero el hombre la había conducido hasta una habitación de reducido tamaño repleta de estanterías.

La biblioteca.

El Superior estaba sentado en un sillón de cuero, al lado de la ventana. Su rostro tenía un tono grisáceo y estaba tan delgado que daba la impresión de que los huesos estuvieran intentando traspasarle la piel. Sus ojos, sin embargo, echaban chispas.

—Serina Tessaro —dijo. Su voz fue tan parecida a un viento gélido que a Serina se le puso la piel de gallina—. La Primera Gracia dice que sabes leer.

Serina bajó la mirada hacia las baldosas del suelo. Se había quedado paralizada y era incapaz de responder. Apenas podía respirar. El Superior no había dicho, aún, nada amenazador, pero la miraba como si fuera un halcón. Como si ella fuese su presa.

—¿Quién te enseñó? —preguntó, como si el fuego fundiera mínimamente

el hielo.

—Nadie —musitó Serina.

El Superior cambió de postura, y la chica captó el chirrido de sus huesos al rozar unos con otros. Tragó bilis.

—¿Tu padre? ¿Un primo?

«Ay, Nomi. ¿Qué has hecho?»

Apesadumbrada, Serina negó con la cabeza. Pero tenía que decir algo. Tenía que mentir. No podía permitir que castigaran a su familia.

—Yo... yo... aprendí sola —tartamudeó—. Robé libros.

La estancia se quedó en silencio unos instantes, con la excepción del sonido de las olas que se filtraba por la ventana abierta.

El Superior se enderezó en su asiento y el cuero crujió.

—Igual que robaste el mío.

Serina bajó la cabeza, aterrada. Cada vez que el Superior respiraba era como si lanzara una flecha, y ella era el blanco.

—¿Y tu hermana? ¿Comparte esta afición? Dicen que las hermanas tienen muchas cosas en común.

Serina hizo un gesto negativo con la cabeza, muda por completo. En parte deseaba decir que sí y dejar que Nomi se enfrentara a las consecuencias de sus actos. Pero no podía hacerle aquello. Lo único que conseguiría era que las castigasen a ambas.

—No sabe leer, Eminencia. Ni siquiera estaba al corriente, hasta hoy, de que yo sí. Por favor, por favor..., ella no tiene nada que ver.

—Ummm...

El Superior permaneció varios minutos sin decir nada.

Serina no soportaba la idea de tener que levantar la vista, ni siquiera toleraba el siseo de la respiración del Superior: inspirar, espirar; inspirar, espirar. Se puso a rezar.

«Que me castigue con latigazos, por favor, con latigazos.»

Pero incluso antes de que el Superior pronunciara su sentencia, el instinto la avisó de que el castigo sería mucho peor.

# SEIS

## NOMI

Nomi cogió la bolsa y, furiosa, la lanzó hacia el otro lado de la habitación. El desagradable sonido que emitió al chocar contra la pared la hizo llorar con más fuerza, consumida como estaba por el miedo a lo que pudiera pasarles a su hermana y a ella. Tenía el estómago vacío pero revuelto. Se tumbó en la cama, en el hueco que el cuerpo de Serina había dejado en las finísimas sábanas. Se acurrucó, cerró los ojos e intentó bloquear hasta la más mínima esquirla de cortante luz diurna y todos sus pensamientos. Todos sus remordimientos.

Pero la voz de su hermana regresaba sin cesar. «Mucho antes de que nacieran los antepasados de nuestros antepasados, aquí no había nada.»

Una noche, haría cosa de un par de años, Serina había recordado aquella historia por puro placer. Estaban acurrucadas en el suelo de su pequeño cuarto, tumbadas sobre una de las mantas que confeccionaba su madre. Renzo debía estar estudiando sumas, pero también se detuvo a escuchar y se recostó en el suelo sobre los codos, con las piernas estiradas hasta tocar con la pared.

«Una tarde a última hora —había recitado de memoria Serina con la voz melosa que había adquirido gracias a sus últimas lecciones de canto—, cuando el sol se refugiaba en el horizonte y la luna se despertaba de su letargo,

dos pájaros volaban sobre el camino creado en el agua por los rayos del sol poniente. Su vuelo era inestable y con altibajos, sus maltrechas alas apenas los mantenían en el aire. De vez en cuando, uno de ellos flaqueaba, perdía todas las fuerzas que le quedaban y caía hacia el agua. El otro se lanzaba en picado rápidamente, lo cargaba a su espalda y lo transportaba durante un rato.

»Los dos pájaros viajaron de esta manera durante muchas leguas, hasta que el camino señalado por el sol se desvaneció y apareció en su lugar la senda plateada de la luna. El océano brillaba y bailaba bajo los pájaros, intrigado por el amor evidente que la pareja se profesaba. El océano nunca había amado nada con tanta intensidad como para ser capaz de cargar el peso de otro a su espalda para garantizar su supervivencia. No comprendía por qué los pájaros no pensaban más en sí mismos, por qué el más fuerte no abandonaba al más débil y seguía adelante.

»El océano tardó un tiempo en comprender que, por separado, los pájaros nunca habrían llegado tan lejos —había continuado Serina, pasando un brazo por encima del hombro de Nomi—. Que su amor, su sacrificio, era su fuerza. Cuando al final las dos aves, con sus luminosas plumas rojas y verdes deslustradas por el largo viaje, no pudieron seguir manteniéndose alejados de aquellas aguas infinitas, el océano se apiadó de ellos. Como recompensa a su constancia, empujó desde sus profundidades una amplia extensión de tierra: montañas enormes y frondosas con aguas dulces y transparentes, gigantescos cipreses y todo tipo de frutas, bayas y semillas. Los pájaros del amor se posaron en las sombreadas y frescas ramas de un olivo y se abrazaron con sus exhaustas alas para empezar a acicalarse mutuamente con el pico. Y, por fin, pudieron descansar.»

En aquel momento, no era más que un relato, pero ahora sentía a Nomi en sus entrañas. Serina la quería como se amaban aquellos pájaros, lo bastante como para sacrificarse por su hermana. Podría haber dicho que el libro no era de ella. Podría haber confesado que la que sabía leer era Nomi. Pero no lo había hecho porque habrían ido también a por ella.

Nomi no tenía ni idea de qué podía haber pasado con Serina, no sabía si volvería a ver a su hermana. Pero estaba segura de que la habría protegido, como siempre. Nomi era la que cometía los errores; Serina, la que



solucionaba los problemas.

Se abrazó el vientre, bloqueada por la tristeza y la culpabilidad.

Acabó quedándose dormida, con la sábana mojada por las lágrimas, y soñó que estaba abrazada a su hermana.

Cuando se despertó, notó que alguien se cernía sobre ella.

—¿Serina? —murmuró con voz ronca.

—Es hora de levantarse —dijo una voz delicada—. Has dormido todo el día.

Nomi, asaltada por el peso de la realidad, se sentó rápidamente. La chica se apartó un poco para guardar una distancia respetuosa.

—Lo siento —añadió—. No era mi intención asustarte.

Sería más o menos de la misma edad que Nomi y era una chica delgada, de piel morena y cara pequeña de facciones angulosas. Su cabello rubio oscuro estaba recogido en una única trenza que le colgaba sobre la espalda, y seguía mirando a Nomi, de pie y con las manos unidas a la altura de la cintura. No tenía ningún rasgo remarcable, nada que destacar, con la excepción de que no era Serina.

—Soy Angeline, tu nueva doncella —informó la chica, haciendo una pequeña reverencia—. Te he traído algo de comer. La hora del almuerzo ya ha pasado hace rato. —Señaló una bandeja con pastelitos que había en el tocador—. Las espirales de almendras son mis favoritas. ¿Las has probado? Son una especialidad de Bellaqua.

Nomi miró a su alrededor, desorientada por el sol de la tarde que iluminaba la habitación. La ropa que había metido en la bolsa estaba doblada y perfectamente colocada sobre un silloncito tapizado que había en la esquina. Por la ventana abierta entraba una ligera brisa. De fondo se oía el murmullo de las olas.

Todo aquello —la preciosa habitación, la cama confortable y el tiempo encantador que hacía— le producía náuseas. Percibía la ausencia de Serina como aquel que pierde un brazo o una pierna. ¿Cómo conseguiría sobrevivir allí sin ella?

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó.

Angeline movió la cabeza en un gesto negativo.

—No lo sé, lo siento...

Nomi se levantó de un brinco, decidida a ir en busca de Inés o de cualquier otra persona que pudiera conocer el paradero de Serina, pero el movimiento brusco provocó una explosión de colores en sus ojos. Se tambaleó.

—Tendrías que comer algo —dijo Angeline. Con vacilación, posó la mano en el brazo de Nomi para guiarla hacia el tocador—. Ha dicho Inés que tampoco has desayunado. Debes de estar muerta de hambre.

Nomi se dejó caer en la delicada silla de hierro forjado. Deseaba rechazar la comida, incluso el zumo de frutas de color rosa servido en una copa helada de cristal, pero llevaba en ayunas desde la mañana del día anterior. Nomi dio un mordisco a una pasta y el *cornetto* de mantequilla se deshizo en su boca. Angeline se retiró hasta la puerta entreabierta del cuarto para concederle un poco de intimidad. Por un momento, Nomi tuvo la sensación de que la doncella estaba montando guardia y ella era una prisionera.

Al cabo de un instante, sin embargo, la pasta se transformó en harina y empezó a costarle tragar. Tenía que averiguar dónde se habían llevado a Serina y qué iba a ser de ella. Nomi no conocía ningún caso de una mujer que hubiera sido sorprendida leyendo y, en consecuencia, desconocía cuál podía ser el castigo. Pero estaba segura de que alguien lo sabría. Tal vez enviaran a Serina a un campo de trabajo, o a una fábrica. En el mejor de los casos, era posible que le permitiesen seguir trabajando en palacio, pero en un puesto de muy baja categoría. De ser así, al menos podría tenerla cerca.

Se incorporó despacio, para no volver a marearse, y se dirigió hacia la puerta.

—Angeline —llamó—, me gustaría hablar con Inés.

La doncella bajó la vista.

—Lo siento. Tengo que acompañarte a que te asees.

Nomi abrió la boca con la intención de protestar, pero volvió a cerrarla enseguida. No podía echar a correr por los pasillos y preguntar a todo el mundo qué había pasado con su hermana. Llamar la atención no la ayudaría en nada. Tendría que esperar a que se le presentara la oportunidad más indicada.

—De acuerdo —aceptó.

Guiada por Angeline, Nomi atravesó varias salas vacías y luego una terraza desde la que accedió a un gran salón con una cúpula abovedada de cristal sujeta mediante delicadas cenefas metálicas en forma de espiral que destellaban bajo el sol de la tarde. Excavada en el suelo de losas de pizarra había una piscina con agua humeante. Ante tal derroche de lujo, Nomi solo pudo pensar en la pequeña bañera picada de su casa, con sus quejumbrosas tuberías que daban solo dos minutos de agua caliente al día. Serina era la que se bañaba primero, y aquel lujo era siempre para ella.

Nomi tuvo que esforzarse por no romper a llorar.

Las nuevas Gracias estaban sumergidas en la piscina con el agua hasta el cuello escoltadas por sus doncellas, que permanecían arrodilladas al borde del agua para cepillarles y lavarles el pelo. En la esquina, junto a la puerta, uno de los hombres del Superior montaba guardia de espaldas a la escena para dar cierta impresión de intimidad.

Después de que Angeline la ayudara a despojarse de su arrugado vestido, Nomi se sumergió en la piscina, que era poco profunda, y al sentirse envuelta por el agua caliente no pudo evitar emitir un suspiro. Mientras la doncella preparaba una vertiginosa variedad de jabones y cremas, Nomi aprovechó para sumergir la cabeza.

—Vaya, nuestra pequeña ermitaña —dijo Cassia, la rubia, cuando Nomi volvió a emerger—. ¿Ya empiezas saltándote comidas y formación el primer día? ¿No te preocupa que el Heredero se entere?

—No —le espetó Nomi.

Le daba completamente igual que el Heredero estuviera descontento con ella. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

—Esta mañana se han llevado a mi hermana Serina. ¿La has visto? ¿Has oído algo?

Cassia esbozó una mueca de falsa preocupación y abrió de par en par sus ojos de color azul genciana.

—He oído rumores sobre un... incidente. Me han comentado que la han alejado de *palazzo*.

«Alejado.»

¿Habrían vuelto a enviarla a Lanos? Nomi se la imaginó llegando

deshonrada a casa. Sus padres la repudiarían. Sus perspectivas de matrimonio con un hombre rico se esfumarían por completo. Lo más probable era que entrase a trabajar en la fábrica textil. El único que estaría a su lado para consolarla sería Renzo, aunque no podría hacer nada por ella.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Nomi.

Cassia se encogió de hombros, y el movimiento provocó un pequeño oleaje en la superficie de la piscina.

—Una de las Gracias del Superior. Por lo visto, Rosario conoce los secretos de todo el mundo.

—De todo el mundo, no —murmuró Maris. La chica tenía el cabello negro peinado hacia atrás, lo que destacaba unos pómulos marcados, una piel de color marfil y unos luminosos ojos castaños. Cuando se dio cuenta de que Nomi estaba mirándola, se explicó mejor—. Rosario no sabía si tu hermana estaba enferma o si había hecho algo mal. ¿Está bien de salud?

Nomi sintió una punzada en el estómago. Ojalá lo supiera. Pero la preocupación de Maris, a diferencia de la de Cassia, parecía sincera.

—Serina no está enferma —fue todo lo que se vio capaz de decir.

En silencio, Angeline empezó a enjabonarle el pelo, y su presencia le recordó que, estuviera donde estuviese Serina, no iba a regresar. O, al menos, no iba a volver pronto.

—Qué alivio —dijo con dulzura Cassia. Sacudió su cabellera rubio platino, salpicando con el movimiento la cara de Nomi, y salió de la piscina—. Aunque eso querrá decir que algo habrá hecho mal, ¿no? —añadió, ladeando la cabeza como si se le acabase de ocurrir.

Nomi no respondió, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener a raya su rabia. Cassia sonrió satisfecha, y su doncella la cubrió con un albornoz.

Cuando la chica se hubo ido, Nomi se inclinó hacia delante, escondió la cara entre las manos y dijo:

—¿Por qué está tan contenta?

—Porque cree que tu escándalo acabará beneficiándola —le respondió Maris—. El Heredero tiene que elegir una favorita, y Cassia confía en que la suerte recaiga en ella. Se ha puesto como objetivo convertirse en la Primera Gracia del Heredero.

—¿Quiere dar a luz al próximo Heredero? —Nomi se estremeció. ¿Cómo podía ser eso el objetivo de alguien?—. Pues todo para ella, oye.

Los ojos oscuros de Maris brillaron, pero entonces Nomi vio de refilón a Inés en el pasillo y la dejó sin tiempo a replicar.

Nomi salió corriendo de la piscina, salpicando por completo a Maris con sus prisas. Angeline correteó tras ella con un albornoz.

—¡Inés, espere! —gritó con todas sus fuerzas Nomi.

Esta se paró en seco y la miró con mala cara.

—Tiene que explicarme... —empezó a decir Nomi.

Inés agarró a Nomi y tiró de ella por el pasillo. Entraron en una sala vacía. Los últimos rayos de sol se filtraban a través de las ventanas abiertas, que Inés cerró enseguida.

—No se te ocurra volver a desafiarme de esta manera —dijo Inés muy seria—. Que sea la última vez que te diriges a mí con gritos y preguntas. Y muy especialmente cuando los hombres del Superior están presentes. ¿Entendido?

—¿Qué le ha pasado a mi hermana? —preguntó Nomi, sin dejarse disuadir.

Ella tendría que haber sido castigada. El libro lo había cogido ella. Ella había cometido el crimen.

—El libro... no era... —empezó a decir, temblando.

—Tu hermana se responsabilizó de sus actos —la interrumpió Inés—. Nada de lo que puedas decir servirá para cambiar su destino.

—Pero...

—Nada. Ya está hecho. —La mirada de Inés transmitía una advertencia tácita. Si Nomi revelaba la verdad, Serina quedaría como una mentirosa, lo cual era, de por sí, merecedor de un castigo—. Lo único que puedes hacer es dejar de formular preguntas y seguir las reglas. Te guste o no, tu vida a partir de ahora es esta.

Y de inmediato, salió de la sala, dejando a Nomi totalmente destrozada.

# SIETE

## SERINA

La barca cabeceaba, y el movimiento enviaba continuamente a Serina y a las demás prisioneras contra la resbaladiza barandilla metálica. Le dolía todo el cuerpo como consecuencia del tira y afloja constante que padecían sus muñecas, sujetas a un aro oxidado colocado justo debajo de la barandilla. Cuando se volvió para ver el resplandor de Bellaqua achicándose a sus espaldas, las lágrimas se sumaron a la película de agua de mar que le cubría las mejillas.

Era consciente de que una mujer que supiera leer constituía una ofensa grave, y esperaba que el Superior la castigase por ello. Pero jamás se habría imaginado aquello.

Era como si todo fuera irreal, excepto el dolor que sentía en los brazos y la gélida espuma del mar que le abrasaba la cara. Durante toda la vida había temido las consecuencias del carácter rebelde de Nomi: una violación de la ley, un castigo despiadado.

Pero Serina jamás se había figurado, ni una sola vez, que sería ella la que acabaría encadenada.

El crimen de Nomi había recaído en ella.

La chica que tenía a su lado lloraba con tanta fuerza que daba la sensación

de que acabaría asfixiándose. Uno de los soldados que las escoltaban interrumpió su ronda para colocarse detrás de ella.

—Calla de una vez o te tiraré por la borda.

La muchacha intentó guardar silencio, pero sus esfuerzos fueron en vano. El soldado se abalanzó a por ella. Serina, aun encadenada, trató de sujetar a la chica, como si de algún modo pudiera impedir lo que estaba a punto de sucederle.

—¿Qué pasa? ¿Es que no aguantas que una pobre niña llore? —gritó una voz ronca desde el otro extremo de la fila—. Es evidente que está aterrorizada. ¿No es eso lo que pretendéis? ¿Asustarnos? ¿Castigarnos?

El soldado gruñó y echó a correr por la resbaladiza cubierta.

—¡A ti sí que te voy a castigar!

Pero antes de llegar adonde estaba la chica, el hombre rodó por el suelo y cayó de espaldas. Serina estiró el cuello y vio de refilón a una joven de piel oscura y mirada desafiante.

—Inténtalo —dijo esta—. No serías el primero. Pero ni me he dejado humillar antes ni pienso hacerlo ahora.

La chica no se dejó intimidar, ni siquiera cuando el soldado consiguió ponerse en pie y le dio un bofetón en plena cara.

Serina y las demás prisioneras observaron la escena sobrecogidas. Las mujeres nunca se dirigían en aquel tono a los hombres. Jamás plantaban cara para defenderse. Porque, de hacerlo..., terminaban aquí, pensó Serina con el estómago revuelto.

Los sollozos de la chica subieron de volumen otra vez, y los sonidos ahogados se volvieron más intensos. El soldado se volvió hacia ella.

Desesperada, Serina le dio un leve codazo a la chica.

—Oye, ¿cómo te llamas?

La chica hizo un gesto de negación con la cabeza e intentó enjugarse la cara acercándosela al hombro.

—Háblame —pidió Serina, intentando convencerla y observando al soldado con el rabillo del ojo—. Te ayudará a distraerte.

—Jacana —respondió por fin la chica, elevando la voz solo lo suficiente para dejarse oír por encima del ronroneo ensordecedor del motor a vapor de

la embarcación.

—Qué nombre tan bonito —dijo Serina—. Es un pájaro, ¿verdad?

La chica asintió, y su cabello despeinado le azotó las níveas mejillas. Seguía con la respiración entrecortada, pero el llanto se había apaciguado.

—Me llamo Serina.

La chica volvió a asentir, y el color regresó ligerísimamente a su cara. De pronto, Serina vislumbró algo en la distancia. Débil de entrada, envuelta en un manto de nubes. Pero a medida que fueron aproximándose, fue emergiendo una isla, gris y escarpada. En la zona central se alzaba una masa negra cuya cúspide desaparecía entre la neblina teñida de rosa. Un volcán.

Como todos los niños de Viridia, Serina conocía la historia de Monte Ruina. Muchísimo tiempo atrás, la isla se llamaba Isola Rossa. Sus costas albergaban lujosas mansiones, propiedad de los más ricos de Viridia, que habían sido diseñadas a imagen y semejanza de los edificios reales destruidos por el Diluvio. Pero cuando el volcán entró en erupción y los ríos de lava y los gases letales se apoderaron de la isla, los suntuosos edificios quedaron destruidos, y el cataclismo atrapó a miles de personas. La mayoría murió, enterrada bajo la lava y la ceniza, asfixiada por el aire contaminado o ahogada en el implacable mar.

Isola Rossa se convirtió en Monte Ruina.

La isla quedó abandonada y reducida a un ennegrecido monumento a los fallecidos en el desastre hasta que el padre del actual Superior decidió transformarla en una cárcel para mujeres. Serina siempre había dado por sentado que las reclusas enviadas allí eran las mujeres más depravadas de Viridia. Pero jamás, ni siquiera en sus peores pesadillas, había soñado que ella sería una de ellas.

La embarcación alcanzó un embarcadero de piedra y el impacto hizo tambalear a las prisioneras hasta el punto de que algunas cayeron de rodillas. Jacana gritó, y a Serina se le ahogó la voz en el pecho, atrapada entre unos pulmones que trabajaban con dificultad y un corazón que latía con fuerza.

Los soldados recorrieron las dos hileras de cautivas para liberarlas de los oxidados aros metálicos. Las manos de Serina, sujetas aún con los grilletes, se desplomaron con la pesadez de una roca.



Se miró las muñecas, como si fueran de una desconocida. Hacía apenas una semana, confiaba en poder conquistar al Heredero, en que su madre se sintiera orgullosa de ella, en asegurarse un futuro en palacio para Nomi y para ella. Pero nada se había desarrollado como era de esperar. ¿Cuántas sorpresas más podría llevarse antes de que su corazón dijera basta?

—Recto hacia delante, en fila india —rugió uno de los soldados.

Los otros dos cargaron varios sacos de arpillera en un carro que empezó a chirriar en cuanto se puso en movimiento.

Tambaleante, Serina pisó tierra y miró a su alrededor. No había playa, solo unos abruptos acantilados y un traicionero sendero excavado en la roca. En un promontorio que se adentraba en el mar, montaba guardia un espantoso edificio de piedra rodeado por una alambrada.

—Muévete.

Uno de los soldados golpeó a Serina en el hombro, y esta tropezó debido a lo irregular del suelo. El terreno parecía estar congelado en curiosas olas negras, como si la montaña se hubiese fundido. El edificio, construido con aquella piedra fantasmal, tenía ventanas de cristal grueso protegidas mediante barrotes de hierro.

Incluso el viento parecía distinto; en vez de suspirar, gritaba.

Al llegar al edificio, el soldado volvió a empujar a Serina para que avanzase y se adentrara en un corredor que apestaba a orina y humo. Delante de ella, Jacana, que no había dejado de llorar, ralentizó el paso hasta detenerse. El soldado levantó el brazo dispuesto a pegarle, pero Serina le dio un empujoncito a la chica para que siguiera adelante. Era lo único que podía hacer: avanzar y rezar para que su corazón siguiera latiendo.

Llegaron por fin a una estancia desprovista de ventanas. Los soldados ordenaron a las mujeres que se colocasen dando la espalda a la pared de uno de los extremos. De la pared de la derecha colgaba una colección de herramientas oxidadas; la de la izquierda quedaba oculta por estanterías llenas de ropa y cajas con manchas de humedad.

Los que las habían escoltado en la barca entregaron la documentación a un grupo de carceleros de uniforme negro. A continuación, hizo su entrada un hombre alto y musculoso, y los soldados inclinaron la cabeza y se despidieron

pronunciando en tono reverencial la frase «Buenas tardes, comandante Ricci».

La cara curtida del comandante y su impresionante estatura le daban un aspecto tan sólido e inamovible como el de los acantilados del exterior. Señaló con un gesto la fila de mujeres. Uno de los carceleros, el más joven, un chico de cara angulosa, dio un paso al frente con seriedad y fue retirándoles las esposas.

Serina contuvo el aliento cuando oyó el sonido que emitieron los aros metálicos al abrirse. Tenía las muñecas doloridas, y su inmaculada piel había quedado alterada por unas marcas de cruel aspecto.

Liberadas de las esposas, el comandante Ricci ordenó que se desnudaran.

—Dejad toda la ropa en un montón delante de vosotras. También el calzado.

Con manos temblorosas, Serina se desabrochó el uniforme de doncella, arrugado por culpa de la noche que había pasado encerrada con llave en una reducida habitación del muelle, a la espera de que llegara la barca que la transportaría a la cárcel. El vestido cayó al suelo.

Nunca antes había estado desnuda delante de un hombre. Se estremeció al sentirse despojada y vulnerable.

El carcelero de facciones angulosas se adelantó de nuevo para recoger las prendas mientras el comandante Ricci examinaba a las prisioneras, una a una. Serina no tenía ni idea de qué buscaba. Cuando el comandante se situó delante de ella, le pidió que abriera la boca, levantara los brazos y se diera la vuelta. Pero Serina era incapaz de moverse.

El comandante la agarró del brazo, clavándole los dedos en la carne, y la zarandeó.

—¿Estás sorda? Abre la boca, levanta los brazos y date la vuelta.

Serina enderezó la espalda y consiguió hacer lo que le ordenaban. Pero no pudo evitar que las lágrimas empezaran a deslizarse en silencio por sus mejillas.

¿Se habría imaginado su hermana el castigo con el que estaba cortejando cuando le pidió a Renzo que le enseñara a leer o cuando robó aquel libro? Serina imaginaba que no. Como mucho, habría pensado que se arriesgaba a recibir una ronda de latigazos. Tal vez una multa.

Había cometido una estupidez enorme.

Prácticamente todas las mujeres estaban llorando. Jacana se acercó a Serina, que vio que la chica que había alzado la voz en la barca estaba a escasos metros de distancia. Parecía un par de años mayor que ella, pero estaba mucho más delgada, y la musculatura tensaba su cuerpo oscuro. La chica tenía la mirada clavada en los carceleros, y sus ojos negros echaban chispas. Serina imaginó que, de un momento a otro, alguien la reprendería por su falta de respeto o la castigaría por lo que había hecho a bordo del barco, pero nadie le estaba prestando atención. A lo mejor los carceleros no se habían percatado de su actitud.

El carcelero de cara angulosa entregó un juego de toallas rugosas y algo de ropa a las prisioneras. Serina se puso la ropa interior, los pantalones azules descoloridos y la raída camiseta a toda velocidad. Cuando no había corsés, hileras interminables de botones, frágiles encajes y tacones altos con los que pelearse, vestirse era un ejercicio mucho más rápido.

—Voy a ir llamándoos por vuestro nombre para tomaros todos los datos — informó el comandante Ricci.

Su cara arrugada revelaba poco más que una cruda indiferencia. Aunque algo había en sus ojos, quizá algún movimiento ocasional de cabeza demasiado acelerado, que sugería que estaba prestando total atención.

—Anika Atzo.

La chica musculosa subió a la báscula. El nombre le encajaba a la perfección, afilado y cortante como ella. Aunque esta vez mantuvo la boca cerrada.

Cuando le llegó el turno a Serina, el carcelero que se encargaba de la báscula emitió un silbido por lo bajo.

—Creo que te llevará un tiempo morirte de hambre, flor.

Serina bajó la vista y cruzó los brazos sobre el pecho. Su madre se había esforzado en conseguir que se criara exuberante y curvilínea, como correspondía a una Gracia. Incluso las porciones de comida de Renzo y de su padre eran siempre inferiores a las de Serina.

El hombre le dio un codazo a otro carcelero.

—¿Nos apostamos cuánto durará? Me juego una bolsa de arroz crujiente...

—No apuesto por chicas muertas —dijo el carcelero más joven, hablando con una convicción hastiada que obligó a Serina a levantar la vista. Era moreno y de ojos claros, con cabello oscuro y rizado que asomaba por debajo del borde del gorro, como si intentara escapar. Serina percibió su fría mirada aun sin verla—. Envíala a la Cueva. Será interesante.

—¿No sería mejor el Hotel? —propuso el otro carcelero.

El carcelero joven se encogió de hombros. Serina no sabía de qué hablaban, pero lo que decían daba miedo. El carcelero encargado del pesaje estudió la documentación.

—A la Cueva, no se hable más —dijo, indicándole con un gesto que se pusiera en marcha.

Serina y las demás mujeres salieron de aquella estancia, y el carcelero más joven murmuró, con un tono de voz casi amable:

—Bienvenida a Monte Ruina, chica muerta.

# OCHO

## NOMI

El día después de que se llevaran a Serina, Nomi, con la ausencia de su hermana acosándola en sueños, se despertó mucho antes de que amaneciera. Permaneció acostada, inmóvil en el oscuro silencio, imaginándose que estaba en su casa, en la habitación que compartía con Serina, con sus dos camitas estrechas prácticamente unidas y el sonido de las cañerías siseando a lo largo del techo. Los vestidos de Serina parecían bailarinas oscuras apiñadas en una esquina, allí donde su madre los colgaba de un alambre porque no tenían armario. Pero la ilusión se difuminó rápidamente. Las formas que la acechaban en la oscuridad de aquel cuarto no eran las que tenían que ser. Y Angeline, que dormía en el camastro que había junto a la puerta, no se saltaba una respiración cada pocos minutos, ni suspiraba cuando se ponía de lado como hacía Serina. Tampoco se tumbaría a su lado cuando hiciera frío ni la consolaría cuando se despertase de una pesadilla.

La pregunta de dónde estaba Serina y qué castigo le habrían impuesto pesaba como una losa sobre el corazón de Nomi. A cada hora que pasaba, amenazaba con aplastarla. De saberlo, podría soñar despierta con huir de allí para reunirse de nuevo con su hermana.

Nomi se agitó con nerviosismo en la cama. Inés le había advertido que

dejara de formular preguntas, que acataras las reglas. Pero Nomi siempre había formulado preguntas y jamás había querido acatar las reglas. Por eso sabía leer. Y seguramente por eso había llamado la atención del Heredero.

De pronto, cayó en la cuenta de que el Heredero sabría a buen seguro qué había pasado con Serina. Y pensó que tal vez, si encontraba el momento adecuado, conseguiría convencerlo para que se lo dijera. Buscaría el modo de impresionarlo, de serle valiosa de alguna manera...

Tragó saliva. La sensación de pánico iba en aumento. Había una forma evidente de conseguirlo. Pero solo de pensarlo se le hacía insoportable. Serina estaba preparada para seducir al Heredero, pero Nomi, no. Ella se había criado dando por sentado que acabaría trabajando en una fábrica o siendo doncella, obligada a trabajar, no siendo dueña y señora. No tener ni voz ni voto sobre su futuro era espantoso, pero tener que complacer a un hombre...

Y había cometido el error de pensar que podría evitar aquel destino.

Nomi había tomado la decisión de mantenerse lo más alejada posible del Heredero. De mostrarse poco dispuesta. De forzar la máxima distancia con él. Si Cassia ansiaba llamar la atención del Heredero y anhelaba su cariño, adelante. Pero ¿y si complacerlo significaba poder descubrir qué había sido de su hermana? ¿Sería capaz?

La pregunta empezó a girar en su cabeza, y no logró encontrarle respuesta.

Cuando los primeros rayos de sol dejaron entrever el perfil del alféizar de la ventana, Angeline se desperezó y empezaron juntas la jornada. Nomi dejó que la doncella la vistiera con un vaporoso vestido con estampado de azucenas. Permaneció sentada en silencio mientras le cepillaba el cabello y se lo recogía en un moño trenzado adornado con una cinta y varios pasadores de plata en forma de mariposa. Nomi se miró al espejo y puso mala cara; era como si estuviese delante de una desconocida.

Había pasado mucho tiempo contemplando el rostro de Serina y muy poco observando el suyo. Y ahora veía, con una claridad brutal, que Serina estaba preparada para aquel tipo de vida y ella no. Lo percibía en la opacidad de su cabello en comparación con las trenzas brillantes de su hermana, en la mirada combativa y en absoluto comedida de sus ojos grandes y perfilados con

oscuras pestañas.

Nomi y aquel palacio no tenían nada que ver.

Cuando Angeline consiguió sacar a Nomi el máximo partido, la doncella la acompañó hasta una terraza desde la que se dominaba el mar y donde habían dispuesto una larga mesa de mimbre. Maris y Cassia estaban ya sentadas en uno de los extremos, picando con delicadeza de unos platos llenos de colorida fruta y cremosos quesos. En la mesa había también cestitas con *cornettos*.

Las Gracias del Superior ocupaban el resto de la mesa. Era evidente que este no tenía un estándar concreto de belleza: había mujeres de piel oscura y otras fantasmagóricamente pálidas. Las había de pelo castaño, rubio y negro azabache. Rizado y liso. Las edades iban desde los cuarenta y tantos hasta un año o dos más que Maris y Cassia. El Superior llevaba muchos años acumulando Gracias.

Con diecisiete años, era muy probable que Nomi fuese la más joven. La edad mínima para ser considerada Gracia era de dieciocho. Aunque esas eran las reglas del Superior y, por lo visto, su hijo podía quebrantarlas.

«Ojalá tuviera yo el mismo privilegio», pensó con rebeldía, sentándose en la silla libre que había al lado de Maris. Sin el más mínimo entusiasmo, cogió una pasta. Cassia se volvió hacia las chicas sentadas al otro lado y escuchó con avidez lo que estaban chismorreando sobre el Superior.

—¡Y los masajes en los pies, Rosario! —estaba diciendo una de las más jóvenes.

Una mujer de piel oscura y cabello rizado, seguramente Rosario, se estremeció.

—Es como frotar bloques de hielo envueltos en papel de arroz.

Nomi miró a la mujer con precavido interés. Rosario era la Gracia que conocía los secretos de todo el mundo.

—¿Está muy enfermo el Superior? —preguntó Cassia, incorporándose a la conversación.

Rosario se encogió de hombros con delicadeza.

—Sí, pero es terco. Diría que aún tiene mucha vida.

—¿Qué pasará con todas vosotras cuando el Superior muera? —preguntó Maris con un tono de voz indolente.

Rosario la taladró con la mirada.

—Muy alentadora la pregunta.

Nomi miró de reojo a Maris. Tal vez fuera una pregunta extraña, pero tenía su razón de ser. El último Superior había muerto antes de que ella naciera, y nunca había oído a nadie comentar lo que había sucedido con sus Gracias.

—¿Lo sabes? —insistió Maris, que no quería dejar correr el tema—. ¿Os quedaréis en palacio u os enviarán de vuelta a casa?

Rosario se encogió de hombros, pero sus facciones se oscurecieron un instante.

—Será el Heredero quien lo decida. Cuando su padre fallezca, él determinará qué será de nosotras.

Nomi abrió los ojos de par en par. Lo desconocía prácticamente todo sobre aquel mundo.

Rosario se fijó en la expresión de la muchacha y, esbozando una sonrisa de suficiencia, le dio un codazo a la chica que estaba sentada a su lado. Según parecía, había recuperado el buen humor.

—¿Crees que todas estábamos tan aturdidas como ella cuando fuimos elegidas?

Abochornada, Nomi bajó la vista hacia el plato y pinchó un trozo de melón.

—No te preocupes, flor —dijo Rosario con voz melosa y provocadora—. Tendrás tiempo de sobra para acostumbrarte. Hasta el cumpleaños del Heredero, no haremos más que pruebas de vestuario y clases de baile. Y entonces empezará la diversión de verdad. Me pregunto con cuál de vosotras decidirá celebrarlo.

—Tal vez con las tres —sugirió alguien, riendo.

Cassia bebió un sorbito de café expés con una sonrisa de suficiencia. Maris volvió la cabeza hacia el mar, inexpresiva.

—¿Por qué dices que la diversión empezará el día de su cumpleaños? —preguntó Nomi.

Cassia arqueó una ceja.

—¿No lo sabes? Es el momento a partir del cual nuestros puestos se harán oficiales. Hay incluso una ceremonia. El Heredero no consumará —pronunció



la palabra con un ronroneo— su unión con nosotras hasta entonces. La chica que elija como entretenimiento para aquella noche es la que antes tendrá oportunidad de convertirse en Primera Gracia. Mira a Inés. Fue una de las Gracias originales del Superior.

Nomi tenía la cara encendida. Sabía que de estar Serina en su lugar, competiría con Cassia para darle al Heredero su primer varón y convertirse en Primera Gracia. Pero a ella se le revolvió el estómago solo de pensarlo. Con todo, comprendía que llegar a ser la Primera Gracia tenía valor añadido. Cuando el Superior muriera, Inés tendría el consuelo de saber que su hijo sería quien decidiría su futuro.

Rosario se inclinó hacia delante.

—Inés no solo es la madre del Heredero, sino también del segundo hijo. Es una auténtica leyenda.

La mirada de Cassia se desenfocó imaginándose, a buen seguro, una vida similar para ella.

—¿Las Gracias se ocupan de la crianza? —preguntó Nomi.

No recordaba en absoluto lo que le habían enseñado a Serina al respecto, aunque la verdad era que tampoco había prestado la más mínima atención. Siempre había estado atareadísima con la colada o asándose de calor pegada a los fogones.

Rosario la miró como si tuviese monos en la cara.

—¿Crianza? ¿Acaso has visto algún niño por aquí?

Cassia la miró con exasperación.

—Para eso están las niñeras —explicó.

Nomi nunca había sentido el deseo de procrear, pero imaginarse que si llegaba a tener un hijo se lo llevarían de su lado le provocó una extraña punzada de dolor. ¿Miraría alguna vez Inés a sus hijos mientras evolucionaban en el salón de baile y pensaría en todos los momentos perdidos? ¿En los años que habían pasado separados?

—Me he enterado de que Malachi organizará un baile de máscaras para su cumpleaños —las informó Rosario.

La chica que tenía enfrente sonrió con entusiasmo.

—¿En serio? Esos bailes son una delicia.

Las Gracias empezaron a recordar otros bailes de máscaras, otras ceremonias, pero Nomi siguió con la mirada fija en el plato de fruta y pastas que tenía enfrente, perdida en sus pensamientos. No podía quitarse a Serina de la cabeza, todas sus preocupaciones y sus miedos acababan llevándola siempre hasta ella. ¿Estaría bien? ¿Sufriría? ¿La odiaría por haber robado el libro?

Nomi tragó con fuerza para eliminar el nudo que se le había formado en la garganta. Por supuesto que la odiaría. Todo lo que estaba pasando era única y exclusivamente por su culpa.

Inés apareció en la terraza.

—Buenos días, Gracias —saludó. Su vestido con lunares dorados brillaba bajo el sol de la mañana—. El Superior ha solicitado la presencia de Eva, Aster y Rosario a la hora de la comida. Esta noche se celebrará un concierto en honor de la delegación de Azura que nos rinde visita. Su Eminencia solicita la asistencia exclusiva de las Gracias con más experiencia. Ysabel, tú tocarás el arpa.

Una mujer de cabello cobrizo de algo más de treinta años, que estaba sentada al otro extremo de la mesa, movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Inés se volvió entonces hacia Nomi y las otras dos nuevas Gracias.

—El Heredero ha solicitado una audiencia con cada una de vosotras para hoy mismo —informó—. Mientras esperáis que llegue vuestro turno, quiero que repaséis vuestros vestidos con las doncellas y que separéis los que necesiten retoques. —Miró a las chicas, una a una, y acabó fijando la atención en Nomi—. Tú serás la primera.

Esta tragó de golpe el trozo de pan que tenía en la boca.

—Encantada —consiguió decir.

No le pasó por alto la mirada de envidia que le lanzó Cassia cuando se levantó para seguir a Inés.

La Primera Gracia guio a Nomi por un largo pasillo con suelo alicatado hasta llegar a una puerta decorada con motivos de olas embravecidas y peces saltando entre ellas.

—No preguntes por tu hermana —la advirtió Inés antes de abrir la puerta

—. No le gustaría.

Nomi asintió, aunque en su interior percibió una llamarada de desafío.

—Y ¿qué tengo que hacer?

Inés se quedó mirándola, como si la respuesta fuera evidente.

—Haz lo que él te diga.

Abrió la puerta y empujó a Nomi hacia los aposentos de Malachi: una gran sala que se abría a un amplio balcón. A la derecha se veía un dormitorio con una cama gigantesca. Nomi notó que se le subían los colores.

—Buenos días, Nomi —dijo el Heredero, levantándose de uno de los dos sillones de piel dispuestos en el centro de la estancia.

Su cuerpo, alto y musculoso, parecía llenar todo el espacio. No estaba lo bastante cerca de ella como para tocarla, pero Nomi empezó a percibir que su presencia la presionaba, como si robase todo el aire que había en la sala.

—Buenos días, Eminencia —respondió ella.

Hizo una torpe reverencia, con las manos estrujando prácticamente la tela del vestido. La mera presencia del Heredero hacía que toda su furia emergiera. Los antepasados de aquel hombre eran la razón por la que las mujeres no tenían permiso para aprender a leer. Por culpa de su padre Serina no estaba allí. Y él era el responsable de que Nomi sí.

Malachi no dijo nada, y ella fijó la mirada en el bajo del pantalón de lino del Heredero para que este no pudiera ver el odio que evidenciaban sus ojos. ¿Cómo iba a ser capaz de complacer a aquel hombre, por mucho que fuera solo con el fin de averiguar qué había sido de Serina? Si apenas podía mirarlo...

—Estoy seguro de que no esperabas ser elegida —comentó él por fin.

Nomi contuvo una carcajada de amargura.

—Por supuesto que no... —replicó—, Eminencia —añadió, con cierto retraso.

—No te veo muy feliz con tu buena fortuna —dijo él en un tono de reproche y cruzándose de brazos.

El miedo empezó a susurrar con intensidad en las entrañas de Nomi. Sabía que no podía permitirse presentar una actitud desafiante. Ahora le pertenecía, y aquel hombre podía hacer con ella lo que quisiera.

Podía hacerle daño.

—Es un honor ser su Gracia —mintió, y consiguió pronunciar las palabras sin poner cara de asco—. Aunque... desearía que fuese mi hermana la que estuviera aquí. Ella conoce muy bien lo que cabe esperar de una Gracia. Yo... no.

En cuanto Nomi mencionó a Serina, Malachi se dio media vuelta y, con grandes zancadas, salió a la terraza. La chica lo siguió, dubitativa. Lo encontró apoyado en la barandilla, contemplando los puentes de piedra de Bellaqua y sus góndolas. El palacio del Superior se erigía de forma misteriosa entre los canales de la ciudad y el mar, como un barco gigantesco, solo e imponente.

—Mañana partiré para realizar una visita de inspección a las tropas de Bellaqua —le anunció Malachi—. Estaré ausente dos días. Poco después de mi regreso, mis Gracias me acompañarán al Premio Belaria. Llevas retraso con respecto a las demás en cuanto a formación y aspecto. Espero que te hayas puesto a su nivel cuando llegue el día de ese acto, en el que aparecerás por primera vez en público a mi lado.

—Por supuesto, Eminencia —replicó Nomi, atrapada entre la decepción y el alivio.

Aquel viaje significaba que pasaría más tiempo sin tener noticias de Serina y sin disponer de oportunidades para convencerlo de que compartiera con ella la información que tuviese. Pero suponía también más tiempo libre de su enervante presencia. Significaba que dispondría de unos días para urdir un plan con el que confiaba poder sobrellevar su situación.

—¿Qué es el Premio Belaria? —se aventuró a preguntar.

Sabía que si se trataba de algún tipo de baile, estaba condenada al fracaso. En dos días era imposible aprender a bailar bien.

—Es una carrera de caballos —respondió él brevemente—. La más famosa de Viridia.

—Ah —dijo débilmente Nomi, pensando que, al menos, no había que bailar.

—¿Sabes montar? —preguntó Malachi.

—¿A caballo?

Malachi asintió.

—Nunca he tenido oportunidad de hacerlo —dijo Nomi.

«Vaya pregunta más estúpida», pensó. Solo las esposas y las hijas más adineradas recibían clases de equitación.

—Claro —asintió Malachi, con las puntas de las orejas sonrosadas.

—¿Le gusta montar a caballo? —preguntó Nomi, consiguiendo formular la frase con educación.

—Sí, mucho —respondió el Heredero. Y su tono de voz se suavizó algo cuando añadió—: Mi caballo, *Bodi*, lleva conmigo desde que era un potrillo. Yo mismo lo desbravé.

Nomi no sabía qué quería decir aquella palabra, pero le produjo un gélido escalofrío.

—«El mérito de un hombre se descubre viendo el valor que otorga tanto a sus congéneres como a los animales.»

—¿Qué has dicho? —Malachi se volvió hacia ella y la miró entrecerrando los ojos.

Nomi se quedó sin aliento. «Estúpida.» Era una frase de un libro de leyendas de Renzo: la historia de un humilde granjero que impresiona a un rico mercader cuando le vende un recuerdo de familia que estima mucho no para tener algo que comer, sino para poder alimentar a su caballo. Malachi debía de haberla reconocido. Se apresuró a disimular su desliz.

—Es... es una frase que mi hermano utilizaba a menudo, Eminencia. ¿Le he molestado al mencionarla?

Malachi hizo un gesto de negación. Serina hubiera desviado la conversación hacia temas más superficiales, pero Nomi era incapaz de morderse la lengua.

—A mi hermano le gustaba ese relato. Decía que versaba en torno a valorar por igual todas las formas de vida. El hombre, el animal..., la mujer —dijo, y lo miró a los ojos.

—¿Crees que yo solo le otorgo valor a mi propia vida?

Lo tenía tan cerca que Nomi notó su aliento como una pluma que le cosquilleaba la cara.

—Jamás me atrevería a suponer eso.

Intentó que su tono de voz sonara inocuo, pero al ver cómo Malachi

entornaba los ojos, comprendió que no lo había conseguido.

—Tienes... —dijo él, acercándose un poco más a ella. Acercándose demasiado—. Tienes mucho que aprender.

Nomi se estremeció ante la intensidad de su mirada. Tenía los ojos del color de la canela, con motitas ambarinas que brillaban con la luz. Deseaba poder escapar, correr, esconderse de los sentimientos anónimos que de repente la asaltaban.

Malachi levantó una mano y ella retrocedió un paso, tambaleándose.

Pero no le pegó, sino que le indicó la puerta con un gesto.

—Puedes irte.

Nomi hizo una reverencia y atravesó la estancia notando que le flaqueaban las piernas, sintiéndose aún bajo amenaza.

# NUEVE

## SERINA

En vez de llevar a las prisioneras a sus celdas, como Serina esperaba que sucediese, los carceleros las condujeron de nuevo hacia el exterior. Y entonces, con un grito estremecedor, abrieron las puertas de la prisión. El sol, hinchado y de un rojo intenso, estaba a punto de desaparecer por el horizonte. Por primera vez desde que había salido de Lanos, Serina echaba de menos sus frías y escarpadas montañas, sus fábricas y aquellas chimeneas que no dejaban nunca de expulsar humo.

Vio la forma menuda de Jacana y corrió hacia ella.

—¿Adónde nos llevan?

Jacana caminaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Uno de los carceleros ha dicho que este edificio era solo para tomarnos los datos. Que viviremos... allí —dijo, moviendo la cabeza en dirección a la roca desolada que se extendía más allá de las puertas.

—¿Allí? —repitió Serina horrorizada.

El Hotel, la Cueva..., ¿serían otros edificios carcelarios? ¿Alejados de las verjas y de las alambradas?

Anika se sumó a ellas.

—¿Por qué has acabado aquí? —Repasó a Serina con la mirada de la

cabeza a los pies—. Te comerán viva.

Serina era consciente de que su aspecto era distinto al de las demás chicas, que su piel era lustrosa y brillante, que su cuerpo era curvilíneo.

—Cometí un robo —dijo con calma, intentando enterrar el miedo en lo más profundo de su cuerpo para no revelarlo—. Me llevé una cosa del palacio —continuó, pensando que nadie tenía por qué conocer la verdad.

Anika la miró entrecerrando los ojos.

—¿Y tú? —se interesó entonces Serina.

—Asesinato —respondió Anika con contundencia.

Su rostro, sin embargo, se ensombreció de un modo tan fugaz que casi le pasa por alto a Serina.

Justo en aquel momento, un carcelero apostado junto a la puerta gritó:

—Todas las que estéis asignadas al Hotel, venid conmigo.

Anika abandonó el recinto junto con cuatro mujeres más. Serina se quedó mirándolas hasta que las perdió de vista.

—¿A ti dónde te han destinado? —le preguntó a Jacana, que seguía acurrucada a su lado.

—A la Cueva —dijo esta, sin levantar la vista.

—A mí también —comentó Serina, aliviada—. Al menos estaremos en el mismo lugar.

Jacana se enderezó un poco. Serina se preguntó qué habría hecho. ¿Qué crimen podía haber cometido una chica tan menuda y aterrada como aquella?

—¡Las destinadas a los Acantilados del Sur, adelante! —vociferó el carcelero.

Y se marchó otro grupo de mujeres. A continuación:

—¡Las de la Cueva!

Siguieron a dos chicas más y salieron del recinto. En voz baja, las muchachas se presentaron como Gia y Theodora. El carcelero señaló a un par de mujeres que estaban esperando fuera, iluminadas por los últimos rayos del sol poniente.

—Seguidlas —les ordenó.

Y Serina echó a andar, tomando la delantera del grupo. Las mujeres las miraron de arriba abajo. La más baja de las dos tendría unos cuarenta años,



cara ancha y sin ningún rasgo destacable, la piel tostada por el sol y cejas muy tupidas.

—Me llamo Acantilado —dijo en cuanto Serina y las demás llegaron a su altura—. Y esta es Oráculo. Es la responsable de la Cueva.

A Serina casi se le corta la respiración. ¿Una prisionera responsable de la Cueva? ¿Una mujer? Era imposible.

Oráculo repasó con la mirada el grupo de chicas. Tenía un ojo marrón y el otro de un color blanco lechoso. Era algo más joven que Acantilado, pero no por ello menos intimidatoria.

—Seguidnos sin separaros mucho. No pensamos esperaros —advirtió Oráculo.

Sin decir nada más, dio media vuelta y se puso en marcha por un sendero pedregoso que recorría el perfil del precipicio.

Siguieron los pasos de los demás grupos, guiándose por el resplandor lejano de la luz de las antorchas. Oráculo caminaba rápido, y Acantilado le seguía el ritmo con facilidad.

Los endebles zapatos de Serina se enganchaban continuamente en la áspera roca volcánica y la hacían tropezar.

—¿No tendría que acompañarnos un carcelero? —se aventuró a preguntar—. ¿No hay...?

Una carcajada ronca de Acantilado la cortó en seco.

—Por favor —murmuró Gia, secándose el sudor que le cubría la frente—, ¿podríamos beber un poco de agua? No nos han dado nada ni de comer ni de...

—No deberías comer antes —sentenció Acantilado—. Y probablemente tampoco después.

¿Antes? ¿Después? ¿Qué era lo que estaba a punto de pasar?

Serina, con la boca seca por el miedo, caminaba fatigosamente al lado de Jacana. Siguiendo el destello de las antorchas, recorrieron el cabo hasta llegar a las playas y rodear un edificio derruido que insinuaba la grandeza de la que había disfrutado antaño. Al otro lado de las ventanas sin cristal se veían luces. En el centro del patio había una fuente de mármol en pésimo estado. Los ojos ciegos de las bailarinas que constituían su motivo decorativo miraban fijamente hacia el volcán.

Acantilado señaló el edificio.

—Hotel Desgracia.

Al oír aquello, a Serina la recorrió un escalofrío.

De pronto, el murmullo de unas voces se elevó por encima del rugido de las olas y Serina pudo ver por fin su destino, más allá del hotel. Un impresionante semicírculo, con asientos tallados en la piedra enfrente de un escenario con un edificio alto a modo de telón de fondo. Uno de sus laterales estaba completamente cubierto con lava solidificada. Un anfiteatro medio en ruinas.

Serina pensó en las horas que había dedicado a ensayar con el arpa, a la espera de que llegase el día de poder tocarla delante del Heredero. No tenía ni idea de qué tipo de actos podían representarse en aquel escenario.

Los bancos de piedras y los fragmentos de lava congelada estaban ocupados por un centenar de mujeres. Serina observó las caras y no vislumbró ni una sola sonrisa. La presión que sentía en el pecho se intensificó.

Oráculo las condujo hasta una sección de asientos situada en el centro del anfiteatro, donde ya se apiñaban veinte o treinta mujeres. Y a partir de allí continuó sola, después de agarrar a un par de mujeres por los hombros de camino al escenario. De este modo, poco a poco, fue reuniendo una decena de personas. Oráculo se plantó entonces al lado de una mujer alta que lucía una tira de pelo rojo en el centro de la cabeza y llevaba el resto del cráneo afeitado.

Serina no podía apartar la mirada de la cabeza de aquella mujer. En Lanos, las chicas estaban obligadas a llevar el cabello por debajo de los hombros, y la mayoría prefería dejárselo crecer hasta la cintura o más, como señal de orgullo. «Qué estupidez pensar ahora en estas cosas», se dijo. Tragó saliva.

En el balcón del edificio de detrás del escenario había un grupo de carceleros. Serina no podía llegar a contarlos, puesto que algunos quedaban ocultos entre las sombras, pero calculó que habría unos cuarenta, bastantes menos que mujeres, que llenaban el anfiteatro.

Acantilado, juntando sus tupidas cejas, clavó la mirada en Serina y en el resto de las recién llegadas.

—Pase lo que pase, no lloréis —les ordenó—. Los carceleros están

atentos a cualquier muestra de debilidad. Y se aprovecharán de ella. No les deis ese poder sobre vosotras. ¿Me habéis entendido?

—Pero ¿qué está pasando? —preguntó Serina, esforzándose por mantener su voz inalterable por mucho que la tensión que reinaba en el ambiente la presionara hasta el punto de que se le hacía difícil respirar.

Acantilado volvió la cabeza hacia el escenario.

—La primera vez es mejor no estar preparado para lo que vais a ver.

El comandante Ricci salió entonces a escena. El anfiteatro se silenció al instante. El hombre exhibía un lenguaje corporal relajado y autoritario, pero no separaba en ningún momento la mano de su pistola. Los carceleros del balcón desenfundaron sus armas y apuntaron con ellas al público.

—Luchadoras, a vuestros puestos —ordenó Ricci.

¿Luchadoras?

Salieron cinco mujeres a escena, entre ellas la de pelo rojo que había estado hablando con Oráculo. El comandante Ricci se dirigió entonces hacia la escalera que daba acceso al balcón.

Nadie se movía. Nadie decía nada.

Serina lo observaba todo con los ojos abiertos de par en par, sin entender.

Al cabo de unos instantes, Ricci reapareció en el balcón, cargado con una caja de madera. La dejó caer y gritó: «¡Empezad!». La caja impactó contra el suelo y la madera se partió emitiendo el mismo sonido que hace el hacha al cortar la leña. De su interior emergió un rollo de tubo grueso de color negro. Solo que no era un tubo. Aquello no paraba de moverse y, muy despacio, fue desenrollándose para deslizarse por encima de las astillas de madera. Serina contuvo un grito cuando vio que se alzaba la cabeza de una serpiente, como queriendo olisquear el aire.

Una de las chicas intentó pisotearla, pero no consiguió darle en la cabeza. La culebra se retorció y se le enrolló en el tobillo. La chica gritó. Fue como si el tiempo se ralentizara. Un segundo. Dos segundos. La chica se dobló de dolor, con la pierna hinchada, y el resto de su cuerpo empezó a convulsionarse de manera repugnante. Otra mujer cogió la serpiente por la cola y aporreó la cabeza contra el suelo una y otra vez hasta que el animal quedó flácido e inmóvil en sus manos. El resto se congregó entonces en el centro del escenario

y empezaron a volar puñetazos, rodillazos y codazos.

El corazón de Serina entró en caída libre. Las mujeres no peleaban. Jamás. Ni contra los hombres ni entre ellas. La violencia estaba penada con castigos muy severos. Serina conocía de primera mano historias de chicas que habían intentado defenderse: una prima lejana que había tratado de defenderse de un marido que la maltrataba, una trabajadora de la fábrica textil que había abofeteado a un hombre que había intentado besarla. Y todas habían recibido la disciplina pertinente. Con latigazos, con cárcel. Enviadas a Monte Ruina o a lugares similares. ¿Cómo era posible que aquello estuviera permitido justo en el lugar pensado para reprender esa conducta?

Una mujer gritó al recibir un golpe en la rodilla. Serina cerró los ojos. Se tapó los oídos. Se acurrucó. Aquello no podía estar pasando. Aquello no podía ser real.

Los golpes y los gritos quedaron amortiguados, y la oscuridad de sus ojos cerrados se volvió absoluta. Durante unos minutos, se permitió esfumarse de aquel lugar y vivir solo del ruido sordo de los latidos de su corazón y del siseo de sus pulmones.

Pero, de pronto, un grito agudo y cargado de dolor taladró un agujero en la negrura que la obligó a emerger del capullo protector que se había creado. Se le cortó la respiración. El sonido se transformó en un gemido agónico y se extinguió. El silencio se prolongó un segundo, y a continuación se oyó el inequívoco y espeluznante tronar de los aplausos.

# DIEZ

## NOMI

Tras salir de los aposentos del Heredero, Nomi se vio obligada a apoyarse en la ornamentada puerta que los delimitaba. La forma curva de un pez se le clavó en la espalda. No podía quitarse de la cabeza la expresión del hombre cuando ella había abandonado la estancia. Intentó sosegar el ritmo de la respiración.

Inés no se había quedado a esperarla; por lo tanto, Nomi echó a andar por el pasillo, siguiendo la dirección por la que había llegado hasta allí, pero no logró localizar el corto tramo de escaleras por el que habían subido. Continuó avanzando, abrumada por el impulso que la empujaba a salir de allí aun sin tener idea de cómo regresar al ala del edificio destinada a las Gracias.

El pasillo terminaba en una pared de cristal, y algunas de sus particiones abiertas daban acceso a una amplia terraza sobre el mar. La brisa fresca que se filtraba hacia el pasillo acarició las mejillas de Nomi. Atraída por aquel viento relajante, se acercó a la balaustrada de mármol, se sujetó con ambas manos a la fría piedra y cerró los ojos.

La invadió la nostalgia. Echaba de menos la cálida voz de su madre, el orgullo huraño de su padre, el pícaro apoyo de Renzo a sus pequeñas rebeliones. Durante años, Nomi había sido la sombra de su hermano, y él, la

voz de su esperanza. Pero por encima de todo, añoraba a Serina. Nomi siempre había sabido que llegaría un día en el que tal vez tendría que decir adiós a sus padres y a su hermano. Pero en sus planes, Serina y ella siempre habrían permanecido juntas.

—Da la impresión de que necesitabas pasar un rato a solas —dijo la voz de un chico— y, en consecuencia, siento mucho interrumpir, pero sospecho que te has perdido.

Nomi abrió los ojos de golpe. Abochornada, se apartó de la balaustrada y el universo del *palazzo* se apoderó de golpe de ella. El resplandor del sol de última hora de la tarde blanqueó el cálido brillo de los recuerdos.

El hermano menor del Heredero estaba holgazaneando en una tumbona tapizada. La mirada de Nomi cayó de inmediato en el libro que tenía en las manos, encuadernado en cuero de color azul oscuro y con el título grabado en letras doradas: *Los festines y los disparates de la guerra*. La curiosidad se apoderó de ella hasta que cayó en la cuenta de que Asa estaba esperando su respuesta. Aturullada, retrocedió unos pasos y saludó con una torpe reverencia.

—Si... siento molestarle, Eminencia —tartamudeó—. Creo que he dado muchas vueltas. Me marcharé enseguida.

Asa se levantó y, sin soltar el libro, se dirigió hacia ella.

—Espera, espera —la detuvo, tendiéndole la otra mano—. Te ayudaré a encontrar el camino.

—No es necesario, por favor, Eminencia. Seguro que podré...

—Ningún problema —la interrumpió él con una sonrisa.

Nomi agachó la cabeza y lo siguió hacia el pasillo. El segundo hijo del Superior era alto como su hermano, pero no tan musculoso, y su cabello despeinado le daba un aire más relajado, muy distinto a la perturbadora intensidad del Heredero. Tenía el cogote bronceado, como si pasara mucho tiempo al aire libre.

—Eres una de las nuevas Gracias, ¿verdad? —preguntó, sin dejar de andar.

—Sí, Eminencia. Me llamo Nomi Tessaro.

—Ah, Nomi, claro —dijo Asa, mirándola por encima del hombro. Pese a

no estar segura del todo, Nomi hubiera dicho que su expresión mostraba un interés renovado. Que la mirada era más afilada—. Llegaste a *palazzo* como doncella, ¿no es eso?

La chica se puso rígida, dispuesta a aguantar algún tipo de burla.

—Así es, Eminencia.

—Todo esto debe de ser nuevo para ti —dijo él con amabilidad. La musculatura de Nomi se destensó levemente—. ¿De dónde eres?

—Soy de Lanos.

Asa ralentizó el paso hasta que empezaron a caminar el uno al lado del otro por el pasillo con decoración dorada. Nomi bajó la vista hacia el suelo de mármol.

—Recuerdo que de pequeño visité las montañas que hay al norte de Lanos —dijo él, suavizando el tono—. Fue la primera vez que vi la nieve.

—Siempre me ha gustado el poder que tiene para transformar las cosas —comentó Nomi—. Los edificios viejos y derruidos, las calles sucias... En solo una tarde, el mundo puede volverse luminoso e inmaculado.

El tono de voz de Asa adquirió entonces un matiz de arrepentimiento.

—Reconozco que estaba más interesado en hacer bolas de nieve que en admirar el paisaje. Aunque tengo que decir, en mi defensa, que solo tenía siete años.

Nomi sonrió sin levantar la cabeza.

—Es totalmente comprensible, Eminencia.

—Y ¿qué tal estás adaptándote a tu nueva vida? —preguntó Asa—. ¿Estás satisfecha con tu papel?

A Nomi le cambió la cara al instante, y el fugaz momento de conexión se rompió por completo. Empezó a pensar que todas aquellas preguntas podían ser simplemente una especie de prueba, como todo lo demás.

—El *palazzo* es precioso y me siento muy feliz de estar aquí —replicó sumisamente, por mucho que tuviera las mejillas coloradas de rabia.

Asa se quedó mirándola.

—Debe de estar siéndote muy difícil, sola, sin tu hermana.

Nomi se quedó sin aliento al oír mencionar a Serina. Sus pies se paralizaron y tropezó con el bajo de su vaporoso vestido. Por instinto, buscó

algo a lo que agarrarse, y no fue otra cosa que el brazo de Asa. Él se volvió hacia ella para ayudarla a mantener el equilibrio y por un instante se quedaron inmóviles en medio del pasillo, casi abrazados.

Nomi le soltó el brazo y retrocedió, ruborizada.

—Perdóneme.

Asa carraspeó un poco.

—Pido disculpas. No tendría que haber sacado el tema de tu hermana. No era mi intención molestarte.

Se parecía mucho a su hermano, pero las facciones duras de Malachi estaban suavizadas en Asa. Nomi se aproximó a él unos centímetros. Tal vez podría preguntarle...

De pronto se abrió una puerta y apareció Inés. Asa se volvió hacia la Primera Gracia y la pregunta de Nomi se quedó en su garganta. Inés saludó con una reverencia y entrecerró los ojos al ver a Nomi al lado de Asa.

—Hola, Eminencia.

—He encontrado una Gracia extraviada —dijo alegremente Asa, borrando con sus palabras cualquier tensión que pudiera haber en el pasillo y cediéndole el paso a Nomi.

—Lo siento —se disculpó Nomi sin levantar la cabeza—. Me he perdido.

Inés asintió e hizo pasar a la chica. Pero esta no se dio prisa y miró por encima del hombro hasta que Asa dobló la esquina y se perdió de vista. Sumida en sus pensamientos, se dirigió hacia su habitación ignorando por completo la mirada seria de Inés.

Tal vez el Heredero no fuera la única manera de averiguar detalles sobre el destino de Serina. Al pensar de nuevo en Asa, sus labios esbozaron un amago de sonrisa.



# ONCE

## SERINA

La luchadora de pelo rojo del equipo de Oráculo ganó la pelea. Cuando Serina por fin abrió los ojos, las mujeres que la rodeaban en círculo agitaban en el aire las manos con los puños cerrados y las otras guardaban silencio mientras sus líderes retiraban del anfiteatro a las caídas.

—¿Están... muertas? —musitó Serina.

Jacana tragó saliva. Su rostro mostraba un blanco fantasmagórico a la luz de las antorchas.

—La mayoría sí.

Acantilado llegó para recoger a las chicas nuevas y sacarlas del anfiteatro junto con las demás. Llevaba una antorcha para iluminar el camino.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó entre dientes Serina, sin dejar de andar.

Le temblaban las piernas y le castañeteaban los dientes. Lo que acababa de ver, lo que acababa de oír...

Acantilado la miró de reojo.

—No hay comida suficiente para todas. Al Superior le da igual si vivimos o morimos. —Escupió hacia la oscuridad—. Así que peleamos.

Jacana lloriqueó.

—¿Os peleáis? ¿Por la comida? —preguntó Serina, y se le quebró la voz

—. Y ¿cómo es que lo permiten los carceleros?

—¿Permitirlo? Ellos lo idearon. Los carceleros son nuestro público y nos animan, incluso apuestan. —Sonrió enseñando los dientes y siguió hablando con amargura—. Somos su deporte.

Serina recordó entonces a los dignatarios del Superior que pasaban por su lado en el salón de baile; les traía sin cuidado quién era ni qué decía, siempre y cuando siguiera sonriendo. En aquel momento no le había importado.

—Pero esto...

—En la isla hay cinco campamentos. Siempre que llega una barca, cada uno tiene que elegir a quién envía al ring. El equipo de la ganadora es el único que obtiene raciones. —Acantilado se encaramó a un peñasco—. Esta noche ha ganado nuestra luchadora, lo cual significa que mañana comeremos bien. El resto de los equipos tendrá que merodear por la isla en busca de cualquier cosa que llevarse a la boca hasta que llegue la próxima tanda de prisioneras.

Serina tragó saliva para sofocar una arcada.

—Y ¿cómo deciden los carceleros quién gana?

Acantilado levantó una ceja, como si la respuesta fuera evidente.

—¿Acaso no lo has visto? La ganadora es la que sobrevive.

—¿Debemos matarnos entre nosotras? —se oyó la voz de Jacana, interrumpiendo el intercambio con un chillido agudo.

Acantilado ni siquiera la miró.

—Las cobardes pueden rendirse. Exiliarse de sus equipos. Aunque la mayoría de las que pelean y pierden prefieren esa muerte. Es más rápida que la inanición.

A Serina le ardían los ojos de contener las lágrimas. Cuando abrió el libro de Nomi, lo hizo con inocencia. No había sido más que un rápido vistazo a una parte de su infancia, un recuerdo de su hermano para aplacar la tristeza y la añoranza de su hogar. Un instante minúsculo antes de esconder el libro y echarle el sermón a su hermana por haber sido tan imprudente. Jamás se habría imaginado el riesgo tan enorme que corría. Y también Nomi por haber aprendido a leer. Con los gritos de las moribundas resonando en sus oídos, Serina siguió avanzando a trompicones por el camino, deseando que el fuego consumiera aquel libro de leyendas.

Acantilado y las nuevas prisioneras caminaban detrás del equipo de Oráculo por un sendero serpenteante y rocoso que atravesaba los restos calcinados de un bosque. De vez en cuando, un ciprés nudoso emergía en medio del terreno devastado y la hiedra más tenaz asomaba entre las piedras de lo que en su día podría haber sido una carretera. La otra única planta que podía encontrarse era una hierba dura que brotaba en pequeños terrones entre la roca volcánica negra y que se agitaba lastimeramente a merced del viento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gia.

La chica se retorció continuamente los mechones de pelo, como si necesitara desesperadamente algo a lo que agarrarse.

Serina intentó recuperar el aliento; las piernas le ardían por el esfuerzo.

Acantilado avanzaba sin bajar el ritmo.

—Vivimos en una cueva. Bueno, mejor dicho, en un túnel de lava. Las capas exteriores se enfriaron mientras el magma aún fluía por el interior, lo que dejó un espacio hueco.

—No parece muy seguro —observó Gia, esbozando una mueca.

Su piel bronceada y su cabello aclarado por el sol sugerían que procedía de una ciudad del sur, o tal vez de una de las familias de pescadores nómadas que vivían a bordo de barcas y navegaban por la costa occidental.

—Porque no lo es —le espetó Acantilado.

—Y entonces ¿por qué vivís allí? —preguntó Serina.

—Oráculo no quiere que estemos seguras —respondió Acantilado, mirándola por encima del hombro—. Quiere que seamos duras. Vivir en ese túnel es espantoso, y ese es el objetivo. Ya basta de preguntas. Seguid andando.

La oscuridad era cada vez mayor, y la luz parpadeante de la antorcha de Acantilado iluminaba muy poco, razón por la cual Serina avanzaba a tropezones. Jacana, pese a su timidez, la ganaba en velocidad.

Llegaron finalmente a una especie de boca abierta en la piedra. El grupo desapareció en el interior de la cueva. Las nuevas prisioneras, destrozadas por el agotamiento, dudaron un momento antes de entrar. El ambiente olía a fósforo quemado. Las montañas del centro de la isla destilaban un resplandor rojizo que se elevaba hacia el cielo.

Theodora miró el túnel y negó con la cabeza. Abrió mucho los ojos, horrorizada.

—Creo que no puedo hacerlo.

Gia tiró de su brazo.

—¿No pretenderás quedarte aquí sola toda la noche?

—Sin una antorcha es más complicado —dijo Acantilado, hablando por encima del hombro y sin esperarla.

Cuando Serina entró en la cueva, se le llenó la boca de un polvillo amargo. La luz de la antorcha se reflejaba contra los muros. Pero incluso así, estaba tan oscuro que le costaba vislumbrar los perfiles pálidos de Jacana, que caminaba delante de ella.

Finalmente, apareció un destello de luz que iluminó mejor el camino. El túnel aumentó de altura y se ensanchó hasta crear una sala. Las mujeres tomaron asiento en varias sillas oxidadas que ocupaban el centro del espacio o se tumbaron en los jergones que flanqueaban las paredes curvas. Al fondo, en un tosco agujero, ardía una hoguera.

No había carceleros. Ningún hombre. Serina no había visto tantas mujeres juntas en toda su vida.

Oráculo se acercó a las nuevas. Se plantó delante de ellas y se cruzó de brazos.

La cueva no emitía ningún eco.

—Todo el mundo tiene un momento en el que se sitúa en el borde del acantilado y se pregunta si no sería más fácil saltar —dijo la líder. Miró a las recién llegadas, una a una—. Permitidme que os ahorre el debate interno. Es más fácil.

Sus palabras, deprimentes e inexorables, se quedaron flotando en el ambiente un largo rato. Serina tragó saliva para eliminar el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—Aquí, en Monte Ruina, hay que ganarse la ración —prosiguió Oráculo—. Y todo el mundo está hambriento. Saltad, si es lo que queréis, pero no esperéis tener comida a menos que trabajéis. A menos que luchéis. Los carceleros controlan la isla, pero vuestra supervivencia la controláis solo vosotras. Escuchad, aprended y recordad, todo se resume en eso. Las reglas

que aprendisteis en Viridia, todo aquello de ser calladas, sumisas, humildes y débiles, no os van a servir de nada aquí. En este lugar, la única moneda de cambio que existe es la fuerza.

A Serina la habían enseñado a ser dócil. Maleable. Su punto fuerte era su elegancia. Pero eso ahora no le servía de nada. Serina era inútil. Aquí nadie necesitaba que tocara el arpa, bailara o bordara.

Oráculo la miró fijamente, y la chica tuvo la sensación de que con aquel ojo raro y lechoso le estaba leyendo los pensamientos. Entonces, casi como si se estuviera dirigiendo directamente a Serina, la veterana añadió:

—Tienes que ser tan dura como esta cárcel, como la piedra y el océano que te encierran en ella. Estás hecha de ladrillo y alambrada. Estás hecha de hierro.

En otras circunstancias, Serina habría llorado. Pero ya no le quedaban lágrimas, ya no le quedaba energía para seguir lamentándose. Ahora estaba en juego su vida. No sabía cómo, pero tendría que aprender a sobrevivir.

Serina se despertó. Estaba rígida como consecuencia del pánico. Un peso fantasma, sólido como las rocas que tenía por encima de la cabeza, la presionaba con insistencia. Se sentó y se quitó la camiseta para intentar liberar los pulmones de la opresión de la caja torácica.

Notó una mano en el hombro.

—Es un sueño. Relájate. No pasa nada.

La voz desconocida hizo añicos el abotargamiento que se aferraba con insistencia a Serina. De pronto, engullendo una bocanada de aire, volvió a respirar.

La sala principal de la cueva estaba alumbrada a intervalos con antorchas que interrumpían la oscuridad y formaban bloques anaranjados de luz y sombra. Pese a la penumbra, Serina intentó ubicarse.

—El túnel puede provocar claustrofobia. A mí me gusta. —La voz ronca pertenecía a la mujer que estaba acostada en el jergón contiguo—. Pasé diez años viviendo en un sótano sin ventanas, en casa de un hombre rico, temiendo constantemente oír el sonido de su llave al introducirse en la cerradura. Acabé

acostumbrándome a la oscuridad.

—Y ¿cómo acabaste aquí? —le preguntó Serina con voz temblorosa mientras intentaba asimilar la realidad del presente.

—Aquel hombre se llevó a mi hijo. —El rostro de gnomo de la mujer se ensombreció y sus ojos se transformaron en un par de agujeros oscuros que la tenue luz pasaba de largo. Levantó las manos y formó unas garras con los dedos—. Y yo le saqué los ojos.

Serina sujetó con fuerza los laterales del jergón para poder mantener una expresión neutral.

—Ah.

—Me llaman Garra —se presentó la mujer, tendiéndole una mano—. Aquí, todo el mundo se gana su apodo.

—Me llamo Serina. —Cuando le estrechó la mano, el estómago le dio un vuelco y empezó a notar un hilillo de sudor resbalándole por la nuca. De repente, el peso de la roca que se cernía sobre su cabeza y la presión de tantas desconocidas a su alrededor se volvieron insoportables. Tenía que salir de allí —. ¿Dónde están las letrinas? —preguntó con voz ronca.

—Fuera del túnel, pasadas las fumarolas a la izquierda —respondió Garra, moviendo la cabeza en dirección a la abertura que había al otro lado de las brasas de la hoguera.

Serina se incorporó y cruzó la cueva con piernas temblorosas.

El túnel no estaba iluminado, con la excepción del débil resplandor del amanecer que se filtraba a través de varias aberturas mínimas que se habían formado en los puntos donde había habido derrumbes, un detalle en el que Serina intentó no pensar mucho. Avanzó pegada a una de las paredes, rozando con la mano la piedra rugosa para no perder el equilibrio. El suelo era irregular y obstaculizaba los pasos de sus frágiles babuchas, abrasando unos pies que ya tenía llenos de ampollas. Había visto que algunas mujeres calzaban botas y se preguntó qué habrían hecho para conseguirlas.

Lejos de las demás, pensó que tendría más espacio para respirar, pero seguía acorralándola el túnel de lava, un espacio lleno a rebosar de recuerdos de las muchas mujeres que habían pasado por allí, asustadas y solas como ella. Que habían llegado, habían luchado y habían muerto.

El túnel se abrió por fin al exterior y la roca se desmenuzó para transformarse en gravilla cubierta de hierba y hojas de enredadera. Del suelo pedregoso brotaban pequeños aloes con pencas de bordes rojizos, y unos limoneros de escasa altura flanqueaban una minúscula zona boscosa. Serina estaba segura de que la noche anterior habían entrado en la cueva por allí, pero estaba tan oscuro que no había podido ver todos aquellos detalles.

A su izquierda, el suelo desprendía un vapor que otorgaba a la luz del amanecer un matiz gris plateado. El ambiente húmedo y bochornoso sustituía la frialdad de la cueva. Siguió caminando por el terreno pedregoso. Nunca en su vida había hecho sus necesidades en el exterior. Aquello suponía un cambio impresionante con respecto a las quejumbrosas cañerías de su casa o los espaciosos baños con paredes de mármol del *palazzo*.

Cuando hubo acabado, emprendió el camino de vuelta.

Un chirrido y un traqueteo interrumpieron el silencio de la mañana. Serina corrió hacia la entrada de la cueva en cuanto vislumbró la figura de un carcelero empujando un carromato oxidado. El hombre se detuvo en el claro que había entre los limoneros, se quitó la gorra y se secó el sudor de la frente. Era el joven que había sugerido que la llevaran a la Cueva.

Serina miró a su alrededor en busca de Oráculo, o de alguien que pudiera saber qué estaba pasando, qué tenía que hacer, pero de las tinieblas del túnel de lava no salía nadie. En un gesto automático, se pasó la mano por el cabello, graso y enredado, e intentó alisarse la falda.

—Ah, Chica Muerta —dijo el carcelero al percatarse de su presencia.

Serina se puso furiosa al oír que la llamaba con un apodo tan cruel. No se atrevía a mirarlo a los ojos, de modo que fijó la vista en el cabello oscuro y rebelde que asomaba por debajo de la gorra. El carcelero se apoyó en el carro y se cruzó de brazos. La camisa gris estaba empapada en sudor.

—¿Ya estás bien instalada?

Habría sido una pregunta educada que exigiría una respuesta educada de haber estado en *palazzo*. Pero Serina no estaba en palacio, y la noche anterior había visto un montón de chicas luchar hasta la muerte mientras tipos como aquel se lo pasaban en grande. En circunstancias así, Nomi jamás sonreiría ni se mostraría educada. De modo que Serina decidió que ella tampoco.

—¿Cómo pretendes que alguien pueda instalarse bien en el infierno? — replicó con un tono de voz envenenado—. Y, además, ¿por qué tendría que hacerlo? Has dejado bien claro que tardaré bien poco en morir.

El carcelero asintió, con un gesto que daba a entender cierta comprensión.

—Veo que has recuperado algo de tu fuego. Eso está bien.

Descolocada, Serina le espetó:

—¿A qué te refieres?

El carcelero se encogió de hombros.

—Hay muchas chicas que llegan aquí rabiosas, preparadas para luchar. Pero hay otras que necesitan ayuda. Por eso pensé que si habías de tener alguna oportunidad de sobrevivir, sería con las de la Cueva. Y mira por dónde, solo un día después ya andas defendiéndote por ti misma.

—¿Así que por el simple hecho de que me muestre irrespetuosa contigo piensas que estoy lista para luchar? —dijo Serina, llevándose las manos a las caderas.

El sol de la mañana le daba de pleno y abrasaba la piel desnuda de sus brazos. El carcelero rio y se volvió hacia el carromato cargado.

—Es evidente que no. Pero si alguien puede conseguir que lo estés, es Oráculo. Ella sabe perfectamente cómo refrenar a las locas y endurecer a las asustadas. Su equipo consigue siempre más raciones que los demás. Te irá muy bien.

Confusa, Serina replicó tartamudeando:

—Espera un momento..., ¿estás insinuando que intentaste ayudarme?

Con un gruñido, el carcelero se cargó un abultado saco de arpillera al hombro.

—Intento ayudaros a todas, destinaros adonde creo que duraréis más tiempo. Tú me pareciste especialmente necesitada.

—Pues gracias —dijo Serina, en tono sarcástico.

Pero en el fondo se sentía agradecida. Ella no era como Anika, dura y desafiante. Serina no encajaba en aquel nuevo mundo aterrador.

El carcelero cargó el saco hasta la entrada de la cueva y lo depositó junto a la pared rocosa. A continuación, fue a buscar otro. Las raciones, imaginó Serina. Solo de pensarlo, le rugió el estómago.



—Y bien, Chica Muerta —dijo el carcelero al pasar junto a ella por tercera vez—. ¿Cuál es tu nombre?

—Serina.

Se disponía a preguntarle cómo se llamaba él cuando de la penumbra de la cueva surgió un grupo de mujeres.

Oráculo se acercó al carcelero. Se estrecharon la mano, y la expresión severa de la mujer se relajó mínimamente. Hasta que fijó la vista en los sacos.

—Hay tres menos que la última vez —observó.

El centinela contestó bajando la voz:

—El comandante Ricci ha vuelto a quedarse más para él. He conseguido sacar a hurtadillas un saco adicional, pero habría levantado sospechas de haber sisado más.

—Gracias —dijo Oráculo, dándole una palmada en el hombro—. ¿Sabes si alguno de los demás equipos se encuentra en nivel crítico?

El carcelero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Las de los Acantilados del Sur han estado cerca, pero han tenido buena suerte con la pesca. Aguantarán un mes más si es necesario.

De pronto, Serina dio un brinco al notar que alguien la agarraba del brazo. Cuando se volvió, vio que se trataba de Acantilado.

—Aquí estás —dijo la mujer—. Andaba buscándote.

Serina suspiró aliviada.

—Lo siento. Me... he levantado temprano y necesitaba ir al baño. Estaba...

—¿Comiéndote con los ojos a Valentino? —insinuó Acantilado, levantando la barbilla en dirección al carcelero.

Serina se sonrojó.

—Apareció cuando ya volvía.

—Es broma. —Una sonrisa iluminó por un instante la cara ancha y simple de Acantilado—. Val nos gusta a todas. Es el carcelero más joven, por eso lo mandan a él a repartir las raciones. A veces nos sopla alguna cosa, nos avisa cuando el comandante está de buen humor.

Serina abrió la boca con intención de preguntar a qué se refería con aquello, pero la sonrisa de Acantilado se esfumó de repente.

—Ni te acerques al resto de los carceleros. Val es la excepción,

¿entendido? Los demás hacen promesas a las chicas de vez en cuando... — Acantilado meneó la cabeza en un gesto de preocupación—. Pero la cosa nunca acaba bien.

Serina no entendía nada, pero asintió de todos modos.

—Vamos —dijo Acantilado—. Es hora de desayunar.

Dentro, las mujeres se habían congregado alrededor del fuego. Serina vio que Jacana se había sentado sola, aparte del círculo. Se sentó en el suelo al lado de la chica.

—¿Has podido dormir? —le preguntó en voz baja.

Jacana hizo un gesto afirmativo, pero no levantó la vista.

Alguien le pasó un par de pedazos de pan grumoso, unas tiras de carne seca duras como una suela de zapato y unos cuantos gajos de naranja. Serina se abalanzó sobre su ración y la engulló. Después de tanto tiempo sin comer, lo encontró todo delicioso. Jacana comió a mordisquitos, como un pajarillo, pero su ración desapareció también con rapidez.

Ni Acantilado ni Oráculo presentaron a las cuatro nuevas chicas al grupo, tampoco nadie hizo el más mínimo intento de hablar con ellas. Cuando Serina terminó de comer y pudo empezar a pensar en algo que no fuese la insistente sensación de vacío de su estómago, levantó la cabeza para evaluar con la mirada a las demás reclusas. Había una treintena de mujeres; la más joven tendría unos quince o dieciséis años, y la mayor era una vieja bruja arrugada que se hallaba recostada en un jergón junto al fuego y masticaba su ración de pan con sus encías desdentadas. Prácticamente todas tenían el mismo aspecto: jóvenes con cara chupada y hambrienta, pelo corto o recogido de forma austera, uniformes apedazados y sucios, y marcadas ojeras oscuras.

Mientras disfrutaban de su exigua comida, las mujeres se contaban historias y chistes. Sorprendentemente, las carcajadas llenaban la cueva. Y no eran las risillas nerviosas de las mujeres del baile del Superior. Aquellas mujeres reían con desenfreno.

Serina se preguntó cuáles serían las locas y cuáles las asustadas.

—Anoche soñé que Oráculo me arrojaba por un acantilado —murmuró Jacana.

—¿Y te has despertado feliz o decepcionada cuando has visto que no era

real? —preguntó Serina con una sonrisa irónica.

Jacana la miró sorprendida. Y, por primera vez, rio.

—Pues no estoy segura. De cualquier modo, el infierno sigue ahí, ¿no?

Serina se fijó en la naricita de Jacana, en su pelo sucio y en sus atormentados ojos verdes. Era una chica guapa, pero la vida dura que había llevado le había pasado factura, lo que quedaba patente en las arrugas prematuras que asomaban en la comisura de sus ojos y en el frunce permanente que se le marcaba entre las cejas.

—¿Cómo has acabado aquí? —preguntó con curiosidad Serina.

Jacana bajó la vista hacia sus manos vacías. Estaban cubiertas de fino polvo volcánico; las uñas, descarnadas.

—Era una ladrona. Y me pillaron.

Serina se lo imaginó, o casi. Jacana era menuda y rápida. Pero, por otro lado, también muy tímida.

—¿Qué robabas?

—Cualquier cosa. —Jacana se encogió de hombros—. Mis padres murieron cuando yo tenía siete años y me quedé sola. Conseguí que no me metieran en el orfanato. No quería que me contratasen como esposa. No me habrían pedido permiso.

—¿De dónde eres? —preguntó Serina—. Yo soy de Lanos.

Jacana la miró sorprendida, y el miedo desapareció momentáneamente de su rostro.

—No pareces de Lanos —observó—. Habría supuesto que eras de Isla Dorada.

Aun sin quererlo, Serina sonrió ante el cumplido. Su aspecto no le hacía ningún bien en sus circunstancias actuales.

—Nací en Bellaqua —le explicó Jacana—. Pero he vivido en todas partes. En ciudades, básicamente. Pasé temporadas largas en Ressida y en Ciudad Diamante. —Se inclinó hacia delante y se enlazó las rodillas con sus frágiles brazos—. Se me daba muy bien esconder cualquier rastro. Pero una amiga me traicionó. —De pronto fue como si se encogiera—. Y ahora voy a morir aquí.

Serina bajó la vista, el estómago seguía rugiéndole. La verdad, ineludible, pesaba como las rocas que tenían encima.

«Todas moriremos aquí.»

# DOCE

## NOMI

En el transcurso de los días siguientes, Nomi se dedicó a buscar a Asa en las dos ocasiones en las que abandonó los aposentos de las Gracias. Se imaginó y descartó varios planes espantosos para tratar de localizarlo. Luchó contra el presentimiento de que había depositado todas sus esperanzas en una circunstancia que tal vez no llegaría a producirse. No sería capaz de preguntarle a Asa por el paradero de Serina si jamás volvía a verlo.

Nomi estaba dirigiéndose a regañadientes al taller de las modistas y estudiaba con detalle a las Gracias y a las doncellas que pasaban por su lado, cuestionándose si alguna de ellas conocería el destino de su hermana. Había preguntado a Rosario, pero le había dicho lo mismo que Cassia: que habían alejado a Serina del palacio en circunstancias misteriosas.

—Hoy se dedicarán al vestido negro —comentó Angeline, caminando lentamente a su lado—. Ese no es tan estructurado como los demás. La prueba no será muy pesada.

—Gracias —dijo Nomi, pensando que su doncella sabía lo mucho que odiaba aquellas sesiones.

—Creo que deberías ponerte ese para la carrera —sugirió Angeline, pensativa—. Reflejará el brillo de la luz de la luna.

—¿Has asistido alguna vez? —preguntó Nomi.

—Mi padre me dejó verla una vez desde la ventana de arriba. Es una locura. Una carrera de caballos por las calles de la ciudad. Es un acontecimiento de tal renombre que viene gente de todo el mundo a verlo. Y disfrutarás de una de las mejores vistas de todo Bellaqua. El Superior y su séquito la miran siempre desde el Campanario, cerca de la meta.

Llegaron a la puerta justo cuando alguien la abría desde dentro. Nomi retrocedió rápidamente para evitar la colisión.

Maris se paró en seco, a punto de pisarle los pies.

—Disculpa —dijo—. No sabía que estabas tan cerca.

Nomi le restó importancia.

—No pasa nada. Por suerte, hemos salido ilesas.

Maris se recogió detrás de la oreja su cortina de cabello negro. Era, con diferencia, la más alta de las nuevas Gracias; Nomi calculaba que debía de ser de la misma altura que el Heredero. Y en aquel momento, con un escultórico vestido verde con minúsculas y brillantes incrustaciones de plata, le pareció aún más imponente.

—Este vestido te queda impresionante —comentó Nomi cuando Maris se movió y los adornos plateados capturaron la luz.

Angeline lo miró con admiración.

—Me parece más adecuado para cenas que para bailes —comentó Maris—. Es mi favorito. Me ayuda a hacerme la ilusión de que puedo mantener mejor las distancias.

La respuesta dejó sorprendida a Nomi. ¿Acaso el objetivo no era acercarse al Heredero lo máximo posible?

La doncella de Maris eligió justo aquel momento para intervenir.

—Tenemos que ir al ensayo de arpa.

Maris asintió y, después de mirar a Nomi encogiéndose de hombros, siguió a su doncella por el pasillo.

—Y tú tienes una clase de baile después —apuntó Angeline—. Vendré a buscarte cuando sea la hora.

Nomi le dio las gracias, pero se le revolvió el estómago. Una clase de baile. La primera. Tenía al menos el consuelo de que no sería con el Heredero,

pues aún no había vuelto a *palazzo*.

En cuanto Nomi entró en el taller de las modistas, un montón de costureras empezó a revolotear a su alrededor. Su ropa desapareció en un instante. En enaguas, la hicieron subir a una pequeña tarima situada en el centro de la oscura estancia.

—Vaya, vaya, qué flaca —murmuró la modista al pasarle el vestido negro por la cabeza. Arrugó la nariz al ver la caída del traje sobre el cuerpo delgado de Nomi—. Este vestido no está diseñado para el tipo de una doncella.

A lo largo de las distintas sesiones de prueba, las costureras le habían dejado claro que no aprobaban su origen humilde. Pero la mujer tenía razón en lo del vestido.

A Serina le habría quedado perfecto.

—¡Traed más alfileres! —vociferó la modista.

Nomi mantuvo la columna recta y el rostro inexpresivo. Habría querido arrancarse aquel traje y arrojarlo a los pies de la modista, sobre todo después de que aquella mujer la pinchara «sin querer». Pero Serina habría mantenido la calma de estar en su situación y, pensando en ella, decidió hacer lo mismo.

Nomi recibió otro pinchazo, ahora en el muslo, y le salió una gotita de sangre. Esbozó una mueca de dolor, pero no les dio a las costureras la satisfacción de emitir un solo sonido. El vestido que Serina había elegido era de un negro plateado, como el de un cielo tachonado de estrellas, y a Nomi le hubiera gustado de no ser porque el escote le llegaba hasta el ombligo y la cintura era ceñidísima.

—Ya está —anunció la modista—. Así mejor.

Retrocedió un poco para repasar el dobladillo y las pinzas que había hecho. Lo único que veía, entrecerrando los ojos, era la forma del vestido. Nomi podría haber sido perfectamente un maniquí de los que se encuentran en el fondo de una trastienda.

Inés apareció justo cuando Nomi se quitaba el vestido.

—Espera, déjate puesto —le pidió—. Ahora tienes clase de baile. Un vestido largo y unos cuantos alfileres bien colocados te ayudarán a aprender.

Nomi, aun teniendo el corazón en llamas, asintió sin perder la calma aparentemente.

Inés no esperó a que llegara Angeline y escoltó personalmente a Nomi para salir de los aposentos de las Gracias. La muchacha tenía ya casi aprendido ese pequeño laberinto, pero el resto del palacio seguía siendo un misterio para ella, probablemente porque prestaba más atención a las criadas que a su entorno. A pesar de lo que había dicho Rosario, seguía albergando la fantasía de que Serina continuaba viviendo en palacio, desempeñando un trabajo de ínfima categoría, y de que algún día, si tenía paciencia, sus caminos acabarían cruzándose. Pero hasta el momento, no había visto ni rastro de su hermana.

Con el vestido susurrando al entrar en contacto con las baldosas del suelo, siguió a Inés por infinidad de pasillos. Accedieron finalmente a una pequeña sala de música.

Las paredes estaban decoradas con un papel pintado con motivos de rosas y lucían estanterías donde se exhibía una gran variedad de instrumentos. Unas claraboyas daban luz natural a la habitación. En una esquina había un piano e, inclinada sobre sus teclas, una mujer vestida de naranja apagado interpretaba una melodía. Habían apartado el mobiliario, y Cassia se deslizaba en brazos de Asa en el centro de la estancia. El profesor de baile iba dándole instrucciones desde un lado.

¿Asa? ¿Iban a ensayar con Asa?

La sorpresa fue tan grande que Nomi se quedó paralizada en el umbral de la puerta.

Asa perdió el ritmo cuando detectó su presencia, y Cassia emitió un bufido al recibir un pisotón. Nomi se ruborizó.

—Mil perdones —murmuró Asa, volcando de nuevo la atención en su pareja de baile.

Cassia ladeó la cabeza.

—No ha tenido importancia, Eminencia.

—Ya vale por hoy —ordenó Inés, y la pianista terminó la pieza con una pequeña floritura.

Asa soltó rápidamente las manos de Cassia.

—Gracias por el baile —dijo, haciendo una reverencia.

Cassia le correspondió con una elegante genuflexión, y su larga melena



cayó como una cortina para esconderle la cara.

—Ha sido un placer, Eminencia —ronroneó.

Nomi se apartó de la puerta para que Cassia pudiera salir, pero la cabeza le funcionaba aún con lentitud. No podía dejar de mirar a Asa, que la esperaba en el centro de la estancia, rascando el suelo con un pie. En ninguno de sus infructuosos planes se le habría ocurrido que sería su pareja en la clase de baile. Pero ¿podía arriesgarse a preguntarle por Serina en aquel contexto? ¿Se atrevería?

El profesor, flaco como un palo y con manos elegantes, dio dos palmadas. Nomi se sobresaltó y entró en la estancia, caminando con torpeza. Nunca había asistido a clases de baile. Serina siempre ensayaba con Renzo, y a nadie se le había ocurrido que ella participara también en las lecciones. El maestro tendría que hacer bastante más que darle meras indicaciones para que mejorara el estilo. Tendría que enseñarle todos los pasos, todos los giros.

—Relaja el entrecejo —le ordenó Inés—. Una Gracia nunca frunce el ceño.

Nomi enderezó la espalda. Si su destino era sobrevivir en aquel lugar, si quería averiguar qué había sido de Serina, tendría que controlar su frustración. Debería aprender aquel tipo de cosas. No podía correr el riesgo de desagradar a nadie.

Se plantó delante de Asa e hizo una reverencia. La práctica, al menos, la había ayudado en ese aspecto. Cuando se movió, la luz del sol capturó el hilo de plata del vestido y lo hizo brillar como si fueran estrellas.

—Debo pedirle disculpas de antemano, Eminencia —dijo—. Tengo escasa experiencia con el baile.

Asa acogió las manos de Nomi entre sus palmas calientes y a ella le temblaron los dedos. Guio entonces la mano izquierda de ella hacia su hombro y le sujetó la otra. Cuando las primeras notas de una melodía inundaron la sala, él la atrajo hacia su cuerpo, dejándola a una distancia suficiente para poder hablarle en voz baja y decirle:

—Tampoco yo tengo mucha. Por eso mi padre me obliga a practicar con las Gracias.

Olía a café y a arena caliente. Sin darse cuenta, Nomi se bamboleó y se

acercó un poco más a él. Con el movimiento, se le clavó en el muslo un alfiler escondido.

El profesor marcó el ritmo:

—Uno, dos, tres, cuatro. Paso atrás, a la izquierda, hacia delante y de nuevo atrás.

Nomi intentó concentrarse, pero la pregunta que quería formularle ofuscaba todo lo demás. ¿Se atrevería? Corría el riesgo de resultar impertinente, y además Inés la observaba atentamente. Le había dicho a Nomi que no hiciera preguntas. Si la oía...

Asa dio un paso al frente, justo encima del pie de Nomi.

Nomi dio un tirón hacia atrás, tropezó con el bajo cogido con alfileres del vestido y se tambaleó. Asa estrechó su abrazo. Dio entonces un paso a la izquierda en el mismo momento en que también lo hacía ella, los brazos se tensaron y volvieron a estar juntos.

El profesor carraspeó.

—Eminencia, por favor, permíteme por haber generado confusión. Mis instrucciones eran para Nomi.

Asa emitió un ruido raro con la garganta, como si intentase disimular una carcajada.

—Tranquilo, no pasa nada.

La música volvió a sonar. Asa dio un paso hacia delante, Nomi hacia atrás, y encontraron un poco el ritmo. Dieron varias vueltas por la sala hasta que Inés dijo:

—Nomi, levanta la barbilla. Estás mirándote los pies todo el rato, como si te diera miedo que pudieran echar a andar sin ti.

La Gracia levantó la cabeza justo a tiempo de ver a Asa reprimiendo una sonrisa.

El chico se acercó un poco más a ella.

—Cuando bailo, no me fío en absoluto de mis pies —comentó—. Tienen la costumbre de... —Le pisoteó el vestido, lo que provocó que la atrajera bruscamente contra su pecho y que a ella se le clavarán más alfileres en la cintura. Nomi se esforzó por no poner un gesto de dolor, y él no pudo evitar la carcajada— ... bueno, ya ves, de hacer justamente esto —remató la frase.

Nomi dio un paso hacia la izquierda. Asa bailaba tieso como un palo, pero ni ella, ni los alfileres, estaban colaborando para mejorar el resultado.

—Y además yo soy una pareja nefasta. Lo siento.

Asa le presionó la mano.

—La torpe no eres tú. Y mucho menos con ese vestido; es como si el firmamento entero estuviera abrazándote.

Nomi jamás en su vida había oído un cumplido tan extravagante. Con las mejillas encendidas, bajó la vista, y el vestido, con su centelleo constante sobre el negro, le guiñó el ojo.

—Tengo la sensación de ser una desconocida —le confesó—. No me siento nada yo.

—Tu vida ha dado un giro —replicó él, encogiéndose de hombros—. Es normal que te encuentres desconcertada. Todo es distinto e inesperado... Y no fue elección tuya, además.

Nomi levantó la vista, sorprendida. Nadie hasta el momento la había comprendido de aquella manera. Todo el mundo se comportaba como si tuviese que estar entusiasmada con su situación o la denigraba por ser una simple criada que había ascendido sin motivo. Le lanzó una mirada a Inés, cuya atención estaba centrada en algo que sucedía al otro lado de la ventana. Tal vez se encontrase ante su oportunidad.

—Quería preguntarle... —empezó a decir.

—Intenten un giro —la interrumpió el profesor.

Asa suspiró con exageración.

—Allá vamos...

Empezó a dar vueltas con Nomi, con tanta energía que ella se vio obligada a sujetarse a su mano con fuerza para no salir volando. Y entonces, de pronto, empezaron literalmente a volar, a girar en círculos impulsivos, adecuados para una melodía más rápida y desenfrenada que la que emitía el piano.

El movimiento le apartó a Nomi el cabello de la cara y, sin poder evitarlo, rompió a reír. Asa la hacía girar continuamente, alejándola y acercándola a su pecho, hasta que empezaron a balancearse levemente.

Asa le sonrió. Sus ojos tenían el color del café intenso y se achinaron por las comisuras.

Empezaron a dar vueltas de nuevo por la estancia, galopando y siguiendo unos pasos que Asa debía de haberse inventado. Pero a Nomi le daba igual y no notaba, además, ni un solo pinchazo de los alfileres. Por primera vez en casi una semana, el nerviosismo había abandonado sus músculos, sus preocupaciones se habían esfumado, y las preguntas y el arrepentimiento no le provocaban dolor de cabeza.

Pasar unos instantes dando vueltas como una niña y fingiendo que era libre era un auténtico regalo.

Inés tosió para aclararse la garganta, con exageración e intención. El piano se interrumpió.

—Con esto será suficiente —anunció.

Asa rio entre dientes, hizo dar a Nomi un último giro y dio por terminado el baile con una reverencia. Sonrió, y sus mejillas mostraban el mismo rubor que Nomi notaba en las suyas. Ambos respiraban con dificultad.

La Gracia bajó la vista. Se le había soltado parte del dobladillo recogido con alfileres y la tela se arrastraba por encima de sus zapatos plateados.

—Lo siento. Creo que mi comportamiento no ha sido el que correspondía —dijo Asa, sin lamentarlo en absoluto—. Gracias por el ensayo.

—A usted, Eminencia.

Nomi hizo una reverencia, apenada. El baile había terminado y, con ello, la oportunidad de preguntar por Serina.

Nomi siguió a Angeline para volver a los aposentos de las Gracias, preguntándose si volvería a presentársele otra oportunidad. Rezando para que así fuera.

Cuando llegaron a la habitación, Angeline se ocupó enseguida del vestido negro con brillantitos, que había quedado en un estado bastante deplorable.

—No te preocupes —la tranquilizó la doncella—. Haré que lo limpien y lo repasen rápidamente para que esté a punto para el Premio Belaria.

Ayudó a Nomi a vestirse con una túnica de color crema y unos pantalones sueltos.

—Gracias, Angeline —dijo Nomi—. ¿Podría estar unos minutos sola, por favor?

La chica asintió.

—Por supuesto. Esperaré fuera.

En cuanto se quedó a solas, Nomi se dejó caer en una silla, apoyó los codos en el tocador y escondió la cabeza entre las manos. No podía dejar de repasar mentalmente todo lo sucedido en la clase de baile. Tendría que haber encontrado la manera de preguntarle a Asa por Serina.

La frustración de Nomi emergió a la superficie. Esperaba poder descansar un poco, pero le resultaba imposible tumbarse en la cama si seguía pensando en su hermana. Se levantó, con torpeza, y al hacerlo tiró al suelo un tarrito de brillo de labios. Suspiró, lo recogió y abrió el cajón superior del tocador para guardarlo.

Sofocó un grito. Justo debajo de un pañuelo de seda y dos barritas de khol, había un libro medio escondido.

Cerró rápidamente el cajón y miró a su alrededor, presa del pánico. Cuando estuvo segura de que nadie la observaba, de que las cortinas estaban corridas y de que Angeline seguía fuera, abrió otra vez el cajón, muy despacio.

El libro aún estaba allí. Acarició con la punta de los dedos el cuero suave de la cubierta y lo sacó con manos temblorosas.

*Una breve historia de Viridia.*

Tener aquel libro era muy peligroso, y así lo demostraba la ausencia de Serina. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Sin que le diera tiempo a pensar qué estaba haciendo, Nomi guardó el tomo entre el colchón y el somier, empujándolo hacia el centro de la estructura para que no se moviese cuando Angeline hiciera la cama. El corazón le latía con fuerza. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra el somier.

De pronto se sentía como un equilibrista en la cuerda floja, con el mundo peligrosamente alejado de ella, muy abajo. Alguien estaba jugando con ella.

Y no tenía ni idea de a qué.

# TRECE

## SERINA

—Oráculo quiere ver a las novatas. Vamos.

Acantilado se cruzó de brazos y se cernió sobre Serina, que apuró el último pedazo de pan de su exigua comida y se incorporó. Al parecer, Acantilado era la encargada de las nuevas prisioneras. Era la que estaba constantemente diciéndoles lo que tenían que hacer.

Jacana, Gia y Theodora se levantaron después de Serina y siguieron a Acantilado para salir del tubo de lava. Las demás mujeres estaban trabajando fuera; algunas recogiendo naranjas y limones y otras recolectando comida en el pequeño bosquecillo. Acantilado sorprendió a Serina mirando a una chica que iba cargada con cítricos y otros vegetales.

—Sin ese poco alimento adicional, nos moriríamos de hambre —explicó—. Algunos frutos del bosque no te matan si los comes, aunque tienen un sabor muy ácido, y luego están los jabalíes que rondan por la isla. Aunque durarán poco —añadió, acuciando a las chicas para que enfilaran un sendero abierto entre la vegetación—. Los cazamos a tanta velocidad que no les da tiempo a criar. Cuando te tropiezas con la oportunidad de obtener carne fresca, la aprovechas.

—¿Pescáis? —preguntó Gia.

Resultó que la chica rubia era de una familia de marineros. La habían pillado vestida de chico y vendiendo pescado en el mercado cuando su padre cayó enfermo.

Acantilado se rascó la piel bronceada de la nuca.

—Las del Campamento de la Playa y las de los Acantilados del Sur sí. Pero las corrientes impiden que los peces se acerquen lo suficiente a la costa en los demás lugares. Las del Campamento de la Selva tienen algo de agua dulce cerca de donde viven, pero poca cosa. Están tan hambrientas como todas las demás —remató con tristeza su explicación.

Serina frunció el entrecejo.

—¿Y qué pasa si un equipo pierde siempre en los combates?

—Pues que o encuentran comida suficiente por su cuenta, o se mueren de hambre —respondió Acantilado, empleando un tono terminante.

Dejaron atrás la arboleda y llegaron a otro campo de lava. De pronto, Serina oyó un gruñido y el sonido del contacto violento de piel contra piel. A unos metros a su derecha, en una franja amplia de terreno cubierto de hierba que al parecer la lava había pasado por alto, había varias mujeres peleándose entre ellas. Oráculo y aquella mujer de cresta roja y cabeza rapada estaban a un lado, observando.

Jacana se paró en seco. Serina hizo lo mismo. Acantilado movió la cabeza en dirección a las mujeres.

—Aquí es donde practicamos. Ámbar es la responsable del entrenamiento, pero si Oráculo os da algún consejo, hacédle caso.

Serina contuvo un grito cuando vio el puñetazo en el estómago que una de las mujeres acababa de propinarle a otra. Los giros y los regates componían una curiosa danza: el calor y el resplandor del sol hacían que los movimientos resultaran vertiginosos.

Ámbar se acercó adonde el pequeño grupo se había quedado observando. Acantilado enarcó una ceja.

—Creo que Oráculo quería ver a las novatas.

Ámbar examinó con la mirada a las nuevas. Serina vio que tenía una cicatriz muy desagradable justo debajo de la barbilla, blanca, reluciente y arrugada. Parecía como si alguien le hubiese querido rebanar el cuello.

—Recogeos el pelo —ordenó la mujer.

Acantilado sacó del bolsillo varios trozos de cordel y se los pasó. Mientras se recogía su pelo aceitoso, Serina se encogió de miedo.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo Ámbar, dirigiéndose hacia el campo de entrenamiento.

Gia carraspeó.

—Estás de broma, ¿no? —expresó en voz alta la misma incredulidad que sentía Serina.

Nadie se imaginaba que tuvieran que ponerse a entrenar... Al menos, no por el momento. Ámbar se detuvo en seco para fulminar con la mirada a la chica.

—Aquí todo el mundo acaba luchando por sus raciones. Cuanto antes empecéis a entrenar, menos probabilidad tendréis de morir.

Theodora tragó saliva. Era la más alta de las novatas, y daba la impresión de que los brazos le colgaban de las articulaciones, como los de una marioneta. Empezó a jugar con el bajo de la camiseta, un tic nervioso en el que Serina ya se había fijado.

Ámbar señaló el improvisado ring.

—Ahora, meteos allí.

Nadie más protestó. Serina, con el corazón latiéndole a un ritmo frenético, se colocó al lado de Jacana. A lo largo de toda su vida le habían dicho que las demás mujeres eran su mayor competencia. Su madre había insistido en grabarle ese mensaje a fuego: «No te fíes nunca de otra mujer porque querrá ocupar tu lugar como Gracia o robarte tus posibilidades de encontrar marido. Siempre tienes que ser la más guapa y la más preparada del lugar».

Pero ella solo sabía luchar para llamar la atención.

—Petrel, Espejo, trabajad con ellas —dijo Ámbar, señalando a Serina y a Jacana.

Las otras dos luchadoras se encargaron de Gia y de Theodora. Ámbar se quedó con Oráculo y Acantilado en el borde del claro.

Una de las luchadoras sonrió a Serina. Tenía una melena lisa hasta los hombros y llevaba las orejas perforadas, lo que la identificaba como ciudadana de Sola.



—Soy Petrel —se presentó la chica—. No te asustes demasiado.

—Tarde —murmuró Serina, sin poder evitarlo.

Petrel se echó a reír, para sorpresa de Serina. La otra chica, Espejo, le sonrió. Esta tenía el cuerpo entero cubierto de pecas y el pelo negro rapado al uno. Tenía una mirada que lo abarcaba todo.

—Todas os habéis cortado el pelo —observó Jacana en voz baja.

Petrel asintió.

—Sí, la mayoría. Es más fácil, y las reglas aquí no están tan definidas. O mejor dicho... —se interrumpió, pensando bien lo que iba a decir—, son distintas. —El tono despreocupado de su voz se ensombreció un poco—. En todos lados hay normas, ¿no?

Hasta el momento, Serina no había comprendido aún las reglas que regían aquel lugar. Lo cual le parecía más aterrador, si cabe, que vivir en una sociedad en la que todo estaba prohibido. Si no conocía las normas, ¿cómo iba a saber si las quebrantaba?

—Venga, poneos a ello —gritó Ámbar, dando por terminadas las presentaciones.

Petrel levantó las manos y las cerró en sendos puños.

—Los brazos sueltos, así. Levantad las manos a la altura del pecho, los brazos preparados pero no tensos. ¿Me entendéis?

Serina no comprendía nada, pero levantó las manos e hizo un esfuerzo. Jacana, a su lado, la imitó.

De pronto, Serina recibió un primer golpe en la cara. Con un estallido de dolor en la mandíbula, cayó de espaldas en la hierba. Se quedó mirando por un instante el cielo azul neblinoso, perfilado con nubes. Se incorporó con dificultad y se frotó la boca.

—Petrel, que trabaje bien el juego de pies. —La voz de Oráculo se sumó al pánico que presionaba el pecho de Serina—. Sabe bailar. Empieza por ahí.

Serina se quedó mirando a Oráculo, sorprendida. ¿Cómo se había enterado de que sabía bailar?

El puño de Petrel impactó entonces con el estómago de Serina, que volvió a caer al suelo.

—Lo siento —dijo Petrel jovialmente cuando Serina logró incorporarse

—. Mantén las piernas más separadas. Dobla más las rodillas. Las extremidades sueltas.

El entrenamiento duró toda la mañana. Primero, Petrel se dedicó a tumbar a Serina, una y otra vez, y a soltarle incongruencias sobre su postura y su tiempo de reacción. Luego les tocó el turno a las demás luchadoras. Y, por último, las novatas lucharon entre ellas. Las otras chicas también noquearon a Serina. Incluso Jacana, que era menuda y tímida, pero, como ya había percibido, también tremendamente rápida. Tenía sentido, dado su historial.

Serina tenía los nudillos destrozados. Las ampollas de los pies le sangraban. El sabor a sangre le llenaba la boca por culpa del labio partido. Lo único que podía hacer era incorporarse continuamente, balancearse de un lado a otro y prepararse para la siguiente paliza. Aquellas chicas eran cuchillos, y ella, mantequilla: un cuerpo blando y maleable que solo servía como saco de boxeo.

De haber seguido Nomi las reglas, Serina nunca habría terminado allí. La sacudió una punzada de rabia. Proyectó el puño hacia la cara de Espejo, pero la chica bloqueó el golpe y volvió a mandarla al suelo.

Cuando el entrenamiento tocó a su fin, Serina apenas podía tenerse en pie; le temblaban las piernas, tenía los puños magullados y los brazos le caían flácidos a ambos lados del cuerpo. Las demás chicas se sacudieron para limpiarse un poco y echaron a andar hacia la cueva. Petrel se acercó a Serina y le pasó un brazo por los hombros para tirar de ella.

—Vamos. A ver si te damos algo de comer. La primera vez siempre es horrible. Oráculo nos pide que seamos duras con las novatas para ver de qué pasta estáis hechas —dijo—. Verás como mejoras.

—Lo dudo —farfulló Serina, con la voz tan dolorida y titubeante como el cuerpo.

No compartía en absoluto el optimismo de Val con respecto a sus posibilidades. Cuando se dirigió a ella por primera vez tenía toda la razón del mundo: era una chica muerta.

«Y la culpa de todo la tiene Nomi.»

Serina meneó la cabeza en un intento de alejar aquel pensamiento. Le parecía una traición.

—Cuando te hayas recuperado, camina —le sugirió Petrel—. Mantente alejada de los puestos de vigilancia de los carceleros y de los otros equipos. Por lo demás, muévete por donde quieras. Camina todo lo que puedas, corre cuando te sientas preparada. Trepa sirviéndote de las manos y de los pies, sin zapatos. La roca volcánica ayudará a que se te formen callos. Necesitas endurecerte, en general.

Serina rio. Lo que acababa de decir se quedaba corto.

Petrel volvió a sonreírle.

—¿Cómo te llamas?

—Blandita —gritó una de las otras luchadoras desde la cabecera de la fila.

Sus compañeras rieron.

—No. ¿Qué os parece Zurra, ya que le hemos dado una buena?

En aquel momento a Serina le daba igual el apodo que le pusiesen. Era blanda. Débil. Derrotada.

La fila india fue bajando el ritmo hasta detenerse. Oráculo esperó a que llegaran las rezagadas. Serina miró a su alrededor; las integrantes del pequeño grupo estaban sudorosas y derrotadas por el calor, pero ella era la más desastrada. Jamás en su vida había pasado un día sin tener el pelo limpio y cepillado, sin llevar ropa bonita y sin lucir una sonrisa perfecta. No quería ni pensar en cuál debía de ser su aspecto en aquel momento, con el labio hinchado, la mandíbula amoratada y el cabello hecho una maraña.

Oráculo la evaluó con una mirada que parecía verlo todo, que parecía comprender las esperanzas, sueños y deseos de Serina... y todos sus fracasos. Oráculo dio media vuelta y gritó por encima del hombro:

—¡Llamadla Gracia!

# CATORCE

## NOMI

Era como si el libro abrasara a Nomi a través del colchón. Sus cantos afilados la mantenían despierta toda la noche, tentándola mientras Angeline dormía. Sumida en la oscuridad, el latido del corazón de Nomi hablaba en tinta negra y papel de seda, su cabeza albergaba un anhelo que se volvía más doloroso cuanto más se resistía a él. Ansiaba poder dedicarle al libro un momento robado, una mirada furtiva, pero decidió dejarlo donde estaba. Correr aquel riesgo no merecía la pena. Jamás olvidaría la expresión de Serina cuando fingió que estaba leyendo el libro de leyendas ni el sonido de su grito cuando se la llevaron de allí a la fuerza.

Nomi meneó la cabeza para intentar liberarla de la imagen del libro. Pero el problema era que si se olvidaba del libro, pensaba en Asa. ¿Practicaría con ella en todas las clases de baile o solo durante la ausencia del Heredero? ¿Cuándo volvería a verlo? Estaba decidida a encontrar la manera de hablar con él sobre Serina. Y no podía permitirse desperdiciar más oportunidades.

En aquel momento, las nuevas Gracias se encontraban en uno de los salones más íntimos del palacio, ambientado con luz tenue y con varios silloncitos tapizados. Les habían traído unos cuencos de cerámica con agua caliente porque la idea era que aprendieran a dar masajes en los pies

practicando entre ellas.

Con firmeza, y tras haberse untado las manos con aceite, Nomi deslizó los pulgares hacia la zona central del pie de Cassia.

—Me cuesta creer lo que voy a decirte, pero la verdad es que estás mejorando —admitió Cassia, emitiendo un suspiro y echando la cabeza hacia atrás.

Nomi contuvo el deseo de clavarle las uñas en el pie; lo que hizo, en cambio, fue sonreír con ironía y replicar:

—Ya iba siendo hora de que hiciese algo bien —como si le importara salir airosa de la prueba.

Maris emitió un sonido gutural.

—Odio los pies —confesó.

Estaba practicando con su doncella, que no paraba de reír porque Maris no presionaba lo suficiente.

—Me parece increíble que nos obliguen a hacer estas cosas. Es repugnante.

La doncella sacudió con brusquedad el pie cuando Maris tocó un punto excesivamente sensible.

—Lo siento —murmuró.

Cassia sumergió el pie en el agua.

—Pues a mí me parece sensual.

Nomi se secó las manos, pensando que sus sentimientos con respecto a aquel ejercicio se situaban en un punto intermedio entre los de las dos chicas.

—Ahora me toca a mí —dijo Cassia.

Al levantarse, le dio a Nomi unos golpecitos en la cabeza, como si fuese un cachorro. Intercambiaron los puestos. Nomi se instaló en el mullido sillón y depositó los pies en el taburete cubierto con una toalla.

Pero antes de que a Cassia le diera tiempo a empezar, la sombra de Inés ocupó el umbral de la puerta.

—El Heredero ha vuelto —anunció.

El corazón de Nomi dio un vuelco

—Y le gustaría verte, Cassia —añadió.

Nomi resopló. Por suerte, esta vez no le tocaba a ella ser la primera.

La elegida, sonriendo con engreimiento por encima del hombro, corrió hacia la puerta. Maris emitió un sonido burlón en cuanto Cassia desapareció.

Nomi se inclinó hacia delante para estirar la espalda antes de recostarse de nuevo en el silloncito. Cerró los ojos e intentó no pensar ni en Serina, ni en Asa, ni en el regreso de Malachi... ni en nada. A lo largo de su vida había tenido poquísimas oportunidades de hacer algo tan simple como sentarse en una silla cómoda y respirar. Sus padres trabajaban en la fábrica textil y Renzo estudiaba, razón por la cual siempre había recaído en ella la responsabilidad de limpiar la casa, ir al mercado, preparar las comidas y recogerlo luego todo.

La doncella de Maris volvió a reír. Esta, harta, tiró al suelo su piedra pómez. El hombre que vigilaba la puerta cambió el peso del cuerpo hacia la otra pierna.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja Nomi, mirando de reojo al guardia uniformado de blanco y preguntándose qué pensaría de ellas.

Maris cogió una toalla y se limpió el aceite de las manos.

—Me gustaría poder pasear por la playa, o nadar —refunfuñó—. Tengo la sensación de estar esperando a que llegue una tormenta que se cierne sobre la costa pero que nunca acaba de acercarse del todo.

Nomi se pasó las manos por los pies para intentar eliminar los restos de aceite que aún tenía en los dedos.

—Faltan pocas semanas para el cumpleaños del Heredero —dijo—. Después...

Después tendrían que cumplir los deberes que les correspondían como Gracias. Nomi se estremeció.

Permanecieron un buen rato sentadas en silencio, sin ganas de pasar a la siguiente tarea. Nomi se había quedado casi dormida, agotada como estaba por sus pensamientos, cuando Maris se levantó de un brinco.

—Tengo aceite por todas partes y su olor me pone mala. Voy a bañarme.

—Creo que yo también tendría que lavarme —dijo Nomi.

Los vientos alisios habían amainado la noche anterior, y el aire húmedo y cálido le había dejado la piel pegajosa. Además, tenía la cabeza espesa de tanto pensar en el cumpleaños de Malachi y en lo que se esperaba de ella.

Nomi y Maris recorrieron los opulentos salones con sus doncellas

siguiéndolas en silencio. Incluso Angeline se mantuvo callada cuando cruzaron las zonas comunes. En todas las estancias había algún que otro hombre del Superior. Parecían parte del mobiliario sin serlo; Nomi pensó que no había que olvidar nunca que su labor era informar de todo lo que ocurría allí.

Cuando llegaron a la piscina, Nomi y Maris se desnudaron con la ayuda de sus respectivas doncellas. Al recibir una señal de Nomi, Angeline se retiró, y la doncella de Maris la siguió. Incluso el criado que montaba guardia abandonó la estancia, aunque se quedó pegado al umbral de la puerta. Maris se sumergió en el agua y emitió un leve gruñido. La superficie se onduló. Nomi siguió rápidamente su ejemplo.

—¿Te gusta estar aquí? —preguntó Maris.

Su cabello negro brillaba en contraste con la superficie y parecía una mancha de aceite.

Nomi cruzó los brazos sobre su cuerpo y el movimiento provocó un débil oleaje. Las olas fueron rompiendo contra el borde curvo de mármol de la piscina, y Nomi se quedó mirándolas hasta que desaparecieron. Si se lo hubiera preguntado Cassia, le habría respondido que sí. Pero, por algún motivo que desconocía, con Maris tenía la sensación de poder contarle la verdad sin riesgos.

—Lo odio —respondió en voz muy baja, para que el hombre no pudiera oírla desde fuera—. Echo de menos a mi hermana, a mi familia... Mi gemelo y yo nacimos con escasos minutos de diferencia. En diecisiete años, jamás habíamos pasado más de un día sin vernos. Y mi hermana...

Se le quebró la voz. No podía hablar de Serina.

Maris fijó la mirada en la sombra del hombre, que seguía junto al umbral.

—Mi madre siempre decía que enfurecerse por una vida que no se puede cambiar solo acaba provocando sufrimiento. —Subió un poco la voz—. Aunque mi madre tuvo suerte. Murió joven.

—Lo siento mucho —dijo Nomi.

La mirada fija de Maris le aceleró el latido del corazón. Era porque estaba asustada. Porque tenía miedo de decir algo que no debía. Porque temía meter la pata.

La voz de Maris flotó por encima del agua, inexorable.

—Podría haber sido feliz aquí. Pero mi padre... lo echó todo a perder.  
Y cerró la boca.

Pero antes de que a Nomi le diera tiempo a preguntarle qué había querido decir con aquello, llegaron varias Gracias. Maris fijó una sonrisa en su rostro y fue como si la chica que estaba allí hacía tan solo unos instantes se hubiera evaporado de repente.

Nomi no era la única que tenía un secreto. Maris también ocultaba algo.



# QUINCE

## SERINA

Serina pasó una semana entera entrenándose a diario con Petrel. Empezaba a mejorar en cuanto a mantenerse en pie y evitar puños y codazos, pero seguía teniendo los brazos débiles y sus golpes eran poco efectivos. Cada vez que Ámbar le ordenaba que saltara al ring, tenía la sensación de que su cuerpo no le pertenecía. Los músculos le gritaban con la misma rabia que las gaviotas que chillaban y sobrevolaban su cabeza.

—Vas bien —la animó Petrel, dándole unas palmaditas en la espalda.

Serina se inclinó, con las manos en las rodillas, e intentó recuperar el ritmo normal de la respiración. Petrel rio al verla así.

—Ve a dar un paseo. Te servirá para estirar la musculatura de las piernas y evitar las agujetas.

Petrel se adelantó para ver cómo entrenaban Espejo y Jacana.

—¿Qué quieres, Gracia? —preguntó Oráculo al ver que se aproximaba Serina.

La líder del equipo estaba sentada en la entrada de la cueva, afilando ramas para transformarlas en lanzas y poder cazar jabalíes.

Serina se puso furiosa. Odiaba el apodo que se había ganado. Ella jamás había sido una Gracia. Y cada vez lo parecía menos. No se había cortado el

pelo, pero tendría que hacerlo pronto; le colgaba a la espalda en una trenza sucia y lacia que le molestaba constantemente. Tenía las manos cubiertas de una fina capa de polvo volcánico. Por mucho que se las frotara, no conseguía verlas limpias. Y el sol había enrojecido y resecaado su impoluta piel olivácea y luminosa.

—El volcán —dijo, levantando la vista hacia la nube de humo que se cernía por encima de las montañas que quedaban detrás de Oráculo—. ¿Qué pasaría si entrara en erupción? ¿Por qué estamos tan cerca? ¿Es peligroso?

Oráculo descansó las manos sobre la lanza.

—Si vuelve a despertarse algún día, todos los que estén en la isla morirán. ¿Prefieres ir la primera y que sea rápido o tener tiempo para caer presa del pánico y rezar?

—La verdad es que no creo que fuera a aceptar la muerte tan fácilmente —replicó Serina.

—La muerte llega, la aceptes o no —sentenció Oráculo.

Se inclinó de nuevo sobre su trabajo, despidiéndola con aquel gesto evidente.

—¿Puedo ir a caminar? —preguntó Serina, dirigiéndose a la coronilla de la mujer.

Oráculo rio, pero no se tomó la molestia de levantar la cabeza.

—¿Por qué me lo preguntas? Haz lo que te apetezca. Pero no te acerques a los carceleros.

Serina se marchó, enfurruñada. ¿Tan raro era haberle preguntado aquello? Estaba en una cárcel, al fin y al cabo.

Echó a andar hacia el norte, bordeando la caldera. El terreno abrupto se clavaba constantemente en la suela endeble de sus zapatos. A lo lejos había una torre de vigilancia; a medida que fue aproximándose, vio que había un único centinela montando guardia. Su mano descansaba sobre un fusil. Aceleró el paso hasta perderlo de vista.

Llegó por fin al borde del impresionante cráter. Las rocas, grises y blancas, humeaban en algunos puntos. Allí no había plantas, ni siquiera aquella hierba dorada y rasposa. El resplandor del sol y la deshidratación le estaban provocando dolor de cabeza.

Jadeando, trepó por un pedregal y al llegar arriba, se tiró al suelo. Se sacudió la gravilla que se le había quedado adherida en las manos. Las tenía llenas de ampollas, aún no se le habían formado callos. El océano brillaba delante de ella, se extendía hasta el horizonte. A sus espaldas, la caldera humeaba.

No se veía a nadie por ningún lado. Incluso había desaparecido, detrás de un promontorio, la torre de vigilancia. Era como si fuese la única persona en toda la isla; en todo el mundo.

«Haz lo que te apetezca.»

Las palabras de Oráculo retumbaban en su cabeza. Jamás nadie le había dicho tal cosa. Toda su vida había estado gobernada por las obligaciones. Y ni siquiera sus seres queridos le habían permitido olvidarlo.

Siempre había confiado en que llegar a ser Gracia sería su recompensa. Pero Nomi había acabado disfrutando de la vida que Serina siempre había soñado: bailes, conciertos y comidas deliciosas. Nomi se emperifollaba y recibía toda clase de mimos. Nomi dormía en una cama mullida en su propia habitación. Nomi no tenía que temer a diario por su vida.

A veces, deseaba que hubieran sorprendido a Nomi con el libro entre las manos, que se hubiera visto obligada a pagar por el crimen que había cometido. Y cuando pensaba aquello, se sentía la peor hermana del mundo. ¿Cómo era posible desear ese destino para un ser querido?

Pero hoy Serina solo podía pensar en la cama de Nomi y en que a su hermana le habría gustado que hubiese dormido con ella aquella primera noche en *palazzo*. Su única noche en *palazzo*. Nomi la necesitaba, y ella la había rechazado. Pensó en la mañana siguiente, cuando pudo haberle dado un abrazo a Nomi o haber pronunciado unas palabras de ánimo, y no lo hizo.

Serina acabaría muriendo en esa isla, de una forma u otra. Jamás volvería a ver a Nomi. Podría haberle dicho a su hermana que la quería, que se sentía orgullosa de ella. Pero ya nunca tendría la oportunidad de hacerlo.

Suspiró e inició el descenso por el pedregal y el lento camino de regreso al tubo de lava. El sol poniente, cerniéndose justo por encima del horizonte, marcaba el ritmo de sus pasos y teñía de rojo los perfiles de la torre de vigilancia.

Serina oyó un repiqueteo de piedras justo en el momento en el que una figura salió de detrás de los matorrales que flanqueaban el sendero. El guarda, ladeando la cabeza, se plantó delante de ella y le cortó el paso.

—Nueva o proscrita, ¿cuál de las dos cosas serás? —dijo, repasándola con la vista de la cabeza a los pies—. No hay otra excusa para andar sola por aquí.

A Serina no le gustó nada su mirada calculadora. Bajó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto protector. Con el movimiento, el arañazo que tenía en el antebrazo le provocó una punzada de dolor.

—Disculpe —dijo y, con el corazón retumbándole en el pecho, mostró intención de rodear al hombre.

El carcelero le bloqueó el paso al instante. No era especialmente alto, pero tampoco lo necesitaba para asustarla. Le bastó con posar la mano en su pistola y acercarse a Serina con celeridad. Como si estuviese acostumbrado a intimidar a las prisioneras.

El hombre se inclinó hacia ella y le murmuró al oído:

—Veo que tus zapatos se caen a trozos. Te conseguiré un par de botas.

Sin separar una mano de la pistola, posó la otra en el hombro de la muchacha y le acarició el cuello con los dedos.

Serina empezó a tener la sensación de que cada vez que cogía aire para respirar era como si gritara. ¿Qué debía hacer? Lo que aquel hombre quería a cambio de las botas era más que evidente, y ella no pretendía dárselo.

No estaba dispuesta.

Aunque, ¿qué importancia tenía?

De haber sido elegida Gracia, hubiera dado igual lo que ella opinara.

Serina comprendió por primera vez las palabras de Nomi aquella noche en *palazzo*, cuando mencionó que si no tienes libertad para negarte, no puede decirse que tengas libertad de elección. Serina había elegido mostrarse dispuesta, desear al Heredero. Pero de no haberlo querido así, tampoco habría tenido importancia.

Del mismo modo que no la tenía ahora.

—No..., no quiero botas —tartamudeó, incapaz de subir la voz más allá de un susurro.

Intentó retroceder un paso, pero el hombre la sujetó con fuerza, presionándole el cuello.

—Sí —dijo, clavándole los dedos en la carne—. Claro que las quieres.

Serina cerró los ojos. Su respiración se volvió entrecortada.

—No quiere botas, Bruno —gritó una voz.

Se oyó un gruñido y un golpe. Libre por fin de la mano del carcelero, Serina retrocedió por fin, tambaleándose.

Abrió los ojos. Bruno estaba en el suelo, con las piernas arqueadas, Petrel se encontraba de pie encima de él.

—Es del equipo de la Cueva —dijo, mirándolo—. Y te ha dicho que no.

Bruno se incorporó con dificultad, colorado.

—Ándate con cuidado —rugió, pero Petrel se le rio en la cara.

—Sabes perfectamente dónde pone los límites Oráculo —le recordó.

El hombre le escupió a los pies antes de dar media vuelta hacia los arbustos para regresar a la torre de vigilancia.

Petrel se volvió hacia Serina.

—¿Estás bien?

Serina asintió en silencio, aunque no lo estaba. El corazón le retumbaba aún en el pecho, y la cabeza le dolía tanto que parecía que estuviese ardiendo. Petrel acababa de pegar a aquel hombre. Había impedido que culminara sus intenciones.

—¿Cuáles son los límites que marca Oráculo? —preguntó Serina con voz débil y temblorosa.

Petrel le pasó un brazo por los hombros y la animó a ponerse en marcha.

—El sistema que rige en la isla es muy delicado. En el ring, los carceleros tienen todo el poder. Pero fuera, cuando se dividen en patrullas y se apostan en las torres de vigilancia, cuando rondan por aquí, a veces podemos plantarles cara. Oráculo no tolera que los carceleros nos fuercen a nada. —Petrel sonrió para tranquilizarla—. Ya apenas se meten con nosotras. Ese Bruno es un imbécil. No durará mucho aquí.

A Serina le temblaban las manos. Bajó la vista hacia los pies, que avanzaban trabajosamente por el camino.

—No sabía qué hacer.

Petrel le presionó el hombro antes de dejar caer el brazo hacia el costado.

—Luchar. Siempre.

Cuando llegaron a la cueva, Petrel siguió andando. No había nadie en la entrada, a pesar de que era casi la hora de la cena.

—¿Adónde vamos? —preguntó Serina.

El dolor de cabeza era tan intenso que incluso se le nublaba la visión y el crepúsculo adquiría un tinte surrealista.

—Hay otra pelea. —Petrel se colocó el cabello detrás de las orejas—. Oráculo me envió a buscarte. Sabía que me gustaría pasar un rato sola antes de subir al ring.

Serina levantó la cabeza de golpe.

—¿Ha llegado otra barca? ¿Ya?

Petrel asintió.

—Más raciones. Más prisioneras.

Serina tragó saliva aun teniendo la garganta seca.

—Y ¿a quién ha elegido Oráculo para el combate?

Petrel no respondió. Incluso con la noche acechando, avanzaba por el sendero con facilidad. Serina lo hacía a trompicones mientras una ansiedad intensa y nauseabunda se iba apoderando de ella. Solo había un motivo por el que su compañera podía desear estar sola antes de la pelea.

—Petrel...

—No te preocupes —dijo por fin esta, empleando un tono de voz engañosamente despreocupado—. Ya he ganado dos combates.

Cuando llegaron al anfiteatro en ruinas, la gente de su equipo ya estaba allí. Después de darle a Serina un último apretón en el brazo, Petrel se encaminó hacia el escenario, donde la esperaba Oráculo. Serina tomó asiento entre Jacana y Gia. Acantilado apareció entonces arrastrando a una mujer mayor, desaliñada y claramente muerta de miedo.

—Siéntate aquí —le dijo a la mujer—. Y no llores. Si los carceleros ven tu debilidad, se aprovecharán de ella. No se lo permitas.

Era el mismo discurso que había dado la última vez. Serina se preguntó cuántas veces lo habría pronunciado.

—¿Dónde estabas? —le preguntó en voz baja Jacana a Serina, dándole un

codazo para llamarle la atención.

El fantasma de la mano de Bruno seguía presionándole el cuello. La muchacha levantó la vista hacia la balconada, pero no lo vio.

—Paseando —fue su única respuesta.

Serina miró a Petrel. Estaba con Oráculo, enfrascadas en una conversación.

—¿Qué está diciéndole, Acantilado? —preguntó Serina, señalándolas.

La mujer siguió la dirección de su mano.

—Oráculo adivina casi de inmediato el estilo de pelea de la contrincante, sus puntos fuertes y los débiles. Con un par de movimientos sabe exactamente qué hará la rival antes de que lo haga. De ahí su apodo. Ha visto a todas esas mujeres pelear, y ahora está explicándole a Petrel cómo ganarlas.

—¿Y las que están con las demás luchadoras son las líderes de los otros campamentos?

Serina observó a las diversas mujeres que se encontraban junto al escenario. Intentó evaluarlas. ¿Serían buenas las luchadoras de esta semana? ¿Podría vencerlas Petrel?

Acantilado ladeó la cabeza hacia la pareja que estaba al fondo a la izquierda. Una era bastante más alta que la otra y tenía piernas y brazos finos y rectos como barras de hierro.

—La más alta es Rama, es la líder de la Playa. Viven en una cala de la costa norte de la isla.

—¿Y la llaman Rama porque es alta y delgada? —preguntó Serina, intentando enfocar la mirada, tratando de respirar.

Acantilado la miró de reojo.

—Se ha ganado el apodo porque le gusta partir los huesos a sus contrincantes como si fueran ramas.

A Serina se le revolvió el estómago. Acantilado señaló a otra pareja.

—Esa es Raja, líder del Hotel Desgracia. La del pelo de punta. Fabrica cuchillos.

La chica que estaba a su lado daba saltitos, y su nube de pelo oscuro brincaba al mismo ritmo.

—¿Los carceleros permiten luchar con armas? —preguntó Gia, abriendo

los ojos como platos.

Acantilado resopló.

—No. Se las confiscan, tanto a ella como a las de su equipo, pero siempre consiguen material para fabricar más. Aunque está claro que no se nos da precisamente bien seguir las reglas, ¿verdad?

—¿Y a ti por qué te llaman Acantilado? —se interesó Jacana.

La mujer se quedó mirándola.

—Porque después de ver mi primera pelea estuve a punto de arrojarme por un precipicio.

El comandante Ricci llamó a las luchadoras al escenario, como la otra vez, y luego subió al balcón. A partir de aquel momento, el único sonido que pudo oírse fue el de las voces masculinas haciendo sus apuestas.

Ricci levantó una caja por encima de su cabeza.

—¿Qué hay en la caja? —le preguntó Serina en voz baja a Acantilado, que tenía toda la atención centrada en el escenario.

—Le gusta que las peleas sean interesantes —respondió esta—. En cada pelea hay una cosa distinta. En una ocasión, lanzó una caja llena de cuerdas y las chicas se estrangulaban entre ellas.

El comandante Ricci soltó la caja y gritó:

—¡Empezad!

Cuando la madera impactó contra el suelo y se partió, apareció de repente un panal y una nube de avispas. Las mujeres que ocupaban las primeras filas se apartaron rápidamente del escenario.

La luchadora del Campamento de la Selva atizó un puntapié al panal y se abalanzó sobre Petrel para darle un puñetazo en la cara. Esta lo esquivó y, con un movimiento veloz y brutal, agarró la cabeza de la chica entre los brazos y se la retorció.

La joven cayó al suelo con el cuello doblado en un ángulo extraño.

Los carceleros vitorearon la acción. Serina contuvo un sollozo. Esta vez no podía aislarse, no podía cerrar los ojos. Le parecía increíble saber que algún día ella tendría que pasar por aquello. Y sabía que cuando le tocara pelear a ella, no sobreviviría.

Un alarido cortó el aire de repente: una de las mujeres se estaba apartando



de las demás, retorciéndose de agónico dolor. Las avispas se habían apoderado de ella. Se llevó las manos a la cara. Una chica alta —la luchadora de las playas del norte— le dio una patada en las rodillas y la otra cayó al suelo, doblegándose, y vociferó:

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

Nadie la ayudó a incorporarse ni ahuyentó las avispas, y unos segundos más tarde, mientras las tres luchadoras restantes seguían enzarzándose en la pelea y esquivando golpes, la chica dejó de gritar. Dejó de moverse. Dejó de respirar. Tenía la cara hinchada y amoratada, como si la hubieran estrangulado.

Todos y cada uno de los músculos de Serina, todos y cada uno de los átomos de su cuerpo, ansiaban levantarse de la bancada de piedra, abandonar el anfiteatro, alejarse de los horrores que estaban teniendo lugar en el ring.

Con un crujido repugnante, la luchadora del Hotel Desgracia acabó con la del Campamento de la Selva. Sin darle tiempo a apartarse del cuerpo yacente, Petrel golpeó a la chica del Hotel con rapidez y con fuerza. Solo quedaban ellas dos.

La mujer cayó al suelo, pero antes de que a Petrel le diera tiempo a atacarla de nuevo, estiró una pierna y la hizo caer. En vez de seguir forcejeando por el suelo, Petrel se levantó rápidamente y retrocedió un par de pasos.

Durante un momento, las dos contrincantes, rodeadas por los cuerpos de las luchadoras caídas, midieron sus fuerzas. La adversaria de Petrel era de su misma altura, tenía la cabeza rodeada por una nube de pelo castaño y la cara fina. Desde donde estaba situada Serina, era difícil adivinar cuál de las dos era más potente.

Golpea, abalánzate, esquiva.

Petrel iba eludiendo todos los golpes de la luchadora del Hotel Desgracia, casi como si supiera exactamente por dónde le iban a llegar. El carácter afable y la dulce sonrisa de la chica habían desaparecido bajo una postura fría y calculadora de la que Serina nunca la habría imaginado capaz.

Petrel alcanzó de nuevo la mandíbula de la chica, que emitió un alarido de frustración. Aprovechó la ventaja que acababa de adquirir para atizarle un

nuevo golpe de castigo. La luchadora del Hotel Desgracia retrocedió. Petrel avanzó. Aporreó la cara y el estómago de su rival con puñetazos impulsados con toda la potencia que tenía acumulada. Eran golpes capaces de partir un hueso.

Ya nadie animaba ni abucheaba, ni siquiera los carceleros. Nadie emitía un solo sonido.

La chica del Hotel Desgracia tenía la cara ensangrentada e hinchada. La nube de cabello empezaba a aplastarse como consecuencia del peso del sudor y de la sangre. Se había quedado en un extremo del escenario, con las manos levantadas para protegerse, sin tan siquiera intentar devolver los golpes. Petrel giró hacia un lado y proyectó el pie contra la rodilla de su oponente. La chica se dobló con un grito atroz. Se hizo un ovillo, llevándose las manos a la pierna herida, y agachó la cabeza. Petrel hizo una pausa, y Serina comprendió que estaba a la espera. Que quería que su rival se rindiera.

La chica no decía nada.

Petrel cerró las manos en puños un instante, sus facciones se distorsionaron. Y entonces se abalanzó sobre la chica con ambas manos, dispuesta a estrangularla o partirla el cuello.

Serina notó que la bilis le inundaba la garganta. No podía seguir mirando. No podía ver morir a nadie más. Porque esta vez era deliberado, sin el calor de la batalla, sin la lucha por la supervivencia. Petrel ya no estaba defendiéndose. Iba a cometer un asesinato.

De pronto, la presión de los cuerpos se volvió insoportable, el calor, el silencio eléctrico que se apoderó del público antes de ser testigo de los últimos instantes de la luchadora del Hotel Desgracia. Serina no aguantaba más. Hundió la cabeza entre las manos justo en el momento en que se oyó un grito colectivo. Levantó la vista justo a tiempo de ver un destello, algo que capturaba la luz.

Petrel abrió la boca.

Separó rápidamente las manos del cuello de la luchadora del Hotel Desgracia... y se las llevó al suyo.

Petrel tenía los dedos negros. No. Rojos. Estaba intentando detener la hemorragia. La sangre que manaba a borbotones... de su cuello.

Emitió un gorgoteo extraño. Y mientras caía lentamente de rodillas, la chica del Hotel Desgracia se incorporó, sin apoyarse en la pierna herida. Tenía algo en la mano que brillaba. Un cuchillo.

—¡Tramposa! —gritó con rabia alguien.

Los silbidos de indignación recorrieron el anfiteatro.

El gorgoteo se interrumpió. Petrel cayó hacia un lado, con los ojos todavía abiertos.

Serina no podía respirar, y el mundo iba y venía, como si fuera ella la que estuviese tendida en el suelo, agonizando en un charco de su propia sangre. El cerebro le había dejado de funcionar. No podía aceptar que...

La luchadora del Hotel Desgracia levantó un puño ensangrentado.

Su equipo la vitoreó.

De pronto, Serina vio movimiento cerca del escenario. Oráculo y Ámbar se habían levantado para recoger el cuerpo de Petrel. La arrastraron para sacarla de allí, dejando un rastro de sangre. Serina fijó la vista en el rojo que teñía la piedra clara del suelo. Allí se había derramado mucha sangre. ¿Cómo era posible que tanta muerte no hubiera dejado ninguna mancha?

# DIECISÉIS

## NOMI

Nomi estaba en la azotea del edificio más alto de Bellaqua, y el viento inflaba su vestido negro y plateado. Había pasado el día con Angeline, que la había entretenido contándole historias sobre el Premio Belaria: «La carrera de caballos más famosa del mundo. La única que se corre por las calles de una ciudad. La más difícil de la historia». Nomi había descubierto infinidad de detalles de los participantes más famosos; algunos habían ganado y otros habían muerto.

—Su Eminencia Asa la corrió hace dos años —le había dicho Angeline extasiada—. Fue el participante más joven de la historia, y ganó. Por otro lado, fue un año brutal. Fallecieron muchos jinetes.

A Nomi jamás le habían interesado las carreras de caballos, pero una vez allá arriba, con las calles extendiéndose a sus pies, la impaciencia por ver el espectáculo la devoraba.

En prácticamente todas las ventanas y las azoteas se vislumbraban las siluetas de los espectadores. Pero tanto las calles, iluminadas por las farolas, como los canales estaban siniestramente vacíos.

—Es como si la ciudad estuviera conteniendo la respiración —murmuró Maris.

Llevaba el vestido verde de lentejuelas. Con la melena suelta a merced del viento y la titilante luz de las antorchas iluminándole la cara, adquiría un aspecto peligroso.

Detrás de ellas, un torreón rompía la oscuridad; la estrecha pasarela que lo rodeaba estaba llena de gente: el Superior y sus Gracias, el Heredero y las suyas. Los acompañaban algunos dignatarios y sus criados, así como varios soldados que montaban guardia a ambos lados de la puerta que daba acceso a la escalera. Y en algún lugar tenía que estar Asa. Nomi llevaba toda la tarde buscándolo, preguntándose si encontraría un momento para hablar con él a solas.

Nomi lo había visto brevemente al emerger de la escalera de caracol con los pies doloridos por tener que utilizar un calzado muy poco práctico. Siguió buscándolo, pero parecía haberse esfumado.

—Es todo muy emocionante —dijo Cassia, colocándose en la barandilla al lado de Nomi—. En Sola no tenemos carreras de caballos.

Maris movió la cabeza con preocupación.

—Sigo sin entender cómo es que los caballos no se acaban matando al correr por las calles adoquinadas y por puentes estrechos.

—Muchos acaban mal —comentó Malachi, que apareció de repente detrás de ellas—. Y a veces también los jinetes. El Premio Belaria es una carrera brutal. Curvas ciegas, calles estrechas, suelo irregular, incluso un poco de natación. Para ganar se necesita una combinación de habilidad, suerte y una montura superior.

—Qué peligroso —dijo Cassia. Se volvió y se apoyó en la barandilla, adoptando una pose que acentuaba su voluptuosa figura. Su vestido brillaba bajo la luz de las farolas—. ¿Ha participado usted alguna vez, Eminencia?

La mandíbula de Malachi se tensó un instante.

—No, no he participado... —respondió—. Pero mi hermano, sí.

Nomi no pudo ver bien su expresión, pero percibió un murmullo de tensión por debajo de sus palabras. Miró hacia la ciudad; el recorrido de la carrera estaba bien iluminado, pero en el resto reinaba la oscuridad. La meta estaba indicada mediante dos banderas rojas instaladas en la base del edificio donde se encontraban.

Uno de los emisarios del Superior se encargaría de dar el pistoletazo de salida y, cuando la competición finalizara, el Superior en persona entregaría el premio al ganador. Su Eminencia estaba cerca de donde se había colocado Nomi, sujetándose a la barandilla con sus manos esqueléticas. A pesar de estar frágil y demacrado, mantenía el cuerpo recto como un palo. Justo en aquel momento, Nomi vio que daba una indicación a alguien y que, acto seguido, un soldado se apartaba de la pared donde estaba apostado y desaparecía escaleras abajo.

Nomi se volvió hacia Malachi.

—Me han contado que su hermano ganó la carrera, Eminencia.

Nomi llevaba todo el día intentando imaginarse a Asa compitiendo en aquella carrera, pero lo único que conseguía visualizar era su sonrisa burlona y amable.

—Sí —dijo sin emoción—. Así es.

Nomi arqueó una ceja. ¿Estaría el Heredero celoso de los logros de su hermano menor?

De pronto, un grito agudo rasgó el aire. El silencio que siguió fue tan intenso que a Nomi le silbaron los oídos. Desde donde estaba situada no podía ver el inicio de la carrera, pero sí captar un sonido que le recordó el de un trueno lejano y, a continuación, el relincho de un caballo.

Cassia chilló de emoción. Maris se inclinó por encima de la barandilla y estiró el cuello para intentar ver a los jinetes. Los allí reunidos se desplazaron hacia el otro lado del torreón para tener mejor vista. Malachi ofreció su brazo, y Cassia se enganchó a él con rapidez, antes de que Nomi o Maris tuvieran la menor oportunidad de adelantársele. La pareja siguió al grupo de espectadores, Maris marchó detrás de ellos.

Nomi se dispuso a seguirlos también, pero entonces vio a Asa apoyado en la barandilla, completamente solo, a escasos metros de distancia. En aquel lado de la torre apenas quedaba nadie. La Gracia dudó un momento.

Malachi no volvió la cabeza y desapareció hacia el otro lado del edificio. Cassia y Maris lo siguieron. Pese al cosquilleo de la duda, Nomi echó a andar en dirección opuesta.

Se oían vítores a lo lejos, y el estruendo de los cascos de los caballos

aumentó de volumen. Nomi se acercó a la barandilla hasta situarse cerca de Asa, confiando en que su acción no fuera excesivamente evidente.

Asa sonrió en cuanto detectó su presencia.

—Desde aquí no se ve gran cosa. ¿No te gustan las carreras de caballos?

Asa tenía algo que resultaba contagioso e irreverente, que lo hacía muy distinto a Malachi, con su eterno ceño fruncido.

—No he visto nunca una carrera, así que no sabría decir —respondió Nomi—. Pero las multitudes me desagradan.

Asa se inclinó sobre la barandilla para intentar ver los caballos que ya se acercaban a la calle de abajo. El sonido iba en aumento: el rugido de los espectadores, los gritos de los jinetes, el ruido sordo de los cascos.

Nomi hubiese preferido que no estuviera tan cerca del borde, le gustaría poder apartarlo de allí. La ponía nerviosa verlo colgado de la barandilla de aquel modo, que su cuerpo estuviera más suspendido en el aire que pisando suelo firme.

—Me han dicho que es un gran aficionado a las carreras de caballos. Y que ganó esta en una ocasión, el hombre más joven de la historia en conseguirlo —dijo Nomi.

Asa se quedó mirándola con un brillo de picardía en los ojos.

—Así es —confirmó—. Campeón del Premio Belaria. Tengo una copa de oro enorme. A veces bebo vino en ella para recordar que tengo un talento y unas dotes incomparables.

—¿Y también modestia? —añadió Nomi, riendo.

Asa fingió una expresión de inocencia.

—Soy el maestro supremo de todas las cosas, y estoy a tu servicio —dijo, haciendo una reverencia—. Y pido disculpas, pero los maestros supremos no son en absoluto modestos.

Nomi lo miró con exasperación, aunque no pudo evitar sonreír.

El primer caballo dobló la esquina y recorrió la calle de abajo. Aún tenía que dar una vuelta a la *piazza* principal, cruzar un pequeño puente y recorrer el perímetro de un canal antes de girar hacia la meta, pero desde la atalaya donde estaban situados podían ver lo que quedaba de carrera. La barandilla estaba llenándose de gente otra vez.

—¿Y los maestros supremos lo saben todo? —preguntó Nomi, mirando a Asa con incredulidad.

—Por supuesto —respondió él—. De hecho, podría decirte que el caballo de amarillo, con el jinete manchado de sangre, será el ganador.

No eran los únicos que mostraban signos de batalla. Nomi vio otro caballo con un corte en la espalda y uno cuyo jinete iba inclinado y estaba a punto de caerse.

—Cuando corrí la carrera, acabé medio cubierto de sangre —continuó Asa, sin darle importancia—. Me hice un corte en la frente con la parte inferior de un puente que cruzaba un canal. Créete lo que te dice el maestro supremo que todo lo sabe: es una carrera tremendamente salvaje.

El corazón le retumbaba en los oídos. Nomi miró a su alrededor. Malachi no estaba por allí, y nadie le prestaba atención. Era su oportunidad.

—Si lo sabe todo —se aventuró a decir, fijando la vista en la carrera porque le costaba mirar a Asa a los ojos—, ¿tendrá idea el maestro supremo de cuál ha sido el destino de la hermana de una pobre Gracia?

Uno de los caballos que iba en cabeza claudicó de repente, sus cascos resbalaron hasta abandonar la calzada y caer en el canal. El corcel escupió y relinchó.

Nomi contuvo el aliento. Pero entonces recibió un empujón; era un hombre mayor, con carrillos exagerados y cejas tupidas. Asa posó con delicadeza una mano en el codo de Nomi y la atrajo un poco hacia él para apartarla. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido por completo el tono burlón. Dijo entonces, con amabilidad:

—El maestro supremo lo sabe todo, pero me temo que no será la respuesta que te gustaría oír.

A Nomi se le revolvió el estómago. Cerró los ojos.

—¿Qué le ha pasado? —musitó, preparándose para lo peor.

—La han enviado a Monte Ruina —murmuró Asa—. Lo siento mucho.

Aquellas palabras cayeron como piedras sobre el pecho de Nomi, aplastándola. Monte Ruina.

—¿Por cuánto tiempo?

—Lo siento —volvió a decir Asa—. Nadie vuelve nunca de allí.



Con el corazón destrozado, Nomi se tapó la cara con las manos. Aquello era insoportable.

«Es culpa mía.»

La multitud estalló en gritos cuando el caballo ganador cruzó la línea de meta. Entonces Nomi abrió los ojos, y captó un destello amarillo antes incluso de oír el fragor de la llegada del resto de los jinetes. Se secó las lágrimas que le rodaban por las mejillas. No podía desmoronarse en medio de aquella vorágine.

Había espectadores en todas las puertas y ventanas, agitando toallas blancas por encima de las calles. Una a una, las telas cayeron sobre los participantes, que se mostraban débiles y renqueantes ahora que la carrera había tocado a su fin.

De pronto, con un sobresalto, Nomi notó la mano de Asa en el brazo.

—Intentaré averiguar más detalles —le dijo en voz baja—. Las condiciones, cómo está..., lo que sea.

Nomi tenía la garganta completamente cerrada. En Viridia jamás se condenaba a muerte a una mujer. El castigo más duro era la cárcel, y Monte Ruina era la peor de todas. Era donde recluían a asesinas, traidoras y ladronas.

Lo único que había hecho Serina era tener un libro en la mano. ¿Cómo era posible que hubiera acabado así?

—¿Recuerdas la terraza donde hablamos por primera vez? ¿Crees que sabrías llegar hasta allí? —le preguntó Asa, con un tono de urgencia en la voz.

Nomi asintió en silencio. Asa le presionó el brazo, intentando animarla.

—Nos vemos allí dentro de tres días, cuando la luna esté en lo alto del cielo y todo el mundo duerma. Entonces, sabré más cosas.

—Gracias —dijo Nomi, con una voz ronca y extraña.

Vio a Malachi con el rabillo del ojo, flanqueado por Cassia y Maris. Desesperada, Nomi intentó apaciguar las emociones que sin duda evidenciaba su rostro.

Cuando Asa levantó la vista, vio que se acercaba su hermano. Le dirigió una sonrisa insolente.

—Voy a recoger mis ganancias. El maestro supremo de todas las cosas ha

apostado por el caballo ganador.

Asa desapareció entre el gentío justo en el momento en que Malachi y su séquito llegaban junto a Nomi.

—Veo que estás aquí —dijo el Heredero—. ¿Te ha gustado la carrera?

Nomi asintió.

—Ha sido más emocionante de lo que me esperaba, Eminencia.

Y devastadora.

Se sumó a la celebración con una sonrisa fija en la cara, pero su cuerpo se había convertido en un erial donde ardía todo hasta quedar reducido a cenizas.

# DIECISIETE

## SERINA

Oráculo y Ámbar transportaron el cuerpo de Petrel a la Cueva. Lo colocaron con cuidado encima de una vieja mesa de madera con las patas chamuscadas que tenían al fondo en una esquina, apartada de los jergones que utilizaban para dormir. Dos mujeres encendieron antorchas y las situaron a los pies y a la cabeza de Petrel. Otra trajo un poco de agua para limpiar la sangre.

Serina se sentó con las demás, dobló las rodillas contra el pecho y observó. Nadie hablaba y, pese a que ya era más de medianoche, tampoco se preparaban para ir a dormir.

Le ardían los ojos.

Oráculo envolvió a Petrel en una sábana blanca y alisó con esmero el raído tejido sobre la mejilla y el brazo de la chica. Se acercaron entonces Ámbar y dos mujeres más y, entre las cuatro, cargaron el cuerpo de Petrel.

Serina se sumó a la procesión, que salió de la cueva para adentrarse en la noche. No sabía adónde se dirigían. Lo único que percibía era la presión de la oscuridad y la sábana blanca que envolvía a Petrel y lideraba la comitiva.

Le pareció que caminaban durante horas. Al cabo de un buen rato, se incorporó a la luz de las antorchas un resplandor rojizo. El camino se volvió más empinado y estrecho. Cuando la procesión de mujeres se detuvo por fin,

Serina tenía las mejillas encendidas con un ardor seco y sulfuroso.

En la oscuridad se vislumbraba otra caldera, pero esta estaba viva.

Era como si la piel de la tierra hubiera estallado para revelar una pequeña piscina de lava, tan luminosa que teñía por completo de rojo la visión de Serina.

Oráculo alzó la voz y llenó la noche. Una tras otra, el resto de las mujeres fue sumándose a ella hasta que un cántico fluyó por encima del perturbador ronquido de la lava. Serina no conocía la letra, pero la tenebrosa cadencia se filtró en su pecho y empezó a cantar.

*Fuego, respira.*

*Agua, quema.*

*Terror, márchate.*

*Tu reinado ha terminado.*

*Fuego, respira.*

*Agua, quema.*

*Estrellas, marcad el camino.*

*Vuestra hermana está aquí.*

Con un alarido, Oráculo y las otras tres mujeres levantaron el cuerpo de Petrel por encima de sus cabezas. Las demás gritaron y sus voces se alzaron hacia la noche como una bandada de aves de presa. Cuando el cuerpo de Petrel se sumergió en el volcán, la sábana blanca se tornó roja. Las chispas que se desprendieron volaron hacia las estrellas.

Las mujeres permanecieron inmóviles hasta que las últimas pavesas desaparecieron y volvió a reinar el silencio.

Serina tragó saliva para aliviar la aspereza de su garganta, dolorida de tanto gritar. Tenía las manos cerradas en puños en los costados y las mejillas mojadas. Siguió a la procesión de mujeres en el descenso de la ladera de Monte Ruina y luego durante todo el camino, pero cuando llegaron a la entrada de la cueva, continuó andando, desesperada por estar sola.

Enfiló un sendero estrecho que conducía hasta la costa. La luz de la luna la guio entre los árboles y hacia otro gigantesco campo de lava, donde las

espirales y las olas de roca adquirirían una tonalidad plateada. El silencio de la noche era absoluto. Aunque con el rabillo del ojo vislumbró, muy lejos, el destello de unas luces.

Cruzó el páramo en dirección a ellas y hasta que sus pies derraparon en el borde del acantilado y el alarido del viento y el estruendo de las olas le golpearon los oídos no se dio cuenta de que aquel resplandor intermitente eran las luces de Bellaqua. De día, la ciudad resultaba invisible, pero ahora era posible distinguir, entre tanta negrura, su débil centelleo.

El corazón le dio un vuelco. Allí, en un *palazzo* envuelto en oro y cristal, Nomi probablemente estuviera bailando con el Heredero. Serina sabía que su hermana no pretendía que pasara nada de todo aquello. Sin embargo, todas y cada una de las células de su cuerpo deseaban que Nomi, por una vez, se hubiera comportado como debía.

Serina fijó la vista en la marisma blanca que se extendía a sus pies. ¿Y si saltaba? Podría intentar nadar, escapar de la atracción que ejercía la isla y dejar que las corrientes la arrastraran hacia Bellaqua. O tal vez podría dejarse hundir y encontrar allí su santuario, siguiendo el ejemplo de otras desesperadas.

—No es el mejor acantilado para arrojarse al mar.

Serina miró estupefacta hacia atrás y, tambaleándose y aterrada, se alejó del saliente. Pero no era Bruno. Valentino acababa de aparecer a su lado, y el viento alborotaba su cabello oscuro. Con el rugido de las olas, no lo había oído llegar.

Mirando la espuma agitada, Valentino añadió:

—Aquí hay corrientes que te zarandearían de un lado a otro hasta muy lejos antes de engullirte. Los mejores acantilados para saltar son los que tienen muchas rocas abajo. En ellos es más probable morir del impacto. Más rápido. Tal vez menos doloroso si consigues chocar bien. Pero a veces no es así. Hay chicas que se parten la espalda o las piernas y luego gritan hasta que al fin acaban ahogándose. Los acantilados del sur son los mejores. Tienen la caída más letal.

Serina se abrazó a sí misma. Casi le parecía que merecía la pena hacerlo, para limpiar la sangre que le ensuciaba la mente, para silenciar las pesadillas.

—No saltes —le aconsejó Val, aunque el viento le robaba prácticamente la voz.

Serina se quedó mirándolo. Le costaba leer su expresión con la oscuridad reinante.

—Pero si acabas de explicarme cómo tengo que hacerlo.

—Te lo he explicado porque la decisión recae única y exclusivamente en ti. Y siempre será mejor tomar una decisión estando informada. —Fijó la vista en las luces lejanas—. Aunque espero que no saltes.

—¿Por qué? —preguntó Serina.

Valentino no daba la impresión de querer aprovecharse de su situación, como Bruno. Y tampoco era posible que tuviese algún tipo de interés romántico en ella. Con su andrajoso uniforme de presidiaria, la cara quemada por el sol y el pelo asqueroso, estaba a años luz de la elegante candidata que subió la escalinata del *palazzo* del Superior hacía tan solo dos semanas.

¿Por qué le importaba entonces que ella viviera o muriese?

Valentino se encogió de hombros, sin apartar la mirada de un océano donde seguían reflejándose las estrellas.

—Hace tiempo, enviaron a esta isla a una persona muy importante para mí. Antes de que me destinaran aquí. Y saltó.

Serina se quedó sin aliento y notó una tensión en el pecho que empezó a ir en aumento.

—Lo siento mucho, Valentino.

—Val —la corrigió él—. Pienso mucho en ella. Y sobre todo me pregunto qué habría pasado si alguien hubiera estado a su lado como ahora yo lo estoy contigo. —Se quitó la gorra y se pasó la mano por su pelo rebelde—. A lo mejor aún seguiría con vida.

—Así que intentas disuadir a las que pretenden suicidarse —dijo Serina, pensando que, a pesar de todo, seguía siendo un carcelero. Que desempeñaba su papel en aquella crueldad. Como Bruno. Serina observó su perfil, dibujado bajo la luz de la luna. Habló con voz más dura—: ¿Y qué pasa con las luchadoras? ¿Te turba ver cómo se matan esas mujeres entre ellas? ¿O las animas, como los demás carceleros?

—¿Que si me turba, dices? —Se volvió por completo hacia ella, y Serina

captó cierta tensión en su mandíbula. Cuando habló acto seguido, su voz vibró de emoción—: Las veo cada noche, cada vez que cierro los ojos. Siempre, siempre cargadas de dolor. Las llevo conmigo, hasta la muerte.

Sorprendida, Serina se quedó mirándolo fijamente. Era lo último que esperaba que dijera.

—Por favor —continuó Valentino en tono suplicante, su voz apenas era audible por encima del rugido del viento—. Me gustaría que tú no me obsesionaras también.

Serina siguió mirándolo y se ablandó aun sin quererlo. No entendía muy bien si aquellas palabras estaban concebidas a modo de consuelo, pero fueron un bálsamo. Si acababa muriendo allí, sabía que al menos una persona la recordaría.

Valentino se acercó de nuevo al acantilado, y su manera de andar, el dolor que Serina había captado en su voz, la llevó a preguntarle:

—¿Te has sentido alguna vez al borde del abismo?

Val la miró fijamente, y las sombras que inundaron sus ojos se volvieron profundas e insondables.

—Constantemente.

A menudo, Serina se preguntaba qué habría hecho Nomi de estar aquí. Tal vez habría sido una luchadora más fuerte o, como Oráculo, lo bastante inteligente para urdir estrategias y ayudar a las demás. Tal vez habría intentado encontrar la manera de eludir las normas, como hacía en casa. Predecirlo era imposible, pero una cosa tenía clara. De haber estado aquí Nomi, jamás se habría dado por vencida. Porque esa había sido siempre una de sus cualidades más frustrantes.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Nomi tampoco querría que Serina se diese por vencida. Tendría que vivir con el recuerdo de Petrel, con la sangre y con las pesadillas. Tendría que seguir luchando. Incluso su amiga se lo había dicho. «Lucha. Siempre.»

El viento, rugiente e incesante, atravesaba la fina camiseta de Serina. Dio la espalda al frío y remoto resplandor de Bellaqua y enfiló de nuevo el sendero. De forma instintiva, extendió el brazo y presionó la muñeca de Val.

—No saltes —le pidió.

# DIECIOCHO

## NOMI

Todo empezó como un sueño, no como una pesadilla. Nomi y Serina estaban acurrucadas con Renzo mientras él les leía «Los pájaros del amor».

La pequeña habitación oscura que Nomi guardaba en su memoria se desmenuzó y se transformó en el cielo, abierto y despejado, y las dos chicas se convirtieron en pájaros, con caras cubiertas de plumas agitadas por el viento. Nomi volaba montada sobre la espalda de Serina, como en el relato.

Su hermana se alejaba cada vez más del mar. Serina acababa cansándose y bajaba en picado hacia el agua turbulenta. Nomi batía las alas y entonces Serina se instalaba en su espalda.

Pero pesaba demasiado, Nomi estaba muy débil. Buscaba con la vista tierra que pudiera librarlas de aquel océano, esperaba que llegase su salvación, pero el cielo se oscurecía cada vez más. Las olas luchaban entre ellas. El viento le magullaba la cara.

Nomi no podía aguantar más. Las alas le pesaban como si fueran de plomo. Y Serina caía, gritando, para ser engullida por el mar.

Nomi se despertó en un charco de sudor y con palpitaciones. Durante una décima de segundo, pensó que estaba en su casa, en la habitación que compartía con Serina. Pero la cama era demasiado blanda. Demasiado grande.



Y su hermana no estaba allí para apartarle el cabello de la frente empapada, ni para consolarla después de la pesadilla. En el otro extremo de la habitación, en un camastro situado junto a la puerta, Angeline continuaba durmiendo y acababa de darse la vuelta con un suspiro.

No. Aquello no era su casa.

Al otro lado de la ventana se veían las estrellas. Empezaban a perder intensidad, y el resplandor del amanecer iba en aumento. ¿Estaría Serina contemplando aquel mismo cielo? ¿Estaría bien?

«La he dejado caer.»

Nomi no podía quitarse de encima la desesperación de aquel sueño. Serina estaba en Monte Ruina, viviendo una pesadilla real por su culpa.

Pero por mucho que el sentimiento de culpa la destrozara, el canto de sirenas del libro misterioso seguía llamándola. Alguien lo había dejado expresamente allí. ¿Por qué? ¿Sería una trampa? ¿Un mensaje?

Angeline volvió a moverse en sueños. Nomi saltó de la cama y cogió un vestido de tirantes del armario.

Fue la primera en salir a la terraza para desayunar. Eligió un sillón de mimbre junto a la barandilla para poder contemplar el resplandor del océano. Las nubes, blancas y esponjosas, se elevaban despacio desde el horizonte. Pronto aparecieron varios criados con recipientes con fruta recién cortada y yogur. Poco después, llegó una doncella con una bandeja de pastas de hojaldre calientes.

Detrás de la servidumbre, Maris salió a la balconada y se instaló en la silla contigua a Nomi.

—Buenos días —murmuró, bostezando.

Nomi hundió la cucharita en un cuenco de yogur con fruta. El dolor de la ausencia de Serina la corroía.

—¿Te gustó la carrera? —preguntó, mirando a su compañera.

—Demasiado sangrienta —respondió Maris con la mirada fija en su plato y una expresión de repugnancia en la cara—. Pobres caballos.

Cassia apareció en la terraza.

—Jamás había presenciado nada tan emocionante. ¿Visteis aquel caballo que saltó al canal desde lo alto del puente? Seguro que se ahogó.

Nomi se alegraba de haberse perdido gran parte de la carrera. Había oído los comentarios posteriores de los hombres: el número de caballos que había muerto, a cuántos tendrían que sacrificar por las fracturas que habían sufrido en las patas. Había fallecido también un jinete.

—¿Dónde te metiste? —quiso saber Cassia, señalando a Nomi—. A Malachi no le gustó tener que andar buscándote.

Nomi notó que se le hacía un nudo en el estómago.

—Preferí quedarme cerca de la línea de meta para ver quién ganaba.

Cassia la miró con exasperación.

—Me parece que no entiendes muy bien cómo funciona esto, ¿verdad? Hay que complacer al Heredero, Nomi, no frustrarlo.

Nomi se encogió de hombros con indiferencia. No es que no entendiera cómo complacerlo, sino que no le apetecía.

Cuando llegaron todas las Gracias, Inés anunció la agenda del día.

—Hoy no habrá actividades de noche, así que podréis descansar. La semana que viene se celebrará una fiesta en un barco en honor de una delegación de Gault que tiene previsto rendirnos una visita. El Superior ha solicitado varias arpistas y una cantante. En el transcurso de los próximos días os haré saber quiénes son las elegidas. Seleccionad vuestros vestidos y venid a que os dé mi visto bueno antes del final de la semana. —Volcó entonces su atención en las Gracias del Heredero. Nomi intentó no agitarse con nerviosismo en su asiento—. Anoche, el Superior no quedó muy impresionado con vuestro aspecto. Vuestras doncellas necesitan practicar más con los cosméticos. Después de desayunar, me gustaría que os reunieseis para solventar este problema. Vuestras doncellas pueden aprender las unas de las otras.

Nomi contuvo un suspiro.

Maris movió la cabeza con preocupación y murmuró para sí:

—Odio el maquillaje.

Se juntaron en un vestidor próximo a la sala de la piscina. Las paredes estaban cubiertas de espejos con marcos dorados, había varias mesas de estructura delicada y taburetes para acomodar los vaporosos vestidos.

Angeline apareció con un cepillo y su neceser de maquillaje. Nomi se

sentó delante del tocador contiguo al de Maris. Esta se miraba al espejo mientras su doncella le cepillaba el pelo. Sus ojos estaban oscurecidos por la tristeza.

—Pobres caballos —volvió a musitar.

Angeline dejó el neceser de maquillaje de Nomi en el tocador y lanzó una mirada de solidaridad a Maris.

—Siempre me ha fascinado esa raza de caballos, pero corren riesgos, es verdad. —Se llevó una mano al corazón—. De pequeña, recuerdo que me tumbaba en la cama y las vibraciones de los cascos me retumbaban en el pecho; rezaba para que los caballos sobrevivieran. Por aquel entonces, los jinetes me importaban poco.

Sonrió.

Maris le devolvió el gesto y sus facciones se relajaron un poco.

—Yo también estaba más preocupada por los caballos.

Nomi volcó la atención en su imagen reflejada en el espejo. La luz tenue y la filigrana que lo decoraba le otorgaban a su rostro un tono dorado. Antes de llegar a palacio, nunca había tenido tiempo ni ganas de mirarse, pero ahora era como si solo hiciese eso. Se preguntó si su mirada siempre habría sido tan afligida.

Las doncellas ensayaron diversas técnicas con sus Gracias, hasta que Nomi empezó a notar la piel tensa y los párpados muy pesados. Se levantó en cuanto Inés dio su aprobación al trabajo de Angeline.

—Angeline, estoy muy cansada por la salida de anoche —murmuró—. Creo que voy a acostarme un rato.

—Por supuesto —dijo la doncella—. Que descanses bien.

Nomi se encaminó a su habitación. Cerró la puerta y se apoyó contra ella. Miró las sábanas blancas almidonadas, el catre donde había dormido Serina la primera noche, el recuerdo más valioso que Nomi guardaba en su memoria. En el exterior, las nubes blancas y esponjosas se habían vuelto oscuras y camuflaban el azul del cielo.

¿De cuánto tiempo dispondría antes de que Inés corriera en su busca para empezar otro tipo de ensayo? ¿Antes de que regresara Angeline?

¿Se atrevería a hacerlo?

Introdujo la mano bajo el colchón y estiró los dedos hasta tocar un perfil duro. Sacó el libro y lo dejó en la cama. Acarició el suave cuero de la cubierta.

*Una breve historia de Viridia.*

Nomi conocía la historia de Viridia. Antes de que el Diluvio asolará el país, un rey gobernaba la nación. Cuando las aguas se retiraron, se descubrió que gran parte de la población había fallecido, junto con la familia real. Había que instaurar un nuevo gobierno. Así fue como uno de los asesores del monarca se convirtió en el primer Superior. Cuando subió al poder, se puso como objetivo la reconstrucción de Viridia.

Nomi abrió el libro de todos modos.

«El pasado de Viridia es histórico y extenso y se inicia en el momento en el que los primeros pobladores llegaron a su territorio en tiempos lejanos...»

Nomi saboreó las palabras, paladeándolas y sin pronunciarlas en voz alta, dejando que acallaran las preguntas que se le acumulaban en la cabeza. Si leía, no pensaba en Serina.

Se sumergió en el lenguaje escrito en las páginas. Empezó a hojear.

«Los primeros pobladores dieron paso a un gobierno religioso, liderado por el cardenal Bellaqua.» En la escuela, Renzo había aprendido muchas cosas sobre Bellaqua. Estaba considerada una figura heroica y trágica a la vez, que acabó siendo derrocado por un mercenario que pasó a la historia como el rey Vaccaro.

«El largo y glorioso mandato del cardenal Bellaqua llegó a un sorprendente final cuando fue seducido —¿seducido?— y envenenado por una guerrera de Azura. Esta se hizo con el trono y se convirtió en la reina Vaccaro, que sometió el país a la fuerza...»

Nomi se tensó. ¿La reina Vaccaro? Aquella no era la historia que ella conocía. El mundo empezaba a salirse vertiginosamente de su eje.

«... y, a pesar de los diversos intentos de derrocarla, se mantuvo en el trono durante casi treinta años. Se aferró al poder, y luego lo hizo su hija, y después su nieta, pero la resistencia nunca cesó de crecer.»

Nomi leía cada vez con más rapidez, con mayor incredulidad. Pero allí estaba: toda la historia que creía conocer sobre su país completamente

remodelada.

Y a modo de sorpresa definitiva, el libro exponía el origen del Diluvio. A Nomi siempre le habían contado que había sido un desastre natural que había afectado al mundo entero. Pero *Una breve historia de Viridia* afirmaba que, en realidad, se habían manipulado expresamente las infraestructuras de todo el país para provocar un desastre que amenazara la monarquía. ¿Los orquestadores? Los asesores de la reina, que subirían posteriormente al poder.

«Los héroes de Viridia», declaraba el historiador.

«El primer Superior tomó como Gracias a la reina y a sus dos hijas, y limitó los derechos y las actividades de las mujeres del país por temor a que su liderazgo sufriera una amenaza similar a la que había padecido el cardenal Bellaqua. La estrategia fue un éxito que garantizó que el Superior y sus Herederos mantuvieran el control del país de forma sólida e incuestionable. A día de hoy, la tradición de las Gracias es la más venerada en todo Viridia.»

La primera Gracia fue una reina. Todas las leyes del país, todos los métodos consagrados a mantener a las mujeres en la impotencia y en la ignorancia tenían su origen en el miedo de los gobernantes a que se repitiera la historia.

«De modo que el trastatarabuelo del actual Superior destruyó Viridia —se dijo Nomi—. Y expresamente, además.»

Nomi miró a través de la ventana el banco de nubes que se estaba formando en el horizonte. La rabia se había apoderado de ella, una ira encendida, potente y persistente. Una cólera que no estaba dispuesta a ignorar.

Las mujeres vivían oprimidas en Viridia porque los hombres les tenían miedo.

Las mujeres habían gobernado el país. Pero la historia las había denigrado. Las había borrado. Nomi estaba segura de que lo que le habían enseñado a Renzo no tenía nada que ver con lo que acababa de leer. De ser así, se lo habría dicho.

Pero el Superior y quienquiera que le hubiera dado aquel libro lo sabían.

Y ahora ella también.

# DIECINUEVE

## SERINA

Serina le pasó a Jacana medio panecillo seco. Después de la derrota de Petrel, no quedaba suficiente para que cada una comiese un trozo. Habían cazado un jabalí y, después de ensartarlo debidamente, lo estaban asando al fuego; la grasa iba cayendo y chisporroteaba sobre las llamas. El olor a carne fresca hacía la boca agua a cualquiera, pero aún era mediodía, y no estaría listo hasta la hora de la cena.

A escasos metros de distancia, Temblor, una de las mujeres que había integrado la partida de caza, se quejaba del corte profundo que había sufrido y que abarcaba todo su antebrazo, gentileza de los afilados colmillos de la bestia. Cada equipo contaba con un pequeño botiquín —vendajes, un ungüento para combatir las infecciones, aguja e hilo—, pero sin la ayuda de médicos, sus recursos eran muy limitados. Espejo estaba intentando coser la herida, pero Temblor gemía cada vez que la aguja le traspasaba la piel, y los puntos de sutura eran toscos e irregulares.

Temblor volvió a quejarse, y la cara de Espejo se quedó blanca bajo su manto de pecas. Serina no podía dejar de mirarlas. Los puntos estaban tan separados los unos de los otros que había partes de la herida que permanecían abiertas. Probablemente acabaría infectándose. El ungüento tampoco era de

gran ayuda.

No pudo resistirlo más.

Serina le dio a Jacana lo que le quedaba del pan y caminó entre el grupo para acercarse a la mujer herida.

—Dame la aguja —dijo, poniéndose en cuclillas al lado de Espejo—. Le estás destrozando el brazo.

Esta levantó la vista y la miró con incredulidad.

—¿Perdón? Lo estoy haciendo estupendamente.

Serina le quitó la aguja de la mano.

—No, qué va. Apártate. Puedo hacerlo mucho mejor.

O eso creía, al menos. De tratarse de un trozo de tela e hilo de bordar, estaría segura de salir airosa. Pero nunca había cosido carne.

Serina miró el rostro ceniciento de la mujer.

—Veamos, Temblor —dijo, intentando que su voz sonara tranquila y confiada—. Voy a arreglarte el brazo, ¿vale?

—Vale —gimoteó Temblor—. Acaba de una vez.

Serina asintió. Espejo se alejó, resentida. La muchacha se concentró en la herida. A pesar de que la habían limpiado, seguía sangrando. Una tercera parte del corte estaba ya suturada. Empezó por aquel extremo y continuó dando pequeñas puntadas para llenar los espacios donde la carne aún seguía abierta. Después del primer punto, se olvidó de todo excepto del movimiento de sus manos, del chasquido y el pinchazo de la aguja, y del corte rápido del hilo. La carne se transformó en tela, la sutura en hilo de bordar y, en pocos minutos, Temblor tenía una línea de minúsculos y pulcros puntos. Serina cortó el hilo después de dar la última puntada, cogió el tarro de unguento y lo aplicó sobre la herida.

—Ya estamos —dijo—. Hecho.

La mujer se miró el brazo.

—Has sido muy rápida —comentó maravillada.

Ámbar le dio una palmada en el hombro. Acababa de recortarse la cresta de pelo rojo y su aspecto era especialmente salvaje.

—Buen trabajo, Gracia.

Espejo le dio un apretón en el brazo. Había recuperado un poco el color.

—Tenías razón. Tus puntos son mejores. La próxima vez, vendré directamente a buscarte.

Serina se incorporó y solo entonces se dio cuenta de que tenía las manos manchadas de sangre. Además tenía la nuca empapada en sudor y le temblaban los dedos. Echó a correr hacia el túnel. En el exterior, la recibió la presión del calor de la tarde. Sumergió las manos en el arroyo que regaba los naranjos y empezó a frotarlas, una y otra vez, hasta mucho después de que hubiera desaparecido todo rastro de rojo.

Había perforado carne, cosido una herida sin apenas pensárselo. ¿En qué estaba transformándola aquel lugar?

Al cabo de un rato, oyó pasos procedentes de la cueva. Jacana se plantó a su lado.

—Ámbar dice que tendríamos que ir a entrenar.

Sin decir nada, Serina siguió a la chica menuda por el sendero que circulaba entre los árboles. Cuando llegaron al campo de instrucción, Gia, Oráculo y varias chicas más estaban ya practicando. A las nuevas se las veía aterradas. Serina llevaba solo unas semanas en la isla, pero había empezado a adaptarse. Toda la formación a la que se había sometido para llegar a ser una Gracia, las interminables clases y la ignorancia forzosa de sus necesidades personales le habían servido de algo. Aquí, en vez de bailar, peleaba. En vez de tocar el arpa, rastreaba el terreno en busca de comida. En vez de bordar un cojín, suturaba heridas. Y en vez de complacer al Heredero, intentaba complacer a su equipo.

Si se lo planteaba así, si se concentraba en su objetivo, no lamentaba tanto la ausencia de las cosas que siempre había querido en su vida. Ni la de sus seres queridos.

—¡Gracia, te toca a ti! —gritó Oráculo desde el interior del círculo.

Serina se armó de valor y se acercó a la mujer. Estaba mejorando, pero seguía detestando las peleas. Cuando llegó al espacio despejado de hierba, Oráculo se plantó delante de ella. Serina abrió los ojos de par en par. Miró a Gia, que estaba con una novata.

—Pensaba que lucharía contra... —empezó a decir Serina.

—Pelearás conmigo —la interrumpió Oráculo.



Fijó sus ojos disparejos en Serina, que de pronto se sintió terriblemente desprotegida. Si Oráculo era capaz de adivinar tus pensamientos de verdad, hacia dónde ibas a moverte con solo mirarte, debía de tener claro que lo único que deseaba Serina en aquel momento era echar a correr.

Pero ya había aprendido que huir no era una opción. Al menos no allí.

Levantó los puños.

Oráculo dirigió un golpe hacia su estómago antes incluso de que Serina hubiera asimilado que el combate había comenzado. Esta gruñó. Esquivó el siguiente golpe de Oráculo y se concentró en depositar el peso del cuerpo en la parte delantera de la planta del pie. Se agachó y ladeó el cuerpo para lanzar su ataque. No alcanzó a su rival, pero al menos el golpe llevaba algo de fuerza. Oráculo se agachó y giró, intentando barrer las piernas de Serina, que consiguió apartarse. Serina giró entonces sobre sí misma y aprovechó la inercia para empujar a Oráculo. Fue un movimiento poco elegante y, por una vez, su contrincante no lo anticipó. Se tambaleó levemente hacia atrás, aunque no cayó al suelo.

Serina aprovechó la ventaja para proyectar un buen gancho contra el estómago de Oráculo. Y entonces la empujó de nuevo. Esta chocó con otra chica y tropezó con su pierna. Cayó al suelo, pero antes de que Serina pudiera abalanzarse sobre ella, ya se había incorporado para atacarla y rodearla por la cintura. Cayeron ambas al suelo y estuvieron a escasos centímetros de darse con la cabeza contra la áspera roca volcánica que delimitaba el ring.

Serina levantó la cabeza hacia el cielo, jadeando, a la espera de que el aire le llenara de nuevo los pulmones. Oráculo se sentó y se frotó el antebrazo.

—No ha estado nada mal, Gracia —concedió, aunque parecía más triste que impresionada—. Los empujones son buenos como elemento sorpresa, pero no los repitas demasiado. Ten en cuenta que así dejas la cabeza y la nuca expuestas a tu rival.

Serina se sentó lentamente cuando los hilillos de aire fueron entrando de nuevo en sus pulmones. Tardó aún un minuto en poder hablar.

—Lo recordaré.

—Sigue practicando el juego de pies. Tus habilidades para el baile te resultan útiles, pero aún te mueves con excesiva lentitud. Trabaja la velocidad,

el tiempo de respuesta —dijo, y volcó entonces la atención en las demás luchadoras.

—¿Por qué hacemos esto? —preguntó Serina. Era una de las preguntas que la acosaba desde su primera noche en la isla—. ¿Por qué permitimos que los carceleros nos obliguen a luchar? Si todas dijéramos que no, ¿no tendrían que darnos de comer de todas formas?

Comprendía que las raciones eran limitadas, pero estaba segura de que sería mucho mejor compartir la poca comida que les llegara a tener aquel sistema.

La mirada de Oráculo recayó de nuevo en Serina y, sin decir palabra, tiró de ella para levantarla.

—Vamos —le ordenó, alejándola de las demás chicas.

Caminaron en silencio unos minutos, hasta llegar a unos arbustos que les permitían mantenerse fuera del oído y de la vista de las demás.

Y, entonces, Oráculo se giró en redondo hacia Serina.

—No vuelvas a negarte a pelear, ¿entendido? Jamás.

Serina abrió los ojos de par en par.

—No lo entiendo.

Oráculo arrugó la frente, y las comisuras de su boca se intensificaron. Su ojo blanco y lechoso, en contraste tremendo con el otro, castaño, empezó a brillar. Miró un buen rato a Serina en silencio.

—Cuando yo llegué aquí —dijo por fin—, hubo mujeres que protestaron. Las luchadoras se plantaron en el escenario y se negaron a pelear. Sabían que nadie tendría raciones aquella semana, pero estaban hartas de ser los peones de los carceleros.

Serina inspiró con dificultad.

—Los carceleros las mataron a todas —le contó Oráculo, sin mostrar emoción alguna—. Dispararon también al público. Murieron quince mujeres. Los carceleros no permitieron sacar los cuerpos de allí. A la semana siguiente, las luchadoras tuvieron que enfrentarse entre ellas rodeadas de cadáveres en estado de descomposición. Fue la semana que gané por vez primera.

Inevitablemente, Serina se imaginó la espantosa escena.

—Pelemos porque no nos queda otro remedio. ¿Me has entendido,

Gracia?

Echó a andar colina arriba.

—Me asignaste ese apodo, pero no soy una Gracia —dijo Serina, mientras tuvo oportunidad.

Oráculo se detuvo. Se volvió.

—Pero te formaron para serlo. Se nota.

—¿En qué?

Serina estaba cubierta de porquería, tan dolorida y quemada por el sol como las demás.

—Por tu formación, por la elegancia. Es inconfundible. —Oráculo cerró las manos en puños—. Siempre supe que acabaría llegando aquí otra Gracia.

—¿Otra...?

Serina se quedó paralizada al caer en la cuenta de lo que aquello significaba.

Oráculo hizo una lenta y elegante reverencia y se recogió con delicadeza una falda invisible. El sol aclaraba el cabello castaño de su coronilla.

Serina se quedó tan pasmada que fue incapaz de hablar. Había visto pelear a Oráculo, dar golpes casi quirúrgicos capaces de dejar a sus compañeras de rodillas en el suelo, sin aliento. La había visto transportar el cuerpo de una mujer durante kilómetros montaña arriba para arrojarlo a un volcán. La repentina elegancia de Oráculo, su distinción, era lo último que podía esperarse.

—¿Cómo es que acabaste aquí? —preguntó por fin.

Oráculo levantó la barbilla.

—Pasé toda la vida formándome para ser Gracia. Era perfecta. Pero el Superior no me eligió por eso, sino porque era inteligente. —Hizo una pausa, como queriendo poner orden en sus pensamientos—. Y porque sabía que domar a una chica tozuda le resultaría más satisfactorio.

—¿Domarte?

De pronto, Serina visualizó la mirada desafiante de Nomi.

—El Superior puede tener todo lo que desee —explicó Oráculo—. Pero las cosas fáciles no le interesan. Para él es un juego.

Serina recordó la frialdad de la voz del Superior cuando le comunicó su

sentencia. El modo en que había preguntado por Nomi.

Oráculo continuó, y sus facciones reflejaron una emoción espontánea.

—Cuando ya no pude soportarlo más, le planté cara. Sabía que me mataría, igual que había acabado con otras chicas. Tenía claro que la muerte era mi única salida.

Serina no podía borrar las imágenes que pasaban por su cabeza.

—Pero no morí. Veía venir los golpes. Había aprendido su forma de pelear. Y evité los ataques letales. Fue su guardaespaldas el que me noqueó, el puñetazo que me dio me provocó esto. —Oráculo señaló su ojo ciego—. De no haberme detenido aquel hombre, habría acabado matando al Superior.

—Y por eso te enviaron aquí —murmuró Serina.

Había sido por traición, por intento de asesinato. No por algo tan intrascendente como leer un libro. ¿Consideraría el Superior la lectura un acto tan peligroso como una agresión? ¿O acaso estarían los requisitos para ser enviada a Monte Ruina sujetos a los caprichos de los magistrados que dictaban el castigo?

—De modo que me enviaron aquí. Me alegro de que no sufieras lo mismo que yo —dijo Oráculo, clavando los ojos en Serina—. Una vida en esta cárcel, pese a todos los peligros, es preferible al infierno del Superior.

—Mi hermana... Eligieron a mi hermana en mi lugar —le confesó Serina. Se estremeció al pensar en la gélida mirada del Superior—. Pero es una Gracia del Heredero. Estoy segura de que él será distinto, no será tan malo como su padre...

Pero se le quebró la voz al ver cómo la miraba Oráculo. La mujer la contemplaba con una evidente expresión de lástima.

—Según mi experiencia, los hijos son peores. Reza para que tu hermana pueda ser domada fácilmente. Las desafiantes son las que más sufren.

Serina sufrió una punzada de dolor al pensar en Nomi y todo lo que sabía en secreto, en su falta de obediencia. ¿Por qué la quería Malachi si no era para aplastar su espíritu? Serina habría sido demasiado dócil, demasiado obediente. Para eso la habían educado.

Una rabia y un miedo desconocidos hasta aquel momento la sacudieron con la fuerza de un maremoto.

Miró hacia el océano, cuyo brillo lejano apenas se vislumbraba entre los árboles. Su hermana estaba cautiva entre sedas y encajes, sufriendo en manos del Heredero. Por culpa de su reticencia.

Y allí mismo, en aquel momento, Serina tomó una decisión. Monte Ruina no podía quedarse con ella. Y tan seguro como que el fuego estaba consumiendo aquella isla por dentro, no permitiría que el Heredero consumiera a Nomi. Escaparía de allí.

Conseguiría huir, fuera como fuese. Y salvaría a su hermana.

# VEINTE

## NOMI

Nomi escuchaba el ritmo regular de la respiración de Angeline con los ojos cerrados. La oscuridad la presionaba como si tuviera peso de verdad. Asa le había propuesto reunirse con él cuando la luna brillara en lo alto del cielo, pero aquella noche, las nubes que llevaban varios días presentes estaban enfurruñando el firmamento y escondían cualquier rayo de luz. Fingió que dormía hasta que pensó que el corazón acabaría estallándole. Contó cien inspiraciones y espiraciones de Angeline. Y luego contó cien más.

Se levantó por fin y se puso un vestido de seda por encima del camisón. Ni siquiera se tomó la molestia de calzarse. El ritmo de la respiración de su doncella continuó inalterable incluso cuando Nomi abrió la puerta con sigilo. Asomó la cabeza al pasillo. Cerró la puerta rápidamente y, acto seguido, descansó la frente en la fría madera.

El hombre del Superior seguía allí, apostado al final del corredor.

Esperó un minuto. Dos.

Miró de nuevo. Su forma robusta había desaparecido.

Nomi respiró hondo, contuvo el aire en los pulmones y salió de la habitación. Se apoyó contra la puerta y notó que la paloma esculpida en ella a modo de detalle decorativo se le clavaba en la espalda. Aguzó el oído.

Durante los últimos dos días, había permanecido despierta hasta más tarde de lo habitual, fingiendo insomnio. Pero en realidad había estado observando a los soldados que rondaban por los aposentos de las Gracias. En su mayoría se marchaban en cuanto las muchachas se iban a dormir, pero había dos que se quedaban montando guardia durante toda la noche, que deambulaban por los pasillos, inspeccionaban las terrazas y recorrían el comedor y el salón de baile, aun estando vacíos. Realizar aquel circuito les llevaba unos cinco minutos. A veces, iban juntos. Otras, alguno de ellos seguía una ruta alternativa.

Nomi rezó para que esta noche montaran guardia en pareja.

Se envolvió el cuerpo con el vestido. Si la sorprendían, diría que estaba sonámbula. Se comportaría con confusión. Asustada.

Y eso último no le costaría en absoluto fingirlo.

Avanzó de puntillas hasta el final del pasillo. Los hombres solían inspeccionar la terraza en primer lugar. Tendría que disponer de tiempo para marcharse a hurtadillas en dirección contraria. Y preguntarse qué sería de ella si la suerte no la acompañaba no merecía la pena.

Había llegado casi al salón de recepciones circular cuando oyó a sus espaldas el ruido sordo de unas pisadas. Se refugió en el umbral de la puerta y se quedó inmóvil, conteniendo la respiración.

Pum. Pum. Pum.

De pronto, le resultaba imposible acordarse hacia dónde iban los hombres cuando salían de las terrazas. ¿Se dirigían hacia donde estaba ella o seguían por el pasillo en dirección a los baños? El pulso le retumbaba en los oídos con tanta fuerza que ya no sabía si lo que oía eran pasos o el latido de su corazón.

Tomó una decisión y echó a correr hacia la puerta que se abría en el salón justo en el lado contrario de donde estaba, la que llevaba más allá de los aposentos de las Gracias.

Acercó la mano al pomo. Nadie dio la señal de alarma. En apenas un segundo, estaba ya en el otro lado. El pasillo estaba en penumbra, iluminado a largos intervalos por el parpadeo de las lámparas. Dobló la esquina corriendo y llegó a la pared de cristal.

Todas las salidas a la terraza estaban cerradas. En el exterior, reinaba la oscuridad más absoluta. Era imposible saber si Asa estaba esperándola. Con manos temblorosas, deslizó una de las puertas correderas lo suficiente para poder salir.

La ráfaga de viento que se filtró por la abertura levantó el bajo de su vestido. Al instante, notó una mano que la agarraba por la muñeca y tiraba de ella hacia fuera.

Inspiró hondo para gritar.

—Silencio. —Otra mano le tapó la boca—. Soy yo.

Nomi suspiró aliviada al oír una voz conocida. Asa cerró la puerta de cristal a toda prisa.

—Siento haberte asustado —murmuró—. Temía que pudieran verte.

Nomi intentó sosegar el ritmo de su corazón, pero entre la oscuridad de la noche, el viento y la proximidad del cuerpo de Asa resultaba complicado. Dio un paso atrás para disponer de más espacio para respirar.

—¿Qué pasaría si nos sorprendieran, Eminencia? —preguntó.

Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad. Cuando Asa se volvió hacia el resplandor del pasillo de detrás del cristal, pudo vislumbrar las sombras de su cara.

—No lo sé —respondió—. Nunca había hecho algo así.

—Si pueden enviar a una persona a Monte Ruina por leer... —comenzó Nomi con voz temblorosa.

—No, Nomi. Jamás permitiría que te pasase eso —dijo con seriedad. Se inclinó hacia ella—. Te lo prometo.

La frustración, el sentimiento de culpa y el dolor que Nomi había contenido silenciosamente hasta aquel momento amenazaron de pronto con salir al exterior.

—No lo soporto más. Serina no debería estar allí —soltó Nomi; sus palabras se amontonaban—. No es justo.

—Tienes razón: no lo es. —Asa la guio hacia la barandilla, alejándose ambos de la luz que se filtraba a través de los cristales—. Nada de lo que sucede en Viridia es justo.

—Y ¿qué puedo hacer? ¿Seguro que no hay ninguna manera de convencer



al Superior de que la deje en libertad? —Nomi sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero no podía permitir que Serina sufriera por su culpa. No quería que siguiera sufriendo. Sobre todo si estaba en sus manos hacer alguna cosa por evitarlo, lo que fuera—. Tal vez, si dijera que fui yo la que cogió el libro, que soy yo quien sabe leer...

Dudó unos instantes. ¿Se daría cuenta Asa de que estaba haciendo una confesión? ¿De que pretendía reconocer su crimen? Quería que todo el mundo supiera que su hermana era inocente, que no se merecía ser castigada. Ni encarcelada.

Pero Asa hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No, rotundamente no. Mi padre os castigaría a las dos. Tanto él como Malachi... —Nomi percibió un estremecimiento a través de las manos de Asa, que aún estaban unidas a las de ella—. La más mínima infracción puede resultar mortal. Mi padre es despiadado, pero mi hermano es peor... Es volátil. Un día se muestra misericordioso, pero al siguiente ofrece solo agonía. Me da miedo lo que pueda llegar a hacer cuando sea nombrado Superior. Su imprevisibilidad podría poner Viridia en peligro.

A Nomi se le revolvió el estómago al oír aquello. Recordó el primer día, en el pasillo, cuando Malachi, enfadado, la arrinconó contra la pared y luego, solo dos horas más tarde, la eligió como Gracia. Volátil, sin duda. Y su vida estaba ligada para siempre a aquel hombre

—Y ¿no podemos hacer nada? —preguntó Nomi

Empezó a notar el escozor de las lágrimas en los ojos. Por Serina. Y también por ella. Asa aumentó la presión sobre las manos de Nomi.

—Lo siento mucho, Nomi. Ojalá tuviera más poder. Ojalá tuviera algún poder, mejor dicho. De ser así, podría cambiar muchas cosas. —Su mirada se descentró, se volvió introvertida—. Pero sí que puedo hacer, como mínimo, una cosa —prosiguió, con una voz que se había transformado en un mero murmullo, tan leve que Nomi se vio obligada a acercarse a él un poco más para oírlo. El viento soplaba a sus espaldas, alentándola y levantando el bajo del vestido, como si fueran unas manos ansiosas por coger algo—. Puedo ayudarte a escapar.

—¿Qué? —La sorpresa fue tan grande que la sensación resonó en todo su

cuerpo—. Y ¿por qué cree que quiero huir?

Asa le acarició el cabello.

—Te veo, Nomi, y sé que nunca fue tu intención ser una Gracia, que no quieres serlo, y que él te eligió de todos modos.

—¿Por qué lo hizo?

Nomi seguía sin entenderlo. Malachi no mostraba ningún interés por ella, al menos no más que por las otras chicas. No entendía por qué podía haber decantado la balanza hacia ella en lugar de hacia las bellísimas candidatas que deseaban ser elegidas, que se habían preparado para ese tipo de vida.

Asa tardó mucho en responder, tal vez, pensó Nomi, porque no quería decírselo, o porque no lo sabía. Pero por fin dijo, en voz baja:

—Creo que lo hizo con la intención de castigarte. Adivinó que su presencia no te intimidaba. Aquel día, cuando le dijiste dónde estaban los baños, demostraste fuerza. Pretende intentar doblegar tu voluntad, domarte como si fueras uno de sus caballos.

Oír aquello expuesto con tanta claridad era espantoso, pero no cogió a Nomi por sorpresa. De hecho, tenía sentido. Había enfurecido al Heredero. Y él había querido castigarla. Para Nomi, ser elegida Gracia equivalía a ser enviada a la cárcel. Pasaría el resto de sus días al servicio de un hombre al que odiaba.

Asa se apoyó con ambas manos en la barandilla y contempló la noche nublada.

—Nadie debería sentirse domado jamás, ni impotente. Ni tú, ni yo. Nadie.

Nomi nunca había oído palabras como aquellas, ni siquiera en boca de Renzo.

—Y ¿adónde podría ir? —musitó.

—Adonde quieras.

Su cabeza se resistía a la enormidad de aquella posibilidad. «Adonde quieras.» Estaba ofreciéndole libertad.

—No siempre fue así —murmuró Asa—. Antes del Diluvio...

«Antes del Diluvio.»

A Nomi se le cortó la respiración. ¿Habría sido Asa quien le había dejado el libro? No se atrevía a preguntárselo, le aterraba confirmarle que tenía un

libro en su habitación. Y también que era capaz de leerlo.

—¿Qué pasó antes del Diluvio? —preguntó con cautela.

Asa se encogió de hombros.

—Simplemente... pienso que podríamos hacer mucho más, que podríamos hacerlo mucho mejor. Si mi padre fuera capaz de ver lo que este país necesita, si nos liderase un visionario en vez de un viejo cruel... o mi hermano...

—Y ¿qué cree que necesita este país? Si fuera usted el Heredero, ¿qué cambiaría?

Asa se apoyó en la barandilla y suspiró.

—¿Sinceramente? Todo. No elegiría Gracias. Permitiría que las mujeres aprendiesen a leer. —Se quedó mirándola y su expresión se suavizó—. Pondría en libertad a Serina.

La respuesta sabía a chocolate y quemaba como el fuego. Era dulce. Seductora.

Peligrosa.

Asa rio con ironía y negó con la cabeza.

—Hablé una vez con mi padre sobre el tema. Le pedí que me nombrara Heredero a mí y no a Malachi. Intenté convencerlo de que yo sería el mejor gobernante para Viridia.

—¿Y no lo convenció?

Asa sonrió con tristeza.

—No, no fui capaz.

—Me gustaría que fuese usted el Heredero —añadió Nomi pensativa, contemplando las olas negras con crestas plateadas.

Asa se echó a reír.

—A mí también. Pero a menos que le pase algo a Malachi, tendremos que aguantarlo cuando mi padre fallezca.

Nomi pensó en la reina Vaccaro, que derrocó al cardenal Bellaqua simplemente con su sonrisa y su perfume venenoso. El libro de historia lo planteaba como la peor de las traiciones, pero para Nomi...

Para ella significaba esperanza. En la antigüedad, las mujeres habían ostentado el poder en aquel país. Y a lo mejor podían volver a tenerlo. La cabeza le daba vueltas tejiendo delicadas y peligrosas vías y posibilidades. Se

sentía impulsada por la culpabilidad, también por la tristeza. Pero por debajo de esto, ardiendo siempre, estaba la furia. Las mujeres no eran seres inferiores.

—¿Y si le pasara algo a Malachi? —preguntó, en voz tan baja que el viento le robó las palabras.

Asa le lanzó una mirada calculadora.

—No pienso matar a mi hermano.

—No, matarlo no. —En su cabeza, los hilos se tensaban, las posibilidades se entretejían para formar un tortuoso dibujo que podría ser un plan. Un escándalo. Un subterfugio. Igual que la reina Vaccaro, salvo por el asesinato —. Pero si fuera incriminado por algo, tal vez...

—Sería castigado por un crimen que no habría cometido —replicó Asa, aunque lo dijo en tono pensativo, no enfadado.

—Usted mismo ha comentado que había hecho cosas. No es inocente — argumentó Nomi.

Asa le posó las manos en los hombros y la hizo volverse con delicadeza hacia él.

—Un plan de este calibre requiere tiempo. Implica incertidumbre. Riesgo. Mucho riesgo.

Le retiró un mechón de pelo de la mejilla y, de pronto, Nomi cobró consciencia de sus dos cuerpos en la oscuridad, pegados. Eso era un riesgo.

—Podrías escapar —ofreció Asa—. Podría ayudarte a salir de palacio, a encontrar un lugar donde vivir. Conseguirte una nueva identidad. Un contrato en una fábrica o un trabajo como criada. Lo que prefieras. Podrías elegir.

—Si hiciera eso —dijo Nomi en voz baja—, nada cambiaría jamás. Y no salvaría a Serina.

Se acercó más a ella. Incluso con la oscuridad reinante, Nomi vislumbró el brillo de sus ojos.

—¿Qué hacemos entonces?

Nomi y Asa pasaron media noche perfilando su plan.

—El crimen tiene que ser algo que tenga un impacto directo sobre el

Superior —dijo Asa con cierta amargura—. De lo contrario, a mi padre le dará igual. Probablemente incluso lo celebraría.

—¿Y si Malachi tramara una guerra? —se preguntó Nomi.

—Demasiadas partes implicadas. Simularlo sería complicado. Tendríamos que poner en marcha un conflicto de verdad para que fuera convincente.

—¿Un intento de asesinato?

—¿Del Superior? Podría funcionar. Mi padre está muy enfermo, pero aun así tiene ganas de pelea. Tal vez Malachi podría estar impaciente por hacerse con el mando y decidiera echarle una mano a la naturaleza para que acelerase su curso.

Pensó en el perfume de la primera reina.

—¿Emplearía veneno?

Se habían sentado en una de las otomanas, acurrucados para protegerse del viento.

—Es difícil de conseguir, y nadie se creería la amenaza sin pruebas. ¿Y si hubiera decidido contratar los servicios de alguien para acabar con él?

—Y usted frustra el atentado en el momento justo, poniendo al descubierto toda la trama y salvando la vida de su padre —propuso Nomi, a quien le parecía un cuento de hadas.

La rabia que corría por su sangre se había transformado en alegría. Podría cambiar las cosas. Asa y ella volverían a colocar a Viridia en el camino de su tradición ancestral. Lo convertirían en el país que siempre habría tenido que ser.

Y pondrían en libertad a Serina.

—No puede ser un asesino auténtico —reflexionó Asa—. No quiero que muera mi padre. Eso es importante. Tiene que ser alguien que entienda las sutilezas, que sepa que todo es teatro, no una amenaza real.

—Sí, alguien en quien confiemos. Alguien a quien podamos proteger del posible castigo.

—Sí —coincidió Asa—. Sin inmunidad, ¿por qué querría ayudarnos?

—¿Conoce a algún hombre así? —preguntó Nomi.

—Hay varios guardias de palacio que creo que me son leales —dijo—. Pero todo el mundo los conoce como integrantes de mi guardia personal y no

puedo permitir que se establezca esa conexión.

—Yo no conozco a nadie, excepto a mi familia.

Su corazón se saltó un latido. Renzo. No. No podía implicarlo en aquello. El riesgo era demasiado grande.

—¿Cómo protegeríamos a nuestro falso asesino? —preguntó Nomi—. Tal vez con instar a su padre a que se mostrase benévolo no bastaría. Ha mencionado antes que es un hombre cruel.

—Tienes razón. Habría que maquinar una huida, tal vez un disfraz...

Nomi enderezó la espalda.

—El cumpleaños del Heredero. Las Gracias han comentado que se celebrará un baile de máscaras.

Y sería la noche en que el Heredero podría exigirle a Nomi que lo acompañase a sus aposentos.

«Pero eso no sucederá si es arrestado.»

—Eso es. Es la oportunidad perfecta —dijo Asa entusiasmado—. Un disfraz y una vía de escape. Nuestro conspirador permanecerá en el anonimato. Se colará en palacio, representará su papel y luego desaparecerá. Sin peligro, sin posibilidad de que lo capturen.

«Sin peligro.»

Nomi se volvió para examinar la expresión del chico. Por fin se habían despejado las nubes y la luz plateada de la luna iluminaba el rostro infantil de Asa.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera ayudarnos? —volvió a preguntar, casi implorándole.

Pero, pasado un buen rato, Asa hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Solo conozco a guardias y cortesanos. Bien disfrazado, tal vez alguno de mis escoltas podría hacerlo, pero durante el baile estarán todos trabajando. Sería complicado impedir que nos descubrieran. Y no confío ni en un solo cortesano. Pero no desespere. Seguiré dándole vueltas.

Nomi movió la cabeza.

—No. Sé de alguien que podría hacerlo. Alguien en quien confío con los ojos cerrados. Mi... —Se interrumpió en seco—. Mi primo.

Tenía que ser inteligente, sobre todo en este tema. La vida de Renzo estaba

en juego.

—Un primo es buena idea —coincidió Asa. Acarició con delicadeza el brazo de Nomi, y ella pensó que tal vez lo estaba haciendo sin siquiera darse cuenta. Era una sensación agradable, de todos modos—. ¿Dónde vive? ¿Cómo podríamos ponernos en contacto con él?

—De eso me encargo yo —dijo Nomi, que no quería contarle más detalles sobre Renzo de los que fueran necesarios.

—¿Cómo? ¿Vive en Bellaqua?

—Pues...

Se cortó antes de pronunciar la frase. ¿Cómo ponerse en contacto con su hermano sin confesarle a Asa quién era Renzo y dónde vivía?

Pero ¿acaso tenía importancia?

Había confiado totalmente en el chico. Con la conversación que acababan de mantener, él podría enviarla a la cárcel. Pero, aun así, solo estaba dispuesta a ponerse a sí misma en peligro. No a Renzo. Respiró hondo.

—Le escribiré.

Asa se quedó paralizado.

—De modo que sabes leer y escribir.

Nomi se volvió hacia él, ansiando desesperadamente que la comprendiera.

—Sí. Fui yo la que aprendió a leer. Fui yo la que robó el libro. Serina es inocente. Inés la descubrió con el libro entre las manos, pero era mío. No sé por qué no contó la verdad. ¿Lo entiende? Ella no debería estar en Monte Ruina, sino yo.

—Nomi, nadie tendría que estar en la cárcel por leer. Ni tú ni tu hermana. —Asa le cogió la mano y se la presionó con delicadeza—. La pondremos en libertad. Juntos, vamos a cambiarlo todo.

Nomi estaba en equilibrio precario al borde de un precipicio, tan peligroso y azotado por el viento como un acantilado real. Entre desafío y rebelión existía una sutil diferencia. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Se atrevería a saltar?

Tal vez no fuera capaz de hacerlo por ella. Pero por Serina, sí.

# VEINTIUNO

## SERINA

Tomar la decisión de salir de Monte Ruina era fácil, pero huir comportaba una dificultad mucho mayor.

—Por aquí es muy escarpado —dijo Jacana, caminando por una franja estrecha de lava solidificada.

Serina se acercó el máximo posible al borde del acantilado y estudió la pequeña playa de abajo.

—Demasiado escarpado —apostilló Serina—. Ni los carceleros ni las chicas se acercan por aquí, pero descender es prácticamente imposible.

—¿A lo mejor un poco más al sur?

Jacana se sentó en la piedra y se sacudió un poco las manos antes de secarse el sudor de la frente. Llevaban toda la mañana caminando.

Serina se alegraba de poder contar con la compañía de Jacana. Cada vez que pasaban cerca de una torre de vigilancia o de algún carcelero que estuviese patrullando, se ponía tensa y se le llenaba el estómago de bilis. Había visto a Bruno una vez, de lejos, pero el hombre no se le había acercado. Por lo visto, la advertencia de Petrel había surtido efecto.

Serina estaba obsesionada porque sabía que habría hecho lo que Bruno le hubiese ordenado de no haber aparecido Petrel. La habían criado para ser una



persona sumisa. Para someterse a los hombres. Apenas llevaba unas semanas aprendiendo a pelear.

—La mejor madera se encuentra en el sur —dijo Serina, intentando no pensar más en Bruno ni en Petrel—. Nos ahorraríamos tener que transportar los suministros. —Se sentó al lado de Jacana—. Pero V.. —Se interrumpió. No le había contado a nadie la conversación que había mantenido con Val, ni siquiera a su amiga—. Varias personas me han dicho que las rocas son muy peligrosas allá abajo. Que sería complicado alejar la balsa de la isla.

Jacana miró por encima del hombro en dirección a la torre de vigilancia que se alzaba a lo lejos.

—Creo que será complicado lo hagamos como lo hagamos.

Serina inspiró una bocanada de aire húmedo y salado.

—Va a ser casi imposible, y llevará tiempo, pero sé que podemos hacerlo.

Jacana jugó con su trenza. Frunció el entrecejo.

—Lo que más me preocupa es lo de la balsa. Jamás he construido nada en mi vida. Y no tenemos herramientas, ni materiales...

Serina se frotó las manos, sucias y callosas.

—Entre mis modales refinados y tus habilidades de ladrona, conseguiremos las herramientas necesarias. Y cuando lo tengamos todo a punto para iniciar la construcción, se lo diremos a Gia. Ella ha vivido toda la vida a bordo de un barco. Podrá ayudarnos. Donde caben dos, caben tres.

Jacana miró el resplandeciente océano.

—Nos pillarán. O, si conseguimos salir de aquí, la balsa se partirá y nos ahogaremos.

—Tal vez. —Al ver la mirada de Jacana, Serina se corrigió—. Probablemente.

Se levantó. No cabía duda de que era un plan disparatado y peligroso. Encontrar un escondite en la playa y construir una balsa con madera y ramas y hojas de enredadera era absurdo.

Pero Serina lo había reflexionado una y otra vez. No hallaba otra posibilidad. Hacer algo, lo que fuera, siempre era mejor que quedarse quieta. Nomi la necesitaba, y cuanto más tiempo permaneciera Serina allí, más probable era que tuviese que acabar peleando. Y si la obligaban a luchar,

moriría. Lo mirara como lo mirase, la cuenta atrás se había iniciado, y el destino de Nomi, y también el suyo propio, era el desastre.

—Llegará el día en que nos tocará pelear —dijo, cerrando las manos en puños—. ¿Prefieres morir jugando al asqueroso juego del comandante o intentando largarte de aquí?

—Preferiría no morir —dijo débilmente Jacana. De pronto se puso rígida—. Se acerca un carcelero.

Serina notó un nudo repentino en el estómago. Se volvió para mirar, pero el hombre que se aproximaba a ellas no tenía la mano en el arma, ni las observaba con recelo. Su pelo negro sobresalía por debajo de la gorra, y sus ojos oscuros las contemplaban con curiosidad.

—Me han informado desde la torre que había alguien que quería saltar —dijo Val, y miró a Serina arqueando una ceja.

—No es nuestra intención —le aseguró—. Estábamos... estábamos buscando un lugar para meternos en el agua y refrescarnos un poco.

Jacana siguió sentada en la roca, inmóvil como una estatua. Paralizada por el miedo, tal vez. Era comprensible. De haber sido cualquier otro que no fuese Val...

La intensidad y el calor del sol obligaron al guardia a entrecerrar los ojos.

—En la vertiente este hay playas donde podéis bañaros sin temor a las corrientes —sugirió—. Pero quedaos en la costa, lejos del Campamento de la Selva, y tampoco vayáis muy al norte si no queréis tropezaros con Rama y su panda.

Serina se limpió las manos en el pantalón y dijo, en tono despreocupado:

—Esperábamos encontrar algún lugar con un poco de sombra, con árboles robustos. Y con cierta privacidad... No nos apetece toparnos con carceleros mirones.

Val se rascó la nuca, tostada por el sol.

—Con árboles, con privacidad... —dijo, cavilando—. Sí, lo mejor es la vertiente este. Allí hay algunas playas como las que describes. Tal vez tengáis que esquivar a algunas de las otras chicas.

—Gracias. —Serina sonrió, ansiosa por ir a ver el lugar. Miró a Jacana, que seguía paralizada—. ¿Te apetece pasear un poco más?

Jacana asintió y se levantó despacio, mirando a Val con recelo. Después de lanzar a Serina una última mirada amistosa, este dijo:

—Tengo que seguir patrullando. Id con cuidado, chicas. El camino hasta allí no es fácil. Seguramente os lleve unas horas.

Y echó a andar en dirección sur, siguiendo el acantilado. Serina puso rumbo hacia el centro de la isla.

—¿Te fías de ese carcelero? —preguntó Jacana, colocándose a su lado.

Serina lo reflexionó. ¿Confiaba en Val?

—Me fío de que no me hará daño —respondió al fin—. Y también de lo que ha dicho sobre esa playa del este. —Saltó por encima de una raíz que sobresalía de una franja fina de lava solidificada—. Aunque no ciegamente —añadió—. Sigue siendo un carcelero que tiene que acatar las órdenes del comandante Ricci.

Jacana aceleró la marcha y empezó prácticamente a brincar a pesar de la irregularidad del terreno. Como si estuviera huyendo de algo.

—He oído tantas historias sobre los carceleros que cuando he visto que se acercaba me he quedado paralizada.

Sin quererlo, Serina recordó lo que le había sucedido con Bruno. En un intento de tranquilizar a Jacana, le contó lo que había dicho Petrel.

—Formar parte del equipo de Oráculo nos ofrece protección. Estamos a salvo, Jacana.

La chica rio inesperadamente.

—¿A salvo? Me sentía más segura en un almacén abandonado de Sola con las autoridades derribando la puerta, y eso que allí guardaba la mercancía robada. Pero esta isla, hasta el último rincón, es la peor pesadilla que he tenido en mi vida.

Subieron a las colinas y se adentraron en la sombra del bosquecillo. Serina contempló la frondosa vegetación que la ira del volcán, como de milagro, había pasado por alto. Allí, entre los árboles, casi podía imaginarse que estaba dando un agradable paseo.

—¿Sabes que antes de venir aquí jamás había salido a dar un paseo sola? Ni siquiera con mi hermana o con una amiga. Quizá...

—¿Quizá no sea tan malo? Los carceleros, las peleas, el hambre, el

volcán... —Jacana se pasó una mano por el pelo alborotado y negó con la cabeza—. Aquí no hay ningún quizá. Es malo. Es el infierno.

Serina nunca la había oído expresarse con tanta amargura.

—Iba a decir que quizá eso forme parte de la pesadilla —añadió con amabilidad—, lo de tener la libertad suficiente como para caer en la tentación de disfrutarla, consciente de que no es más que una ilusión. Saber que Monte Ruina te matará de un modo u otro, hagas lo que hagas.

Jacana se detuvo un momento para coger aire y se apoyó en un árbol inclinado por la fuerza del viento.

—A menos que construyamos la balsa.

Serina sonrió.

—La construiremos. Encontraremos la manera de salir de esta isla.

A pesar de que Jacana no estaba muy esperanzada, echó a andar. Y mientras serpenteaba por el bosque, Serina fue buscando con la mirada frutos silvestres o cualquier cosa que pudieran comer. Solo habían desayunado un poco de pan, y caminaban tan despacio como si llevaran faldas de plomo.

Serina y Jacana pasaron casi toda la tarde andando. Dieron un rodeo para evitar el Campamento de la Selva y se detuvieron a beber un poco de agua de un arroyuelo que corría peligrosamente cerca de una torre de vigilancia. Cuando por fin llegaron a la costa del este de la isla, tardaron un buen rato en localizar un lugar que se adaptara a sus objetivos. Pero incluso así, Serina se sentía animada. Allí estaban aisladas, a una hora del Campamento de la Selva y a bastante más del Hotel Desgracia, que quedaba hacia el sur. Los demás grupos no tenían motivos para aventurarse tan lejos.

Encontraron por fin un rincón con una playa fácilmente accesible con un tímido oleaje, varios cipreses cerca de la arena y una pequeña cueva donde las rocas se alzaban hasta formar acantilados, al final de la ensenada.

Madera para la balsa, un lugar donde esconderla y aguas tranquilas para botarla.

Era perfecto.

—Ahora, lo único que necesitamos es fabricar algunas herramientas y disponer de tiempo para trabajar. —Serina abrazó a Jacana—. Podemos conseguirlo.

El rostro tímido de la muchacha esbozó una sonrisa.  
—A lo mejor sí.

# VEINTIDÓS

## NOMI

La mañana después de su encuentro con Asa, Nomi se instaló en su tocador con una hoja de papel y su barrita de kohl. Asa le había ofrecido material de escritura, pero le daba miedo que Angeline lo encontrara. El negro del perfilador de ojos destacaba sobre una página en blanco que había arrancado a regañadientes de la parte posterior del libro de historia. Cuantas más vueltas le daba, más convencida estaba de que había sido Asa quien se lo había dejado. No se había sorprendido en absoluto cuando ella le había dicho que ya encontraría los medios necesarios para escribir la carta.

Tardó un buen rato en decidir cómo codificar el mensaje. Confiaba en que Renzo comprendiera las palabras entretejidas en una de sus leyendas favoritas, la que hablaba sobre los hermanos y la misteriosa mujer tatuada.

El relato giraba en torno a un muchacho bondadoso que se enamora de una criada de la cocina que guarda un secreto: su padre, un pirata, le ha legado una fortuna. En su día, la chica se tatuó el mapa del tesoro para no olvidar nunca la localización del botín y decide ir a buscarlo con la ayuda del chico. Pero su hermano menor, un hombre cruel, frustra sus planes y los mata a ambos cuando ella se niega a revelarles el lugar. Este acaba por descubrir el mapa y el tesoro, pero los fantasmas de su hermano y de la misteriosa mujer se le aparecen y lo

aterrorizan hasta tal punto que sufre un ataque al corazón, muere y el botín se pierde para siempre.

Era una historia sangrienta. La versión que Nomi decidió hacer del mismo le daría a Renzo las pistas necesarias.

*El hermano mayor era el cruel.*

*El menor sabía cómo detenerlo.*

*La mujer decidió ayudarlo en vez de negarse a compartir su secreto.*

Y en la versión de Nomi, la hermana de la mujer corría un grave peligro. Nomi fue todo lo explícita que consideró adecuado. Le pedía que viniera a Bellaqua lo más rápidamente posible y que la informara de su llegada. Le decía que era una misión peligrosa.

Porque incluso con una máscara, incluso con un plan, era un riesgo.

Firmó con una simple «N» para que el mejor amigo de Renzo, Luca, no supiera quién era el remitente. Arrancó otra página del libro, la dobló a modo de sobre y escribió la dirección de Luca. Ella no podía sacar la carta de la ciudad, pero Asa sí. Nomi sabía que Luca le pasaría enseguida el mensaje a Renzo. No entendería nada, pero se lo haría llegar. Cogió una vela y utilizó cera para lacrar el sobre.

Por la noche, durante la fiesta en el barco, intentaría pasarle la carta a Asa. Sería complicado conseguir un momento de intimidad con él, pero ambos habían decidido que sería menos peligroso que organizar otra reunión clandestina.

Una llamada en la puerta la paralizó.

—¡Un momento! —dijo.

Corrió a esconder la nota bajo el colchón, junto con el libro. Angeline entró en la habitación cargada con un montón de tela de color rojo.

—¿Qué es eso? —preguntó Nomi, mirando con desconfianza la nube de tela.

La doncella la depositó sobre la cama.

—Tu vestido para la fiesta de esta noche. La modista lo ha acabado por fin. Lo ha dejado para el último momento. Casi no llega.

«Qué sorpresa», se dijo Nomi. Su relación con la modista seguía siendo tensa.

—Había olvidado que era tan voluminoso.

Durante las pruebas no podía ni respirar, y aquel vestido la hacía sentirse rara.

Sin darse ni cuenta, Nomi se encontró preguntándose qué pensaría Asa de aquella falda larga y vaporosa y del corpiño ceñido y escotado.

—Es rojo —dijo Angeline con una sonrisa—. El color favorito de Malachi.

A Nomi se le revolvió el estómago, pero se esforzó por devolverle el gesto a la doncella.

—Es un vestido precioso.

Angeline continuó con su cháchara.

—¿Sabías que su caballo es un alazán sangre?

Nomi se quedó mirándola sin entender nada.

—Rojo —explicó Angeline—. Un animal enorme con crin negra. El otro día, estaba limpiando la terraza y lo vi montándolo. Una preciosidad. El caballo, obviamente. Siempre he considerado que el Heredero da mucho miedo, la verdad. ¿Será siempre tan serio? Aunque es guapo, claro, ¿no te parece?

—No... no sé —balbuceó Nomi.

De pronto deseaba estar en cualquier sitio excepto en su habitación. No le apetecía chismorrear sobre Malachi. ¿Qué pensaría Angeline si le confesara que a ella también le daba pavor?

—Aún faltan horas para la fiesta. Creo que bordaré un rato y aprovecharé para que me dé un poco el aire.

Nomi recogió todo el material necesario y salió corriendo de la habitación. Mientras cruzaba los lujosos salones, sumidos en un silencio opresivo, pensó en lo mucho que le gustaría poder escapar de allí, dar un paseo por cualquier otra parte, sentir el aire en la cara. Su única alternativa era dirigirse a alguna de las terrazas.

—¡Ay! Perdón —dijo Nomi al ver que Maris estaba sentada en un silloncito de mimbre junto a la barandilla.



Estaba contemplando el mar a través de los huecos que se abrían entre las flores de hierro que decoraban la barandilla. Le indicó el asiento que tenía a su lado.

—No me importa.

Nomi se acomodó y sacó su bastidor de bordado.

Uno de los hombres del Superior apareció en el umbral y se quedó allí unos segundos, observándolas. Acabó por marcharse, y las pisadas de sus zapatos blancos se alejaron rápidamente por el pasillo. Nomi se preguntó si sería uno de los que había tenido que esquivar por la noche. El regreso a su habitación había sido algo menos estresante que la salida; Asa le había indicado cómo llegar hasta la entrada de servicio, que no estaba incluida en las rondas de vigilancia.

La mirada de Maris se desvió hacia el umbral desierto de la puerta.

—Tenerlos merodeando por las esquinas, escuchando, resulta odioso — murmuró—. Ayer, el Superior regañó a Eva por algo que había dicho cuando uno de sus guardias estaba vigilándonos.

—¿Sabes qué dijo? —preguntó Nomi.

Maris negó con la cabeza.

—No lo oí. Pero se asustó mucho cuando Inés la informó de que el Superior quería verla. Y Rosario me ha contado que el Heredero nos llevará mañana de excursión porque el Superior quiere castigar a sus Gracias sin salir por la impertinencia de Eva. Inés lo anunciará a la hora de la comida.

—¿Saldremos de palacio? —dijo Nomi. Pensar en que el Superior iba a castigar a Eva la hizo estremecerse, pero no podía negar que estaba ansiosa por dejar atrás un rato los muros del *palazzo*—. ¿Sabes adónde nos llevan?

Maris asintió.

—A una perfumería. Es lo que dijo Rosario. A mí me da igual adónde vayamos, mientras sea lejos de aquí.

Nomi se quedó mirando a Maris. Por lo visto, ella no era la única que se sentía atrapada. Suspiró, reanudó sus puntadas e intentó no pincharse el dedo con la aguja. Maris señaló el bordado.

—Es muy bonito. Tienes talento.

Nomi estudió el bastidor que tenía en las manos, con un paisaje de

Bellaqua a medio acabar. Había intentado rematar el cuadro de Serina, pero sus puntadas carecían de la elegancia de las de su hermana y no podía evitar pensar que lo estaba estropeando.

Hasta la noche pasada, tenía la sensación de que no hacía más que estropearlo todo. Pero ahora tenía un plan. Acarició las delicadas puntadas de Serina. La ausencia de su hermana era como un agujero en el pecho que se hacía más grande cada día que pasaban separadas. Necesitaba salvarla. Si no lo conseguía, se quedaría reducida a nada.

—Lo hizo mi hermana en su mayoría —dijo en voz baja Nomi—. La que tiene dotes para el bordado es ella. Yo me apaño zurciendo calcetines y haciendo remiendos, pero esto es un reto para mí. —Carraspeó—. Como todo lo demás aquí.

—¿Has podido averiguar qué ha sido de ella? —preguntó Maris, retirándose hacia atrás su melena color negro tinta.

Nomi clavó una aguja en la tela.

—El Superior la ha enviado lejos de aquí... Rosario tenía razón.

—¿De vuelta a casa?

Nomi tragó saliva.

—No.

Maris volvió a mirar hacia el mar.

—Estar lejos de nuestros seres queridos es duro.

—¿Por eso no eres feliz? —preguntó Nomi con diplomacia—. ¿También echas de menos a tu familia?

La expresión de Maris se endureció.

—No tengo familia. Mi madre falleció, y mi padre es como si estuviera muerto.

Nomi miró hacia la puerta. Seguía sin haber nadie. Ninguna sombra al acecho.

—Dijiste que podrías haber sido feliz aquí de no ser por tu padre. ¿A qué te referías?

Maris se inclinó hacia delante y escondió la cabeza entre las manos.

—No importa. Perdona si te he importunado —dijo Nomi, arrepentida; no era su intención perturbar a Maris.

—No —la tranquilizó Maris, sin levantar la cabeza—. Es que... nunca he conseguido hablar de ese tema. Y me corroe —añadió, inspirando hondo.

Nomi siguió controlando la puerta; tenía la sensación de que Maris no quería que nadie estuviera al corriente de su secreto.

Maris empezó a hablar, a toda velocidad.

—Mi padre sobornó al magistrado de nuestra provincia para que yo saliera elegida. —Se ruborizó—. Me descubrió besándome con... mi... — Parecía incapaz de continuar.

—¿Te enamoraste de alguien que no debías? —preguntó Nomi.

Maris fijó la vista en el horizonte.

—Se llamaba Helena —dijo en un susurro.

Nomi sofocó un grito. Que una mujer amara a otra estaba prohibido en Viridia.

—Teníamos un plan: sería mi doncella. Así habríamos podido estar juntas. Pero mi padre nos sorprendió. Me amenazó —dijo Maris, subiendo la voz con rabia—. Me hizo venir aquí para que el Heredero me eligiera como una de sus Gracias, sin Helena, bajo la amenaza de denunciarme a las autoridades y ser encarcelada. —Dejó de hablar y volvió la cabeza para mirar a Nomi a los ojos—. Y así fue.

Nomi no podía apartar la vista. No podía moverse. De no haber sido elegida Maris, y si su padre hubiese cumplido con su amenaza, habría sido enviada a la cárcel, como Serina.

Una crueldad impresionante: en cualquiera de los dos destinos posibles, Maris viviría separada para siempre de la persona a la que amaba.

Nomi se preguntó qué habrían hecho sus padres de haber descubierto que ella sabía leer. ¿La habrían delatado, tal como había amenazado con hacer el padre de Maris? ¿Habrían intentado protegerla? ¿Era un monstruo el padre de Maris, o había hecho lo mismo que cualquier otro habitante de Viridia?

—Y ¿qué fue de Helena? —preguntó Nomi.

Maris respondió al cabo de un buen rato.

—No lo sé.

—Lo siento mucho —dijo Nomi, sin saber qué otra cosa decir.

¿Sabría el Heredero que dos de sus tres Gracias estaban allí en contra de

su voluntad? ¿Conservarían siempre aquella reticencia? A lo mejor las había elegido precisamente por eso, por un deseo sádico de hacerlas sufrir. A lo mejor era precisamente eso lo que más le satisfacía.

—En las historias, las mujeres siempre renuncian a todo —explicó Maris con voz tensa—. Se supone que siempre debemos conformarnos. Que nunca tenemos que plantar cara. ¿Por qué crees que será?

Nomi recordó a la reina Vaccaro y a sus hijas, traicionadas por sus asesores masculinos y borradas de la historia.

Pensó en la carta que tenía escondida en la habitación.

Y en voz baja, sabiendo que estaba caminando por la cuerda floja, dijo:

—Porque les da miedo lo que podría pasar.

# VEINTITRÉS

## SERINA

Justo antes de comer, llegó a Monte Ruina una nueva barca con prisioneras.

En el Campamento de la Cueva reinaba la agitación. ¿A quién elegiría Oráculo para la pelea?

Serina mordisqueó su pan insípido e intentó imaginarse que eran las mantecadas de canela y clavo de Nomi. Incluso con un racionamiento estricto y la carne de jabalí, las raciones eran cada vez más escasas.

—Si me eligen a mí, moriré —dijo en voz baja Jacana, fijando la vista en sus manitas vacías.

—Eres muy rápida —la animó Serina, apretándole el hombro. Jacana se había «ganado» el apodo de Ratón, pero Serina se negaba a llamarla así. Pese a su cuerpo menudo y su mirada asustadiza, la chica era rápida y disponía de un montón de recursos. Tenía mucho más potencial del que ella misma se imaginaba—. No tienes por qué preocuparte, pero si Oráculo considera que estás preparada, confía en ella.

Le pasó un instante por la cabeza el rostro alegre de Petrel.

—Un consejo muy oportuno —dijo Gia, con voz tensa.

Movió la cabeza en dirección a Oráculo, que justo en aquel momento venía hacia ellas.

Jacana cogió las manos de Serina. Al otro lado de la chica, Theodora resopló y se rodeó las rodillas con sus largos brazos, como si con aquella posición pudiera hacerse más pequeña, menos evidente.

—Tranquilas, no os preocupéis —susurró Serina.

No sabía muy bien si pretendía tranquilizar a sus compañeras o a sí misma. El corazón le subió a la garganta y empezó a latir como un loco, como si estuviera desesperado por salir corriendo de allí.

Recordó cuánto había deseado que el Heredero se fijara en ella. Que la eligiera. Le vinieron a la mente los vestidos brillantes, la filigrana dorada, la música agradable... Pero ahora empezó a rezar para volverse invisible.

«Por favor, que no sea Jacana, ni Gia, ni...»

—Serina, me gustaría hablar contigo fuera un momento —dijo Oráculo, cerniéndose sobre ella.

«No.»

Fue como si la cueva se encogiese a su alrededor. Por un instante, se planteó negarse, pero el grupo entero tenía los ojos fijos en ella. Jacana le soltó las manos.

Serina se incorporó sin que apenas la sostuviesen las piernas. Siguió a Oráculo por el túnel, a través de columnas de rayos de sol y franjas de sombra oscura, un lugar cerrado y frío como una tumba. Cuando llegaron a la entrada, Serina tenía la nuca pegajosa por el sudor y le temblaban las manos.

Oráculo se detuvo y entrecerró los ojos por la intensidad de la luz.

—No estoy preparada —dijo Serina antes de que a su interlocutora le diera tiempo a empezar a hablar. Aquello era surrealista. Una pesadilla—. El equipo necesita comida, y yo...

Oráculo la interrumpió.

—Siempre elegimos a una novata para la primera pelea después de una victoria. Es la mejor ocasión para poner a prueba a las luchadoras nuevas, el mejor momento para perder. —Fijó la vista en el mar—. Iba a elegirte. Eras la mejor novata, pero no creí que pudieras ganar.

Serina emitió un sonido. ¿Oráculo se había planteado sacrificarla? La mujer levantó una mano.

—Pero Petrel me disuadió. Dijo que con un poco más de entrenamiento

podrías ganar. Que nunca había visto a nadie que mejorara a la misma velocidad que tú. —Oráculo la miró por fin a los ojos—. Se presentó voluntaria para salvarte.

A Serina se le detuvo el corazón.

—Yo... yo...

«Yo no se lo pedí.»

—Petrel quería que te concediera más tiempo, y lo he hecho —prosiguió Oráculo—. Eres una luchadora muy reflexiva; hay chicas que utilizan el instinto, pero tú usas la inteligencia. —Suspiró, y por primera vez Serina vio una grieta en la armadura de aquella mujer—. Nadie sabe cómo peleas, y eso te dará ventaja. Si eres inteligente, Gracia, puedes ganar.

Serina no era capaz ni de respirar. Deseaba suplicarle a Oráculo que se lo pensase mejor. Pero ¿a quién elegiría? ¿A Jacana? ¿A Gia? ¿A una mujer más experimentada, a otra como Petrel, que se ofreció a morir en su lugar? Serina no podía decir nada. Suplicar por su vida significaba sacrificar la de otra persona.

Ella le había dicho a Jacana que confiara en la opinión de Oráculo. Tendría que seguir su propio consejo.

Oráculo debió de entender el caos en el que estaba sumida, puesto que le presionó brevemente el hombro.

—Tómate un tiempo a solas. Faltan aún un par de horas para ir al ring.

Y entró de nuevo en la cueva. Serina se quedó inmóvil unos instantes, con el terror presionándole el pecho. Y a continuación echó a andar hacia los acantilados.

No paró hasta que vislumbró el horizonte, enturbiado por un tupido banco de nubes. Se había prometido que escaparía de allí. Que salvaría a Nomi.

Pero no había tenido tiempo suficiente.

Serina miró al frente, hacia donde había visto las luces de Bellaqua, tan remotas, y empezó a gritarle al viento. Hasta que se quedó sin voz.

—¿Te sientes mejor?

Serina no se volvió.

—Hola, Val.

Con un gruñido, se sentó en el suelo y dejó caer las piernas hacia el vacío.

—Pasas mucho tiempo en los acantilados. ¿Estás segura de que no estás pensando otra vez en saltar? —preguntó Val.

—¿Por qué siempre apareces cuando estoy por aquí? —preguntó ella, fijando la vista en la espuma blanca.

—Estoy de ronda. —Val se sentó a su lado—. Tengo órdenes de comunicar a todos los equipos que habrá pelea en menos de dos horas.

Serina se limpió las manos en el pantalón.

—Oráculo ya lo sabe.

—No lo dudo. —Val cogió un puñado de tierra y la arrojó hacia las olas—. Pero he de cumplir las órdenes.

Pese a todos los esfuerzos de Serina, las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas.

—Me toca a mí —musitó, con la garganta seca.

Val se quedó inmóvil.

—¿Ya?

Serina asintió. No podía apartar la vista de las olas que morían a sus pies, destruidas una tras otra al chocar contra las rocas.

—Tenías razón —añadió, notando que su determinación la estaba abandonando—. Soy una chica muerta.

—Ve a por la caja —dijo rápidamente Val, casi a la desesperada.

—¿Qué?

—El comandante ha decidido que hoy va a lanzar armas al ring. Navajas o ladrillos, aún no lo tiene claro. Pero, sea lo que sea, no será una amenaza. Al menos, no como la serpiente y las avispas.

Se volvió hacia ella y, con delicadeza, la cogió por la barbilla. No la soltó hasta que Serina lo miró a los ojos.

—No evites la caja, ¿me has oído? —dijo—. Coge un arma y ataca con ella a todas las chicas. No pienses en lo que estás haciendo. No pares hasta que hayas rematado tu trabajo.

Serina capturó todos los detalles de su cara: las cejas oscuras, el pequeño grupo de pecas de la mejilla izquierda, la urgencia de su expresión. Parecía importarle su destino: que ganara o muriera.

—¿Serina? ¿Me estás escuchando?



Era guapo, muy guapo. Ya lo había pensado antes, pero, sin observarle bien la cara, era una opinión basada simplemente en impresiones pasajeras: una ondulación de su pelo, un mohín de sus labios, la musculatura de sus brazos. Pero ahora veía, con claridad y por primera vez, lo bien que se complementaban sus mejillas tostadas por el sol con su boca, grande y expresiva. Lo brillantes e inquisidores que eran sus ojos. La preocupación en su rostro.

Serina jamás había quebrantado la ley. Era prisionera por un crimen que no había cometido. Nunca se había rebelado contra nada. A diferencia de Nomi, jamás había protestado contra su mundo. Y ahora estaba a punto de lanzarse a una pelea a muerte en la que seguramente acabaría perdiendo.

¿Por qué seguir acatando las reglas?

Serina acarició la cara de Val. La palma callosa de su mano entró en contacto con la piel suave de la mejilla de él. El chico dejó de hablar. Serina se inclinó lentamente hacia delante, hasta que sus frentes se rozaron. Val no se apartó.

El calor del aliento de él le cosquilleó los labios como si fuese una pluma. Ella deslizó la mano por su cabello, atrayéndolo más. La recorrió una corriente eléctrica. Sentía un intenso hormigueo en la piel. Notaba las pulsaciones del corazón en la garganta.

Sus labios se encontraron, suaves y entregados.

Él la abrazó.

Serina se apartó.

Las manos de Val resbalaron hacia la tierra que se interponía entre ellos cuando la chica se incorporó.

—Espera.

Val la agarró con suavidad por el tobillo, como si no fuera su intención retenerla. Serina se liberó con facilidad.

—Lo siento —dijo.

Aunque no era así. Siempre se había preguntado cómo sería un beso. Conocía sus tecnicismos, se había preparado para darlos, pero no esperaba sentir aquel cosquilleo en la sangre ni el calor que se había acumulado en su vientre cuando la boca de Val se había movido sobre la suya.

—¡Espera! ¡Serina! —repitió Val, levantándose.

Serina siempre se había imaginado que su primer beso sería el inicio de algo, no el final.

Echó a correr y gritó por encima del hombro:

—¡Ahora me llaman Gracia!

# VEINTICUATRO

## NOMI

Nomi subió a bordo del barco, y la falda acampanada del vestido rojo brillante se levantó con el crispado aire marino. Un cinturón dorado ancho ceñía su cintura, a juego con las sandalias y los pendientes largos que Angeline le había proporcionado.

La doncella le había maquillado las mejillas con polvo dorado y pintado los labios de rojo. El efecto era dramático, mucho más llamativo que el que lucía habitualmente y, por primera vez, Nomi tenía la sensación de estar desempeñando el papel de una Gracia.

Pero jamás dejaría de ser una rebelde.

La nota para Renzo le quemaba el pecho. Se la había guardado en la parte superior del vestido mientras Angeline estaba en el lavabo. Asa se la entregaría a un contacto que tenía fuera de *palazzo*; ahora tenía que resolver cómo conseguir un momento de privacidad con él en un barco lleno de invitados y de hombres del Superior.

Nomi se instaló en un hueco vacío junto a la barandilla y escudriñó la multitud en busca de Asa. El barco del Superior no tenía nada que ver con cualquier otra embarcación que hubiera visto en su vida. Era tan grande que no podía navegar por los canales de la ciudad, razón por la cual estaba atracado

en el lado del *palazzo* que daba a mar abierto. La amplia cubierta estaba decorada con luces y campanillas. Las barandillas eran de madera de primera calidad esculpida con motivos de sirenas y peces.

La cubierta superior era abierta y sobre ella colgaban amplios paños de seda blanca. Cerca de popa, dos ascensores con armazón de hierro forjado transportaban a los invitados desde y hacia el nivel inferior. Hombres con librea blanca operaban las cuerdas y las poleas, y garantizaban un recorrido sin sobresaltos. Entre la muchedumbre serpenteaban criados con bandejas de tentempiés y copas de champán. En la parte central de la cubierta había una pequeña orquesta y, a su alrededor, las Gracias del Superior bailaban con hombres elegidos por él, bien para recompensarlos por los favores que le habían hecho, bien para ganárselos. La delegación de Azura vestía de azul celeste.

Nomi se apoyó en la barandilla y contempló el mar. El sol acababa de ponerse, y dedos de luz seguían aún aferrándose al borde del mundo. Las estrellas empezaban a cobrar vida.

Cuando se volvió, divisó a Asa en el otro extremo del barco. Sus miradas se encontraron de inmediato. El calor se extendió desde las mejillas de Nomi hasta su estómago.

Un hombre se acercó sigilosamente al lado de Asa y le dijo algo. La boca del muchacho se movió para responderle, sin dejar de mirar a Nomi en ningún momento.

De pronto, una figura le bloqueó la línea de visión y el susurro de una voz le heló las venas.

—Buenas noches, Nomi.

El Superior.

Se le cortó la respiración. Nomi hizo una reverencia y, de pronto, la torpeza se apoderó de nuevo de ella. Volvía a ser una simple doncella, desgarbada y fuera de lugar en aquel deslumbrante escenario. Con un gesto que revelaba su malestar, se alisó el vestido.

—Inés me ha comentado que estás haciendo grandes avances en tu formación —dijo el Superior.

Le cogió la mano y se la presionó de tal forma que sus dedos huesudos le

parecieron barras de hierro. El Superior le levantó entonces el brazo y le indicó con un gesto que se diera la vuelta.

Nomi obedeció y giró lentamente. Sentir su mano retorciéndose dentro de la de él le hizo comprender que estaba completamente a su merced.

El olor que desprendía aquel hombre, a aceite de naranja y desinfectante, resultaba insoportable. La enfermedad que lo estaba matando poco a poco le había dejado la cara enjuta y el pelo cano, pero no había conseguido apagar aún el gélido fuego de sus ojos.

—Creo que entiendo lo que le intriga tanto de ti a mi hijo. —La atrajo hacia él, acorralándola. Nomi no podía ni respirar. Notaba un fuerte hormigueo en los dedos de la mano y las uñas de aquel hombre clavándosele en la piel—. Tu carácter está suplicando ser domesticado.

No podía soportarlo más. Tiró con fuerza y se soltó.

El Superior abrió los ojos de par en par. Deslizó la mano hacia la cintura de Nomi y, por primera vez, ella se alegró de llevar corsé: era como una armadura, una barrera entre los dos. La otra mano del Superior la agarró entonces por la muñeca con tanta fuerza que resultaba imposible soltarse. Era irrelevante si Malachi quería domesticarla; el Superior estaba deseándolo. Y lo haría cuando le viniera en gana.

Aunque perteneciera a su hijo.

Después de un baile, breve y humillante, el Superior la soltó e inclinó la cabeza. Nomi respondió con una temblorosa reverencia. La inestabilidad que sentía en las piernas no era precisamente por culpa del balanceo del barco.

—Baila con el *signor* Flavia —le ordenó.

De pronto, se vio asida por otras manos. Un hombre barrigudo empezó a dar vueltas con ella por la cubierta. Pegó su torso sudoroso a ella, y su aliento que apestaba a vino le obstruyó los pulmones.

—Disculpe —dijo una voz profunda por encima del hombro de Nomi.

Por una décima de segundo, pensó que se trataba de Asa. Pero era su hermano. El *signor* Flavia dejó de dar vueltas.

—Eminencia —dijo, inclinando la cabeza.

Nomi pasó a otras manos. Se sentía como una pipa que circula entre amigos. Pero el Heredero no quería bailar. La guio hacia la baranda, donde la

brisa marina refrescó sus acaloradas mejillas.

Malachi era mucho más alto que Asa. Musculoso, mientras que su hermano era delgado y nervudo. Imponente, mientras que el otro era afable.

—Estás temblando. ¿Es por el bamboleo del barco? —preguntó Malachi.

A Nomi le daba pánico mirarlo a los ojos. ¿Y si adivinaba que lo había engañado o que lo odiaba?

—Estoy acalorada por el baile, Eminencia —respondió.

—Tienes las manos frías.

Nomi retiró las manos, decidida a mirarlo.

—¿En serio? —dijo con voz tensa.

Llevaba el pelo recién cortado y vestía un traje azul marino con un fino motivo en hilo dorado. Los rasgos duros de su cara, sus ojos oscuros, no comunicaban nada.

¿Estaría disfrutando con su malestar? ¿Regocijándose al saber que ella estaba a su merced? Llevaba tanto rato callado que Nomi dijo:

—¿En qué está pensando?

Lo hizo solo para romper el silencio. Y esperaba que su respuesta fuera que no era asunto suyo. Pero Malachi ladeó la cabeza, estudiándola, y contestó:

—Creo que encajarías mejor en otra época.

Nomi contuvo la respiración.

—¿Qué quiere decir?

«Impertinente», se reprochó. ¿Por qué era incapaz de morderse la lengua?

Malachi entrecerró los ojos, casi como si estuviese calibrando la reacción que ella había tenido. De pronto, centró la vista en su brazo. Le cogió de nuevo la mano y observó las medias lunas moradas que le habían quedado en la muñeca después de que el Superior le clavara allí las uñas. Se quedó un buen rato con la mirada fija en las marcas.

—¿Te lo ha hecho mi padre? —preguntó finalmente.

—¿Le sorprende?

Nomi levantó la vista hacia el cielo, que estaba ya tachonado de estrellas que brillaban como un millón de candelabros de cristal, y deseó poder estar muy lejos de allí.

—No eres suya, no debe tocarte como le plazca.

Nomi abrió mucho los ojos al percibir la rabia que subyacía a las palabras de Malachi. Pero claro, era comprensible. Era una cuestión de propiedad. Rabiosa también ella, dijo:

—Ah, usted sí que puede tocarme como le plazca.

Él bajó la vista un segundo. De no haber sabido que aquello era imposible, Nomi habría pensado que lo había avergonzado. Pero Malachi no tardó mucho en arquear de nuevo las cejas.

—Tienes algo... —dijo, y se interrumpió.

Movió el dedo para señalar el pecho de Nomi, que bajó la vista y se le cortó la respiración. Por el escote asomaba una esquina de la carta.

Le ardía la cara. Se le detuvo el corazón. El cerebro le funcionaba a toda máquina. Se llevó la mano al pecho para tapar el papel.

—Es... es parte del vestido, Eminencia. Qué vergüenza.

Saludó con una reverencia y se excusó. Corrió hacia el ascensor, rodeando el círculo de bailarines y caminando sin levantar la cabeza. En cuanto la suntuosa puerta metálica se cerró tras ella, se volvió hacia el exterior. Observó a las elegantes parejas de baile, que giraban sin cesar alrededor de los músicos. Vio un fugaz destello de verde: Maris en brazos de un caballero mayor y corpulento con labios encarnados y perlas de sudor en la frente. Maris tenía la mirada perdida, inexpresiva, y sus movimientos eran precisos y controlados. Sonreía, pero la tristeza se reflejaba en todos los perfiles de su cuerpo.

Si a Malachi le importaba tanto que el Superior tocara a sus Gracias, ¿por qué no le molestaba que lo hiciesen otros hombres?

El ascensor emitió un zumbido e inició su descenso, ocultando la sala de baile. Guardó rápidamente la carta para que no se viera.

¿Cómo podía haber sido tan descuidada?

El montacargas se detuvo y se abrió la puerta. Abajo había menos antorchas. Más sombras. El ambiente estaba más tranquilo, la música y las risas sonaban amortiguadas. El estrecho pasillo con paredes cubiertas de madera parecía cerrarse a su alrededor.

Oyó que bajaba también el otro ascensor. De él salió un guardia de

palacio, grande y erosionado como una montaña. Nomi se echó hacia atrás y bajó la cabeza para cederle el paso. En la parte inferior del barco, el leve balanceo era más pronunciado. Se le revolvió el estómago.

Pero el guardia no pasó de largo.

—Sígueme —dijo con voz ronca.

Se había acostumbrado al silencio de los hombres que vigilaban los aposentos de las Gracias, pero aquella voz le provocó una oleada de pánico. Lo siguió, por mucho que todos sus músculos la empujaran a echar a correr en dirección contraria. El corazón le latía con fuerza y su sangre le gritaba: «Huye, huye».

Se cruzaron con un criado. Seguían oyéndose las risas y los pasos de la cubierta superior, pero allá abajo no se veía a nadie.

Cuando el hombre abrió una puerta y le indicó con un gesto que entrara en una habitación minúscula, fue como si una bandada de murciélagos echase de pronto a volar en su estómago. La dejó allí, sola, a oscuras.

Nomi contuvo las lágrimas. Malachi había visto la carta y se había dado cuenta de lo que era. No le cabía la menor duda. Y ahora la castigaría.



# VEINTICINCO

## SERINA

Serina estaba junto al escenario con Oráculo. A sus espaldas, Jacana ocupaba las gradas junto con Gia y Theodora, Acantilado ordenaba a las chicas nuevas que no lloraran, y Ámbar estaba de pie y con los brazos cruzados junto al resto del grupo. En el balcón, los hombres apostaban por su luchadora favorita. Serina se preguntó si Val habría apostado por ella.

No podía mirarlo; no podía ver nada que no fuese el escenario vacío que se extendía delante de ella. En cuestión de minutos, la piedra clara estaría manchada de sangre.

—Las del Campamento de la Selva han decidido presentar a Veneno —le comentó Oráculo, mirando hacia la izquierda—. Deben de estar desesperadas por conseguir raciones.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Serina, que apenas lograba hablar.

Tenía hormigueo en las manos y el pulso le latía en las sienes. Era como si el aire estuviera cargado de electricidad, la típica calma que precede la tormenta.

—Es su mejor luchadora. Mantente alejada de ella todo lo posible —le aconsejó Oráculo—. Le gusta morder y se unta los dientes con veneno. Nadie sabe cómo es capaz de tolerarlo.

Veneno se dio cuenta de que estaban mirándola y sonrió, enseñando los dientes, que se había afilado hasta dejarlos en punta. Serina creyó que iba a vomitar. Oráculo la agarró del brazo para captar su atención.

—La luchadora de los Acantilados del Sur será Perla. Es fuerte, tiene un gancho al estómago demoledor, pero su debilidad son las rodillas. Ve a por ellas.

Serina asintió y tragó saliva. Miró de reojo a la mujer. Era ancha de espaldas, de caderas estrechas y bastante más alta que la líder de su equipo. Pese al gran esfuerzo que tenía que hacer para seguir respirando, Serina se vio obligada a preguntar:

—Y ¿de dónde le viene el apodo?

Supuestamente, las perlas eran pequeñas y delicadas, ¿no? Oráculo siguió repasando las luchadoras del día.

—Es de una familia de buscadores de perlas. La mandaron aquí cuando las autoridades descubrieron que, a pesar de que las mujeres tienen prohibido bucear, había trabajado para el negocio familiar. —Oráculo señaló a una chica que estaba en el otro lado—. La luchadora de la Playa no es la más fuerte que tienen. Siempre golpea por la izquierda, probablemente por culpa de una lesión que se hizo entrenando. Aprovecha esa debilidad.

Serina se secó la humedad de las manos en los muslos. Se preguntó qué estarían diciendo de ella las líderes de los demás equipos. El comandante Ricci salió a escena, y la muchacha experimentó una oleada de adrenalina.

—Luchadoras, a vuestros puestos —anunció, antes de enfilear la escalera que llevaba al balcón.

Serina no podía ni mover las piernas. La luz del día se estaba apagando y le pasó por la cabeza un pensamiento mareante. ¿Sería la última vez que veía el sol?

—La semana pasada ganó el Hotel Desgracia, y por eso mandan a una luchadora nueva. No la pierdas de vista —dijo Oráculo—. No la veo tan asustada como debería estarlo.

Incluso antes de que la luchadora saliera al escenario, Serina supo que Oráculo se refería a Anika, la chica de la mirada desafiante con la que coincidió el día de su llegada a la isla. Fue la primera luchadora en salir. Se

había arrancado las mangas de la camiseta para dejar al descubierto unos brazos delgados y musculosos y llevaba el pelo peinado con trencitas. ¿No había mencionado que la habían mandado allí por asesinato?

—No voy a poder —musitó Serina.

El terror la atacaba como una gran ola. Y no era solo el miedo a perder la vida. Sino también el pánico a acabar con la vida de otra persona. Por mucho que se hubiera entrenado en la logística de la pelea, su corazón, su capacidad para matar a otra chica, era algo que jamás había puesto a prueba. Susurró otra vez, con tristeza:

—No voy a poder.

—Petrel siempre creyó en ti —dijo con firmeza Oráculo—. Y yo también. Es como que te elijan Gracia: solo tú acabas decidiendo quién gana. Tienes que cabrearte. —Le dio un empujón a Serina—. Cabréate, Gracia.

Serina saltó al escenario. Y mientras miraba a las demás luchadoras y a las mujeres hambrientas y asustadas del público, fue asimilando las palabras de Oráculo. Y la rabia salió a la luz.

Oráculo tenía razón. Todos y cada uno de los aspectos de su mundo, incluso en las cárceles, enfrentaban a las mujeres entre sí mientras los hombres eran meros espectadores.

—¡Empezad! —gritó el comandante Ricci, arrojando una caja al ring.

«Ve a por la caja», le había dicho Val.

Rezando por no equivocarse al confiar en él, Serina se abalanzó a por ella. A sus espaldas, oyó los gritos de una de las luchadoras. Serina cogió el recipiente y lo abrió. Contenía varios cuchillos. Cogió uno y lanzó el resto fuera del escenario justo en el momento en el que alguien le daba un rodillazo en la espalda. Cayó al suelo, sofocando un grito, pero si algo se le daba bien a Serina era levantarse con rapidez.

Se puso velozmente en pie y se abalanzó con el cuchillo. Perla esquivó el golpe por los pelos y se balanceó sobre los talones. Serina corrió de nuevo hacia ella, apuntando hacia las rodillas, y le clavó la hoja con todas sus fuerzas. La mujer alta cayó hacia atrás, y Serina la atacó antes de que consiguiera recuperar el equilibrio.

La mujer cayó al suelo agitando los brazos y se partió la cabeza contra la

primera fila de asientos de piedra. El cuerpo se le quedó flácido y los ojos, en blanco. Respiraba, pero ya no volvió a levantarse.

Serina notó la bilis acumulándose en la garganta.

Se volvió a tiempo de ver a Veneno doblegando a la luchadora de la Playa. La chica tenía la cara amoratada y heridas ensangrentadas en el hombro. Veneno se apartó de su víctima justo cuando la chica se derrumbaba. Miró entonces fijamente a Serina, sonriendo y mostrándole la dentadura manchada de rojo, y echó a correr hacia ella.

Todos sus músculos ansiaban huir.

Un cuchillo voló por los aires y se clavó en el pecho de Veneno. La mujer se tambaleó, pero no cayó al suelo. Otro voló directo al cuello de Perla, matándola antes de que volviera a abrir los ojos. Serina contuvo un grito. Anika acababa de reaparecer en el ring, cargada con varias armas en cada mano. Debía de haber aprovechado las otras peleas para hacerse con ellas.

Serina se preparó para ser alcanzada por uno de aquellos cuchillos, pero Anika se abalanzó sobre Veneno y le cortó el cuello.

Serina no veía más que puntitos. Se oyeron los vítores de uno de los hombres, pero el resto del público guardaba silencio.

En el suelo yacían tres cuerpos.

«No pienses. No pares.» Las palabras de Val resonaron en la cabeza de Serina.

Una luchadora más y todo habría acabado.

Anika se volvió hacia Serina, blandiendo un cuchillo en cada mano. La determinación de su rostro le provocó un gélido escalofrío. La luz titilante de las antorchas proyectaba en el escenario sombras grotescas que se movían como fantasmas.

Cuando Anika se precipitó contra ella, Serina giró para apartarse y esquivó la trayectoria mortal de los cuchillos. Al mismo tiempo, extendió la pierna. Durante un segundo, fue como un baile. Anika cayó al suelo, y Serina pisó una de las manos de la chica con toda la fuerza posible. El cuchillo que aún retenía salió proyectado con un sonido metálico hueco.

Anika emitió un alarido de frustración. Serina le pisoteó la otra mano, pero esta vez no pilló desprevenida a su rival. Anika levantó un hombro que

impactó contra el estómago de su rival, que se tambaleó hacia atrás y resbaló sobre las piedras resbaladizas del suelo. Anika aprovechó para asestarle una puñalada en el brazo y abrirle un corte profundo.

Un dolor desgarrador acompañó la aparición de sangre. Serina gritó sin poder evitarlo. Anika se abalanzó contra ella en un intento de aprovechar aquel momento de debilidad. Pero la chica se apartó de su trayectoria en el último segundo y la inercia del ataque llevó a su rival a intentar frenar a trompicones. Serina se giró rápidamente y le arreó un puntapié en el dorso de la rodilla. Cayó con fuerza. Mientras Anika rodaba por el suelo intentando incorporarse, Serina le dio una patada en la mano, y el segundo cuchillo voló por los aires.

Serina temía que Anika pudiera tener otra arma escondida. No podía correr aquel riesgo. Se lanzó contra el pecho de su rival, lanzó su cuchillo contra el cuello de la chica y le clavó las rodillas en los hombros, ejerciendo presión sobre las articulaciones.

Anika se debatió, pero se mostró incapaz de quitarse de encima a Serina. Como había dicho el día que se conocieron, no era como las demás chicas flacas y hambrientas. Su peso jugaba ahora a su favor.

—¡Ríndete! —rugió Serina, presionándole la garganta a su rival con el cuchillo, con fuerza suficiente para que empezara a sangrar.

Anika le escupió en la cara.

—¡No!

Fue como si el tiempo se detuviera. Serina miró fijamente a la muchacha. Anika ya no se debatía para intentar levantarse, pero su expresión seguía siendo desafiante, su boca estaba contorsionada y sus ojos brillaban enfebrecidos.

Serina tendría que matarla.

Le bastaba con presionar un poco más el cuchillo, con empujarlo con todo su peso, y la victoria sería suya. Serina seguiría con vida y su equipo dispondría de la comida que con tanta desesperación necesitaba.

No era más que una vida. No era más que una muerte.

Un asesinato.

Serina miró a su rival a los ojos. La chica jadeaba. No se oía más sonido

que aquel, excepto el silbido del viento y el latido de la sangre en sus oídos.

«Vamos, Serina. Ya has ganado.»

—Vamos, Anika, ríndete —murmuró—. No quiero tener que hacerlo.

Anika entrecerró los ojos.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

No iba de farol. La chica hablaba muy en serio. Pero su mirada estaba como poseída. Serina había dado por sentado que Anika era violenta. Que era de las que de verdad se merecía estar allí. Ella misma lo había dicho: había cometido un asesinato.

«¿Igual que te lo mereces tú por haber “robado”?», se dijo Serina. Tenía el estómago revuelto. ¿Se merecía realmente alguna de ellas estar allí? ¿Se merecían aquello? La mano que sujetaba el cuchillo empezó a temblarle.

Anika intentó aprovechar el momento de distracción de Serina y extendió el brazo en dirección a uno de los cuchillos, que estaba a escasos centímetros de su alcance. Serina disponía solo de un par de segundos antes de que la pelea empezara de nuevo.

Era su oportunidad para elegir el lugar que le correspondía. Para tomar su decisión. Serina se había ganado aquel momento.

El cuchillo tembló en su mano. Pero nunca llegó a hundir del todo la hoja en la carne de su rival.

Con el horror chillándole en los oídos, Serina levantó las manos.

—Me rindo.

Se oyó a sus espaldas un grito colectivo. Y arriba, en el balcón, un amenazante retumbar de voces, respondido por otra oleada de susurros del público.

La mandíbula de Anika se quedó rígida. Y entonces empujó a Serina para librarse de ella.

La chica se aferró al cuchillo y su cuerpo se quedó entumecido. La convicción, sin embargo, se había apoderado de ella, inundándola. Había tomado la decisión adecuada.

Anika cogió por fin un cuchillo, pero no atacó. Se quedó inmóvil, mirando a Serina. Matar a una luchadora que se había rendido iba en contra de las reglas, pero nadie parecía saber qué hacer a continuación.

Entonces, la voz del comandante Ricci retumbó por encima del silencio del público.

—¡Llévala!

Y antes de que los carceleros pudieran obedecer la orden, Oráculo y Ámbar cogieron a Serina, la retiraron del escenario y se sumergieron con ella en una noche cada vez más oscura.

# VEINTISÉIS

## NOMI

Nomi empezó a andar de un lado a otro de la pequeña habitación. Pegadas a las paredes había dos pequeñas literas, y una ventanilla redonda filtraba la luz de la luna. Era casi como una celda.

El movimiento del barco seguía revolviéndole el estómago. Miró el horizonte plateado. Pensó por un momento que iba a vomitar.

Y entonces se abrió la puerta. Nomi se volvió rápidamente hacia ella. Un farolillo iluminó el rostro impenetrable del guardia. Y a su lado...

Asa.

La chica se quedó sin aliento.

—Gracias, Marcos —dijo Asa, despidiendo al guardia.

Asa cerró la puerta y colgó el farolillo en un gancho de la pared. Se volvió entonces hacia Nomi. Era un espacio pequeño, y su voluminoso vestido lo ocupaba en su práctica totalidad. Sintió tal alivio al verlo que casi se arrojó entre sus brazos.

—Su hermano ha visto el borde del papel —le explicó, casi sin aliento—. Le he dicho que formaba parte del vestido, pero cuando ese hombre me ha traído hasta aquí he pensado que era porque Malachi quería castigarme.

Asa estrechó la distancia entre ellos, y su cuerpo, fino como un látigo, se



tensó con toda la energía contenida.

—Tienes que ser más cuidadosa, Nomi. No me gusta que te arriesgues tanto. Si te hubiera pasado algo...

Lo tenía muy cerca. Tanto que podría enlazarla por la cintura sin necesidad de aproximarse más. Nomi sintió el peso de su mirada con la misma intensidad que aquel abrazo imaginario. Sus dedos anhelaban deslizarse por los músculos de sus brazos, sentir su piel en contacto con la suya.

El deseo la amedrentaba.

—He sido imprudente, lo sé. —Se ruborizó al mirarlo a los ojos—. Pero correr el riesgo merece la pena. No puedo ser la Gracia de Malachi, Asa. No puedo dejar mi vida en manos del Superior. Y Serina... Nuestro plan saldrá bien y todos seremos libres. La próxima vez tendré más cuidado, lo prometo.

Las manos de él le rozaron la cintura, tal y como ella había imaginado.

—Jamás en la vida había conocido a una persona tan apasionada como tú.

Sin que pudiera evitarlo, sus manos corrieron hacia los hombros de él. Asa estrechó el abrazo y empezaron a besarse, presionándose contra la puerta. Nomi cerró los ojos y vio chispitas doradas. Cuando él abrió la boca por encima de la de ella, dándole profundidad al beso, Nomi sumergió los dedos en su cabello. El barco seguía meciéndose levemente, instándolos a pegarse más si cabe el uno al otro.

De estar Serina presente, se habría quedado horrorizada con el comportamiento de Nomi. Pero no se detuvo. Se deleitó con el calor especiado de la boca de Asa, con la sensación de su piel contra la de ella, con los sentimientos que se desplegaban en lo más profundo de su ser y que bañaban de rojo la oscura estancia.

Sofocó un pequeño grito y se retiró. La luz carmesí que iluminaba la oscuridad era real. Vio a través de la ventana el vestigio de los fuegos artificiales. Y justo en aquel momento, otra explosión de oro y rojo alumbró el cielo nocturno.

—Mira —dijo maravillada.

Había oído hablar de ellos, pero nunca los había visto.

Asa la enlazó por la cintura desde atrás y siguieron contemplando juntos el espectáculo. Nomi se quedó sin aliento ante un estallido enorme de verde y

morado, y suspiró al contemplar las plumas blancas que dejaba la explosión de color al desvanecerse.

Asa empezó a besarle la nuca. Los últimos fuegos artificiales cayeron sobre el mar como hilos de oro. Poco a poco, la humareda se fue despejando y las estrellas volvieron a aparecer en el firmamento.

—Pronto vendrán a por nosotros —murmuró Asa.

Nomi recostó la cabeza en su hombro. No quería irse de allí. Pero si los sorprendían, Serina jamás recuperaría su libertad.

Buscó la carta en el interior del vestido. Cuando intentó entregársela a Asa, se vio sorprendida con un gesto pesaroso de negación.

—Lo siento. Sé que dije que mañana podría entregársela a Trevi, pero no podré ir a la ciudad tal como tenía planeado. Mi padre me tiene preparada una sesión de entrenamiento con armas, nada menos. Manejo la espada casi tan mal como bailo.

—Y ¿qué hacemos? —preguntó Nomi desalentada.

Asa le acarició el brazo.

—En tres días podré salir de palacio. Pero estoy a merced de mi padre, igual que tú. Podría cambiar de idea y variarme las actividades a la menor provocación.

Nomi intentó aplacar el pánico que empezaba a acumularse en el pecho. «No nos dará tiempo», pensó.

—Mañana el Heredero nos lleva a la ciudad, a una perfumería. ¿Dónde está tu contacto? ¿Crees que podría entregarle yo misma la carta?

Asa empezó a negar con la cabeza antes de que ella terminara la pregunta.

—Es demasiado peligroso. Si alguien te viera...

—Pero no estás diciendo que sea imposible —lo interrumpió ella.

Asa se pasó una mano por el pelo.

—Trevi está en el mercado de la *piazza* principal. Podrías acercarte en el carruaje hasta allí. Podrías verlo, pero...

—Puedo conseguirlo. Y lo haré.

Nomi se negó a pensar en los riesgos que estaba a punto de correr. Serina estaba en Monte Ruina por su culpa. Si la sorprendían intentando salvarla, al menos esta vez pagaría por el crimen que había cometido.

—No sé, Nomi. Si esperáramos...

—No podemos esperar —se negó Nomi—. Llegar a Lanos son seis días, y hacen falta otros tantos para venir aquí. El baile de máscaras es dentro de dos semanas. —Le acarició la cara, la mejilla afeitada—. Hay muy poco margen de error.

Asa suspiró y presionó la cara contra la mano de ella.

—Prométeme que tendrás cuidado. Si no consigues localizar a mi amigo, o si no se presenta ninguna oportunidad de separarse del grupo, tendrás que dejarlo correr. Júramelo, Nomi. Si no, buscaremos otra manera.

Ella le dio un beso a modo de respuesta. Asa la estrechó entre sus brazos y dijo:

—Trevi es un hombre menudo, mayor que mi padre. Lleva siempre un chaleco azul con botones de latón. Trabaja en un puesto de cuchillos en la *piazza*. Tendrás que encontrar una excusa para alejarte un poco: él no se acercará a los carruajes. Pero tampoco te rehuirá si le entregas una nota diciéndole que vas de mi parte.

Nomi asintió.

De pronto, se oyeron unas carcajadas al otro lado de la puerta, y ambos se sobresaltaron.

—Tienes que irte —dijo Asa, empujándola hacia la salida—. Yo iré en unos minutos. Si Malachi o quien sea te pregunta, diles que estabas mareada. —Verificó que la nota quedara completamente escondida en el vestido de Nomi—. El hombre que te ha traído hasta aquí, Marcos, me es leal. Si necesitas transmitirme algún mensaje, puedes fiarte de él. Tiene turnos de guardia en los aposentos de las Gracias. Pero no confíes en nadie más. Ni siquiera en tu doncella. ¿Entendido?

Nomi volvió a asentir, aturullada. De repente, era como si los acontecimientos se estuvieran sucediendo a gran velocidad.

—Volverás a ver a tu hermana, Nomi —murmuró Asa—. Te lo prometo. Y ahora, vete.

Con un rápido beso en la sien, la empujó con delicadeza para que cruzara el umbral.

# VEINTISIETE

## SERINA

Oráculo y Ámbar no soltaron a Serina hasta que se hubieron alejado lo suficiente del anfiteatro. La muchacha caminó a trompicones por el bacheado camino.

La luna iluminaba los rasgos duros de la cara de Oráculo. En la distancia una luz extraña alumbraba de vez en cuando el horizonte. Serina no sabía con seguridad qué podía ser, pero pensó que tal vez fuesen fuegos artificiales.

Ella seguía el resto de las mujeres de la Cueva. Serina no volvió en ningún momento la vista atrás; sabía de sobra lo que vería: decepción, rabia.

El corte del antebrazo no dejaba de sangrar.

Entraron en la cueva sin romper el silencio. Una de las mujeres se encargó de avivar el fuego, y las chispas salieron disparadas hacia la roca cubierta de hollín.

Serina esperaba que Oráculo le echase un sermón en privado; en cambio, se dirigió a ella delante de todo el mundo.

—Nos has traicionado, flor —dijo con voz ronca, y la palabra que habitualmente se utilizaba en tono cariñoso sonó más bien como un insulto—. Has tenido la oportunidad de ganar... Petrel murió para dártela. Y ahora nos moriremos de hambre.

—No podía asesinarla —balbuceó Serina. No se sentía culpable por haber comprendido que era incapaz de cruzar aquella línea. Por no poder matar a sangre fría. Ni siquiera a cambio de conseguir comida para sus amigas. Ni siquiera a cambio de salvar la vida—. ¿No entiendes lo retorcido que es? Los carceleros nos obligan a matarnos entre nosotras por pura diversión cuando lo que deberíamos hacer es colaborar para que nadie se muriera de hambre.

A Oráculo le brillaban los ojos.

—Ya te expliqué lo que pasa cuando alguien se niega a pelear. No solo mueren cuatro chicas. Sino que morimos todas. Y no pienso poner en riesgo nuestras vidas porque tú hayas sido débil.

—¡No querer continuar con la pelea no es ser débil! —gritó Serina.

Hasta ese momento, nunca había cuestionado las leyes de Viridia. Incluso cuando llegó a la isla, aceptó las peleas. Eran espantosas, aterradoras e inhumanas, pero así funcionaba Monte Ruina. Eran la realidad que todas estaban obligadas a soportar. Igual que la de las Gracias. Igual que la de las leyes de Viridia.

Las mujeres tenían prohibido leer.

Las mujeres tenían prohibido escoger a su marido, su trabajo, su futuro.

Tenían prohibido bucear para buscar perlas y vender productos en el mercado para ayudar a su familia.

Tenían prohibido cortarse el pelo a menos que un hombre se lo ordenara.

Tenían prohibido pensar por sí mismas.

Tenían prohibido elegir.

Pero ¿por qué?

—Mi madre me enseñó que nunca debía fiarme de las mujeres porque siempre estábamos compitiendo entre nosotras. Pero no es cierto. Mira cómo nos cuidamos aquí. —Buscó con la vista a Temblor—. Nos curamos mutuamente. —Miró a Jacana—. Compartimos la comida. —Pensó en Petrel—. Morimos por nuestras compañeras. —Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Serina... —la advirtió Oráculo.

Pero ya no podía parar. En su pecho estaba formándose una ola y, si no hablaba, acabaría destruyéndola.

—¿Por qué les permitimos que nos hagan esto? —preguntó, pensando en algo más que en las peleas bárbaras a las que las sometían los carceleros—. ¿Por qué dejamos que nos domestiquen, que nos maten de hambre, que nos castiguen por ser mujeres? ¿Por qué nos consideramos flores dulces y delicadas y les dejamos que hagan de nosotras lo que les venga en gana? —Alzó la voz—. Creo que nunca hemos sido lo que ellos quieren. Y por eso estamos aquí.

Recordó lo que le había dicho Oráculo cuando llegó a la isla y, de pronto, aquellas palabras cobraron sentido, porque Serina creía en ellas.

—No somos flores —afirmó con rotundidad—. Como tú misma dijiste, Oráculo, somos hormigón y alambrada. Somos hierro. —Serina fijó la mirada en las presas que la rodeaban—. Somos inteligentes y somos peligrosas. Los carceleros lo saben. Son conscientes de que, si colaboráramos entre nosotras, seríamos capaces de vencerlos. Tenemos que dejar de matarnos y luchar contra ellos.

Nadie dijo nada, pero los ojos de Ámbar echaban chispas. Otras dos mujeres se habían acercado para oírla mejor. Serina miró de nuevo a Jacana. Su amiga tenía los ojos muy abiertos y las manos cerradas en puños pegadas a los costados. Si colaboraran entre ellas, si...

—Vete.

Las palabras de Oráculo rasgaron el silencio como un cuchillo y se clavaron en el corazón de Serina.

—Pero, Oráculo...

—Te has rendido —rugió—. Has sido débil y has traicionado a tu equipo. El castigo por sumisión es el destierro. Te quedas sola, Gracia. Ahora eres propiedad de Monte Ruina.

Nadie objetó.

Serina comprendió que aquella era su segunda sentencia de muerte. El Superior no esperaba que sobreviviera a Monte Ruina, y ahora, sin comida, sin cobijo y sin agua, era evidente que no lo lograría. Serina se llevó el brazo herido al estómago y se dio cuenta de que aún llevaba un cuchillo. Después de lanzar una última mirada a Jacana y a Oráculo, dio media vuelta y echó a andar por el túnel. Las mujeres se apartaron para dejarla pasar.

Sin embargo, Serina no se arrepentía de lo que había hecho. Sabía que tenía razón. Moriría por ello, era posible, pero prefería morir en paz consigo misma a vivir como una asesina. Su hermana se sentiría orgullosa.

Nomi ya no era la única rebelde.

# VEINTIOCHO

## NOMI

Era la segunda vez que Nomi salía de *palazzo*. El aire fresco tendría que haberle resultado liberador, pero se estaba asentando en sus pulmones, pesado y turbio como el aceite. Cassia, entusiasmadísima, no dejó de hablar durante toda la travesía por el canal hasta la *piazza* principal de Bellaqua, donde las esperaba el Heredero. Maris daba la impresión de que se moría de ganas de pedirle que se callara, y Nomi se sentía incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirar el agua en silencio e intentar mantener una expresión neutra.

Llevaba de nuevo la nota camuflada en el escote del vestido.

La descripción que le había dado Asa de su contacto se repetía en bucle en su cabeza: «Se llama Trevi. Lleva siempre un chaleco azul. Trabaja en un puesto de cuchillos. No se acercará a los carruajes».

Seguía sin saber cómo se las arreglaría para escabullirse del grupo e intentar localizarlo. Si vendiese cintas o telas, podría fingir interés en sus mercancías. Pero ¿por qué tendría que acercarse una Gracia a un puesto de cuchillos?

Y ese no era más que el primer obstáculo del plan. Suponiendo que Luca le pasara la carta a Renzo con la rapidez que ella había solicitado, y que este consiguiese llegar a Bellaqua antes del cumpleaños del Heredero, aún



quedaban más pasos que dar, cada uno con sus propios riesgos e incertidumbres.

En primer lugar, tendría que escribir otra carta con instrucciones explícitas sobre qué hacer la noche del baile. Asa debería encontrar la manera de entregarla. Serina le diría a Renzo que tratase de que el intento de asesinato pareciera real, pero, por encima de todo, no supusiera un verdadero peligro para el Superior. Su gemelo tendría que simular una pelea con Asa, que saldría en defensa de su padre. Además, habría que revelar que Malachi había contratado sus servicios. Y luego tendría que conseguir huir de palacio.

En segundo lugar, Nomi sería la encargada de plantar las pruebas en los aposentos de Malachi: una carta del asesino aceptando el encargo.

Y, por último, el día de la fiesta, Asa tendría que convencer a su padre de que se retirara a una antecámara durante la celebración, para así facilitar el falso atentado.

Si todo sucedía según lo planeado, Asa acusaría de inmediato a Malachi y encontraría la prueba definitiva —la carta— en sus aposentos.

Cuando habían urdido el plan aquella noche en la terraza, le había parecido arriesgado, difícil, aunque razonable. Pero ahora, a plena y cruda luz de día, con la carta presionándole el pecho, lo veía completamente ridículo. Porque todo, absolutamente todo, dependía de que ella tuviera un momento para poder hablar a solas con un desconocido en un mercado abarrotado de gente. Era el primer paso, y con toda probabilidad, el que acabaría con sus esperanzas.

Intentó contener una oleada de náuseas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Maris, posándole una mano en el brazo—. Tienes mala cara.

Nomi intentó despejarse, pero sentía un nudo en el estómago.

Los nubarrones se acumulaban por encima de los tejados de la ciudad.

—Las tormentas me aterran —dijo débilmente, señalando el cielo amenazador.

Era cierto, y prueba de sus demás preocupaciones era que hasta aquel momento no se había dado ni cuenta del tiempo que hacía. Maris le acarició el brazo para tranquilizarla.

—No son más que nubarrones, y están todavía muy lejos. Llevamos días con nubes similares en el horizonte. Lo más seguro es que ni siquiera llueva.

Cassia se metió en la conversación.

—¿Te dan miedo las tormentas?

Nomi apretó los dientes. La góndola dio una sacudida al llegar a su destino, y el gondolero la amarró. En la *piazza* las esperaba un carruaje grande pintado de negro y oro. El Heredero y el conductor esperaban de pie a su lado. Los caballos color azabache relincharon y agitaron las crines. La *piazza* estaba a reborar de comerciantes con carritos que vendían fruta fresca, telas e incluso cerdos descuartizados.

Nomi fue la primera en desembarcar. Echó a andar hacia el mercado, esforzándose por fingir interés por los productos que se vendían allí y buscando frenéticamente con la mirada a un hombre bajito con chaleco azul.

Pero antes encontró los cuchillos.

Las hojas de plata centelleaban bajo el sol, y los mangos eran de metal repujado con incrustaciones de piedras preciosas. Aquellas armas eran auténticas obras de arte. Su carromato estaba situado entre un puesto donde vendían pasteles de carne y otro donde se exponían guantes de confección exquisita.

—¡Nomi! —Malachi la agarró del brazo, y la chica se encogió de miedo—. Las demás te están esperando.

El Heredero la guio hacia el carruaje. Nomi gimoteó para sí. No podía correr el riesgo de soltarse del brazo del Heredero, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas. Estaba ante su oportunidad, probablemente la única de la que dispondría. Tuvo que bajar la vista para recomponer su expresión y disimular su desazón.

El carruaje negro y dorado era cubierto, pero tenía aberturas por los lados, con dos bancos tapizados y suelo de madera encerada. El conductor se instaló en su asiento, justo detrás de los dos caballos.

Cassia estaba esperando al Heredero, que la ayudó a subir al carruaje, y luego hizo lo mismo con Maris. Le ofreció una mano sólida y caliente a Nomi y luego tomó asiento a su lado. Nomi cobró consciencia al instante de la presión de la pierna del Heredero, del contacto continuo de las rodillas de

ambos cuando el carruaje empezó a cruzar lentamente la *piazza* adoquinada. Se quedó mirando el pequeño puesto de cuchillos y al hombrecillo con chaleco azul que lo atendía hasta que se perdieron de vista. Quería gritar.

«Te queda aún una oportunidad —se recordó, intentando reprimir la oleada de desesperanza que amenazaba con aplastarla—. Cuando regresemos. Una oportunidad más.»

—¿Qué tal estás esta mañana, Nomi? —le preguntó el Heredero.

Iba vestido con una camiseta blanca fina y pantalones de cuero. En otras circunstancias, lo habría encontrado atractivo.

—Estoy bien, Eminencia —respondió ella, intentando que su afirmación pareciera cierta.

—Inés nos ha comentado que iríamos a visitar una perfumería —dijo Cassia, metiéndose en la conversación.

Se inclinó hacia el Heredero y su vestido naranja y amarillo reveló todas sus curvas. Malachi asintió.

—¿Tiene algún aroma favorito, Eminencia? —preguntó Cassia—. El otro día mencionó que no le agradaban mucho las flores frescas.

Se jactó de sus conocimientos sobre el Heredero ante las chicas a las que consideraba sus rivales, pero Nomi sabía, por mucho que ella no tuviera ni idea, que la rubia era la única que deseaba estar allí. Maris y ella misma no perderían ni un minuto de sueño si aquel hombre le prestaba atención solo a Cassia.

Nomi notó el gesto de indiferencia casi imperceptible del Heredero.

—No lo sé —dijo—. La verdad es que nunca me lo he planteado.

—En este caso, tendremos que adivinarlo —replicó con coquetería Cassia—. A lo mejor alguna descubre la fragancia perfecta para seducirlo.

—Tal vez —dijo él, sonriendo de modo evasivo.

Volcó entonces su atención en Maris, y Nomi captó la decepción momentánea que reflejó la mirada de Cassia antes de que recompusiera la expresión.

—Maris —dijo Malachi—, ¿qué es lo que más te gusta de palacio?

La muchacha sonrió y dejó que el cabello le cayera sobre la cara. Parecía una muñeca: perfecta pero hueca por dentro.

—La oportunidad de poder pasar tiempo en su compañía, Eminencia.

Nomi percibió tensión en el brazo de Malachi.

—Por supuesto —replicó el Heredero.

Viendo que no hacía más esfuerzos para seguir con la conversación, Nomi cambió un poco de postura para ver pasar la ciudad. El carruaje trotó por calles estrechas y traqueteó al cruzar diversos puentes. Plantas trepadoras con flores rojas llenaban los recovecos y las rendijas de las casas de piedra, y la ropa tendida ondeaba en las calles como velas carentes de viento. Los nubarrones seguían creciendo hacia el oeste de la ciudad. El carruaje recorrió un largo tramo adoquinado iluminado por el sol, pero cuando dobló una esquina, apareció enfrente de ellos la amenazante masa de nubes.

Nomi confiaba en que Maris tuviera razón y no fuese más que lluvia. Los truenos le daban pavor desde pequeña. Recordaba con un terror visceral el rugido de las tormentas en el valle, las cortinas de lluvia y el zarandeo de la casa cada vez que se oía el crujir de un trueno. Serina siempre se metía en la cama con ella, y juntas resistían el mal trago. Su hermana le cantaba nanas, y Nomi seguía temblando hasta mucho después de que la tormenta amainara.

Con fuerte estrépito, el carruaje se detuvo por fin delante del escaparate de una tienda. Malachi bajó en primer lugar y ofreció la mano a todas las Gracias para que fueran apeándose del vehículo. A Nomi se le enganchó un zapato en los adoquines y estuvo a punto de perder el equilibrio. El Heredero la cogió a tiempo, atrayéndola hacia él más de lo que a ella le hubiera gustado.

Malachi carecía de la energía contenida y de la fluida elegancia de Asa. Era fuerte, sólido y parecía siempre intensamente concentrado. Nomi se apagó bajo el peso de su mirada.

¿Cómo escabullirse para realizar su misión sin que él la viera, sin que se diese cuenta? Sería imposible.

En cuanto entraron en la perfumería, Nomi se encogió ante su luminosidad, más penetrante que la mañana neblinosa. En el interior del establecimiento había varias mesitas con espejo dispuestas en hilera. De las paredes colgaban más espejos, que se reflejaban entre sí. El ambiente era surrealista, como si se pudiera atravesar aquella pared de cristal indefinidamente.

Encima de cada mesa había una botellita de vidrio tallado, un cuenco con

granos de café y un recipiente con bolas de algodón. Cassia, llevándose las manos al pecho, miró a su alrededor y rio, encantada. Nomi y Maris se apiñaron junto a la puerta.

—El perfume me hace estornudar —dijo Maris.

—Eso podría serte útil como elemento disuasorio —sugirió Nomi en voz baja.

Maris emitió un sonido extraño, medio risa medio bufido. Malachi se volvió para mirarlas y Nomi tuvo que contener la carcajada histérica que le burbujeaba en la garganta.

El perfumista salió en aquel momento de la trastienda y corrió a recibir al Heredero. Era un hombre bajito y regordete, un penacho de pelo blanco le rodeaba la coronilla calva y unas gafas redondas reposaban en la parte baja de su nariz. Saludó con una reverencia exagerada.

—Eminencia, es un honor que haya elegido visitarnos.

—Gracias, *signor*. Siento que mi padre no haya podido acompañarnos, como habría sido su deseo —dijo el Heredero.

Malachi se volvió hacia sus Gracias.

—El *signor* ha accedido gentilmente a compartir su establecimiento con nosotros durante unas horas. Por favor, probad los perfumes y encontrad el que mejor os encaje. Cuando os hayáis decidido, informadme y estaré encantado de conseguir un frasco para vuestro uso personal.

«Accedido gentilmente.» Nomi contuvo una carcajada. Como si hubiera podido elegir, el pobre hombre.

Las Gracias saludaron con una reverencia. Y justo cuando Nomi se disponía a dirigirse a Maris para preguntarle por dónde quería empezar, el Heredero se plantó delante de ella. Le tendió una mano, como un caballero exquisitamente educado, y le indicó la mesa más cercana.

—¿Buscamos el perfume que mejor se adapte a ti?

A regañadientes, la chica aceptó su mano. El Heredero miró por encima del hombro. Maris contemplaba los perfumes expuestos en una de las mesas mientras Cassia impregnaba una bolita de algodón con una esencia y la olía con delicadeza.

Malachi le acercó un algodoncito empapado.

—¿Qué te parece este?

Nomi se inclinó un poco para oler y arrugó la nariz.

—No, de ninguna manera. Huele a melocotones podridos.

El Heredero arqueó una ceja y se acercó el algodón a la cara. Nomi vio que tensaba la mandíbula.

—Lo que tú llamas podridos, yo lo llamaría... pasados de maduración.

Nomi forzó una carcajada. Malachi pasó a la mesa siguiente. Nomi lo siguió, fastidiada y perpleja a la vez. Había dado por sentado que el Heredero se quedaría aparte y se dedicaría a observar a sus Gracias con aquella mirada intensa tan característica.

Nomi olió el aceite de naranja y se le puso la piel de gallina al recordar al Superior, cuando la agarró de aquella manera en el barco. Malachi se lo ofreció, y ella se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza. Aspiró a continuación el perfume de flor de plumaria, que era dulce y sencillo, aunque no del agrado del Heredero, y luego un aroma fresco y herbal que a Nomi no le pareció mal, pero que tampoco encontró maravilloso.

Cassia reía y se pavoneaba por la tienda intentando llamar disimuladamente la atención, pero Nomi acabó tomándose la tarea en serio. Tal vez concentrarse en los matices de las especias y el sándalo la ayudaría a distraerse de la carta que llevaba escondida en el vestido. De la improbable tarea que, a pesar de todo, confiaba poder llevar a cabo.

—Este está bien —dijo Malachi, ofreciéndole otra bola de algodón.

Era un aroma que no lograba identificar, pero que, con su toque de madera ahumada y su punto fresco y tonificante, le recordó las tardes frías y nevadas de Lanos. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Podría elegir este, Eminencia? —preguntó en voz baja. Se puso un toque en las muñecas y aspiró de nuevo—. Me recuerda a mi casa.

Malachi inclinó la cabeza.

—Por favor.

—Gracias —dijo Nomi, con una leve reverencia—. Y gracias por proporcionarnos esta salida, Eminencia. Ha sido muy generoso por su parte.

Malachi se encogió de hombros.

—Sé muy bien lo que es estar enclaustrado en *palazzo*.

—¿Se refiere a sentirse como enjaulado? —dijo Nomi, sin pensar.

Se llevó rápidamente la mano a la boca. Malachi agudizó su atención.

—¿Te sientes así?

—No, por supuesto que no. —Nomi disimuló de inmediato—. El palacio es precioso. Un sueño. Pero es que hacía tiempo que no dejaba atrás sus muros y siempre me había apetecido conocer Bellaqua. Ha sido un regalo poder explorar la ciudad.

Y, de pronto, Nomi supo cómo conseguir ver a Trevi.

—De hecho, Eminencia, me gustaría... hacerle a usted un regalo —dijo con falsa timidez. Lo miró de reojo a tiempo de captar su cara de sorpresa—. Para demostrarle mi estima. ¿Podría elegirle alguna cosa en el mercado?

Nomi contuvo la respiración. ¿Le parecería que una baratija era demasiado poco para él? ¿Cuestionaría sus motivos?

«Por favor.»

—No estás en deuda conmigo, Nomi —dijo, y por una vez su voz no sonó ni arisca ni distante.

—Ya lo sé —se apresuró a contestar—. Pero ¿no me dejaría ser amable? Usted ha sido muy amable conmigo.

Malachi se rascó la barbilla.

—Muy bien. Si es eso lo que deseas...

Hizo una reverencia y pasó a prestar atención a Cassia primero y a Maris después. Cuando todas hubieron elegido sus perfumes, el cielo se había oscurecido por completo y empezaban a oírse truenos a lo lejos.

Malachi la ayudó a subir al carruaje mientras Nomi se esforzaba por combatir un pánico que iba en aumento. Si empezaba a llover antes de que llegaran a la *piazza*, su estrategia no funcionaría.

El viaje fue tranquilo, a pesar de que los cuatro no pararon de dar saltos por culpa de los adoquines de la calle. Nomi no podía apartar la vista de los nubarrones y de los rayos luminosos que crepitaban entre ellos.

El carruaje se detuvo al cabo de unos minutos. Cuando el Heredero la ayudó a bajar, Nomi no retiró la mano con tanta rapidez como antes. La estratagema dependía de la dulzura que ella le demostrara, de hacerle creer al Heredero que le apetecía tener aquel bonito detalle con él. Y Nomi pensó,

además, que su conducta podría servirle para su segunda tarea: la de conseguir una invitación a su alcoba para dejar allí la carta incriminatoria.

Recordó entonces algo que su madre le había dicho a Serina en una ocasión hacía ya muchos años: «Tu principal arma será tu habilidad para disimular tus verdaderos sentimientos y tu auténtica personalidad».

«¿Necesitaré un arma?», le había preguntado Serina.

Y su madre le había respondido, levantando la barbilla: «Todas las mujeres la necesitamos».

Después de que Malachi ayudara a las demás Gracias a bajar del carruaje, Nomi puso rumbo hacia los carrmatos que ocupaban el centro de la *piazza*. El aire era sofocante. Se fijó en que algunos vendedores ya se habían ido, probablemente para evitar la tormenta que amenazaba con romper en cualquier momento, y se asustó. Vio que Trevi estaba guardando su mercancía.

«No.»

Pero el puesto del vendedor de guantes contiguo al de los cuchillos aún estaba abierto. Se apresuró. Malachi aparecería enseguida. Y seguramente estaría controlándola.

Se acercó al puesto y acarició la suave piel de un par de guantes negros. Miró entonces por encima del hombro. Malachi acababa de volverse para hablar con el conductor. Nomi se apartó rápidamente del puesto de guantes, deslizó la mano hacia el escote del vestido y sacó la carta. Trevi estaba encorvado envolviendo los cuchillos en fundas de terciopelo para guardarlos en una estantería construida en la mitad inferior de su carrmato.

Con manos temblorosas, le arrojó la carta. El hombre levantó la cabeza, sorprendido.

—De parte de su Eminencia Asa —murmuró—. Es urgente, de lo contrario, se la habría traído él mismo.

Antes de oír el retumbar de pisadas en los adoquines, hubo tiempo para que Trevi le respondiera con un gesto mudo de asentimiento. Nomi se trasladó con rapidez al puesto de guantes y acarició otro par, estos de un tono marrón intenso.

Malachi apareció a su lado. Nomi cogió los guantes.

—Me gustan estos, Eminencia. ¿Los considera un buen regalo?



Nomi no llevaba dinero, pero confiaba en que el vendedor aceptara el pago del Heredero, que lo que tuviera valor fuese la elección del regalo, no su compra. Malachi dirigió un gesto al vendedor. Nomi le entregó los guantes al Heredero y sus manos se rozaron.

—Gracias —dijo Malachi.

Y justo entonces empezaron a caer los primeros goterones de lluvia.

Corrieron hacia el canal, donde Maris y Cassia estaban esperándolos a bordo de una góndola negra. En cuanto Nomi y el Heredero subieron a bordo, el gondolero se puso en marcha.

Nomi no pudo evitar esbozar una sonrisa. Lo había conseguido. Si todo sucedía según el plan, se encontraría con Renzo en menos de dos semanas.

Y algún día, volvería a ver a Serina.

La lluvia caía con intensidad sobre el vestido, oscureciendo el color plateado de las cuentas que lo adornaban. Nomi se encogió de miedo cuando el cielo se iluminó por encima de sus cabezas. Un trueno sacudió la embarcación con tanta potencia que le dolieron los oídos. Aliviado el estrés que le había provocado la misión, el terror a las tormentas resurgió con fuerza. Y cuando la góndola por fin atracó, saltó a tierra antes de que el Heredero pudiera ofrecerse a ayudarla.

—Perdóneme, Eminencia —murmuró con un hilo de voz.

Oyó que Cassia soltaba algún comentario mordaz a sus espaldas justo cuando una ráfaga de viento le retiró el pelo de la cara y la tormenta empezó a disparar flechas de lluvia gélida. Los truenos seguían rugiendo.

Echó a correr como una loca hacia el *palazzo*, pero, de pronto, notó que una mano la agarraba del brazo.

—Por aquí.

El Heredero la guio por un camino que se iniciaba a la derecha de la escalinata y se adentraba en un jardín serpenteante. Los relámpagos iluminaban el cielo. Tiró de ella para protegerse bajo un saliente y quedar mínimamente resguardados de aquel diluvio. Nomi llevaba los brazos al aire y tenía la piel de gallina. Le recordó Lanos a finales de verano, cuando las tormentas azotaban el valle y el ambiente refrescaba para ceder paso a los fríos vientos otoñales.

Nomi miró a su alrededor, pero estaban solos.

—He descubierto una cosa que te asusta —dijo el Heredero.

Nomi miró a Malachi a través de su cabello alborotado por el viento.

—¿Piensa que solo me dan miedo las tormentas?

Un relámpago le iluminó los ojos a Malachi.

—¿Me temes a mí?

Nomi le sostuvo la mirada.

—¿Eso quiere?

Malachi elevó la voz por encima del rugido de un trueno.

—¿Por qué eres así?

—¿Cómo?

Nomi se bamboleó. La lluvia arreciaba y caía en cantidades impresionantes sobre el jardín. El saliente apenas los protegía. La chica tenía el cabello pegado a la cara, y el vestido, empapado de agua, adherido a la piel. El corazón le latía a toda velocidad, instándola a huir.

—Así. Distinta. Desafiante. —Malachi dio un paso hacia ella, pero al ver como fruncía los labios, a Nomi le dio la impresión de que estaba luchando contra un impulso. Sus ojos mostraban una tensión incomprensible—. No sé si tendría que castigarte o...

—Adelante —dijo Nomi, sin pensárselo, consciente de que la tormenta estaba acicateándola—. Ya ha desterrado a mi hermana y me ha convertido en un objeto de su propiedad.

—Jamás respondes como cabría esperar. —Malachi se pasó la mano por el pelo mojado. Miró en dirección a los setos, que chorreaban—. Cuando te elegí... no sé en qué estaba pensando. No entiendo por qué...

—Yo sí —intervino Nomi. La lluvia le resbalaba por la cara y le estaba resultando imposible morderse la lengua, ser comedida. Bajo aquella tormenta, era como si su miedo y su furia lucharan por imponerse a los truenos—. Porque quiere domesticar mi carácter. ¿No es así? Es lo que me dijo su padre.

—Mi padre no me representa —le espetó Malachi, sorprendiéndola—. Yo no soy mi padre.

—No —dijo Nomi, pensando en cómo lo había descrito Asa: volátil—.

Usted es peor.

—No sabes lo que dices —replicó él con frustración. Un rayo iluminó sus mejillas encendidas. Nomi se encogió de miedo al ver aquella luz—. Eres...

Nomi se acercó a él, se quedó apenas a un par de centímetros de su cuerpo. El corazón le retumbaba en el pecho.

—¿Qué soy? —preguntó en tono desafiante.

Malachi se quedó mirándola a través de la cortina de lluvia.

—Peligrosa.

Los labios del Heredero encontraron los suyos con la fuerza de un trueno. Nomi se quedó paralizada un instante, pero de pronto se descubrió rindiéndose, resbaladiza por culpa de la lluvia, febril y temblorosa. La estrechó contra sí y su abrazo se convirtió tanto en una protección contra la tormenta como en una tempestad por méritos propios.

Sin aliento, Nomi se apartó. Malachi se había quedado boquiabierto y su pecho se agitaba con rapidez, como si acabase de hacer ejercicio.

Nomi dio media vuelta y echó a correr bajo la lluvia torrencial.

# VEINTINUEVE

## SERINA

Era última hora de la tarde, el anochecer se acercaba, y Serina casi había llegado a la playa del lado este de la isla cuando la sorprendió una tormenta. Las oleadas de lluvia le empaparon la ajada ropa en cuestión de segundos, y el viento le alborotó el pelo, lanzando mechones mojados contra sus mejillas heladas.

Serina siguió andando, ignorando con terquedad el destello de los relámpagos y unos truenos que lo hacían temblar todo. No tenía miedo. Más bien al contrario, la tormenta era un consuelo: significaba que ni Bruno ni los demás carceleros estarían patrullando.

Llegó por fin a la playa, pero en vez de refugiarse en la pequeña cueva que había descubierto con Jacana, se sentó en la arena empapada y se dejó limpiar por la lluvia. Ahuecó las manos y bebió todo lo que pudo. Y viendo cómo caían los rayos sobre el mar embravecido, pensó en Nomi. Su hermana debía de estar asustada. Le gustaría estar con ella para aplacar sus miedos, como tantas veces había hecho.

La noche antes de ser desterrada, Serina había ido hasta los acantilados y había visto los fuegos artificiales de Bellaqua. Había pensado en saltar. Pero a la mañana siguiente, seguía allí, aún intentando descubrir la manera de

reunirse con Nomi.

Y ahora, mientras la tormenta la azotaba, se esforzó en apaciguar sus pensamientos. Tenía el estómago tan vacío que le dolía. La lluvia caía como agujas sobre sus músculos doloridos. Pero se dejó llevar, y aquel abotargamiento momentáneo fue como un regalo.

Con el amanecer, el tiempo mejoró, y la mañana se despertó más fresca y más limpia que nunca. Cuando el sol, como el ave fénix, se alzó por encima del mar envuelto en un halo anaranjado intenso, Serina pensó que era imposible dejar que la oscuridad la venciera.

Se envolvió el corte del brazo con una tira de tela que arrancó de la camiseta. Miró a su alrededor, observó la playa azotada por el viento y empezó a elucubrar un plan.

La primera prioridad era alimentarse. El día anterior no había comido nada. Recolectó frutos silvestres y encontró los que Acantilado le había descrito. El sabor era tan horrible que parecía que iban a matarte, pero no fue así: siguió respirando.

Examinó los árboles que rodeaban la playa y caminó por las rocas que cerraban la estrecha franja de arena. Los acantilados que se alzaban sobre ella no le interesaban, pero sí las minúsculas cuevas que salpicaban su base. La que había descubierto con Jacana era una de las más grandes, probablemente tuviese el tamaño suficiente para esconder una balsa.

Se encaminaba de nuevo hacia los árboles, confiando en poder encontrar algo más de comida, cuando el sonido de unos pasos pasó a dominar el redoble constante de las olas.

Serina se acercó al sendero. No se le pasó por la cabeza esconderse; imaginó que era Val que venía en su busca. Tal vez albergó esperanzas de que viniera a por ella.

Pero no era él; era Jacana.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Serina.

Su amiga tenía un aire más tímido de lo habitual. Caminaba encorvada y medio escondida detrás de su cabello rubio enmarañado. Jacana se detuvo en el punto donde la hierba dorada daba paso a la arena.

—Me imaginé que estarías aquí. Quería ver cómo te encontrabas.

Asegurarme de que seguías bien.

Serina se acercó a Jacana y se sentó, de cara al mar.

—No puedo decir que esté bien, pero estoy viva, y eso ya es mucho.

Jacana le pasó una pequeña cantimplora.

—La he birlado de la despensa. He pensado que te iría bien tener un poco de agua.

Serina la aceptó agradecida y dio unos sorbos.

—Gracias.

—No he podido traerte nada de comida, pero eso te durará un par de días. Y luego puedes utilizarla para recoger más. —Jacana miró hacia los árboles —. Oráculo está muy enfadada. Como casi todas las chicas.

Serina suspiró.

—Ya lo sé. Pero creo que no me he equivocado.

—Estoy de acuerdo —dijo Jacana. Se quitó sus endebles zapatos y hundió los pies en la arena—. Pero es peligroso. Y todas estamos hambrientas.

—Y ¿por qué? —La rabia de Serina rugió en el interior de su pecho—. ¿Porque el Superior no envía comida suficiente? O ¿porque el comandante Ricci se la queda toda para él? Oí un día una conversación entre Oráculo y Val... Él dijo que el comandante confisca las raciones que envían para nosotras.

Jacana se encogió de hombros.

—Y ¿qué quieres que hagamos? No podemos rendirnos todas. Ya lo dijo Oráculo: los carceleros nos matarían.

Serina contempló el movimiento de las olas, que se arrastraban hacia ella y eran absorbidas de nuevo por el mar.

—¿Qué harían los carceleros —reflexionó— si nadie acudiera a las peleas, si no compareciéramos?

Jacana se rascó la barbilla.

—Supongo que vendrían a por nosotras.

—Y ¿crees que serían suficientes? —cuestionó Serina—. Tienen armas de fuego, pero nosotras somos varios centenares y ellos solo unos cuarenta. Y conocemos la isla. Ellos no. Ellos se quedan en sus torres de vigilancia protegidas con alambradas, apenas patrullan...

—Pero si no peleamos, no conseguimos comida —dijo Jacana sin levantar la voz—. Y en la isla no hay alimento suficiente para todo el mundo. Lo sabes bien. Nos moriríamos de hambre.

Serina se frotó los ojos.

—Tienes razón. —A pesar de todo, no podía dejar de pensar en que tenía que haber una salida—. Podríamos rebelarnos cuando llegara un barco, abordarlo y escapar.

—Y ¿crees que eso es más realista que confeccionar una balsa? —preguntó Jacana.

—No hay nada realista —reconoció Serina, pero no se resignaba a dejar correr la idea—. Sea cual sea el plan, todo empieza con el diálogo entre los equipos. Tendríamos que encontrar un interés común. Tal vez podríamos compartir la comida que tenemos.

—Sin que los carceleros se enteraran —añadió Jacana.

Miró por encima del hombro, como si temiera que alguien pudiese espiarlas.

—Si supieran que estamos conspirando entre nosotras, encontrarían la manera de dividirnos.

Serina pensó en el comandante, en sus ojos siempre entrecerrados con aquella expresión de crueldad. Estaba segura de que era capaz de ingeniar infinidad de maneras de hacerles pagar cualquier tipo de rebelión.

—Y ¿cómo conseguiremos que los equipos dialoguen? —preguntó Jacana, recogiendo el cabello detrás de las orejas.

Tenía un moratón amarillento en la mandíbula, un vestigio de las sesiones de entrenamiento. A Serina le dolía todo el cuerpo de la pelea.

—Con emisarias —respondió Serina, empleando una palabra que evocaba recuerdos de palacio—. Si Oráculo enviase a un par de chicas a cada equipo, aunque fuera solo para iniciar conversaciones, a lo mejor con ofrendas de paz, un poco de comida o agua... Si el equipo de la Cueva demostrase que está dispuesto a soportar penurias por el bien común...

—Las demás chicas podrían estar más dispuestas a escucharnos. Tal vez incluso a confiar en nosotras —remató Jacana. Sus ojos se iluminaron brevemente.

—Sí —dijo Serina. Tal vez sería mejor concentrarse en aquellos primeros pasos, por pequeños que fueran, más que en el objetivo final—. Pero no creo que Oráculo acepte. Nunca pondría a su equipo en peligro.

Jacana se limpió las manos en la parte superior de los muslos y se levantó. Se calzó aun con arena en los pies.

—Hablaré con ella. La mayoría del equipo se enfadó mucho por lo que dijiste, pero algunas están de acuerdo contigo. Yo, por ejemplo. Muchas sabemos que moriremos cuando subamos al ring. Y preferiríamos probar suerte encontrando una salida. A lo mejor somos suficientes para convencer a Oráculo.

—Me odiará —dijo Serina.

Hundió la cabeza entre las manos. Serina respetaba a Oráculo, y jamás se había planteado ponerse en su contra. Jacana soltó una austera carcajada.

—Lo siento, Gracia. Creo que ya te odia.

Serina se incorporó sin soltar la cantimplora.

—Si cambia de idea, si hay algo que yo pueda hacer, dímelo, por favor.

Jacana ladeó la cabeza.

—Tal vez podrías intentar hablar con los demás clanes. Tú tienes fe. Si expones la idea, es posible que lo comprendan mejor.

—Tal vez. —Serina se rascó la nuca—. Si es que no acaban matándome. Lo más probable es que piensen que quiero robarles comida, que ni siquiera me permitan explicarme.

—Cierto. Aunque anoche te vieron exponer tu postura. Es posible que acepten escucharte. —Jacana sonrió, pero sus ojos verdes estaban enrojecidos y tristes. Estrechó a Serina en un abrazo rápido—. Ve con cuidado. Espejo nos ha contado que los carceleros suelen salir a la caza de las chicas desterradas. Sin su equipo que las proteja... —Dejó la frase sin acabar.

Serina tensó la cara.

—Gracias por avisar. Y por el agua. Ve con cuidado tú también.

Se quedó mirando hasta que la chica desapareció entre un grupo de árboles de aspecto desigual. El sol empezaba a cobrar intensidad, calentándole la espalda, y se sintió agradecida por disponer de un poco de agua.

Se metió en la cueva para esperar que pasaran las horas de calor más



intenso. Le dolía el estómago, tanto por falta de alimento como por miedo.

Al final, acabó sumiéndose en un sueño inquieto en el que tuvo pesadillas de la pelea, en el que la expresión decidida de Anika acabó despertándola. Soñó también con Nomi, quien, con cadenas doradas al cuello, estaba abrazada a Malachi. «Ayúdame», susurraba su hermana una y otra vez. Pero Serina también tenía las manos encadenadas y era incapaz de mover las piernas. Cuanto más intentaba alcanzar a su hermana más se tensaban las cadenas.

El hombre que sujetaba a Nomi miraba por fin a Serina, y no era el Heredero, sino el comandante Ricci. Y reía a carcajadas. Cuando se despertó, estaba empapada en sudor y llorando a lágrima viva.

«Tú tienes fe.»

La voz de Jacana la alejó lentamente de sus pesadillas. Tal vez fuera el hambre lo que le estaba provocando alucinaciones, pero, de pronto, no le pareció una idea tan descabellada. Visitar a los demás equipos..., exponer sus argumentos a favor de una rebelión... La inundó un leve atisbo de esperanza. Tal vez consiguiera convencerlas a todas para que actuaran unidas. Solo con que consiguiera que un equipo se sumara al de la Cueva, la revolución sería posible.

Y sabía con cuál tenía que empezar.

# TREINTA

## NOMI

Nomi no podía dormir. La tormenta siguió asolando el *palazzo* hasta mucho después de la medianoche, y cada vez que se oía el retumbar de un trueno y se veía el destello de un rayo, tenía la sensación de que la estaban bombardeando. Al final, cuando el cielo se despejó y el amanecer comenzó a acercarse al alféizar de la ventana, se levantó de la cama y se sentó al tocador. Observó su imagen reflejada en el espejo y fue como si estuviera viendo a una persona totalmente distinta. Tenía los labios hinchados y las mejillas sonrosadas. Siguió mirándose hasta que los perfiles de la cara se volvieron borrosos y sus facciones se desdibujaron. Se estremeció, incluso envuelta en un confortable batín.

El Heredero la había besado.

Regresó mentalmente a aquel momento, una y otra vez.

El azote de la lluvia, el calor de la boca de Malachi, la presión de su cuerpo contra el de él, como si lo deseara. Pero no lo deseaba.

«No lo deseo.»

Y ahora, lejos de la lluvia, del calor y de la rabia, se le revolvía el estómago solo de pensarlo. ¿Habría besado a Malachi porque sabía que era lo que tenía que hacer? ¿Lo habría besado porque no quedaba otro remedio?

No estaba segura.

Pero, fuera como fuese, tenía la sensación de haber traicionado a Asa.

Y a sí misma.

Angeline irrumpió en la habitación abrazando una prenda contra su pecho.

—Dice Inés que el Heredero ha dicho que quiere desayunar en la playa con sus Gracias. Será agradable pasar un rato al sol, ¿verdad?

«¿Con el Heredero?», se dijo Nomi, con un nudo en el estómago.

Angeline dejó sobre la cama la prenda: un traje de baño de color negro.

—Hace un día precioso. El cielo ha quedado limpiísimo. Nadie diría que ayer cayó una tormenta impresionante.

—Sí —murmuró débilmente Nomi, contemplando su imagen reflejada en el espejo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Angeline—. Se te ve un poco preocupada. ¿Tan agotadora fue la excursión de ayer?

«¿Agotadora? El Heredero me calificó de peligrosa. Y después me besó.»

Las palabras se formaron en los labios de Nomi. Deseaba hablar de ello, pero con su hermana. Pensó en la carta, que debía de estar ya viajando hacia el norte, hacia Lanos. Pensó en Asa, que estaba preparándolo todo para tenderle una trampa a su hermano.

«El Heredero tiene razón. Soy peligrosa.»

Después de ponerse el traje de baño, Nomi se reunió con las demás en la sala de recepción. Inés las guio por los pasillos de *palazzo* hasta la playa. Ojerosa y reacia, Nomi siguió a Cassia y a Maris, y emergieron juntas al resplandor del sol.

A escasos metros del agua habían montado una mesa de hierro forjado sobre una alfombra a cuadros blancos y negros. Por encima, habían instalado telas blancas para proporcionar sombra. Al lado de la mesa, una hilera de tumbonas montaba guardia bajo el sol, como si de soldados se tratase.

El Heredero estaba sentado solo a la mesa. Cassia se adelantó rápidamente para poder sentarse a su lado, mientras que Maris y Nomi se acercaron con tranquilidad. Nomi llevaba unas sandalias de tiras, y los pies se le llenaron de arena. Caminaba sin levantar la cabeza. Tenía el cerebro lleno a rebosar, tenso y a punto de estallar por culpa de todo lo que había sucedido la

noche anterior.

¿Esperaría Malachi más de lo mismo?

«Por supuesto. Eres su Gracia.»

Era suya. Aquella idea le ocupaba toda la mente y era ineludible. Daba igual que ella albergara sentimientos hacia Asa. Era irrelevante que no quisiese que Malachi le pusiera las manos encima.

Hasta ahora se había consolado pensando que Cassia era la que más le había llamado la atención. Contaba con que el Heredero respondiera al entusiasmo de la chica. Pero ¿y si Malachi la elegía a ella como compañera de cama la noche de su cumpleaños? ¿Y si su conducta de la noche anterior había encendido su interés?

—¿Que os pasó ayer a Malachi y a ti? —le preguntó en voz baja Maris—. Desaparecisteis los dos de repente. Cassia se quedó blanca.

Nomi se lo habría contado todo a Maris, pero no en aquel momento ni en aquel lugar. No con Cassia y Malachi tan cerca. De modo que dijo, con toda la despreocupación de la que fue capaz:

—Me ayudó a alejarme cuanto antes de la lluvia. Le dio lástima que estuviera tan asustada.

No era lástima, lo sabía. Fue por su volatilidad. Había pasado semanas ignorándola y de pronto la perseguía. La había besado en plena discusión..., en plena tormenta.

—Eché a correr en tu busca —dijo Maris—. Ojalá hubiera hecho lo mismo por nosotras. Nos quedamos empapadas subiendo por la escalinata y en un momento dado pensé que acabaría resbalándome y partiéndome un tobillo.

Nomi sonrió débilmente. También a ella le habría gustado que Malachi se hubiera quedado con las otras chicas. Que nunca la hubiera acorralado debajo de aquel saliente. Que nunca la hubiera besado. Que ella nunca le hubiera devuelto el beso.

Cuando las dos chicas se sentaron a la mesa, Cassia ya se había servido varios bocadillos. Para la salida, se había recogido su brillante cabello en lo alto de la cabeza y rematado el peinado con un desenfadado lazo rosa. Llevaba un traje de baño escotado del mismo color que le sentaba de maravilla. Igual que el de Nomi, estaba confeccionado con un tejido elástico que se cruzaba

por encima del busto y terminaba con una faldita. La única diferencia residía en que el de Nomi era de color negro.

Maris se había recogido su cabello oscuro en una sola trenza, y el bañador que cubría su esbelto cuerpo era dorado.

—Buenos días —saludó el Heredero al grupo.

Llevaba un bañador azul marino que dejaba al descubierto la piel dorada de su torso y sus brazos. Su sonrisa de satisfacción hacía que se pareciese más que nunca a su padre.

Miró fijamente a Nomi.

Esta, al notar un intenso calor en las mejillas, bajó la mirada hacia el plato. A su lado, Maris comía un bocadillo mientras contemplaba las olas. Nomi vertió un poco de miel sobre un pan de pita e intentó darle un mordisco, pero el estómago no se lo aceptó. Con el Heredero sentado delante de ella y el recuerdo de lo que había pasado la noche anterior, comer resultaba imposible. Le gustaría que Asa estuviera a su lado. Él distraería a su hermano, le sonreiría a ella en secreto, le recordaría el objetivo por el que estaban luchando.

—¿Qué tal has dormido, Nomi? —le preguntó el Heredero, interrumpiendo sus pensamientos.

—Muy bien —respondió, poniendo intención en sus palabras—. ¿Y usted?

—He dormido bastante bien. —Su voz adquirió un tono más grave—. Una buena tormenta siempre ayuda a aclarar las cosas, ¿verdad?

Maris dejó de mirar el mar. Cassia ladeó la cabeza. Y Nomi no pudo hacer más que sonreír con timidez y, sin ningún apetito, jugar con la comida. En cuanto los criados recogieron la mesa, se levantó.

—Le ruego que me disculpe.

Huyó hacia la orilla. Con manos temblorosas, se desabrochó las sandalias y las dejó en la arena. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para sentir el calor del sol en la cara.

—¿Le gusta nadar, Eminencia? —dijo la voz de Cassia, flotando por encima del sonido de las olas.

Nomi se metió en el agua. Estaba fría en comparación con el calor que acumulaba en la piel, y el oleaje era suave. Allí ya no tenía que seguir

fingiendo. No estaba obligada a ver la satisfacción de Malachi reclamando su premio. Tal vez él creyese que el regalo de los guantes significaba que se había resignado a su destino. Pero se equivocaba.

De pronto, el agua le salpicó con fuerza la espalda. Nomi se volvió justo en el momento en el que el Heredero se le acercaba por detrás.

—Muy refrescante —comentó Malachi.

Nomi se quedó boquiabierta.

—Eminencia.

El chico le dirigió una sonrisa antes de sumergirse. Cuando reapareció, se sacudió como un perro y la roció por completo.

—¿Sabes nadar?

Nomi negó con la cabeza. En Lanos no había tenido la necesidad de aprender.

Malachi la cogió por ambos brazos. Nomi se quedó tan sorprendida que tardó unos instantes en darse cuenta de que había empezado a arrastrarla mar adentro. Opuso resistencia. Cuando el agua le alcanzó la clavícula, clavó los pies en el fondo arenoso. El miedo se apoderó de ella. «Es demasiado hondo, es demasiado hondo», pensó.

—Eminencia, por favor.

¿Disfrutaba asustándola? El corazón empezó a latirle a más velocidad. Malachi dejó de moverse, pero sin soltarle las muñecas.

—Cuando tenía cinco años —empezó una conversación informal—, mi padre me arrojó al agua. Y tuve que ingeniármelas para flotar.

Nomi contuvo la respiración. Lo que acababa de decir era espantoso. ¿Y si se hubiera ahogado? ¿Acaso pretendía hacer lo mismo con ella?

—En Lanos no tenemos dónde nadar —dijo con voz temblorosa. Se sostuvo de puntillas cuando se vio zarandeada por una ola más grande y cayó presa del pánico—. Siempre pensé que me gustaría, pero... da mucho miedo. —Retrocedió un poco hacia aguas menos profundas.

Malachi le soltó las muñecas y, en vez de alejarse y nadar, se acercó más, hasta que su piel se deslizó contra la de ella, y la rodeó con los brazos, sin presionarla.

—Eso es lo que intento decirte —empleó un tono distinto, más suave—.

No considero que tenga que asustarte. Ven, cógete de mí, te enseñaré.

«Está jugando conmigo.»

A regañadientes, Nomi colocó los brazos justo por encima de los de él y descansó las manos en sus hombros. Fijó la vista en el cuello de Malachi, donde su piel mojada resplandecía.

—Mírame.

Nomi levantó muy despacio la barbilla. Sus ojos se encontraron y descubrió una mirada tan intensa como la primera vez que se cruzó con él, cuando la sorprendió en el pasillo.

—Te lo prometo. No te soltaré.

La atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se rozaron. Poco a poco, Malachi fue adentrándose en el agua. Con el corazón en la garganta, Nomi notó que la arena desaparecía bajo sus pies. Por instinto, apretó las manos alrededor del cuello de él. «Es demasiado hondo, es demasiado hondo.»

Pero vio que estaba flotando. Gracias a los brazos de Malachi, Nomi mantenía la cabeza cómodamente fuera del agua y el resto de su cuerpo se mantenía a flote. Agitó un poco los pies y percibió el flujo de la corriente.

Abrió los ojos como platos.

Malachi sonrió.

—¿Lo ves? —dijo con dulzura—. No es tan terrible.

La tensión que notaba en el pecho se aflojó un poco.

—Me siento muy ligera. Como... una nube. Podría irme flotando.

Y cuánto le gustaría.

—Sí, pero no nos alejemos demasiado por el momento. —Sonrió, y por un instante casi pareció que se estaba divirtiendo de verdad—. Mis inicios fueron difíciles, pero ahora me encanta nadar.

La forma en la que dijo aquello, la calidez de su mirada, provocó en Nomi una oleada de calor. Malachi deslizó las manos por su espalda, y la corriente los empujó el uno contra el otro, hasta acercarlos tanto que Nomi acabó enlazándole las caderas con las piernas aun sin tener intención de hacerlo. Estaba pegada a él por todas partes.

Por todas y cada una.

Nomi contuvo la respiración. Seguía mirándolo a los ojos, y sus caras

estaban separadas por apenas unos centímetros. El estómago le dio un vuelco. Los ojos de Malachi se oscurecieron y recuperaron su intensidad; la diversión había desaparecido por completo. El mundo quedó reducido al tacto sedoso de su piel y al espacio cada vez menor que separaba sus labios.

—¿Encontraste el regalo que te dejé? —le preguntó él en un susurro.

—¿Qué regalo? —cuestionó ella, como una tonta.

De pronto, se le estaba haciendo complicadísimo pensar. ¿Qué le estaba pasando?

—El libro.

¿El libro? Nomi se quedó rígida. Se lo había regalado Asa, ¿no?

—¿Por qué tendría que regalarme un libro? —dijo, intentando mostrarse imperturbable, pero la voz le tembló sin poder evitarlo y la traicionó.

—Tu hermana sabía leer —dijo él sin que su cuerpo dejara de mecerse por la insistencia de la corriente—. Pensé que a lo mejor tú también. Esperaba que...

Pero no acabó de expresar su idea.

La magia del momento, cualquier ablandamiento de sus sentimientos respecto a él, se hizo añicos.

«Es una trampa, una trampa, una trampa.»

Nomi había dejado de tener la sensación de estar andando por la cuerda floja. Ahora se aferraba a ella con una sola mano. Y la cuestión ya no era si caería, sino cuándo lo haría.

—No, Eminencia —respondió con voz ronca—. No sé leer.

El sol iluminaba los ojos de Malachi y les daba una tonalidad marrón dorada. Nomi era incapaz de apartar la vista de ellos.

—Entiendo —dijo él por fin, aunque Nomi no logró adivinar si la había creído o no—. Era un regalo, como he dicho. Tal vez no del todo inocente, pero no pretendía ser envenenado. Si sabes leer...

Su cabeza seguía flotando por encima del agua y, de pronto, el milagro de la ingravidez se convirtió para Nomi en una maldición. No podía escapar de él mientras siguiera sin hacer pie. Y necesitaba, más que nada en el mundo, huir.

—Por favor —susurró, forcejeando con sus brazos—. Quiero salir del agua.



—¿Te he molestado? —preguntó el Heredero.

Era imposible saber si la pregunta era una burla o estaba preocupado de verdad.

—Es que... ya no me apetece seguir aquí —dijo.

La sensación de pánico que le oprimía el pecho iba en aumento. Se liberó del abrazo y su cabeza se sumergió. Tragó agua y el terror le tensó todos los músculos. Sin embargo, llegó adonde hacía pie y, sin saber muy bien cómo, consiguió regresar a la orilla.

Le castañeteaban los dientes. Le dolían los pulmones.

Llegó a la playa y corrió hacia una tumbona para coger una toalla. A pesar de que el sol calentaba con ganas y de que se cubrió rápidamente, no podía dejar de temblar. Malachi salió detrás de ella.

—¿Estás bien?

Nomi hizo una torpe reverencia e inclinó la cabeza, consciente de que Cassia y Maris los estaban observando.

—Sí, Eminencia. Pero tengo frío. ¿Podría volver a mi habitación para cambiarme y ponerme ropa seca?

—Por supuesto.

Dio la impresión de que quería añadir algo, pero Nomi lo dejó con la palabra en la boca, segura de que no lo soportaría.

Pasó el resto de la jornada sin conseguir quitarse el frío de encima.

# TREINTA Y UNO

## SERINA

Serina tardó tres días en armarse del valor necesario para acercarse al Hotel Desgracia. Durante ese tiempo, no habló con nadie, se escondía en el fondo de la cueva siempre que se acercaban los carceleros y subsistió a base de las almejas que desenterraba de la arena y de los frutos silvestres que encontraba en la linde del bosque.

Confiaba en que llegara pronto Jacana con noticias, que le dijera que Oráculo había negociado una tregua.

Esperaba asimismo que apareciera Val y se preguntaba por qué no habría ido a ver si estaba allí refugiada. ¿Se habría olvidado de la conversación que habían mantenido sobre las playas de la vertiente oriental de la isla? ¿O le daría igual que tuviera todas las probabilidades del mundo de morir allí?

Pensaba continuamente en Nomi, que seguía a merced de aquellos hombres crueles. ¿Habría celebrado ya su cumpleaños el Heredero? Sabía perfectamente lo que iba a suceder aquel día y lo mucho que sufriría su hermana por ello.

Serina intentó imaginarse qué estaría haciendo Renzo. Cerró los ojos y lo visualizó dando vueltas por el mercado central de Lanos. Pasando por delante de los puestos de carne que exponían conejos despellejados y pollos

desplumados colgados de las patas, listos para asar. Se imaginó la tienda del frutero, con cubos cargados de cerezas granate, fresas de color rojo sangre y jugosos melocotones. A su lado había un puesto de fruta deshidratada: piña increíblemente dulce, crujientes láminas de plátano, sabrosos aros de manzana especiados con nuez moscada recién molida. En su mente, Renzo se paraba al llegar al puesto de su panadero favorito, Alonso, donde había cestas con barras de pan aún calientes. Su hermano elegía un *cornetto* y una pasta de hojaldre rellena de crema de avellanas. Sonreía como un niño y se apartaba de la cara un mechón de cabello negro.

¿Quién le cortaría el pelo ahora que Nomi se había marchado?

Serina hizo un esfuerzo e intentó concentrarse de nuevo en Monte Ruina. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Se levantó. Había llegado el momento.

Antes de abandonar su pequeña cala, recogió todas las almejas que pudo y se las guardó en la camiseta. Bebió un sorbo de agua de la cantimplora que le había traído Jacana y se la colgó al hombro. Llevaba el cuchillo que había conseguido en la pelea sujeto de un agujero que se había hecho en la cinturilla del pantalón.

Caminó durante una hora en dirección sur, siguiendo la costa, antes de poner rumbo hacia el interior. La isla no era grande —se podía recorrer de norte a sur en una jornada— y era relativamente fácil de transitar. Los caminos cruzaban los prados y el bosque, y los campos de lava eran completamente abiertos, lo que ofrecía una visibilidad total. Serina se sirvió de las torres de vigilancia para marcar su recorrido, aunque nunca se acercó a ellas.

Descubrió un arroyo y aprovechó para llenar la cantimplora. Se mantuvo atenta a la posible presencia de jabalíes, pero no había ni rastro de animales.

Llegó por fin al anfiteatro. Lleno de mujeres y muerte era aterrador, pero vacío, como estaba en aquel momento, resultaba espeluznante. Demasiado silencioso. El ambiente se volvió denso de repente y Serina pensó, por un instante, que los espíritus de todas las mujeres que habían caído allí estaban observándola. Meneó la cabeza para intentar que aquel pensamiento se desvaneciera.

Cuando llegó a Hotel Desgracia era ya media tarde. Justo antes del desvío que conducía al edificio en ruinas le cortó el paso una mujer alta. Llevaba el

pelo recogido en dos trenzas y lucía una aparatosa cicatriz en el cuello. Se cruzó de brazos sobre el pecho, adoptando una postura amenazadora.

—Aquí no aceptamos a desterradas.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Serina desplegó el bajo de la camiseta y le mostró las almejas.

—Considéralo una ofrenda de paz. No vengo a pedir que me aceptéis en vuestro grupo. Lo único que quiero es hablar con Raja.

La mujer la miró de arriba abajo y, finalmente, relajó un poco la postura.

—Sígueme.

Serina avanzó por el camino pedregoso que conducía hasta el hotel. Las impresionantes columnas de la entrada, atrapadas en una ola eterna de lava sólida, se alzaban tortuosamente hacia el cielo. El techo esculpido del vestíbulo se había derrumbado, y se veían pedazos de mármol blanco en los pequeños huecos que el magma había respetado. Había gigantescos jarrones de cerámica hechos añicos y prácticamente fundidos por el calor, sus intensos rojos y azules totalmente chamuscados. Los biombos de bambú se habían carbonizado y emitían un sonido siniestro al chocar entre sí cuando soplaba el viento.

Serina se estremeció. La cueva de Oráculo siempre le había parecido un lugar siniestro, pero aquello era deprimente, su nombre no exageraba. Era demasiado fácil imaginarse a los huéspedes del hotel corriendo para intentar salvar la vida. Y también a los fantasmas.

La mujer la guio por el vestíbulo y luego hacia la izquierda, por una pasarela delimitada por un lado por la piedra y el esqueleto de acero de un edificio, y por el otro por el agua salobre y pestilente de un canal. Una construcción similar se alzaba al otro lado de la acequia. Ambas estructuras tenían tres pisos, con terrazas y agujeros oscuros, allí donde en su día debieron de estar las puertas. Al final del canal, una torre de grandes dimensiones unía los dos edificios. Aunque se había calcinado, su esqueleto metálico y sus costillas de hormigón seguían en pie. En su base había una escalera de mármol; Raja estaba sentada allí, afilando trozos de hierro para transformarlos en cuchillos.

Levantó la vista al oír pasos. Su pelo negro de pincho enmarcaba un rostro

de rasgos angulares cruzado por cicatrices de cuchilladas.

—¿Qué me traes?

—Ha dicho que quería hablar contigo —dijo la centinela.

Raja se quedó mirando a la mujer.

—¿Y?

Serina dio un paso al frente y volvió a mostrar las almejas antes de depositarlas a los pies de Raja. Se resistió a duras penas al impulso inexplicable de saludarla con una reverencia.

—Lo único que quiero es hablar.

Raja arqueó una ceja.

—Yo no trato con traidoras.

—Pero puedes hablar con la mujer que le perdonó la vida a tu luchadora —replicó Serina, con más intensidad de la que en realidad sentía, aunque solo así fue capaz de seguir mirando a su interlocutora a los ojos.

Raja se recostó en la silla oxidada que ocupaba e hizo girar el cuchillo en la mano. Serina imaginó que dispondría de escasos segundos antes de que el arma volara por los aires y se le clavase en el pecho.

—Los distintos equipos deberían unirse y hacerse con la isla —soltó, uniéndolo con urgencia las palabras entre sí para poder pronunciarlas antes de que la mujer la atacara—. Los carceleros tienen armas de fuego, pero son menos que nosotras y, además, conocemos bien el terreno. Si nos uniéramos, podríamos compartir recursos. Podríamos ser libres.

El cuchillo se detuvo.

—Y ¿qué dice Oráculo? Imagino que antes de venir aquí habrás compartido tus ideas con ella.

Serina se esforzó por sostenerle la mirada a Raja. Tenía la boca seca como la arena.

—Traicioné a mi equipo al rendirme. Oráculo consideró que la única salida era el destierro. Pero eso es precisamente lo que quiere el comandante Ricci. Le encanta que peleemos entre nosotras, que no cuestionemos jamás las reglas del juego.

—¿Y por qué deberíamos cuestionarlas? Nuestra realidad es esta —dijo Raja, verificando la punta del cuchillo.

—No necesariamente —contraatacó Serina—. El comandante Ricci tiene a centenares de mujeres presas en una isla, a las que apenas supervisa, y les ha ordenado que aprendan a pelear. Nos ha dado todas las herramientas que necesitamos para derrocarlo.

Raja se incorporó lentamente y descendió tres peldaños para ponerse a la altura de Serina. La muchacha contuvo la respiración.

—Eres una novata y una desterrada, y no tienes ni idea de lo que hablas —dijo por fin la mujer, jugando de nuevo con el cuchillo.

Serina, con el sentimiento de frustración asfixiándola, se volvió para marcharse.

—Gracias por haberme escuchado.

De pronto, oyó de nuevo la voz de Raja a sus espaldas.

—¿Has hablado con los demás equipos?

Serina la miró por encima del hombro.

—Hasta el momento solo he hablado contigo y con Oráculo. He empezado por las más fuertes.

Raja la miró entrecerrando los ojos.

—Si consigues que las demás líderes acepten, me lo plantearé. Pero solo si hay un plan. Un buen plan.

Serina se relajó, aliviada. No era mucho a lo que aferrarse, pero al menos había conseguido algo.

—Gracias.

Raja la despidió con un gesto. La mujer que la había acompañado hasta el hotel la condujo hasta la salida. Anika entró en el vestíbulo justo en el momento en el que Serina salía. Se miraron un buen rato y la joven desterrada continuó por fin su camino, emergiendo a la luz de día. La centinela la escoltó hasta el camino principal y luego desapareció en el bosque.

Serina bebió un poco de la cantimplora, ignoró el rugido del estómago y emprendió la larga caminata hacia su playa con un rayo de esperanza iluminándole el corazón. Se propuso ir a visitar a Rama al día siguiente. Y a lo mejor Jacana podría ayudarla con Oráculo.

Serina llegó a su playa justo cuando el sol se ponía y la noche empezaba a manchar el cielo. Se acercó a la orilla del agua para ver cómo aparecían las

estrellas.

Oyó que alguien silbaba.

Se volvió rápidamente y tiró del cuchillo que escondía en el pantalón, rasgando sin querer la tela.

Bruno estaba a escasos metros de ella.

—Me preguntaba dónde te habrías escondido —dijo.

La oscuridad camuflaba su expresión y transformaba en una sombra su cuerpo vestido de negro.

—Vete —le advirtió Serina.

Tensó la mano sobre el cuchillo. Ya no era la chica sumisa de la última vez que coincidieron, aunque seguía estando asustada.

Bruno se acercó. Serina reprimió el impulso de retroceder.

—¿Por qué tendría que irme? —preguntó él, sin alterarse—. Ya no tienes un equipo que te proteja. Puedo hacer lo que me venga en gana.

—Puedes intentarlo, sí —rugió Serina.

Se abalanzó sobre él. Estaba segura de que con la oscuridad Bruno no había visto el arma y no estaba dispuesta a esperar que él iniciara el ataque. Le clavó el cuchillo en el vientre, pero consiguió hacerle solo una herida superficial.

El hombre gruñó de dolor, y, sin dudarle un momento, le dio un revés, con la potencia suficiente para lanzarla a la arena. Serina no soltó el cuchillo, aunque ahora, con la sangre, estaba resbaladizo. Cuando consiguió ponerse de nuevo en pie, Bruno le asestó una patada en el flanco y la devolvió al suelo.

—Ríndete —murmuró Bruno.

Se cernió sobre ella, apostando los pies a ambos lados de sus caderas. Pero Serina consiguió enganchar una de las piernas de su oponente con la suya y se proyectó hacia delante, directa hacia el lugar donde lo había herido, hasta derribarlo. Le clavó el cuchillo en el costado.

Serina logró ponerse en pie, pero él la agarró por el tobillo y la hizo tropezar.

Cayó de nuevo al suelo, la boca se le llenó de arena. Escupió y gritó. El pánico y la furia capturaban ahora toda su atención.

Las manos de Bruno se clavaron en su piel. Despacio, el hombre consiguió

incorporarse y la atrajo hacia él. Serina cayó presa del pánico. Como si el terror le proporcionara más fuerzas, pataleó y se agitó con violencia. Golpeó entonces sin querer la cantimplora y pensó que podía utilizarla como arma, pero esta rodó por el suelo hasta quedar fuera de su alcance. Consiguió por fin patear la rodilla de su oponente y Bruno soltó las manos, aunque solo por un segundo.

Gruñó al ver que Serina se liberaba.

El aliento le abrasaba la garganta. Serina se incorporó y retrocedió para apartarse de él. La oscuridad resultaba desorientadora y otorgaba a la cara de Bruno el aspecto de una máscara fantasmagórica. El hombre le sostuvo la mirada, como la serpiente que intenta hipnotizar a su presa. Serina se detuvo durante una décima de segundo nada más.

Lo suficiente para dar ventaja a su oponente. La apuntó con su arma.

Serina le lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas.

Milagrosamente, se hundió hasta la empuñadura en el torso de Bruno.

Pero el arma se disparó de todos modos.

El dolor intenso que le provocó el impacto de la bala en el brazo la hizo rodar por el suelo. Su cabeza chocó contra algo duro y el mundo se volvió negro.



# TREINTA Y DOS

## NOMI

Mujeres bellamente vestidas posaban, a escasa distancia las unas de las otras, en el reducido salón de baile de los aposentos de las Gracias. Tenían los brazos levantados por encima de la cabeza y una pose idéntica: mirando hacia el techo con expresión serena. A excepción de Maris, cuyos ojos estaban empañados por la tristeza. Y de Nomi, que emanaba furia.

Jamás dominaría el arte de ser una estatua viviente, porque nunca querría. No estaba hecha de arcilla. Sus huesos, el aire que llenaba sus pulmones y su sangre estaban programados para continuar en movimiento.

En uno de los extremos de la sala, Inés cambió con elegancia de postura. En silencio, las Gracias la imitaron a la perfección.

Nomi notó un tirón muscular.

Llevaba una semana con pruebas de vestuario, clases de baile y formación de todo tipo. Y el tiempo que le quedaba libre, lo dedicaba a deambular por la habitación y distraer a Angeline. Asa no le había enviado ningún mensaje y, durante las clases de baile, no habían tenido oportunidad de hablar. Malachi había aparecido unas cuantas veces durante las sesiones de formación, poniendo de los nervios a las tres chicas, pero no le había pedido volver a verse a solas.

Aquel momento que compartieron en la playa la obsesionaba. La sensación de su piel deslizándose contra la de ella, el modo en que la sostuvo en el agua, saberse a salvo pero totalmente a su merced, el hecho de que hubiera sido él quien le había regalado el libro... Sabía que era una trampa. Tenía que serlo. No obstante, lo había calificado de regalo, y el brillo de sus ojos casi la había convencido de que lo decía con sinceridad. Pero ¿cómo era posible?

Y ¿por qué no dejaba de pensar en él cuando tenía depositadas todas sus esperanzas en Asa? Porque era a su hermano a quien quería, en quien confiaba, el que le importaba. Al que deseaba ver desesperadamente.

Maris había intentado hablar con ella y Cassia la había criticado a sus espaldas, pero la neblina de confusión en la que se hallaba inmersa no se disipaba. Con cada día que pasaba sin tener noticias de su hermano Renzo, se le hacía más difícil concentrarse en la vida que discurría en los aposentos de las Gracias.

¿Habría entendido su mensaje? ¿Y si decidía no acudir? ¿Y si Trevi había traicionado a Asa y Renzo estuviera esperando ser juzgado por el Superior?

Su cabeza no dejaba de girar en espiral en una oscuridad cada vez más intensa.

Y en el centro estaba Serina, en su celda, pensando que pasaría toda la vida encerrada allí. Sin saber que Nomi intentaba salvarla. Sin saber que estaba desesperada e impaciente por ver a su hermana sana y salva.

Si la carta no le llegaba a Renzo... Si Renzo no viajaba a Bellaqua...

A Nomi le ardían los brazos cuando Inés pasó a la siguiente pose.

—¿Por qué hacemos esto? —se quejó en voz baja, y dejó caer los brazos para que la sangre fluyera de nuevo hacia sus dedos.

—¡Nomi! —gritó Inés—. Brazos arriba. No hay excusas.

Disimulando un gruñido, Nomi ordenó a sus temblorosos brazos que adoptaran la posición requerida.

—Ser elegida estatua viviente para una de las fiestas del Superior es un gran honor.

Cassia mantenía la complicada pose como si estuviera hecha de piedra. Sin temblar en absoluto. Nomi dejó caer otra vez el brazo. Los dedos habían pasado de hormiguar a estar completamente entumecidos. Mientras sacudía la

mano para activar la circulación sanguínea, vio que el guardia apostado en la puerta salía al pasillo. Segundos más tarde, la forma robusta de Marcos ocupaba su lugar.

Nomi abrió los ojos como platos. Marcos la miraba, con serenidad pero con intención. ¿Querría hablar con ella? ¿Sería eso?

Intentó sofocar el escalofrío que le provocó aquel rayo de esperanza. Había visto a Marcos media docena de veces durante el transcurso de la semana. Y era posible que su presencia allí no significara nada. Con todo, el latido del corazón se le aceleró cuando por fin Inés anunció:

—Ya basta por hoy.

El susurro de las telas y el murmullo de las voces inundaron lentamente la estancia. Maris abrió y cerró las manos. Cassia hizo algunas flexiones de cintura y repasó su sedosa cabellera rubia. Hubo chicas que se dejaron caer en una silla, agotadas, pero el cuerpo de Cassia parecía rebosar energía.

Nomi se masajeó la nuca con unos dedos que le seguían doliendo. Abandonó la estancia junto con las demás, y Marcos la siguió, silencioso como una sombra.

El hombre esperó a que se quedaran solos en el pasillo que daba acceso a las habitaciones y entonces le deslizó un objeto en la mano.

Una carta.

Nomi se quedó sin aliento. Escrito de puño y letra de Renzo, podía leerse «Para N., vía Trevi».

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Renzo.

—Su Eminencia le ruega que se reúna con él en la terraza. Esta noche — dijo Marcos en voz baja.

Nomi asintió, él la saludó con una reverencia y se marchó. La chica entró corriendo en su habitación. No sabía cuánto tardaría en aparecer Angeline. Le dio la vuelta a la carta para romper el lacre, pero descubrió que ya estaba roto.

¿La habría leído Asa?

La asoló un murmullo de aprensión, pero decidió ignorarlo. No le había pedido a Asa que no la leyera, y estaba segura de que Renzo habría seguido sus instrucciones y ocultado su identidad.

Abrió la carta con manos temblorosas.

Renzo le había escrito fragmentos de la historia sobre la luna y el hombre que se enamoró de ella. Aunque había detalles erróneos. Descifró el mensaje, pero le temblaban tanto las manos que apenas podía leer qué ponía.

Estaba en Bellaqua. La ayudaría. Solo necesitaba que le dijera qué tenía que hacer.

Y había firmado con una simple R.

Nomi se dejó caer en la cama, con la carta arrugada entre las manos, y rompió a llorar.

De alivio. De terror.

Faltaban solo dos días para el cumpleaños del Heredero.

Asa ya la estaba esperando cuando Nomi llegó a la terraza. De entrada no se cruzaron ni una palabra. Solo hubo manos hambrientas, bocas, calor y silencio. Ella lo abrazó como si, de alguna manera, Asa pudiera mantener a raya el recuerdo de su hermano.

«Te he elegido a ti», pensó mientras el chico recorría su mandíbula con besos ligeros como plumas.

«Esto es lo que deseo», se dijo, notando las manos de él estrechándole la cintura.

Pero Malachi no se alejaba de ella.

Asa se retiró.

—¿Nomi?

Ella mantuvo la cabeza apoyada contra su pecho unos instantes, abrazándolo. Respiró hondo. Cuando se consideró más tranquila, abrió una mínima distancia entre ellos.

—Has visto el mensaje de mi primo —dijo—. Se hospeda en el Fiore. Le escribiré y le explicaré lo que necesitamos que...

Asa negó con la cabeza.

—Mi padre me tiene todo el día corriendo por la ciudad para hacer recados relacionados con el cumpleaños de Malachi. Puedo ir personalmente y explicarle el plan.

Pensar en que Asa y Renzo se conocerían en persona la puso más nerviosa de lo que debería.

—Cuéntame de nuevo el plan —pidió.

Lo había repasado mentalmente miles de veces, pero quería oírlo de su boca. Necesitaba asegurarse de que no se había olvidado de nada. Asa le acarició los brazos, recorrió la fina seda del camisón, lo único que se interponía entre ambas.

—Después de la ceremonia, mi padre se retirará a una antecámara para descansar. Se trata de una estancia privada, con fácil acceso desde el salón de baile si sabes por dónde ir. Y allí tendrá lugar la trampa. No queremos que ningún guardia vea a nuestro hombre ni que intervenga demasiado pronto. Le hemos prometido a tu primo que no sufrirá ningún daño. Y seremos fieles a nuestra palabra.

—Y ¿cómo saldrá de allí? —preguntó Nomi.

Le gustaría poder ir a Bellaqua con Asa y ver a Renzo. Saber que su hermano estaba tan cerca, justo al otro lado del canal, era una locura. Lo echaba muchísimo de menos.

Asa le indicó que se acercasen a la barandilla.

—El salón de baile comunica con un patio. Puede perderse en la noche. Nadie sabrá jamás que estuvo allí.

—¿Y si llevara además una máscara? ¿Y... un arma?

A Nomi le daba mucho miedo que Renzo entrara en el *palazzo* armado, pero para que el engaño funcionase, algo tendría que utilizar.

Asa asintió.

—Me aseguraré de que disponga de todo lo necesario. Le he conseguido una invitación, así nadie lo interrogará cuando llegue. —Le estampó un beso en la frente—. Y tú, flor, ¿estás preparada para tu siguiente misión?

—He escrito la carta, pero Malachi no ha solicitado aún mi presencia en su alcoba. No sé si...

—Lo hará —la interrumpió Asa con una sonrisa—. Antes de que llegue el gran día, querrá reunirse a solas con todas sus Gracias al menos una vez más. Le sugeriré que te invite a sus aposentos para jugar a «Santos y marineros». Lo único que tendrás que hacer será esconder la carta en su habitación.

Nomi asintió sin despegar la cabeza del pecho de Asa. Estaba muy cansada. Tenía la sensación de no haber dormido del tirón desde su llegada al *palazzo*.

—Siento mucho que tengas que correr ese riesgo —continuó Asa—. Si mi escritura fuera menos reconocible, podría encargarme yo de esa parte.

Nomi se enderezó para poder ver su expresión.

—Ambos tenemos que correr riesgos —dijo—. El plan es tan tuyo como mío.

—Y merecerá la pena, al final —aseguró él, y el brillo astuto regresó a su mirada—. Cambiaremos por completo este país.

—Y salvaremos a Serina —añadió Nomi.

—Y salvaremos a Serina. —Le acarició la mejilla—. Y tú también serás libre. De mi hermano y de las obligaciones que él pueda imponerte.

Nomi se dijo que todo estaba conforme. No había nada más que decir. Pero, aun así, no conseguía deshacerse por completo de las pequeñas dudas que la acechaban.

—Asa, tu hermano dejó un libro en mi habitación. Una prueba para ver si sabía leer.

Asa se quedó inmóvil y su cuerpo se tensó.

—¿Se lo confesaste?

—No —respondió ella—. Por supuesto que no.

—Bien.

Pero Asa no se relajó.

—Creía que me lo habías regalado tú —explicó Nomi—. Es un libro sobre la historia de Viridia. Sobre... sobre las reinas.

Cuando Asa volvió a mirarla, la luz de la luna iluminó sus ojos con una repentina intensidad. Su expresión recordaba mucho a la de su hermano.

—Malachi te está manipulando, Nomi. Está intentando ganarse tu confianza para poder utilizar contra ti las cosas que amas.

Nomi se quedó sin aliento.

—No te fíes de él —continuó con urgencia—. Te castigará, igual que nuestro padre a Serina. Ya lo ha hecho otras veces, Nomi.

—¿Qué quieres decir...?

—No confíes tu secreto a nadie —la cortó Asa—. No es seguro.

Nomi presionó la cara contra el pecho del muchacho. La vergüenza corría por sus venas. Había empezado a preguntarse si se había equivocado con Malachi, pero lo que acababa de oír forjaba en hierro su opinión.

Y el destino del Heredero.

—Imagínate —murmuró Asa, y Nomi notó el calor del aliento contra su cabello—. Pronto dará igual que sepas leer. Garantizaremos que todas las mujeres puedan aprender. No habrá más Gracias. Todas podrán elegir libremente su destino.

Las palabras de Asa fueron como un hechizo que la ataba para siempre a él, a su visión de un futuro por el que ella daría cualquier cosa.

—Eso es lo que deseo, Nomi. —Volvió a besarla en la coronilla—. Y tenerte a mi lado como mi reina.

# TREINTA Y TRES

## SERINA

Serina se zarandeaba a merced del oleaje.

A veces, las olas llegaban envueltas en fuego, y se quemaba.

Una mano fría en la frente. El calor del sol en la mejilla.

Le entraba agua en la boca.

La noche aterciopelada y el rostro de Nomi... No. Su hermana se había perdido. Cuando el fuego se apaciguó y el mundo cobró sentido poco a poco, Serina descubrió a Val a su lado.

—¿Qué... qué estás...?

Las palabras le arañaban la garganta. Parpadeó, aturdida, sin dejar de sentir la presión de la oscuridad.

Val le acercó a los labios el metal frío de una cantimplora.

—Tranquila —dijo—. Veo que has intentado convertirte en una chica muerta de verdad. Y me alegro de que no lo hayas conseguido.

Serina se pasó la lengua por los labios agrietados.

—¿Qué ha pasado?

Recordaba una pelea, un destierro. El rostro inexpresivo de Bruno en la oscuridad.

Un disparo.



—Bruno estuvo a punto de matarte —le explicó Val. Su cara, normalmente bien afeitada, lucía una barba oscura, y su cabello rizado estaba aplastado, como si hubiera dormido de lado. Sin embargo, parecía que hubiese pasado la noche en vela. Estaba muy pálido, tremendamente ojeroso—. La bala solo te rozó, pero te diste un golpe en la cabeza al caer. Has pasado varios días medio inconsciente. No sabía cómo... La verdad es que no tengo mucha experiencia con este tipo de lesiones, pero la herida de bala se está curando bien.

Serina cambió de posición y esbozó una mueca de dolor al llevarse la mano al costado.

—Pues duele como si no estuviera bien.

Val sonrió.

—No me cabe duda. Pero estás viva.

—Gracias —musitó Serina—. Me has salvado.

El resplandor del fuego permitió ver como Val se ruborizaba.

Empezó a evaluar su entorno a medida que se le fue despejando la cabeza. Paredes de piedra, una pequeña hoguera, el débil sonido de las olas. Se encontraba en su cueva, en la playa. Estaba tumbada en un fino camastro, con la chaqueta del uniforme de él a modo de manta. Val estaba sentado en otro camastro, a su lado.

El guardia vio que Serina observaba la cueva.

—Primero te busqué por los acantilados y luego recordé que habíamos hablado sobre las playas de la costa este. Mis rondas cubren solo la zona occidental de la isla y por eso, para no levantar sospechas, no pude venir enseguida. Siento haber tardado tanto.

Serina meneó la cabeza y esbozó otra mueca. Tenía un dolor sordo y constante en el cráneo, y cada vez que se movía, el cerebro le echaba chispas. Que Val hubiera ido a verla era suficiente. Más que suficiente.

De no haber aparecido, seguramente estaría muerta.

El chico volvió a acercarle la cantimplora y la ayudó a beber un par de tragos.

—Cuando creas que puedes comer, te daré un poco de pan que he traído. Aunque está seco.

Serina se quedó mirándolo, perpleja y confusa.

—Has venido preparado.

Val se encogió de hombros.

—No sabía en qué estado te encontraría. He traído los camastros, un botiquín de primeros auxilios, comida y agua... Solo lo básico.

—¿Estás aquí desde la noche en que Bruno...?

Se le cerró la garganta.

Val asintió.

—Ya tenía decidido que no podía esperar más para salir en tu busca cuando oí que Bruno hablaba sobre las playas del este. Lo seguí a cierta distancia, para que no se percatara de mi presencia. Aunque demasiado lejos. No conseguí llegar a tiempo —dijo, y una sombra cruzó sus facciones.

—¿Qué le pasó a Bruno? —preguntó Serina.

Val le tocó la frente con el dorso de la mano, animado. Pero no respondió.

—Lo maté —dijo Serina, mirándolo.

—Hiciste lo que debías. Si no, te habría matado él.

—¿Sigue... por ahí?

«Que esté en la playa, pudriéndose al sol», suplicó su imaginación.

Val negó con la cabeza.

—Se dio un buen baño. Los tiburones se lo agradecieron mucho.

—Llevas días aquí. ¿Y el comandante Ricci? ¿No ha enviado a nadie en tu búsqueda? No puedes abandonar tu puesto. ¿No te castigará?

Val se encogió de hombros.

—Era un puesto espantoso. Me alegro de haberme librado de él. Y si me encuentra, no puede castigarme.

—¡Val! —exclamó ella horrorizada.

—No estaba dispuesto a dejar que te murieras —dijo, mirándola como si no fuera una gran revelación.

Pero lo era. ¿Se había puesto en peligro y había abandonado su puesto por ella?

Serina abrió la boca, pero no sabía qué decir. Val, sin embargo, se encargó de llenar el silencio.

—El comandante nos envió en tu busca. Traté de mantener a los demás alejados de aquí.

Serina notó que le calaba los huesos un frío pegajoso.

—Tenía entendido que nadie se preocupaba por las desterradas.

—Creo que quiere utilizarte a modo de ejemplo. Ricci se puso furioso cuando te rendiste. Convocó a las líderes de los equipos y las amenazó. No quiere que vuelva a ocurrir. —La ayudó a sentarse y le pasó un panecillo pequeño que sacó de la bolsa—. Ya es hora de que empieces a comer algo. Estás temblando.

Con cierta vacilación, Serina dio un mordisco. Al ver que podía tragar el pan sin problemas, devoró las tiras de carne seca que Val le dio a continuación. Los temblores se apaciguaron un poco.

¿Cuándo habría hablado el comandante Ricci con las líderes de los equipos, antes o después de que ella se reuniese con Raja?

Val echó otro tronco al fuego. El movimiento le llamó a Serina la atención. Se quedó observándolo unos instantes, intentando comprenderlo.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué te has quedado aquí?

Val respondió sin mirarla.

—Ya te lo he dicho. Porque no quería que murieras.

Pero la respuesta no dejó satisfecha a Serina.

—¿Hasta el punto de estar dispuesto a poner tu vida en peligro? Has abandonado tu puesto. Has ayudado a una prisionera. Te perseguirán. No lo permitirán, Val. Te has colocado un blanco en la espalda. ¿Por qué?

Cuantas más vueltas le daba, más inconcebible le parecía. Val se apartó de la hoguera y se arrodilló delante de Serina. Le cogió las manos.

—Tu vida vale todo eso y más, Serina. Tal vez no te lo creas, pero es la pura verdad. Pensé... —Por primera vez, vio incertidumbre en su mirada—. Pensé que entre nosotros había algo que tal vez justificara que luchásemos el uno por el otro...

El beso.

El beso que le dio pensando: «Creo que voy a morir, ¿por qué no?».

Serina sabía cómo tenía que comportarse cuando un hombre la deseaba; debía ser obediente, sumisa, conformista. Pero ahora llevaba semanas luchando por desaprender todo lo que sabía del mundo. Oráculo le había enseñado que allí la moneda de cambio era la fortaleza. Y Serina quería creer

que por fin había encontrado la suya.

—Te agradezco mucho que vinieras en mi rescate —dijo en voz baja Serina, y se obligó a mirarlo a los ojos—. Pero no sé aún qué hay entre nosotros, si es que hay algo. Y... necesito tiempo para averiguarlo.

Esperaba que se enfadase. Esperaba que le dijera que se lo debía. Se preguntó si acabaría forzándola como pago por el sacrificio que había hecho por ella.

Pero Val se limitó a aumentar la presión sobre sus manos.

—Lo entiendo.

La luz de la hoguera iluminaba su rostro con claridad, y Serina no descubrió enojo en su mirada, ni siquiera decepción. Val le soltó las manos y se acercó otra vez al fuego. Ella experimentó un deseo irracional de seguirlo, de abrazarlo, de abandonarse a él.

Pero se mantuvo firme.

—Eres tan distinto... —reflexionó.

—¿De los demás hombres? —inquirió él, mirando por encima del hombro.

—Sí.

Las lenguas de fuego lamían el montoncito de leña y hojas que Val había dispuesto y que ahora miraba fijamente.

—Justo antes de que yo naciera, mi padre formó parte de una delegación comercial que se desplazó hasta Azura. Siempre comentaba que aquel viaje le sirvió para abrir los ojos y entender lo retrógrada y opresiva que era Viridia. Por eso, mi madre y él intentaron hacer algo al respecto. Pusieron en marcha una escuela secreta para niñas. La instalaron en el sótano de casa. Supongo que soy diferente por lo que mis padres me enseñaron. Por cómo me criaron.

Antes de que a Serina le diera tiempo a contestar, Val se levantó para coger su bolsa y volver a sentarse delante de ella.

—Hay que cambiarte el vendaje —dijo, sacando el botiquín de primeros auxilios.

Con cuidado, Serina se bajó el hombro de la camiseta y, sin decir nada, Val le cambió el apósito que cubría la herida de bala y le aplicó un ungüento en el corte del brazo.

—¿Los pillaron? —preguntó en voz baja Serina.

—A la primera que se llevaron fue a mi madre —respondió Val, sin levantar la vista del brazo pese a haber terminado ya las curas—. Uno de los padres de las niñas que acudían a la escuela descubrió que su hija estaba aprendiendo a leer y los delató, y también a su esposa. Mi padre intentó impedir que se llevaran a mi madre, pero le dieron una paliza. Lo dejaron inconsciente delante de mí.

A Serina se le encogió el corazón. La historia de Val era insoportable, con aquella forma tan indiferente de contarla, por mucho que todo su cuerpo estuviera tenso.

—Dos días más tarde, vinieron a por él. Jamás volví a verlo. Supongo que lo mataron.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó Serina sin levantar la voz.

—Catorce. —Val centró su atención en la hoguera—. Tardé dos más en averiguar dónde estaba mi madre y otro para conseguir pagarme una nueva identidad. Seis meses después me destinaron a este puesto. Pero por entonces, ella ya se había ido. De eso hace tres años.

A Serina le costaba respirar.

—Tu madre fue la del acantilado. La que saltó.

Val asintió.

—¿Cómo averiguaste lo que le pasó? —preguntó, con el corazón encogido.

Val sonrió.

—Me lo contó Oráculo. Se acordaba de ella. Cuando mi madre llegó a la isla, era demasiado mayor para luchar y decidieron que enseñaría a leer a las chicas de la Cueva. No tenían ni papel ni libros, evidentemente, pero consiguió apañárselas con un trozo de carbón y una piedra. Pensaba contribuir de aquella manera, pero después de ver un par de peleas... no quiso quedarse.

Serina recogió las rodillas contra el pecho y miró el fuego.

—Lo siento mucho, Val —murmuró.

Él se rascó la nuca.

—Ninguno de los carceleros conoce mi historia. Creen que si me presento voluntario para llevar las raciones a los equipos es porque quiero demostrarles mi valía, ya que soy el más joven. Con ellos me comporto con

tanta brusquedad y de un modo tan asqueroso como cualquiera. Nunca se han cuestionado mi identidad. Pagué mucho dinero para borrar toda relación con mis padres y con su... escándalo.

—Y ¿por qué seguiste aquí después de enterarte de lo que le había pasado a tu madre? —preguntó Serina—. Podrías haber regresado al continente. Encontrar otro trabajo, casarte...

Val golpeó el suelo con un palo.

—No podía dejar de pensar en las familias que estas mujeres dejaron atrás. Empecé a hacer rondas, convencí a unas cuantas chicas para que no saltaran. —Respiró hondo, la voz le temblaba—. Ver morir a tanta gente es muy duro. Cada vez que llega una barca, me digo: «Esta vez me voy, seguiré con mi vida». Pero nunca lo hago. Siempre aparece otra presa que se acerca a los acantilados, como hizo en su día mi madre. Siempre hay otra chica que aparece en la sala de admisiones tan asustada que no puede ni respirar.

Levantó la vista hacia Serina y, por un instante, lo único que se oyó fue el crepitar de la hoguera.

—Me alegro de que pensaras que merecía la pena salvarme la vida —dijo Serina.

—Merece la pena salvar la vida a cualquier mujer —afirmó Val, haciendo un mohín—. Pero tú pareces especialmente necesitada.

Serina le dio un rodillazo, como le hacía a Renzo cuando se reía de ella. Pero el calor que le inundó el vientre cuando lo miró era completamente distinto. Val arrojó el palo al fuego y salieron chispas.

Serina cerró las manos. No debería ser necesario que la salvaran. Ni a ella ni a ninguna otra mujer.

—El comandante Ricci sabe que tiene un sistema precario —dijo Serina—. Por eso quiere utilizarme a modo de ejemplo para las demás. Si nos uniésemos, si le plantáramos cara...

—Moriríais muchas —terminó Val.

—Pero no las suficientes como para detenernos —puntualizó Serina.

Jamás se habría imaginado, antes de llegar allí, que consideraría derramar sangre. Desatar una revolución.

—No las suficientes como para detenerte a ti —la corrigió Val.

Serina se quedó mirándolo, sorprendida.

—¿Estás de acuerdo conmigo?

Él la miró directamente a los ojos. La luz de la hoguera le iluminaba la piel.

—Creo que las mujeres de esta cárcel, de este país, acabarán sublevándose. Mi padre siempre decía que la opresión es un estado finito, un peso con el que se carga hasta que resulta insoportable. Y entonces es cuando intentas librarte de él. No sin combates, no sin dolor, pero él creía que el peso siempre, siempre, tenía que combatirse y superarse. Y no era el único que intentaba cambiar las cosas.

Serina pensó en Nomi y en Renzo, en su oposición a los estrictos dictados que gobernaban su vida. Respiró hondo.

—Mi hermana sabe leer.

Nunca lo había confesado en voz alta.

Val se inclinó hacia ella.

—De pequeños, Nomi convenció a mi hermano para que le enseñara. Se lo escondieron a nuestros padres, pero yo estaba al corriente. Nomi siempre me leía. Me preguntaron si yo también quería aprender, pero me negué. —Tragó saliva, pensando en aquellos tiempos, rememorando los secretos que compartían—. Ojalá les hubiera dejado que me enseñaran.

—¿Por qué no quisiste aprender? —preguntó Val, echando otra rama al fuego.

—Porque me estaba formando para ser Gracia y ya tenía demasiadas clases. Además..., me daba miedo. Mi deber consistía en defender la imagen de mujer ideal que quería el Superior. Aprender a leer iba en la dirección opuesta.

Serina bajó la vista hacia sus manos, llenas de arañazos, y hacia su piel bronceada. Le costaba reconocer en quién se había convertido.

—Vi tus papeles de ingreso —dijo Val—. Imaginé que eras una Gracia. Y el crimen que ponía que habías cometido era el de leer. ¿Qué pasó?

—Fue un error. Nomi tenía un libro. —Ni siquiera ahora se veía capaz de reconocer que su hermana lo había robado—. Nos encantaba de pequeñas. Yo lo sostenía en las manos y estaba recitando de memoria uno de sus relatos

cuando entró en la habitación la Primera Gracia. Dio por sentado que estaba leyendo, y luego todo se desarrolló a gran velocidad.

No le había contado aquello a nadie. Ni siquiera a Jacana. Oráculo sabía que su hermana había sido elegida Gracia, pero nunca le había preguntado por qué la habían enviado a Monte Ruina. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y le costaba respirar.

—No sé si la salvé. Quería ayudarla, pero al dejarla en el palacio sola con el Superior y su hijo..., tal vez le aseguré un futuro mucho peor que el mío.

Val le tendió una mano, tanteándola, y le frotó la espalda.

El contacto pudo con ella. Se inclinó hacia él y él se aproximó hasta que quedaron sentados el uno junto al otro, abrazándose. Serina descansó la cabeza contra su pecho y lloró. Val la consoló como si fuese una niña. De pronto, las últimas semanas pasaron como un rayo ante sus ojos, pesadilla tras pesadilla, escenas demasiado horribles para ser reales.

Acabó por calmarse. Le escocían los ojos y los notaba hinchados. Le seguía doliendo la cabeza. En el exterior de la cueva, el cielo empezaba a clarear, preparándose para el amanecer. Le dolía todo el cuerpo, hasta los huesos.

¿Cómo era posible que añorar su casa resultara más doloroso que una herida de bala?



# TREINTA Y CUATRO

## NOMI

—No puedo creer que el cumpleaños del Heredero ya sea mañana —dijo Maris mientras paseaba con Nomi por un pequeño jardín próximo al palacio. Inés les había dado permiso para salir a tomar un poco el aire. A causa de la celebración que tendría lugar al día siguiente, estaban tan irritables como inquietas—. Espero que Cassia haga realidad sus deseos.

Nomi también estaba preocupada. La jornada terminaría con Asa como nuevo Heredero o con ella sometida a los caprichos de su hermano y el futuro de Serina colgado de un hilo.

«Nuestro plan funcionará», se tranquilizó por enésima vez. Deseaba volver a ver a Asa antes de la fiesta. Pero el chico se encontraba en Bellaqua. Tal vez estuviese hablando con Renzo en aquel mismo momento.

Y, además, Malachi aún no la había convocado. ¿Qué pasaría si no solicitaba su presencia antes de mañana? Asa estaba seguro de que lo haría, pero si no conseguía esconder la carta en sus aposentos, todo se pondría en tela de juicio. La carta era clave para vincular a Malachi con la trama. Sin ella, no habría prueba de que el Heredero estaba implicado y se empezarían a buscar otros sospechosos.

Nomi sintió un nudo en el estómago.

—Sobreviviremos —dijo Maris, malinterpretando la preocupación de Nomi—. A medida que pasen los años y vaya eligiendo más Gracias, lo veremos menos. Tendremos un poco más de libertad.

Maris cargaba con su pena como si fuese una cadena de hierro: siempre estaba presente, siempre la arrastraba. Le había dicho que se sentía responsable de lo que le hubiera pasado a Helena, y no saber qué era la consumía a diario.

Nomi cogió a su amiga del brazo.

—Tal vez llegue un día en el que nuestra vida sea algo más que supervivencia. —Por eso arriesgaba tanto. Porque Serina no se merecía estar en la cárcel... ni ninguna mujer—. No somos seres inferiores, Maris —dijo con voz temblorosa—. Algún día, las cosas cambiarán. Lo sé. Conseguiré que así sea.

Maris le dio unos golpecitos tranquilizadores en la mano.

—Yo ya no me permito fantasías de ese tipo... Mi padre utilizó su crueldad con gran tino. —Pero entonces, su mirada se volvió más directa, se centró en la expresión de Nomi, en la fuerza de su convicción—. Porque estás hablando de fantasías, ¿no?

—Por supuesto. —Nomi apartó la vista—. No es nada. Elucubraciones.

Maris tiró de ella para que dejara de andar y la obligó a volverse.

—¿Qué estás planeando?

—Nada —negó Nomi, pero jamás había sabido disimular; aquella era el arma de Serina, no la de ella.

—En palacio no hay nadie de confianza —dijo Maris en voz baja—. Las Gracias del Superior hablan entre ellas, hay espías por todas partes, gente controlándolo todo. Aquí, nada es lo que piensas, Nomi.

—Lo que pienso es que nos merecemos más —susurró—. Nos merecemos ser libres.

Maris se quedó mirándola un buen rato y el sentimiento de derrota que reflejaban sus ojos fue transformándose poco a poco en una fe desesperada e involuntaria. Meneó la cabeza, como si quisiera despertarse de un sueño.

—Ten cuidado. Por favor, ten mucho cuidado.

—¿Que tenga cuidado con qué? —dijo una nueva voz, potente y descarada,

sumándose a la conversación.

Nomi se sobresaltó. Tenía la culpa escrita en la cara, clara y transparente. Cuando se volvió, vio que Cassia se acercaba por el sendero flanqueado por setos. ¿Qué habría oído?

La chica se colocó detrás de los hombros su melena rubio platino.

—¿Que tenga cuidado con qué? —volvió a preguntar, enarcando una ceja.

Maris fue la primera en recuperar la compostura.

—Con el Heredero, por supuesto. Mañana.

Cassia se humedeció los labios con la lengua.

—Me imagino que no se os habrá pasado por la cabeza que os elija a una de vosotras para pasar la noche, ¿no? La Primera Gracia seré yo, ya lo veréis.

—¿Qué querías? —preguntó Nomi, esforzándose por no esbozar una mueca de exasperación.

Cassia se encogió de hombros y su vaporoso vestido de color lavanda se onduló un poco con la brisa.

—El Heredero ha solicitado vernos hoy a todas. Yo ya he ido. Ahora te toca a ti, Nomi.

«Eso es: los últimos preparativos.»

Nomi se estremeció de puro nerviosismo.

—Gracias —dijo.

Miró una vez más a Maris, suplicándole que tuviera fe. Y se dirigió a palacio, convenciéndose a sí misma de que también debía tenerla.

El emisario del Heredero acompañó a Nomi por un largo pasillo embaldosado que finalizaba en la puerta decorada con motivos de peces saltando fuera del agua. Con una pequeña reverencia y mariposas en el estómago, entró en la estancia. Presionó un instante contra su pecho la bolsita que llevaba en la mano.

Malachi la esperaba en la terraza. Nomi se acercó a él, aunque a una distancia suficiente para no entrar en contacto físico. La gente paseaba por la *piazza* entre los puestos del mercado. Se imaginó a Renzo por las calles y no pudo evitar buscar con la mirada su mata oscura de pelo, su figura alta y sus

zancadas desgarradas.

—Estás preciosa —la halagó Malachi.

Nomi recibió el cumplido con una reverencia y su brillante vestido gris emitió un suave frufú.

—Gracias, Eminencia.

Se recordó que tenía que mostrarse agradable, guardar la rabia para sus adentros. No podía correr el riesgo de que Malachi la invitara a marcharse sin haber tenido tiempo para esconder la carta. No era el momento de levantar sospechas.

Malachi se volvió para señalar la puerta cerrada que había justo delante de su dormitorio.

—Acompáñame, por favor —pidió, y echó a andar.

Nomi se quedó sin aliento cuando el Heredero abrió la puerta. Tenía su propia biblioteca, con estanterías que ocupaban las paredes desde el suelo hasta el techo, ventanales con vistas a Bellaqua y varios sillones de cuero. En una mesa de centro de madera de primera calidad había una baraja de cartas, dos copas heladas de zumo de naranja y un plato con galletitas en forma de estrella cubiertas con un glaseado amarillo.

Nomi se acercó a la librería que le quedaba más próxima. Estaba abarrotada de tomos encuadernados en piel con títulos como *Festival de cadáveres* y *Las flaquezas de Finnigan Hawk*.

—¿Te apetecería jugar una partida de «Santos y marineros»? —preguntó Malachi amablemente.

Nomi se volvió hacia él, ruborizándose.

—Por supuesto, Eminencia. Me encantaría.

Malachi rio a carcajadas.

—Creo que es lo que menos te apetece en este momento.

Nomi se mordió el labio. Nunca lo había oído reír. Las carcajadas suavizaban tanto sus rasgos duros como el brillo oscuro de sus ojos. Así parecía más joven.

—Si antes no hubiera tenido mis sospechas, las habrías despertado a buen seguro ahora —dijo, casi con cautela—. No permitas nunca que la gente te vea rodeada de libros. Tu deseo te delata.

Nomi respiró hondo y la sensación de pánico empezó a llenarle el pecho.

—No sé a qué se refiere.

La sonrisa de Malachi se desvaneció.

—No me mientas.

—Lo siento, yo... yo... —tartamudeó, con la advertencia de Asa resonándole en los oídos.

El Heredero se acercó a Nomi.

—Mientes porque tienes miedo. Pero no te castigaré, siempre y cuando seas sincera.

—No como a mi hermana —contraatacó Nomi, que empezaba a calentarse por dentro.

—Tu hermana no era mi Gracia —dijo, y añadió—: Y fue decisión de mi padre. Yo no tuve nada que ver.

—Pero imagino que usted habría hecho lo mismo. —El pulso le latía en las sienes. Le habría encantado despellejarlo—. Dejó ese libro en mi habitación para tenderme una trampa. Quería que yo...

—Fue una prueba, no una trampa.

Los ojos oscuros de Malachi tenían una mirada que Nomi no alcanzaba a entender. Le resultaba imposible apartar la vista, igual que fue incapaz de impedir que las palabras salieran a continuación de su boca.

—Me regaló un libro que habla de las mujeres que reinaron en este país. De una historia que nadie nos ha contado jamás. ¿Por qué lo hizo, si no fue por eso?

—Ah —dijo Malachi. Su expresión se relajó—. Sabía que confesarías con eso.

La desesperación se apoderó de Nomi. Había mordido el anzuelo. Ahora, el Heredero sabía que lo había leído. Inspiró hondo y se preparó para recibir una descarga de cólera. Pero no estaba lista para la sonrisa que Malachi esbozó.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué quería que yo supiera leer?

La expresión de Malachi se ablandó.

—Pensé que si sabías leer, confirmaría mis sospechas.

—¿Cuáles? —preguntó Nomi, con el corazón retumbándole en el pecho.

—Pensaba que eras atrevida. Persistente. Y ahora sé que estaba en lo cierto. Tal vez no me creas, pero admiro tu coraje.

Nomi se ruborizó, incrédula. Asa le había dicho que su postura desafiante enfurecía a su hermano, no que lo atrajese.

—Y ¿piensa decírselo a su padre?

—Por supuesto que no —respondió Malachi—. Pero ahora lo sé, y eso me proporciona un placer enorme.

Nomi se quedó sin saber qué decir. Malachi movió la cabeza en dirección a la bolsa que llevaba ella.

—¿Más regalos?

La chica hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Es su libro.

—Podrías habérselo entregado a la Primera Gracia. Ella te lo dejó en la habitación para que lo encontraras.

—¿Inés? ¿Su madre?

¿La mujer que había advertido a Nomi de que debía acatar las reglas? ¿La que había delatado a Serina por el mismo crimen? La idea de acudir a ella estuvo a punto de arrancarle una carcajada de incredulidad.

Malachi apartó la vista.

—Sí, mi... madre.

La pausa llamó la atención de Nomi. Pensó entonces en lo que Cassia había comentado, que las Gracias no se ocupaban de criar a sus hijos.

—¿Nunca piensa en ella como tal?

—¿Como mi madre? —Malachi cerró las manos en puños, una sola vez, brevemente, y a continuación se relajó—. No, la verdad es que no. Pero... confío en ella. Jamás le contaría a mi padre lo del libro.

Que ahora estaba en la bolsa que Nomi estrechaba contra su pecho. Con el corazón en la garganta, preguntó:

—¿Me permite devolverlo a su estantería?

Malachi hizo un gesto de asentimiento y tomó asiento en un silloncito que había junto a la mesa, dándole a Nomi la espalda. Ella se quedó mirándolo unos instantes, totalmente confusa. Acababa de confirmar que sabía leer y... ¿ya está? ¿De verdad no iba a llamar a los guardias?

Recordando la misión que tenía entre manos, aprovechó la oportunidad y corrió a sacar el contenido de la bolsa. Dejó el libro en una estantería y la carta entre dos tomos, justo en el estante de encima, dejando que asomara tan solo una pizca. No lo suficiente para que Malachi se percatase de su presencia, pero sí lo bastante para que Asa la viera cuando entrara con los guardias a registrar los aposentos de su hermano.

Nomi respiró hondo y se alejó de la librería. Estaba hecho.

—¿Una partida? —ofreció mientras barajaba.

—Por supuesto —aceptó ella, obligando a su musculatura a relajarse por mucho que estuviera buscando con desesperación una excusa para marcharse de allí ahora que había cumplido con su misión.

Tomó asiento delante de él mientras disponía las cartas bocabajo. La baraja tenía imágenes de marineros verrugosos y con la nariz torcida, sirenas con labios color carmín, soldados de uniforme y santos con expresión serena. Además contenía dos cartas donde todos los personajes estaban enlazados entre sí de forma sugerente. Si se jugaba una de esas, la partida tenía que reiniciarse. Cassia las llamaba las «cartas de la orgía».

El objetivo era acabar solo con cartas de santos o de marineros. Preferiblemente de santos.

Nomi observó su mano. Jamás había visto ilustraciones tan elaboradas. Las imágenes de la baraja de Renzo eran simples y toscas, pero aquella tenía unos detalles preciosos: los ojos de la sirena transmitían una seducción asesina, la cara del santo, mirando al cielo, era beatífica.

Aunque el santo no daba la impresión de conocer todas las respuestas. Parecía seguir buscándolas.

Nomi no podía parar de mirar de reojo al Heredero. ¿Se había esforzado tanto para confirmar que sabía leer por pura satisfacción personal o formaría parte de su manipulación?

Su situación era más precaria que nunca. Había muchísimas cosas que no entendía.

—Quiero enseñarte a montar —dijo Malachi de pronto, sorprendiéndola de nuevo.

El Heredero jugó una sirena sin mirarla, aunque a Nomi no le pasó por alto

el rubor que ascendía por su cuello.

—No sé, Eminencia —titubeó ella—. Los caballos de la carrera eran enormes. Me parecieron aterradores.

Malachi hizo un mohín.

—Hay una diferencia inmensa entre montar un poni por los jardines y correr en el Premio Belaria.

—Sí, por supuesto —murmuró Nomi, jugando su sirena.

—Aquella noche te vi hablando con mi hermano.

Nomi levantó rápidamente la vista, pero descubrió que Malachi estaba concentrado en sus cartas.

—¿Estaba, acaso, obsequiándote con el relato de su milagrosa victoria?

—Lo mencionó, sí —reconoció Nomi.

Malachi jugó un soldado y robó otra carta.

—Disfruta siendo el centro de atención. De cualquier tipo, en realidad. Creo que por eso se ha presentado voluntario para las clases de baile. —Levantó brevemente la vista hacia ella, antes de concentrarse de nuevo en las cartas—. Le encanta jugar al héroe caballeroso.

—¿Voluntario? Si me dijo que su padre lo obligó —dijo muy despacio Nomi.

—¿Ah, sí? —inquirió Malachi, levantando una ceja.

—¿Insinúa que no es verdad? —preguntó Nomi, poniéndose de pronto muy nerviosa.

Malachi no respondió.

—A lo mejor usted está celoso de la atención que él recibe, Eminencia —soltó Nomi, más mordaz de lo que pretendía ser.

—¿Celoso? —Levantó de nuevo la vista, sorprendido esta vez—. No, no es eso. —Hizo una pausa, y Nomi esperó con curiosidad lo que pudiera decir a continuación—. De que participara en el Premio Belaria, sí. Entonces me puse verde de envidia. Yo también quería correr, pero mi padre no me dejó.

—Y después de su victoria.

—Su victoria sí que no despierta en mí sentimiento alguno.

—¿Por qué? —preguntó Nomi.

Jugó un santo, pero no estaba prestando mucha atención a la partida. La



tensión le recorrió los hombros y descendió luego por su espalda. No estaba segura de si le apetecía conocer la respuesta.

Malachi estrujó las cartas que tenía en la mano.

—La noche de la carrera, fui a desearle buena suerte a Asa en los establos, pero lo oí ordenar a un mozo de cuadras que saboteara a los demás jinetes. Aquel año murieron más hombres y caballos de lo habitual... Hubo muchas sillas rotas.

Nomi contuvo un grito. Era imposible que Asa hiciera eso. Malachi tenía que estar confundido. El color de las mejillas del Heredero se oscureció.

—Después, Asa acusó a aquel mozo no recuerdo exactamente de qué y lo condenaron a muerte. Creo que no quería que nadie cuestionase su victoria.

Nomi sintió un escalofrío y se le puso la piel de gallina.

—Eso que cuenta es espantoso —dijo en voz baja.

Intentó casar aquella historia brutal con el hombre amable al que estaba conociendo, pero era imposible. ¿Estaría mintiéndole Malachi? ¿Se habría dado cuenta de que albergaba sentimientos por Asa y trataba de debilitarlos?

—Lo siento —dijo él, lanzándole una tímida sonrisa—. Nunca le había contado esto a nadie.

—Y ¿por qué no se lo dijo a su padre? —preguntó ella—. Tal vez... su hermano debería haber sido castigado, ¿no?

Malachi se encogió de hombros.

—Tendría que habérselo comentado, supongo. Pero es mi hermano. Me callé. Eso es todo.

—¿Están muy unidos Asa y usted? —preguntó Nomi, mirando fijamente las cartas que tenía en la mano hasta que la imagen se volvió confusa.

—No —respondió Malachi de forma escueta, y jugó una carta de la orgía—. Lo estábamos, pero después de aquello me costó mucho seguir respetándolo.

Nomi experimentó una oleada de calor febril. La sangre corría a toda velocidad por sus venas, se sentía mareada.

—No me imagino cómo sería tener una relación así con mi hermana. Sin ella me siento perdida.

Nomi dejó en la mesa sus santos: había ganado la partida. Las lágrimas le

escocían en los ojos y amenazaban con emerger. Todo lo que había hecho, todos sus planes con Asa, eran para salvar a Serina. Si la historia de Malachi era cierta, si el chico había utilizado a aquel pobre mozo de cuerdas para luego eliminarlo sin pensárselo dos veces... Le costaba creerlo. Pero si había sucedido de verdad...

¿Cómo confiarle a Asa la vida de Renzo?

Y si no podía hacerlo, ¿cómo conseguiría salvar a Serina?

No soportaba seguir ante la presencia del Heredero. Sus ojos oscuros, los perfiles afilados de su cara, la extraña fascinación que parecía sentir por ella, la confusión que le provocaba cada vez que lo miraba a los ojos. Todo lo que había dicho sobre su hermano, sobre ella... Era demasiado.

—Lo siento, Eminencia —se excusó con voz temblorosa—. No me encuentro muy bien. ¿Me permite retirarme?

—Por supuesto —concedió Malachi. Se levantó y fue a cogerla. Ella se retiró rápidamente—. Siento haberte provocado este malestar —dijo, y luego añadió alguna cosa más, aunque ella no lo oyó.

Ya había cruzado el umbral.

# TREINTA Y CINCO

## SERINA

Serina emergió de una pesadilla, con los puños cerrados y el corazón resonándole con fuerza en los oídos. Alguien la había cogido del brazo.

—Soy yo —dijo Val, y la soltó—. Tenemos que irnos.

Serina se recompuso lentamente. El sol estaba ya en lo alto del cielo. Había dormido toda la mañana, acurrucada en las sombras de la cueva. Él ya se había colgado la correa de su bolsa al hombro.

—¿Adónde vamos?

Serina se apartó el pelo enmarañado y sucio de la frente y esbozó una mueca a causa del dolor que todavía sentía en el hombro.

Val miró hacia la playa.

—Es solo cuestión de tiempo que los carceleros nos localicen, y creo que estás lo bastante bien para ponernos en marcha. Nos vamos de esta isla.

Serina se quedó mirándolo, boquiabierta.

—¿Qué?

—Ya te conté que mi intención era salvar a mi madre —explicó Val—. No irás a creer que vine a Monte Ruina sin un plan.

Esbozó una media sonrisa que apenas le alcanzó los ojos. Serina se incorporó lentamente, con las piernas aún muy débiles. No podía creer lo que

estaba oyendo.

—¿Por qué no me lo comentaste anoche?

—La barca queda escondida cuando hay marea alta, y... —le acarició brevemente la mejilla— necesitabas reposar un poco más, recuperar algo más las fuerzas. Sabía que si te lo decía, habrías querido marcharte de inmediato.

¿Una barca? ¿De verdad tenía Val una manera real de escapar de allí? Se le aceleró el pulso. Después de tantos planes, de tanto pensar en balsas y revoluciones, ¿era posible que fuera tan sencillo? Nomi...

—Si me hubieras contado que teníamos que esperar a que bajara la marea, lo habría entendido —le reprochó.

—Pero ¿habrías podido dormir? —dijo él, mirándola a los ojos.

—Lo más probable es que no —reconoció ella.

Era difícil negar la electricidad que de pronto corría por sus venas, la necesidad repentina de ponerse en movimiento. Habría pasado la noche hecha un manojo de nervios.

—Disponemos de dos horas antes de que la cueva quede al descubierto —le explicó Val—. Y nos llevará prácticamente ese tiempo llegar hasta allí.

Extendió la mano en dirección norte.

—Y ¿adónde tienes pensado ir? —preguntó Serina, sin moverse.

Val la contempló un instante.

—Había pensado poner rumbo a Bellaqua. Tal vez intentar rescatar a tu hermana.

Serina no sabía qué decir. De pronto, su cabeza se había vuelto ligera, como si fuese a salir flotando de encima de sus hombros y zarpar hacia el mar.

—¿No será una trampa?

Val le sonrió con amabilidad.

—Claro que no. Es una salida.

Serina le cogió la mano. Los dedos del chico se cerraron sobre los de ella y sus músculos se derritieron como la cera de una vela. Había encontrado su balsa y su revolución, todo a la vez. Y quizá incluso algo más. La sonrisa de Val le aceleró el corazón.

Pero no podía ponerse en marcha.

Jacana había desafiado a Oráculo para traerle agua. Había pasado horas

intentando ayudar a Serina con sus planes de huida. Le había prometido que intentaría convencer a la líder de que el levantamiento era una buena idea.

La pequeña y tímida Jacana. Cuando la eligieran para pelear, perdería.

Serina sabía que no podía salvar a todo el mundo. Pero no podía dejar allí a su amiga.

—Tendremos que desviarnos un poco —dijo—. Le prometí a una persona que saldría de esta isla con ella. Tenemos que llevarla con nosotros.

Val juntó las cejas.

—No podemos desviarnos. No puedes acercarte a la Cueva. Es demasiado peligroso.

Serina le soltó la mano. No quería enfadarse con él ni poner en riesgo su huida, pero tampoco podía traicionar a Jacana después de todo lo que habían pasado juntas.

—Todo este lugar es peligroso. Jacana no sobrevivirá cuando le toque pelear. Si no la llevamos con nosotros, la estaremos condenando a muerte.

Val levantó las manos, mostrándole a ella las palmas. Estaba claramente agitado.

—No podemos, Serina. Lo siento. Tenemos que irnos. Ahora mismo. Ya hemos esperado demasiado.

Su cuerpo entero ansiaba marcharse con él.

—No puedo dejarla aquí —repitió Serina, rogándole que la entendiera—. Es la única que me ha ayudado... Me trajo agua...

—Yo te he ayudado —la corrigió Val, alzando la voz—. Te he cuidado durante una semana. Te he ido alimentando a cucharaditas, temiendo que nunca más te despertaras. Pensé que... —La cogió del brazo—. Recuerda que no eres la única a quien el comandante Ricci quiere matar. Tenemos que irnos, los dos.

Serina apartó el brazo, con más brusquedad de la que pretendía. Val se tambaleó, desequilibrado. La chica se quedó mirándolo, pero no podía dar marcha atrás.

—Quiero ir contigo —dijo en voz baja, pero con cierta frialdad—. Tanto que apenas soy capaz de resistirme. Pero no puedo abandonar a Jacana. He cuidado de ella desde que llegamos y no es una opción dejarla. Compréndelo, por favor.

¿Acaso no veía Val que aquello la estaba matando? Deseaba olvidarse de Jacana y desaparecer. Pero si hubiera sido Nomi la que hubiese estado en Monte Ruina, si alguien se hubiera planteado salvarla y no lo hubiera hecho...

Val se la quedó mirando un buen rato.

—Coge el primer camino hacia la playa del norte y luego dirígete a los acantilados. Sacaré la barca y te esperaré allí. No te acerques al Campamento de la Playa. Que no te vean. —Se cambió la bolsa de hombro—. Si no estás allí en tres horas, tendré que irme. A mí también me están buscando.

—Lo comprendo —dijo Serina—. Estaré allí. Te lo prometo.

Val la contempló una última vez, como si quisiera memorizar su cara. Como si esperara no volver a verla jamás. Dio media vuelta y echó a andar hacia el norte sin decir ni una sola palabra más.

Serina cogió la cantimplora y luego se metió un puñado de arena en el bolsillo. A aquellas horas, Jacana debía de estar entrenando o recolectando comida. Tendría que llamarle la atención y conseguir que se alejara de las demás. La arena podía resultarle útil.

La parte más complicada sería localizarla sin ser vista. A veces, Oráculo apostaba centinelas, aunque no solía hacerlo en pleno día. Era un momento muy descarado para intentar robar provisiones o secuestrar a alguna de las luchadoras, actividades que los demás equipos solían practicar.

Serina abandonó la playa para seguir el camino de piedras. En poco tiempo llegó a la zona boscosa que rodeaba la cueva. La sombra resultaba agradable. Empezaba a arreciar el calor.

Trazó una curva en una parte del sendero rodeada de espesa vegetación y se detuvo en seco.

—¡Jacana!

Su amiga estaba allí, en medio del camino. Se quedó sorprendida al verla.

—¡Serina! ¡Corre!

Pero antes de que le diera tiempo a echar a correr, aparecieron dos carceleros de entre la vegetación. Se abalanzaron sobre ella. Apenas había dado media vuelta. Con un alarido, uno la alcanzó y la derribó. El hombro de Serina se encendió de dolor, y la muchacha gimoteó.

Durante unos instantes, intentó pelear, pero el carcelero hizo uso de todas

sus fuerzas para inmovilizarla.

—¡Estate quieta! —rugió.

El otro la esposó rápidamente. Los grilletes se cerraron con un espantoso sonido metálico.

—Qué fácil ha sido —dijo, tirando de Serina para que se pusiera en pie.

La empujó hacia Jacana, que seguía paralizada en medio del camino, blanca y con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué está pasando? —preguntó Serina, forcejeando contra las esposas.

—Llevaban días esperándote —explicó Jacana, con la cara manchada por las lágrimas—. Nos han utilizado a Gia y a mí como cebo. El comandante debió de imaginar que te entraría el hambre y buscarías a tus amigas. —Le temblaron los hombros cuando le colocaron las esposas a ella también—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —la tranquilizó Serina.

Se esforzó por mantener la barbilla bien alta. La desesperación empezó a hacer mella en su ánimo, insidiosa como un veneno. ¿Cuánto tardaría Val en zarpar? ¿Habrían pasado dos horas? ¿Tres?

Los carceleros arrastraron a las mujeres hacia la cueva.

Oráculo estaba en el claro.

El guardia que escoltaba a Serina gritó:

—¡Todo el mundo al anfiteatro! ¡Ahora mismo!

Oráculo asintió en silencio.

Serina no soportaba tener que mirarla. No se rebeló contra el hombre cuando tiró de su brazo para que se pusiera en marcha, llenándole de dolor los músculos. Empezaron a descender por el camino que llevaba hacia la costa y, a pesar de la tensión que le provocaban las manos esposadas a su espalda, intentó mantener en todo momento la cabeza bien alta. El terreno era irregular, y cayó dos veces al suelo. Uno de los carceleros tiró de ella para levantarla, provocándole un fuerte dolor en el hombro. No pudo reprimir un gemido.

El hombre se echó a reír.

Cuando llegaron al ring, empezaba a anochecer. Ya estaba segura del tiempo que había pasado. Eran más de tres horas. Val se habría ido. Y ella iba a morir.

# TREINTA Y SEIS

## NOMI

Nomi no podía dejar de pensar en lo que había dicho Malachi. Era evidente que había representado el papel del hermano mayor responsable, desilusionado con Asa, pero todavía con instinto protector. De creerse lo que le había dicho, el Heredero era un rebelde, como ella: se había opuesto a los deseos de su padre eligiéndola y disfrutaba sabiendo que era capaz de leer. Admiraba su coraje.

Pero, por otro lado, Asa le había descrito a Malachi como manipulador. Como mentiroso. Le había hablado sobre su carácter caprichoso y volátil.

¿Cuál de los dos hermanos mentía?

¿Y si ninguno decía la verdad?

Deseaba confiar en Asa. Había depositado en él todas sus esperanzas de liberar a Serina. Le había entregado su corazón. Pero cada vez que intentaba visualizar al chico dulce y travieso que quería convertirla en reina, aparecía el hombre que reía a carcajadas la noche de la carrera y se jactaba de la copa de oro que había conseguido.

No podía permitir que Renzo arriesgara su vida si no sabía en quién confiar. Pero si no lo hacía, Serina moriría en Monte Ruina.

La única solución era hablar con su hermano y juntos evaluar los riesgos y



decidir qué hacer.

—Estate quieta —la regañó Angeline.

Estaba haciéndole un recogido y Nomi no paraba de mover la cabeza y destrozar el peinado.

—Lo siento —se disculpó—. Lo intento.

Pero en realidad, Nomi estaba desesperada por levantarse corriendo de la silla, huir de aquellos aposentos, escapar del *palazzo*. Estaba desesperada por llamar a todas las puertas de Bellaqua hasta dar con Renzo.

Sin embargo, seguía atrapada allí, preparándose con Maris y Cassia en uno de los vestidores. Daba la impresión de que ellas también se esforzaban por contener el nerviosismo. Maris tenía una mirada mortecina fija en el espejo mientras su doncella le trenzaba el cabello, y Cassia estaba discutiendo con la suya para decidir qué pendientes iba a ponerse.

Maris se levantó de golpe, haciendo traquetear las cremas y los frascos que había en su tocador. Llevaba la melena negra y brillante con un peinado liso y solo dos finas trenzas recogiendo los mechones que le pudieran caer a la cara. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos maquillados con una sombra plateada. Salió de la habitación envuelta en el albornoz.

Unos minutos más tarde, Angeline estudió su trabajo. Había recogido el cabello de Nomi en un artístico moño alto. El maquillaje era sutil, con matices dorados a conjunto con el vestido y con la máscara brillante que Inés le había proporcionado.

—¿Lista? —preguntó Nomi.

Miró por la ventana, hacia el horizonte, calculando el tiempo que faltaba para que el sol iniciara su descenso.

Angeline asintió con satisfacción.

—Ahora toca vestirse.

Fueron a la habitación. La doncella la ayudó a ponerse el vestido. Tenía una falda acampanada impresionante, abalorios dorados y un corsé tan ceñido que parecía que Nomi tuviera una figura curvilínea. Serina habría parecido una reina. Añoraba con locura a su hermana. Hiciera lo que hiciese Nomi aquella noche, siempre le parecería una traición.

Angeline tardó veinte minutos en abotonarlo. Nomi apenas podía moverse

ni respirar, pero cuando se miró en el espejo, su imagen resplandeciente la saludó, tan bella y luminosa como el reflejo del sol en el agua.

Ya estaba todo a punto. En cuestión de horas, la suerte de Serina, Renzo y Nomi estaría definitivamente echada.

El patio embaldosado estaba iluminado con millones de lucecitas brillantes, colgadas en montones de guirnaldas que se unían en un poste de caoba tallada que se alzaba en el centro. Más allá, el césped descendía hasta el mar. Solo el resplandor blanco de las olas rompía la oscuridad. Lucía la luna, blanca y refulgente.

El Superior y el Heredero estaban sentados en sendos sillones decorados con filigrana de oro, cerca de las puertas coronadas con arco de medio punto que daban acceso al *palazzo*. El Superior no se había dignado a ponerse una máscara, pero la de Malachi era dorada y llevaba piedras preciosas de color granate que hacían juego con su chaqueta de terciopelo. Asa estaba junto a ellos, aparentemente incómodo enfundado en su chaqueta azul marino y cubierto con una máscara plateada.

Nomi, Cassia y Maris esperaban junto con sus doncellas en una de las puertas. El vestido con cuentas de Nomi emitía un débil tintineo; no podía estarse quieta. El Superior las anunciaría, y el público tendría entonces la oportunidad de evaluar y admirar a las primeras Gracias del Heredero antes de que diera comienzo el baile. En todos los actos previos al de aquella noche, las tres habían estado mezcladas con la muchedumbre. Habían estado presentes para relacionarse y practicar cómo debían comportarse, pero nunca habían estado expuestas como ahora.

Nomi fijó la vista en el bordado de oro y en las cuentas de su vestido. Renzo tenía que estar allí. Necesitaba localizarlo, aunque si por casualidad lo viera, no sabía si sería capaz de controlar un grito. Tenía que superar la ceremonia. Primero un segundo, luego el siguiente, hasta el final. Y solo entonces podría buscarlo e intentar tener una conversación privada con él.

El Superior se puso en pie, y su cuerpo esquelético se movió con lentitud pero con precisión. No esbozó ninguna mueca de dolor ni se detuvo. La

música de arpa interpretada por las Gracias cesó de repente.

—Buenas noches, ilustres invitados —empezó a decir el Superior, extendiendo sus manos huesudas en un gesto que pretendía abarcar a todos los allí reunidos—. Es un honor teneros aquí con motivo de esta ocasión tan especial: el vigésimo cumpleaños de mi hijo y Heredero.

Nomi miró de reojo a Asa. La máscara plateada le escondía la cara. El Superior continuó:

—Malachi se ha mostrado siempre como un hombre inteligente y concienzudo, con la habilidad y la constancia necesarias para ocupar un día mi lugar como Superior. Y hasta que llegue ese momento, agradezco el papel más importante que desempeñará a partir de ahora en la gestión del país. Estoy seguro de que Viridia se beneficiará de sus aptitudes.

Cassia, que estaba al lado de Nomi, se movió con inquietud. Maris se mantuvo impassible.

—Y sin más dilación —añadió el Superior, dirigiendo el brazo hacia la puerta—, mi hijo aceptará formalmente a sus primeras Gracias.

Cassia echó a andar hacia el estrado, Nomi la siguió y Maris cerró la comitiva. Se detuvieron y miraron hacia la pista de baile. Nomi se quedó sin aliento.

Había muchísima gente: Gracias, cortesanos y dignatarios. Los criados serpenteaban entre la multitud con bandejas cargadas de comida. Y todo el mundo, incluso los criados, llevaba máscaras.

¿Cómo encontraría a Renzo?

Nomi saludó con una reverencia a la vez que las demás chicas, y el público aplaudió. El movimiento hizo brillar los vestidos con tal intensidad que casi cegó a Nomi.

¿Qué haría?

Malachi saludó a los reunidos y entonces, para su sorpresa, extendió el brazo hacia Nomi. Acababa de elegirla para el primer baile. Cassia estaba consternada.

La música sonó de nuevo. Malachi guio a Nomi hacia la pista de baile, sin hacer ningún comentario sobre la rigidez de sus brazos. Y en cuanto se pusieron en movimiento, la muchacha estudió por primera vez su cara con todo

detalle. La máscara le ocultaba la nariz y las mejillas, pero los perfiles duros de la mandíbula, sus ojos oscuros y sus labios carnosos seguían a la vista.

Malachi sabía que Nomi era capaz de leer, pero no la había delatado. La había besado una sola vez, y nunca la había castigado ni por salir huyendo ni por ninguna de las cosas desafiantes que le había dicho.

Nomi seguía esperando que el Heredero fuera la persona espantosa que Asa le había descrito, que empezase a domesticarla. Pero ¿acaso lo había intentado? Malachi la miró, y la intensidad de sus pupilas abrió un orificio abrasador en su corazón. Vio, por encima del hombro del Heredero, que Asa le estaba sonriendo. Un escalofrío le recorrió la espalda.

¿Dónde estaba Renzo?

El baile les hizo dar vueltas. El vestido se le clavaba en los hombros. El corsé le presionaba las costillas.

—Nomi —dijo Malachi—. Te veo muy triste.

Ella lo miró fijamente.

—Lo siento mucho, Eminencia —dijo, intentando dominar su expresión—. Son los nervios, nada más.

El Heredero se ruborizó.

—No, el que lo siente soy yo. Ayer, cuando te marchaste, no pude dejar de pensar en lo que dijiste.

Nomi abrió mucho los ojos. ¿Qué había dicho? No conseguía acordarse.

Malachi siguió hablando, en voz baja para que solo ella pudiera oírlo.

—Es normal que te sientas perdida, sobre todo sin tu hermana. Y es por mi culpa. Te elegí sin pensarlo. Tendría que haber cumplido con mi deber. Serina se había preparado. Ella quería ser una Gracia. Tú no, y te obligué.

Nomi volvió a disculparse, como si su falta de entusiasmo recayese solo en ella. Aunque era mejor que soltar: «Sí, debería haber elegido a mi hermana, estúpido». Pero estaba demasiado confusa, demasiado desorientada. ¿Por qué le había dicho eso? ¿Por qué se disculpaba?

Y ¿dónde estaba Renzo?

Mientras daban vueltas, fue mirando constantemente por encima del hombro de Malachi, pero los bailarines eran simples fragmentos de luz y color. No distinguía facciones, no reconocía ningún rostro detrás de su

máscara.

—No tengo ningún deseo de retener a una Gracia en contra de su voluntad —dijo él, en voz tan baja que a Nomi le costó oírlo—. No pienso obligarte a seguir aquí.

Nomi abrió la boca para responder, pero no emitió ningún sonido. De pronto, el problema de Asa, de Renzo y de Serina desapareció por completo.

—Pero ¿qué me quiere decir?

—Que te libero de todas tus obligaciones hacia mí. —Sus ojos se oscurecieron con algo que parecía tristeza—. Puedes marcharte si así lo deseas.

Aquello la dejó sin habla. El Heredero abrió la boca para seguir hablando, y el rubor ascendió desde su cuello hasta la piel que ocultaba la máscara.

—Aunque confío en que te quedas.

Justo en aquel momento, algo captó la atención de Nomi. Más allá de Malachi, entre el gentío, una figura con una máscara de color rojo, pantalón negro y chaqueta negra con hilo carmesí se detuvo de pronto y ladeó la cabeza hacia ella. Lo reconoció al instante, por su altura, por aquel gesto tan característico.

Renzo.

Malachi siguió girando con ella, y su hermano desapareció entre la multitud.

El Superior, que se encontraba sentado en el otro extremo del salón, estaba incorporándose. Asa se acercó para acompañarlo a descansar. El pánico explotó de repente en el pecho de Nomi.

—Eminencia, no sé qué decir ante este honor. ¿Me concede un poco de tiempo para reflexionar sobre su oferta? —preguntó, alejándose ya de su pareja de baile y acercándose al lugar donde acababa de ver a su hermano.

—Por supuesto.

Pero sus manos la atrajeron imperceptiblemente hacia él, como si fuera reacio a dejarla marchar. Nomi se preguntó cuánto le habría costado tomar aquella decisión.

La canción terminó en aquel momento con una floritura, y Malachi la inclinó con elegancia. Durante un instante, sus labios se rozaron. Pero él se

enderezó enseguida, y ella con él.

—Gracias por el baile.

Nomi, sin aliento, lo saludó con una reverencia y se sumergió en la multitud, buscando frenéticamente a Renzo. Estudió todas las caras enmascaradas que encontró, percibió la presión de los cuerpos, pero su hermano no estaba por ningún lado.

Encontró, sin embargo, a Maris justo en la puerta de acceso al patio, esperando a que Malachi la requiriese para bailar. Llevaba un vestido rojo y plateado, con la parte superior confeccionada con una tela de rejilla gris metálico que le cubría hombros y brazos. Su máscara era roja, como la de Renzo. Nomi la agarró por el brazo para hablar con ella.

—¿Qué...?

—Necesito tu ayuda —le dijo apresuradamente Nomi—. Hay un hombre por aquí, con chaqueta negra y máscara roja. Se llama Renzo. Debe de andar por los pasillos o por las antecámaras, no lo sé exactamente. Necesito transmitirle un mensaje. ¿Me ayudarás?

Maris asintió a pesar de las numerosas preguntas que se acumulaban en su mirada.

—Si lo ves... —dijo Nomi, con palpitaciones. No podía dejar de pensar en las palabras de Malachi. Había decidido hablar con Renzo, tomar juntos la decisión, pero no disponía de tiempo—. Advértele que se vaya del palacio. Dile de mi parte que se marche corriendo.

Dejó a Maris boquiabierta y siguió su camino hacia la habitación adonde había visto que se dirigía el Superior. Asa lo había acompañado. Si Renzo llegaba antes de que Nomi pudiera impedirselo, ya no habría nada que hacer. Renzo implicaría a Malachi, y... había dejado de confiar en que Asa no traicionara a Renzo.

Examinó a la muchedumbre en busca de aquella máscara roja, pero no consiguió localizarla. Con los pies doloridos, con el corazón saliéndole por la boca, se encaminó hacia las puertas con arco de medio punto que daban acceso al patio. Le ardían los ojos por culpa de las lágrimas que luchaban por salir.

Pero entonces, cerca de los setos, justo en el umbral de la puerta...

—¡Renzo! —susurró entre dientes.

La figura se detuvo. Nomi intentó correr hacia él, pero el peso del vestido, consistente e impenetrable como el fango, se lo impidió.

—¡Nomi! —La voz llegó hasta ella, infinitamente familiar, infinitamente reconfortante—. No deberías estar aquí. Asa ya me ha dicho lo que tengo que hacer. No quiero que corras ningún riesgo.

—No —dijo ella. Las lágrimas rodaban ya por sus mejillas. Disponían de apenas unos momentos—. Tienes que irte, Renzo. Me he equivocado. He cometido un grave error.

Los cálidos ojos castaños de su hermano se abrieron de par en par detrás de la máscara.

—¿Qué quieres decir?

—Que no creo que podamos fiarnos de Asa.

Fue como si el corazón de Nomi se resquebrajara, como si se hiciera añicos de pronto.

—¿Y Serina? —preguntó su hermano con ansiedad.

—Asa no cumplirá su promesa. Tendremos que encontrar otra manera de ayudar a Serina. —No podía abrazarlo con tanta gente mirando, de modo que se limitó a estrecharle la mano. Leer la expresión de su gemelo detrás de la máscara se le hizo imposible—. Pero, ahora, quien me preocupa eres tú —añadió, empleando un tono más desesperado—. Vete, Renzo, por favor. Ponte a salvo.

Renzo se quedó mirándola, y la confusión que sentía lo llevó a hacer un mohín. Nomi seguía llorando. Lo empujó hacia la puerta y dio media vuelta. Sabía que no soportaría verlo marcharse otra vez.

Localizar la antecámara, tal y como había dicho Asa, fue relativamente sencillo.

Llegó a la puerta. El Superior estaba sentado en un sillón tapizado que ocupaba el centro de la reducida estancia, rodeado de paredes con paneles de madera de las que colgaban suntuosos tapices. Asa estaba sentado en otro sillón, a su lado, y levantó la vista en cuanto la sombra de Nomi cruzó el umbral.

Asa arqueó una ceja. Era evidente que quería saber dónde estaba Renzo.

El tiempo se les estaba echando encima. El Superior no tardaría mucho en querer reincorporarse a la fiesta.

Nomi movió lentamente la cabeza de un lado a otro. Por un instante, la mirada de Asa se inundó de algo. ¿Dolor? ¿Traición?

—¿Dónde está tu primo? —preguntó impetuosamente. Lo que acechaba en sus ojos detrás de la máscara era realmente desagradable—. ¿Qué has hecho?

—Lo correcto —contestó Nomi, con la barbilla bien alta. Antes confiaba en que así fuera, pero ahora estaba completamente segura—. No va a venir.

«No fingiré que intenta asesinar a tu padre para que tú puedas salvarlo — le habría gustado gritar—. Y no incriminaré a Malachi. No te ayudará.»

—Asa, ¿qué está pasando? —empezó a decir el Superior con un tono de voz gélido.

Se agarró a los brazos del sillón con sus dedos largos y huesudos y mostró intenciones de levantarse. Nomi oyó a sus espaldas el retumbar de unos pasos por el suelo de mármol del pasillo.

—Padre, ¿estás listo? —preguntó Malachi.

Nomi no despegó en ningún momento los ojos de Asa. Y vio perfectamente el estallido de su tormenta interior. Lo vio resquebrajarse y transformarse en algo completamente nuevo.

Lo vio desenfundar en silencio el cuchillo que llevaba en la cadera y cortarle el cuello a su padre.



# TREINTA Y SIETE

## SERINA

Los carceleros acompañaron a Serina y a Jacana hasta el escenario. El anfiteatro fue llenándose lentamente. Las mujeres estaban confusas, y el público estaba más callado de lo habitual. Oráculo, Ámbar y Acantilado se sentaron en primera fila. «Oráculo se debe de estar regodeando», pensó Serina. Y eso era justo lo que más temía.

Las demás líderes se sentaron cerca del escenario. Serina localizó a Raja, y se cruzaron la mirada. «De haber tenido más tiempo...» Ya no habría oportunidad de poner en marcha una revolución.

El comandante Ricci salió al escenario en cuanto todo el mundo estuvo instalado. Los demás carceleros subieron a la grada, excepto los dos que mantenían a Serina y a Jacana encadenadas.

—¡Buenas noches a todos! —gritó Ricci, extendiendo los brazos a modo de bienvenida. Hoy se lo veía más feliz que nunca en su papel de presentador—. Tengo un regalo especial.

Serina no podía apartar los ojos de la pistola que llevaba en la cadera. Casi empezó a desear que se saltara el teatro y fuese directo al grano. Pero, por otro lado, se dio cuenta del valor que tenía el movimiento de sus propios pulmones cada vez que inspiraba y espiraba aire, por rápido y trabajoso que

fuera. El pulso le latía con fuerza en las sienes.

—En la última pelea que celebramos, la luchadora de la Cueva tomó la dudosa decisión de rendirse en vez de ganar las raciones que se merecía su equipo. De hecho, os las negó a todas, puesto que cuando no hay ganadora, nadie recibe comida. Cambió las reglas del juego y, como todos sabemos, eso no es posible.

Su voz se tensó, y su efusividad desapareció por completo. Serina notó que le temblaban los brazos.

—Al parecer, desde entonces ha estado muy ocupada —prosiguió Ricci, sin mirar ni una sola vez a la chica, dirigiendo sus palabras solo al público—. Ha intentado incitar una rebelión. Ha matado a un carcelero. Y, por supuesto, lo pagará con su vida.

Serina mantenía la espalda tan recta que incluso le dolía. No tenía ni idea de cómo aquel hombre se había enterado de todo, pero no le sorprendía. Intentó mantener una expresión impasible. En Viridia, las mujeres siempre llevaban una máscara.

Se preparó para que el comandante la apuntara con el arma.

—De modo que —dijo Ricci, volviéndose por fin hacia ella—, volverás a luchar. Ahora mismo.

—¿Lu... luchar? —tartamudeó, confusa.

—Morirás, tenlo claro, ganes o no —le aseguró Ricci sin alterarse. Daba la impresión de que las arrugas de la cara se le habían vuelto más profundas—. Pero antes te brindaré la oportunidad de vengarte. ¿A quién eliges? —Miró hacia el público—. ¿Quieres volver a intentarlo con tu adversaria de la semana pasada? Creo que está ansiosa por disponer de una revancha.

Serina se quedó blanca.

—¿O tal vez con Oráculo? —sugirió—. Al fin y al cabo, ella te desterró. —Esbozó un mohín grotesco y se volvió entonces hacia Jacana—. Aunque a lo mejor te gustaría pelear con nuestro conejito, aquí presente. Por lo visto, ha sido el cebo perfecto. A ella incluso podrías matarla. Pero luego te mataré yo a ti y, naturalmente, disfrutaré.

Jacana inclinó la cabeza. Temblaba y sollozaba. Uno de los carceleros le quitó las esposas.

—Ha llegado el momento —anunció Ricci, con una voz que no presagiaba nada bueno—. ¿A quién escoges?

Serina miró a Jacana. Había regresado precisamente para que su amiga no tuviera que pelear.

Miró entonces a Oráculo. Ciertamente, la líder de su equipo la había exiliado, pero más relevante era que se trataba de una de las mejores luchadoras de la isla. Mataría rápidamente a Serina y le robaría al comandante parte del protagonismo. Le arrebatara la oportunidad de poder matar personalmente a Serina.

Anika también acabaría con ella con rapidez. Serina sabía que no tenía fuerzas suficientes para enfrentarse a ella por segunda vez. Tenía lesiones por todas partes.

—Ah —añadió el comandante Ricci—, y esta vez no vale rendirse. Aunque estoy seguro de que eso ya lo habrás imaginado.

Movió la cabeza en dirección al carcelero apostado detrás de Serina y, de pronto, después de oírse un sonido metálico, el peso de las esposas desapareció.

La muchacha cerró los ojos solo un segundo. Ya había dejado clara su postura. Se había negado a matar a ninguna mujer. Cuando dirigió aquel discurso a su equipo había hablado muy en serio. Les había dicho a las chicas que tenían que ser fuertes. Trabajar unidas. Ser de hierro.

Si ahora decidía pelear contra cualquiera de ellas, sus palabras perderían su significado. Nada cambiaría.

Serina levantó la cabeza y miró a los ojos al comandante Ricci para que pudiera percatarse de la furia que la embargaba.

—¡No pienso hacerlo! —gritó, porque era la única manera de disimular el temblor de su voz—. No voy a jugar a su juego.

El hombre se puso colorado. Serina se recordó que, pasara lo que pasara, ya estaba muerta. La barca de Val había zarpado. Nomi no estaba. Sus esperanzas habían desaparecido.

Sin embargo, quizá aún podía dejar un legado de rebeldía.

—¡Si quiere que pelee, lo elijo a usted! —vociferó—. Máteme ahora, con esa arma o con los puños. Pero no pienso levantar ni un solo dedo contra mis

hermanas.

El comandante Ricci rugió. El carcelero que escoltaba a Serina se puso en marcha, pero Ricci le ordenó con un gesto que se detuviera.

—Retírate. Que nadie se mueva. Es mía.

Ricci hizo rodar los hombros. Cerró una mano en un puño y se golpeó de este modo la otra. Separó las piernas y la miró de arriba abajo.

—¿Quieres pelear conmigo? Pues muy bien. Peleemos.

Enfrentada a la muerte con forma de cara arrugada y horripilante, Serina imaginó que la embargaría una sensación de paz, o cierto aturdimiento. Pero lo único que la consumía por dentro era la furia.

Ricci fue a por ella, veloz como una serpiente al ataque. Serina hundió la mano en el bolsillo para coger un puñado de la arena que había pensado utilizar para llamar la atención a Jacana y se la arrojó a la cara. Ricci se detuvo y se frotó los ojos, pero la estratagema no lo retuvo mucho rato.

Consiguió esquivar el primer puñetazo, pero el segundo le impactó en el estómago y la dejó sin respiración. A continuación, le pegó en la cara, y Serina cayó al suelo.

Rezó por Nomi. Ya era demasiado tarde para pedir por sí misma.

Ricci se cernió sobre ella, terriblemente gigantesco. Le arreó un puntapié en el costado. Serina gritó al notar que la patada le partía una costilla. El dolor era intenso. Llorando, jadeando, la muchacha consiguió arrodillarse y apartarse un poco. Le sangraba la boca. Ricci caminó tranquilamente a su alrededor, tomándose su tiempo. Le bastaba con darle una patada en la cabeza o agacharse para partirle el cuello y todo habría acabado.

Ricci lo sabía. Ella también. Pero siguió jugando con ella, dándole tiempo para que se arrepintiese de su valiente discurso. La agarró entonces del brazo, el que le había lesionado Anika, y le clavó los dedos en la herida, que empezó a sangrar de nuevo.

Serina lanzó un puñetazo desesperado contra el vientre de Ricci, pero fue como pegar a una pared. Ni siquiera se encogió. El hombre la levantó, y los pies de la chica quedaron suspendidos en el aire. La atrajo hacia él, hasta que sus narices quedaron separadas por apenas unos centímetros.

—Las mujeres os creéis que sois fuertes cuando peleáis entre vosotras —

rugió, y su aliento húmedo y pestilente se adhirió a las mejillas de Serina—. Pero cuando os enfrentáis a un hombre, descubrís la realidad. Sois débiles. Todas. Y siempre lo seréis.

La soltó. Serina se derrumbó, sus piernas ya eran incapaces de sostener su peso.

Había sido el discurso de la victoria. Se había acabado el juego.

Con las últimas energías que le quedaban, Serina consiguió levantarse sobre sus piernas temblorosas. Agachó la cabeza, cogió aire y se abalanzó en tromba contra él con todas sus fuerzas.

Fue como intentar desplazar una montaña, pero Ricci se movió, mínimamente. Retrocedió unos pasos. No esperaba que Serina intentara atacarlo. La agarró de los brazos y la lanzó hacia el otro lado del escenario. La muchacha se estampó contra el hormigón y se le torció el tobillo bajo su propio peso.

Con mirada asesina, Ricci avanzó hacia ella dando grandes zancadas.

Un rugido recorrió el anfiteatro. Serina tuvo tiempo de darse cuenta de que las mujeres no estaban lanzando vítores, sino que estaban gritando. Y entonces, con un chillido capaz de helar la sangre a cualquiera, Oráculo y Ámbar se arrojaron al ring.

Oráculo se abalanzó sobre el comandante y lo agarró por la espalda, pasándole un brazo alrededor del cuello y las piernas por la cintura, bloqueándole con ello el acceso a la pistola. Ricci tosió y se volvió para intentar sacársela de encima. Alguien lanzó un disparo desde el balcón, pero el comandante agitó un brazo.

—¡Es mi pelea! ¡Mis muertes! —bramó.

Se inclinó de golpe hacia delante, y Oráculo estuvo a punto de salir proyectada por encima de su cabeza, pero Ámbar se deslizó por debajo de él y le clavó un cuchillo artesanal en el estómago. Ricci fue a por ella, pero la mujer se alejó rápidamente de su radio de alcance. Oráculo seguía asfixiándolo. Nadie se movió.

Serina no cabía en sí de la sorpresa. Habían acudido a su rescate. Se habían rebelado. Las mujeres que rodeaban el escenario gritaban y chillaban, y sus voces enloquecidas sofocaban las arcadas del comandante. Serina captó un

movimiento con el rabillo del ojo. Raja estaba liderando al equipo del Hotel Desgracia por el otro lado del escenario.

En el ring, Oráculo volvió a chillar. Era un grito de guerra. El comandante, con la cara amoratada, luchaba por liberarse de su abrazo. Ámbar le arrancó el cuchillo del vientre, y Ricci cayó de rodillas en un charco de sangre. Arañó entonces el brazo de Oráculo, dejándole marcas profundas, pero ella siguió resistiéndose a soltarlo.

Serina cogió aire temblorosamente justo en el instante en el que los ojos del comandante Ricci se salían prácticamente de las órbitas. Su cuerpo se derrumbó hacia un lado. Para asegurarse, Oráculo le estrujó el cuello hasta que se oyó un crujido.

La mujer se enderezó y buscó la mirada de sorpresa de Serina. Sus labios esbozaron una sonrisa.

Pero entonces, una bala le impactó justo en la frente, proyectándole la cabeza hacia atrás. Su ojo castaño quedó tan ciego como el blanco.

Serina gritó.

Y estalló el caos.

Una oleada de presas irrumpió en el escenario. El sonido de los disparos resonó atronador por encima de la cacofonía. Serina intentó levantarse a pesar de las punzadas de dolor que la costilla rota le proyectaba hacia todo el cuerpo. Vio entonces que algunos hombres caían desde el balcón al suelo del escenario. Tardó unos instantes en comprender qué pasaba: el equipo de Raja había subido sigilosamente por la escalera y los habían sorprendido por la retaguardia.

Pero los disparos no cesaban, y también las mujeres seguían cayendo.

Si Oráculo y Ámbar habían podido saltar al ring y atacar al comandante, Serina también sería capaz de encontrar las fuerzas necesarias para seguir peleando. Arrancó un cuchillo de una integrante sin vida del equipo de Raja y subió tambaleándose hacia el balcón. Los gritos y los disparos resonaban de un modo siniestro por la escalera. Esquivó un cadáver que en aquel momento caía rodando por los peldaños.

Cuando llegó arriba, los carceleros estaban ya combatiendo con entusiasmo el ataque sorpresa. Poca cosa podían hacer las mujeres de abajo

más que esperar a que fueran cayendo. Si el impacto contra el suelo no los mataba, las presas que los esperaban lo harían.

Y antes de que a Serina le diera tiempo a intervenir, un carcelero con la cara congestionada disparó contra Raja. Serina se abalanzó sobre él y consiguió arrancarle la pistola. Cogió torpemente el arma durante unos segundos, intentando averiguar cómo funcionaba, pero de pronto, un brazo fuerte la agarró del cuello. Serina lanzó un codazo hacia atrás y, a pesar de que el hombre gruñó, siguió sin soltarla.

—¡Todo esto es por tu culpa! —gritó.

El hombre le dio un puñetazo en los riñones aún estrangulándola. Serina no tenía ya aire en los pulmones para poder quejarse.

Se tambaleó y empezó a ver puntitos negros. Le dio otro codazo, pero fue un golpe débil. Las fuerzas le fallaban definitivamente. Los pulmones gritaban, necesitados de aire.

De pronto, entre tanta confusión, vio que los carceleros que estaban más cerca de la baranda empezaban a caer. Nadie los había tocado. Alguien había disparado contra ellos.

El brazo que la asfixiaba se aflojó ligeramente. Se volvió, y el hombre se convirtió en un peso muerto hasta soltarla. Serina le hundió el cuchillo en el vientre. Acababan de caer dos carceleros más. Quedaban solo unos pocos, y las mujeres que luchaban contra ellos llevaban las de ganar.

Serina se acercó a la barandilla.

Abajo, en el centro de un círculo de mujeres inquietas, Val bajó por fin su pistola.

# TREINTA Y OCHO

## NOMI

Nomi nunca había visto morir a nadie. No era un proceso tranquilo, ni silencioso. El Superior se llevó infructuosamente las manos al cuello mientras se ahogaba con su propia sangre. Malachi entró corriendo e intentó detener la hemorragia. Pero había mucha sangre, un río rojo que manchó rápidamente sus manos y su chaqueta de terciopelo, aunque era difícil distinguir la mancha que se hacía cada vez más grande: la chaqueta era de color carmesí.

Nomi tardó un buen rato en darse cuenta de que estaba gritando. Asa miró a Malachi haciendo un gesto de aprobación.

—Cuanta más sangre manche tus manos, más creíble será. —Se volvió hacia Nomi—. Y ahora tú, flor. Tendrás que quedarte muy calladita.

Y se abalanzó sobre ella con el cuchillo.

El grito de Nomi se convirtió en un chillido ahogado. La punta del cuchillo se embutió en el vestido, pero el tejido grueso y las ballenas del corsé se convirtieron en una improvisada armadura que rechazó la trayectoria de la hoja. Se tambaleó hacia atrás.

Malachi golpeó a Asa y lo tiró al suelo. Este se sacudió y se retorció. El Heredero era más grande y más alto, pero su hermano iba armado. Lanzó una cuchillada contra el brazo de Malachi, que gruñó de dolor. Nomi observaba la



escena horrorizada, sin saber qué hacer.

Asa escupió y gateó por el suelo. De pronto se había transformado en un extraño, en alguien al que Nomi nunca había llegado a conocer ni comprender. Todo lo que hasta hacía muy poco había creído, todos los sentimientos que albergaba hacia él, habían quedado reducidos a nada. Asa la había manipulado.

Le había mentado. Y ella se había convertido en su presa. Había captado su rebeldía y la agonía que la atenazaba por la situación de su hermana y les había dado la vuelta para aprovecharse de ella. Todo, ahora, le parecía tremendamente evidente.

Asa quería ser el Heredero. Ansiaba poder, adulación, atención. Quería todo lo que tenía su hermano, y lo odiaba por tenerlo.

La furia empezó a burbujear dentro de Nomi, caliente como la lava.

La había traicionado.

Había intentado matarla.

Malachi le estampó a Asa un puñetazo en la cara y la máscara plateada salió volando. El chico se quedó con los ojos en blanco y dio la impresión de que había perdido el conocimiento. Malachi empezó a incorporarse.

Pero era una trampa. Asa se levantó y se abalanzó sobre el Heredero con el cuchillo. Se lo clavó en el estómago. Malachi no consiguió levantarse del todo. Se derrumbó.

Nomi cayó de rodillas a su lado. Él no tenía un corsé salvador. La chica presionó la chaqueta sobre la herida. Malachi gimió. Detrás de ellos, Asa se tambaleaba.

—Tranquilo, se pondrá bien—susurró Nomi, llorando.

Pero ella sabía la verdad. No estaba bien. La sangre rezumaba entre sus dedos.

Asa se plantó a su lado.

—No deberías haber advertido a tu primo —le reprochó—. Pero todo saldrá bien. ¿Por qué llevar a cabo un intento de asesinato cuando puedes hacerlo de verdad? Gracias por haber dejado la nota en los aposentos de mi hermano. Te has portado estupendamente.

El corazón de Nomi dio un vuelco. Había confiado en él. Asa le había

prometido todo lo que ella quería, y le había mentido. Todos sus besos, todas las caricias que habían compartido se habían transformado en veneno. Nomi tragó bilis.

Se oyeron pasos en la puerta, y Nomi levantó la vista.

Maris, con los ojos abiertos de par en par, se detuvo en seco. Se quedó mirando la escena, sorprendida; vio el cuerpo ensangrentado del Superior derrumbado en su sillón.

—Yo... yo estaba buscando a Nomi. ¿Qué...?

—¡Marcos! —vociferó Asa—. ¿Puedes?

En el umbral oscuro de una puerta que se abría al otro lado de la estancia, apareció el voluminoso y gigantesco guardia junto con varios compañeros más. Asa dirigió un gesto hacia Maris.

—No puede haber testigos paseando por ahí, ¿verdad?

—¡Corre! —gritó Nomi.

Maris dio media vuelta, pero los hombres la alcanzaron antes de que pudiera dar cuatro pasos. Marcos tiró de Nomi para levantarla del suelo. A través de la puerta los sonidos de la fiesta aumentaron de volumen, como si estuvieran acercándose. Nomi rezó para que fuese una comitiva que se acercaba a ver qué tal estaba el Superior, para que hubiese testigos del crimen cometido por Asa.

Malachi gimió. Nomi intentó tranquilizarlo, pero Marcos volvió a tirar de ella.

—No puedes matarnos a todos —dijo Nomi, debatiéndose contra el brazo de hierro de Marcos.

—Por supuesto que puedo —afirmó Asa, blandiendo el cuchillo.

Las voces subían de volumen.

—¡Asa ha matado al Superior! —gritó Nomi con todas sus fuerzas—. ¡El Superior ha muerto!

Se oyeron pasos, que cobraron velocidad. Asa titubeó, aunque solo un instante.

—Muy bien —dijo, dirigiendo un gesto hacia Marcos—. Te prometí que volverías a ver a tu hermana, ¿verdad?

Nomi miró aquellos ojos castaños y se preguntó cómo podía haberse

equivocado tanto.

—Levántalo —ordenó Asa, señalando a Malachi—. Llévatelo en la barca con las chicas. Y cuando muera, arrójalo por la borda.

El Heredero tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Nomi gritó cuando uno de los hombres de Asa se lo cargó a la espalda. Le colgaba la cabeza.

Maris estaba paralizada, observándolo todo con los ojos como platos. Su pecho se agitaba cada vez más rápido.

Marcos tiró de Nomi. Los demás guardias se encargaron de la otra Gracia. En el momento que alcanzaban la salida, en la parte posterior de la estancia, Nomi oyó que Asa gritaba:

—¡Socorro! ¡Mi padre!

La puerta se cerró de golpe justo cuando el sonido de pasos irrumpió en la habitación.

# TREINTA Y NUEVE

## SERINA

Serina ayudó a las mujeres del balcón a inmovilizar a los carceleros con sus propias esposas. Uno se abalanzó sobre ellas, gritando.

Anika le disparó en la cara.

Y el resto guardó silencio después.

—Tendríamos que matarlos a todos —dijo la chica.

Tenía la mejilla y un brazo manchados de sangre y un moratón en la sien.

—No podemos. —Serina se interpuso entre la pistola y el carcelero al que estaba apuntando—. Podríamos necesitarlos. Es probable que tengan alguna forma de comunicarse con tierra firme, o códigos para desbloquear las raciones, o vete tú a saber. Mejor esperamos.

Anika bajó el arma, más lentamente de lo que a Serina le hubiera gustado, dado que ahora estaba apuntando a su estómago.

—De acuerdo —aceptó la chica—. Por ahora, esperaré.

Pero escupió a la cara del primer carcelero que encontró en su recorrido hacia las escaleras.

Serina recogió todas las armas y las apiló en un rincón de la balconada. Tendría que preguntarle a Val si había algún sitio seguro en el recinto de los carceleros donde almacenarlas. Rezó para que no se hubiese quedado allí

ningún hombre montando guardia. No le apetecía en absoluto continuar con aquella batalla.

Serina regresó al lugar de la carnicería. Raja yacía encima del cuerpo de un guardia, sus ojos abiertos sin ver. Serina se arrodilló a su lado y le acarició el hombro. Hoy era el día de la victoria de Raja.

Ayudó a transportar los cadáveres por las escaleras. Los depositaron ordenadamente en el suelo de piedra del escenario, pegajoso y manchado de sangre.

Habían muerto treinta y dos carceleros, incluyendo al comandante Ricci.

Entre las mujeres había habido más bajas. Habían fallecido al menos unas cuarenta mujeres, entre ellas Oráculo. Ámbar estaba sentada en un charco de sangre junto a ella, cogiéndole la mano y llorando. Serina nunca había visto a aquella mujer perder el control de la situación.

Val se mantenía a escasos metros de la escena. Sin moverse demasiado; quizá para no atraer la atención ahora que se había convertido en el único carcelero que no había muerto ni había sido detenido. Por lo visto, las mujeres entendían que estaba de su lado. Aunque Serina observó que seguía teniendo la mano sobre el arma.

La muchacha tropezó con el cuerpo de Jacana. Estaba en un extremo del escenario, hecha un ovillo, mucho más menuda ahora que estaba muerta. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Recordó el miedo que le daban a su amiga las peleas, lo convencida que estaba de que acabaría muriendo allí, y no había podido salvarla.

Val se acercó a Serina. El cuerpo de Jacana yacía entre ellos, y la chica se preguntó si podrían romper aquella distancia.

—Debería haber... —empezó a decir ella.

—No podía dejarte...

Se callaron.

—La utilizaron como cebo —le contó Serina. La presión que sentía en el pecho no la abandonaba—. Para capturarme.

Val tensó la mandíbula.

—No tendría que haberte dicho lo que debías hacer. Tendría que haber respetado tu decisión.

Serina rodeó a Jacana para reunirse con Val.

—No te has marchado.

Él le sostuvo la mirada.

—Has puesto en marcha una rebelión.

Serina no sabía qué pensar. ¿Había evitado muertes al trastocar el sistema? ¿O costaría aquello más vidas? ¿Qué pasaría cuando el Superior se enterara y enviara refuerzos?

Serina miró a su alrededor. Muchas mujeres deambulaban sin saber qué hacer. Otras estaban envolviendo los cuerpos en sábanas que habían sacado del Hotel Desgracia. Las diferencias entre equipos parecían haber desaparecido.

—Necesitaremos un sistema para distribuir las raciones que acaparaba el comandante Ricci —dijo, mirando las caras demacradas de las mujeres—. Y un lugar donde retener a los carceleros a los que hemos capturado. Y también habrá que decidir cómo vamos a gestionar las barcas que traen nuevas prisioneras a la isla.

Tal vez hubiera una manera de evitar que el Superior se enterase de lo sucedido. Al menos hasta que estuvieran preparadas para defenderse.

—Puedo explicarte cómo tener acceso a las raciones, y en el recinto de los carceleros hay unas cuantas celdas. En cuanto a la barca..., imagino que falta más o menos una semana para que llegue la próxima. Ya se nos ocurrirá qué hacer. —Le dio un breve apretón en la mano—. Lo peor ya ha pasado.

Serina se quedó mirándolo, pero no contestó. Tal vez en Monte Ruina se hubiera terminado el conflicto. Pero no tenía ninguna intención de que aquello acabara allí.

Fueron juntos hasta el extremo opuesto del anfiteatro, donde Anika y varias mujeres más del Hotel Desgracia estaban entrenando con las armas de fuego, utilizando como blanco a los hombres capturados.

—Anika, te presento a Val —dijo Serina—. Te enseñaré dónde encerrar a los prisioneros. Y además sabe dónde está almacenada la comida. Tráela y la dividiremos a partes iguales entre los equipos.

Esperaba que la chica cuestionase sus órdenes, que esbozara una sonrisa peligrosa. Pero, para su sorpresa, Anika respondió con un breve gesto de

asentimiento.

—Traidor —siseó entre dientes uno de los hombres, mirando furioso a Val.

Anika le dio un codazo en la nariz, y el carcelero, después de emitir un gemido, se calló. Los demás fijaron la mirada en los cañones de sus propias armas de fuego, con las que seguían apuntándoles las camaradas de Anika.

—¿Entendido? —dijo Serina, mirando alternativamente a Val y a Anika.

¿Estaría Val a salvo entre unas mujeres tan dispuestas a matar a los carceleros que las habían oprimido?

—Entendido —confirmó él con firmeza, pasándose una mano por el cabello despeinado.

Anika también asintió. Y cuando Serina ya se iba, añadió:

—Te tenía por una chica débil, pero siempre tuviste un plan, ¿verdad? En solo unas semanas los has doblegado a todos.

Serina jamás se habría imaginado que Anika pudiera mirarla con respeto. Y era lo bastante inteligente para no contarle la verdad: que no existía ningún plan, excepto conseguir que los equipos hablaran entre ellos y cooperasen. Y que en aquellos momentos seguía sin tener una estrategia clara.

—Monte Ruina acaba con la debilidad de cualquiera —dijo en su lugar.

Anika sonrió un poco. Las dos eran luchadoras.

Serina dirigió una última mirada a Val y se encaminó de nuevo hacia el escenario. Acantilado estaba sentada en un banco, cerca de donde habían depositado los cuerpos. Se retorció las manos con nerviosismo, y su rostro simple reflejaba una curiosa combinación de triunfo y temor.

—Acantilado —la llamó Serina, alzando la voz para reclamar su atención—. ¿Conoces a alguna mujer de los otros equipos?

Esta asintió, pero volvió a fijar la vista en los cadáveres.

—¿Podrías organizar un grupo para transportar a los hombres muertos hasta los acantilados y arrojarlos al mar? —le pidió Serina.

Acantilado se levantó rápidamente.

—Me encargo del tema.

Serina le dio unas palmaditas en la espalda. Y entonces fue en busca de Ámbar.

Aquella noche, el ascenso a la montaña fue más duro, con el peso del cuerpo de Oráculo cargado sobre los hombros. Pero Serina se sentía a la vez más ligera. Las estrellas tachonaban el cielo, y el parpadeo grasoso de las antorchas marcaba el paso de la procesión en la oscuridad. Aquella noche había muchas hermanas a las que rendir honores.

Pero Oráculo sería la primera.

*Fuego, respira.*

*Agua, quema.*

*Terror, márchate.*

*Tu reinado ha terminado.*

*Fuego, respira.*

*Agua, quema.*

*Estrellas, marcad el camino.*

*Vuestra hermana está aquí.*

Serina entonó el cántico para Oráculo y Jacana. Pero estaba dedicado también a la madre de Val, y a Petrel, y a Raja, y a todas las mujeres que habían luchado y muerto allí.

Y era también para las que seguían con vida.

Después de que el último cuerpo hubiese levantado su lluvia de chispas, una voz, ronca de tanto cantar preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

El resplandor rojizo del volcán ayudó a Serina a ver cómo todas las caras, una tras otra, se volvían hacia ella. Respiró hondo. Había conseguido sobrevivir en Monte Ruina y había logrado que todas las mujeres se unieran. Pero aún tenía mucho trabajo por delante.

Algún día, cuando volviera a ver a Nomi —ahora estaba segura de que se reencontrarían—, le pediría perdón. Siempre había pensado que plantar cara no servía para nada, que no hacía ningún bien a nadie.

Pero Nomi había hecho lo correcto rebelándose. Había merecido la pena.



Plantar cara podía cambiar el mundo.

No. Lo cambiaría seguro. Serina se aseguraría de que así fuera.

# CUARENTA

## NOMI

Los hombres de Asa arrastraron sin decir palabra a Nomi, Malachi y Maris por los salones del *palazzo*. La respiración trabajosa del Heredero llenaba el silencio, y la sangre goteaba e iba manchando el suelo.

—Por favor —le suplicó Nomi a Marcos—. Va a morir. Ayúdelo.

Pero la ignoró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Maris. El terror le había dejado la cara blanca como el papel y sus ojos oscuros convertidos en agujeros negros—. El Superior...

Nomi contuvo un sollozo.

—Asa lo ha matado. Ha... preparado un golpe. Me ha utilizado a mí, a Malachi...

No le salían las palabras.

Ahora veía con claridad meridiana hasta qué punto la había manipulado Asa. Tal vez nunca pretendiera matar al Superior, pero ahora estaba segura de que no habría dejado escapar con vida a Renzo después de aquel engaño. Habría convencido a todo el mundo de que era cómplice. Y tal vez habría implicado a Nomi también. Habría condenado a muerte a Renzo, igual que hizo en su día con aquel mozo de cuerdas. Y no se lo habría pensado dos

veces.

Asa se había aprovechado de su dolor, de su desesperación y de su carácter; incluso había vuelto a su favor la ausencia de Renzo. Ahora no solo sería el Heredero. Sino que se convertiría en el Superior.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —gimoteó Maris.

Le resultaba imposible mantener el paso de los guardias y tropezaba continuamente. Nomi veía que la chica estaba a punto de derrumbarse, pero el hombre que la escoltaba tiraba de ella para levantarla, una y otra vez.

—No lo sé —mintió Nomi, porque no quería asustar todavía más a Maris. «Te prometí que volverías a ver a tu hermana», había dicho Asa.

Marcos guio al ensangrentado grupo hacia una parte del palacio que la chica desconocía. Salieron luego a un muelle. En el agua se mecían varias barcas de gran tamaño.

La luz de la luna iluminó la palidez creciente de Malachi.

—Traed las cadenas —ordenó Marcos, y uno de los hombres desapareció en la noche.

El estómago de Nomi dio un vuelco.

Maris consiguió liberarse de repente del guardia que la retenía. Lo pilló desprevenido y pudo soltarse un instante, aunque solo uno. El hombre, tirándole brutalmente del pelo, la agarró de nuevo. Maris gritó.

—Lo siento mucho —dijo Nomi, llorando—. No tendría que haberte pedido que me ayudases. Lo lamento muchísimo.

—¿Quién era el hombre al que estabas intentando encontrar? —dijo Maris, esbozando una mueca de dolor cuando el guardia la obligó a subir a bordo de una barca aún asiéndola del pelo.

Nomi se tambaleó cuando Marcos la empujó para que también embarcase. Era una barcaza grande, con regalas de hierro y cubierta de madera. Los marineros que la tripulaban corrieron bajo cubierta para poner la caldera en marcha.

—Alguien muy importante para mí —contestó. ¿Capturaría Asa a Renzo? ¿Iría luego a por su familia?—. Pretendía velar por su seguridad y con ello te he puesto a ti en peligro.

Los hombres encadenaron a las chicas a la regala de la embarcación.

Maris cayó de rodillas, con las manos atrapadas por encima de la cabeza. El rojo que había en su vestido parecía sangre.

—Lo siento mucho —repitió Nomi—. Prometió liberar a mi hermana....  
Confiaba en él.

El soldado que cargaba con Malachi lo dejó caer sobre la dura cubierta de madera como si fuera un saco de trigo.

—¡Tú! —le gritó Marcos a uno de los marineros—. Cuando deje de respirar, arrójalo por la borda.

Y acto seguido, saltó del barco, soltó las pesadas amarras y los empujó para que se alejaran del muelle.

La caldera escupió vapor. Nomi empezó a oír el sonido de las olas por encima del chuf chuf de los pistones de la embarcación. Y poco a poco, fueron alejándose de tierra y adentrándose en la inmensidad de un mar oscuro.

Con el oleaje, y al chocar contra la baranda, las cadenas que sujetaban a Nomi por las muñecas emitían un ruido metálico. Fijó la mirada en el inestable reflejo de la luna sobre el agua; si bajaba la vista, descubriría las manchas oxidadas de sangre en su destrozado vestido dorado.

Maris se mecía de un lado a otro con el movimiento de la barca y presionaba la cabeza contra los fríos flancos metálicos de la embarcación.

—Lo siento mucho —insistió Nomi.

Aquellas palabras se habían convertido en su mantra. En su oración para conseguir la libertad.

El viento retiró de la cara la cortina de cabello negro de Maris.

—No es tu culpa, Nomi.

Pero la garganta de la muchacha se cubrió con un sabor amargo.

Sí, todo era por su culpa.

El Superior estaba muerto, Asa había maquinado su escalada al poder, y Malachi...

Miró el bulto de tela empapada en sangre que yacía prácticamente inmóvil en la proa del barco. ¿Qué era, el débil movimiento de la respiración o el bamboleo de la barca?

Se le aproximó uno de los hombres.

—¡Está respirando! ¡Respira! —gritó Nomi.

Aliviada, vio que el marinero se apartaba. De momento.

Malachi no había abierto los ojos desde que habían salido del *palazzo*. Las lágrimas abrasaban las mejillas de Nomi. El chico iba a morir. Probablemente pronto.

Y la autora del crimen era ella. A efectos prácticos, le había hundido el cuchillo en las entrañas.

Y Renzo... Ay, Renzo. Lo había sentenciado a vivir como un fugitivo. Confiaba en que hubiera logrado escapar.

Nomi, sumida en una agonía insoportable, dobló el cuerpo hacia delante. Al intentar salvar a Serina y a sí misma, había traído la destrucción a todo el mundo.

La noche se extendía por todos lados, el océano los arrojaba en la oscuridad con total abandono. Nomi tenía el estómago revuelto. Con la voz ronca de tanto llorar, Maris había empezado a susurrar una canción de cuna.

El pecho de Malachi seguía moviéndose con una respiración más lenta y más superficial a cada instante que pasaba.

Y entonces, por fin, cuando el amanecer empezaba a encenderse en el horizonte, Monte Ruina, ennegrecido y amenazante, fue emergiendo muy despacio entre la niebla.

Nomi empezó a respirar de forma entrecortada.

«Serina, estoy aquí.»

# AGRADECIMIENTOS

Ha sido todo un honor trabajar con los increíbles equipos de Alloy y LYBR para dar vida a Serina y a Nomi. Me gustaría dedicarles un montón de pasteles decorados con abrazos a mis editoras, Pam Gruber, Lanie Davis y Eliza Swift, así como a mis gurús, Josh Bank, Joelle Hobeika y Sara Shandler. A Les Morgenstein, Romy Golan, Matt Bloomgard y al resto del equipo de Alloy, gracias por haberme apoyado a mí y a este libro. A Megan Tingley, Alvina Ling, Emilie Polster, Katharine McAnarney, Carol Scatorchio y al maravilloso equipo de LBYR, muchísimas gracias por dar una oportunidad a mis hermanas y mostrar tanto entusiasmo por ellas. Y a las formidables diseñadoras que les han dado a ellas y a la cubierta una bellísima vida —Karina Granda, Mallory Grigg y Liz Dresner—, ¡gracias!

Mi más sincero agradecimiento para Kirsten Wolf, de Emerald City Literary Agency, por ayudarme con el contrato, y para Linda Epstein, que de un modo u otro siempre sabía qué decir (la crac eres tú). Me siento tan afortunada de poder ser una de tus autoras que ni siquiera puedo expresarlo con palabras. Muchas gracias, Mandy Hubbard, por animar a Linda a mirar su correo electrónico.

Quiero dar las gracias a mi querida amiga Michelle Nebiolo por ayudarme con el italiano y por sugerir el nombre de Serina, que era el de su abuela, para la primera de mis hermanas. Serina nunca habría sido ella misma sin ti. *Grazie, amica mia.*

Para la doctora Jody Escaravage, Aimee L. Salter, Morgan Tucker, Rachel Hamm y Natasha Fisher, un abrazo enorme por ser mis primeras lectoras, por vuestros ingeniosos comentarios y por ser unas amigas tan maravillosas. El proceso habría sido mucho más duro sin vuestras palabras de ánimo, vuestros comentarios y vuestro apoyo emocional.

Y a mis amigos escritores y del mundo editorial, que me escucharon en mis momentos de angustia, que me animaron siempre y que me enviaron divertidos regalos —Jax Abbey, Paige Nguyen, J. D. Robinson, The Wonder Writers, Crystal Watanabe y Morgan Michael—, gracias y una magdalena de chocolate negro para cada uno.

Quiero dar las gracias a mi familia por su apoyo y por sus palabras de ánimo. Ha sido emocionante compartir esta experiencia con todos vosotros. Ollie, me encanta que ya estés contando tus propias historias. Mi favorita es la de Risky Pupperniss. Recuérda la bien. Creo que tiene gancho.

Gracias a mi esposo, Andy, sin quien todo esto habría sido imposible. Gracias por hacerme reír, por consolarme en los momentos en los que los plazos de entrega me apretaban y me provocaban estrés y por estar ahí siempre, absolutamente siempre (excepto cuando el ejército te reclama, claro). Eres un padre y un marido increíble, y un hombre increíble también. Me inspiras a diario. No solo confío en que Ollie sea igual que tú cuando crezca..., sino que espero llegar a serlo yo también. Te quiero.

Y por último, querido lectores, es para mí un honor que hayáis dedicado parte de vuestro valioso tiempo a Serina y a Nomi. Sois mágicos, maravillosos y os quiero y aprecio a todos y cada uno de vosotros. Si pudiera, os prepararía magdalenas a todos. ¡Gracias!

*Iron Flowers*  
Tracy Banghart

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Iron flowers*

© del texto: Alloy Entertainment y Tracy Banghart, 2018

© de la traducción, Isabel Murillo Fort, 2018

© de la ilustración de cubierta: Bella Kotak



© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19676-1 (epub)



Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)